

The background of the cover is a close-up photograph of a woman's face, her eyes closed. The image has a teal or cyan color cast. Several strips of yellowish tape are applied to the face: one across the forehead, one across the bridge of the nose, and one across the lower part of the face near the chin. A thin black line, possibly a thread or a crack, runs diagonally across the face from the upper right towards the lower left.

EMILIO CALDERÓN

LA VIDA
BORRADA DE
AMALIA
FINISTERRE

se

Amalia Finisterre, una joven enfermera de cuidados paliativos, sufre un brutal ataque en su casa. Golpeada y estrangulada hasta ser dada por muerta, quedará hospitalizada en estado vegetativo, incapaz de comunicarse con nadie.

La inspectora Sarah Toledano se hace cargo de las investigaciones, y aunque todas las sospechas recaen en el novio de Amalia, Matías Almeida, que ha huido precipitadamente a Río de Janeiro, hay algo en el caso que no deja de inquietarle: la ausencia de restos biológicos del sospechoso en la escena del crimen.

Inspirada en hechos reales, *La vida borrada de Amalia Finisterre* es un relato en forma de *thriller* sobre el azote de la violencia machista. Una novela trepidante y absorbente que, sin embargo, nunca pierde su profundo y respetuoso carácter de declaración y denuncia.

OceanofPDF.com



Emilio Calderón

La vida borrada de Amalia Finisterre

ePub r1.0

Titivillus 01.10.2022

OceanofPDF.com

Título original: *La vida borrada de Amalia Finisterre*
Emilio Calderón, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

*A Mari Luz,
compañera de viaje en la vida y en la literatura*

OceanofPDF.com

Nacer hombre es una
enfermedad incurable.

EDOARDO ALBINATI

El día que una mujer pueda
no amar con su debilidad
sino con su fuerza,
no escapar de sí misma
sino encontrarse,
no humillarse
sino afirmarse,
ese día el amor será para ella,
como para el hombre,
fuente de vida y
no un peligro mortal.

SIMONE DE BEAUVOIR

PRÓLOGO

Amalia Finisterre pensó en el parqué recién cambiado cuando la sangre que manaba de su cabeza comenzó a derramarse sobre el suelo. Una carísima madera de roble maciza procedente de Bierbaum, en la Estiria austríaca. Habían tardado más de dos meses y medio en suministrársela e instalársela, y ahora temía que se echara a perder. Incluso siguió pensando en ella tras desplomarse.

Acto seguido, se sorprendió de que el reguero de sangre que ahora veía desde sus ojos inmóviles —era como si los músculos que los movían se hubieran desconectado del nervio craneal— aumentaba en tamaño con cada latido de su corazón.

Ejercía la profesión de enfermera desde hacía años, así que conocía el alcance que una hemorragia tan profusa podía ocasionar en su organismo. Si no hacía algo rápido sabía que se desangraría hasta la muerte. Intentó mover un brazo para taponar la herida, pero en cuanto separó la extremidad del tronco recibió una patada que le clavó las costillas en los pulmones. Exhaló un gemido de lamento, demasiado poco audible para una mujer de su juventud y fortaleza física. El dolor que experimentó esta vez fue más intenso incluso que el que sentía en la cabeza. Era como si los huesos de su caja torácica hicieran de lanzas abriéndose paso en el interior de sus pulmones. Otro tanto sucedió tras recibir la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta patada. Sentía los golpes allí donde su agresor se los propinaba, pero el sufrimiento se incorporaba sin solución de continuidad al caudal sanguíneo, que terminaba por desbordarse a través de la herida de su cabeza. Evaluó las consecuencias de que el borde filoso de una de las costillas fracturadas le hubiera perforado uno de los pulmones, lo que a la larga, en caso de no recibir asistencia médica en un breve espacio de

tiempo, podía provocar que colapsara. Claro que si la costilla rota era una de las tres primeras de la parte superior, la que podía verse afectada era la vena aorta. La situación se antojaba tan dramática como inesperada.

En el tiempo que había durado aquella relación, nunca pensó que al tratar de ponerle fin sería golpeada a traición con una de las sillas del comedor, por la espalda. El mismo mueble que tantas veces habían ocupado para dar rienda suelta a sus juegos amorosos. En uno de esos asientos él la había desnudado a ella, y viceversa, y habían cabalgado juntos, sin importarles los efectos de la dura madera sobre sus cuerpos. Sí, en su relación había habido mucha pasión, pero también un compromiso emocional tan fuerte como un nudo doble, hasta el punto de que por momentos no se comportaban como una pareja, sino como una unidad. Sí, no le cabía duda, ambos habían actuado como seres posesivos las más de las veces, convirtiendo todo lo que rodeaba a su relación en una hipérbole, sin tener en cuenta que la exageración fuera irreal o intencionada; a pesar de todo, siempre habían mantenido el respeto mutuo, por encima de cualquier circunstancia. No en vano, la situación personal de ambos era delicada, casi desesperada. Cuando se conocieron, eran dos personas —con las velas del alma rotas— que navegaban a la deriva en aguas de un mar proceloso. Ahora, era ella la que trataba de alcanzar la costa nadando en el charco de su propia sangre.

¿Por qué no había sido capaz de prever aquel final? ¿Por qué?, se preguntó.

El dolor se tornó en preocupación cuando su agresor le rodeó el cuello con uno de los cordeles de las cortinas y comenzó a asfixiarla. Esta vez pensó que eran cuatro o cinco los minutos que el encéfalo podía sobrevivir sin oxígeno. Más allá de ese límite entraría en el reino de la vida vegetal, siempre y cuando sobreviviera. ¡Había tratado a tantos hombres y mujeres en estado vegetativo a lo largo de su carrera profesional! ¡Y ahora era ella la que estaba a punto de traspasar ese umbral!

Mientras su conciencia se apagaba, mientras el mundo se difuminaba delante del velo acuoso de sus ojos, trató de discernir si la respiración acelerada que escuchaba en el interior de su cabeza era la suya o la de su agresor. Tal vez fuera la respiración de ambos, pensó, el mismo aliento que

tantas veces habían compartido, mientras hacían el amor con las bocas pegadas.

En cuanto se vio cabalgando a lomos de un caballo alado por un túnel que conducía hasta una luz cegadora, supo que ya nada volvería a ser lo mismo, que ya nunca volvería a ser la misma, ya fuera en esta vida o en la otra.



Amalia Finisterre, que había olvidado su nombre, se preguntó por qué el mundo era una esfera llena de oscuridad y por qué, de vez en cuando, se veía obligada a saltar mentalmente unas cuerdas blancas que parecían vibrar al ritmo de sus pensamientos, puesto que no podía moverse. También oía una voz grave que emergía de lo más profundo de aquella oscuridad, y otras más superficiales que hablaban de cosas que no alcanzaba a entender. Voces parecidas a chismorreos que valoraban su estado según algo llamado la escala Glasgow.

«De tres a cinco, se trata de un coma profundo, casi irreversible. Pero el coma de su hija, teniendo en cuenta los daños cerebrales sufridos, tiene una puntuación de entre nueve y diez, lo que nos da muchas más probabilidades de que despierte. Mejor sería que estuviera en el rango de once a quince, sin duda, pero nos podemos dar con un canto en los dientes», dijo una de esas voces.

«¿Despertar, cuándo? ¿Y si lo hace, en qué condiciones?», preguntó otra voz. «Eso no lo sabemos. Superar el coma, en cualquier caso, no siempre supone volver a la normalidad. Lo más probable es que queden secuelas, muchas», advirtió la primera voz.

El mundo oscuro y circular en el que se hallaba sumida ejercía de grueso dique frente a lo que ocurría fuera, por lo que no era capaz de identificarse con la persona de la que hablaban. Ni siquiera recordaba ser hija de nadie, menos aún haber nacido. Tampoco tenía consciencia de poseer un cuerpo físico, o la obligación de hablar, oler, caminar o sentir, según se deducía de las conversaciones que aquellas voces mantenían. En

cuanto a los quejidos lastimeros, primero de una mujer y luego de un hombre, que no paraban de exclamar «¡Ay, mi pobre hija!», o «¡Ay, mi pobre pequeña, lo que te han hecho!», tampoco le afectaban. Simplemente, no le atañían. Le parecían un misterio. Todo su mundo se circunscribía, por tanto, a aquella oscuridad, donde reinaba la quietud y donde no era necesario hablar o gritar porque lo que allí imperaba era el silencio más absoluto, así que tampoco le importaba cómo se llamara aquel lugar, coma o cualquiera que fuese su nombre. Aquella burbuja de oscuridad era lo único que poseía, un espacio sin tiempo, de manera que, para ella, las voces, los chismorreos, solo eran interferencias procedentes de una dimensión paralela. Aquella oscuridad circular, aquel cosmos de vibraciones fugaces, en definitiva, era ella. No había más y, por tanto, no había de nada de lo que preocuparse, pues la nada no era ninguna cosa.



La misma pesadilla de siempre había engullido el sueño de la inspectora Sarah Toledano. Una de esas recreaciones del subconsciente que, en apariencia, carecen de sentido, salvo que un especialista se preste a analizarlas. Algo que ella evitaba por considerarlo una pérdida de tiempo. Soñaba que se encontraba en mitad de un campo de refugiados palestinos, entre precarias e insalubres tiendas de campaña atestadas de gente, sobre todo niños, mujeres y ancianos que, cual ejército de zombis ataviados con ropajes ajironados, la cercaban como si estuvieran contemplando a un ser extemporáneo. En realidad, lo que llamaba la atención a aquellas personas, lo que hacía que se acercaran a ella, era su indumentaria: un uniforme de oficial de la Policía de Israel, incluida alguna condecoración, cuerpo al que había pertenecido. Entonces de las gargantas de aquella turbamulta brotaba una cancioncilla que ella conocía a la perfección, una tonada que los soldados israelíes obligaban a cantar a los detenidos palestinos para mofarse de ellos y hacer más ostensible la humillación: «Un humus, una habichuela, amo a la guardia de fronteras». Cuando aquel ejército de desarrapados estaba a punto de devorarla como si fuera una ración de *makluba* recién

cocinada —el plato de arroz con coliflor frita, especias y pollo que tanto gustaba a los palestinos—, cuando ya no había manera de escapar del linchamiento que parecía inevitable, oía resonar la voz de su padre, fallecido hacía ya muchos años en un accidente de circulación en España, por encima incluso del ruido de aquella jauría humana. Una voz estentórea, omnipotente como la de una deidad, que proclamaba lo mismo que tantas veces le había oído decir en vida: «Mientras Palestina es un dedo, Israel es la uña de ese apéndice, de modo que existen tres formas de atajar el conflicto árabe-israelí: amputar el dedo, arrancar la uña o, por el contrario, mantenerlo sano permitiendo la coexistencia de ambos Estados».

Se despertó inquieta y sudorosa, como siempre, pero al instante recobró parte de la calma al percatarse de que se encontraba en su domicilio de Valencia, lejos de Israel y de aquella pesadilla recurrente. El rumor del mar vecino, que viajaba de la mano de una fresca brisa y de una luz diáfana que nada ocultaba, terminó por situarla en la realidad. Experimentó una sensación de alivio, pese a que nunca lograba librarse del todo del resquemor que le producían aquellas pesadillas y ciertos recuerdos del pasado. Era como si lo malo que guardaba en su interior, su yo más oscuro, hubiera decidido subir a la superficie e invadir su vida presente, y también su sueño. ¿Cuántas veces había experimentado lo mismo? ¿Cuántas veces se había levantado sumida en el más absoluto desasosiego en los últimos años? ¿Cien, doscientas? Desde luego, siempre que aquel delirio se apoderaba de su sueño, siempre que su pasado se mostraba ante ella con una fiereza descarnada.

Siendo miembro del ejército de Israel había sacado a mujeres y niños de sus camas en plena noche, a punta de fusil, destrozado sus enseres, y golpeado y detenido a los hombres para someterlos a continuación a largos y humillantes interrogatorios. Había cumplido órdenes y dado rienda suelta a la «furia acumulada», como la llamaban sus compañeros de armas empleando un eufemismo; había demostrado ser una verdadera combatiente en medio de la incitación masculina, de la sobredosis de testosterona predominante en la institución de la que formaba parte en ese momento, si bien ella era consciente de que detrás de aquel comportamiento bárbaro y poco edificante habitaba un miedo incontrolado que la atenazaba por

dentro: el temor a no ser comprendida, a no ser aceptada en aquella sociedad que había idealizado siendo niña, cuando vivía con sus padres en el Campo de Gibraltar, y que solo conocía desde la distancia. La decepción fue grande cuando, una vez reclutada para cumplir con el servicio militar obligatorio, descubrió que lo más importante era ejercer el poder y la fuerza sobre todas las cosas. No, en las Fuerzas de Defensa de Israel no había lugar para las debilidades, para los sentimentalismos, para cuestionar los procedimientos, máxime cuando en esos días se estaba llevando a cabo la llamada Operación Margen Protector, cuyo propósito era restablecer la seguridad en el sur del país. Así las cosas, no se entendía que un judío residente en Israel pusiera en tela de juicio la identidad judía. Después de todo, los ataques de Hamas con cohetes eran tan reales como las quinientas treinta y cinco mujeres soldados que habían fallecido en combate entre 1962 y 2016. Claro que también lo era que en el ejército israelí había habido un consenso sobre la cuestión de que «la destreza sexual iba de la mano del logro militar», lo que había dado lugar a que en el año 2000 los informes de acoso sexual contra mujeres soldados alcanzara un promedio de uno por día. En el año 2005, el problema afectaba ya a una de cada cinco mujeres soldados. ¿Acaso las Fuerzas de Defensa de Israel se habían convertido en un «invernadero para relaciones sexuales de explotación», tal y como había denunciado la escritora Laura Sjoberg? Por no mencionar las «reglas de modestia» que se imponían a las mujeres para satisfacer las demandas de los compañeros soldados ultraortodoxos, y que incluían que no pudiesen quitarse el sostén ni siquiera para dormir, fumar cerca de los hombres, usar camisas blancas o pantalones por encima de las rodillas, etc.

De modo que para ella Israel pasó de ser la solución a parte del problema. Poco a poco, todo se fue resquebrajando a su alrededor. Ni siquiera el *shakshuka*, los huevos pochados en salsa de tomate picante y pimientos que preparaba su abuela eran los mismos que servían en Jerusalén. No, los de su nona se parecían más a los que se podían comer en un país como Túnez o entre la comunidad hebrea de Marruecos. ¡Había sido tan ingenua al pensar que las cosas serían como había imaginado! ¡La Tierra Prometida, ese lugar donde según la tradición fluía leche y miel, no cumplía sus promesas!

Ahora lo veía todo desde la distancia y la madurez, con otra perspectiva, más objetiva, y el miedo había dado paso a un sentimiento de culpa, pese a que ella nunca había practicado la religión del remordimiento. Como le había dicho alguien en una ocasión, una persona puede viajar sin maletas, cambiar de casa o de país cien veces, parecer libre en suma, pero no serlo, porque el peso de la conciencia puede resultar tan fatigoso e incómodo como cargar con un elefante sobre las espaldas. El animal siempre te acaba aplastando.

De modo que ahora vivía guardándose las espaldas, nunca mejor dicho, con los sentidos en estado de alerta cada vez que el aliento del pasado le acariciaba la nuca.

Cuando enfrentó su rostro al espejo del baño, no se reconoció. Hacía tiempo que no lo hacía, que era incapaz de verse como la veían los demás: una mujer alta y atlética, incluso esbelta según los cánones, de tez y cabellera oscura. Una mujer barnizada por esa tonalidad azabache tan característica de las pieles del Mediterráneo milenario, el de las tres orillas; una mujer hermosa a todas luces, a decir de todo el mundo. ¿Pero acaso la belleza tenía alguna importancia? No para ella. También era heredera de ese carácter fuerte y austero propio del Mediterráneo ancestral, de los arbustos que se aferran a la tierra incluso cuando esta está suelta y aparentemente yerma, porque sus raíces son profundas, y de los durmientes volcanes prestos a entrar en erupción en cualquier momento, siempre listos para ejercer su fuerza destructora. Sin duda, prefería realzar ese aspecto de su personalidad a cualquier otro; más superficial.

«¿Cuándo te convertiste en una loba solitaria?», le preguntó a la figura que reflejaba el espejo.

«Tal vez siempre lo fuiste, desde muy temprana edad, desde niña», se respondió.

Por último, dejó que el agua fría de la ducha arrastrara por el sumidero todos sus fantasmas, los pasados y los presentes.

Pasó la mañana en su despacho de la comisaría, revisando expedientes y redactando informes sobre las víctimas de malos tratos que tenía a su cargo:

sesenta o setenta mujeres cuyas vidas corrían peligro. Como se solía decir, el papel lo aguantaba todo, pero el día a día era muy diferente. La realidad era muy dolorosa, como lo era vivir con miedo, con la espada de Damocles pendiendo sobre tu vida, aunque en este caso la hoja tuviera la forma y la consistencia de la mano de un hombre. Incluso había inventado un término despectivo para referirse a esos potenciales verdugos: los «machos-dioses».

Un «macho-dios» era, según ella, un hombre al que le faltaba masculinidad y, desde luego, divinidad. Un varón sin atributos, desnaturalizado, con la conciencia ahogada por los complejos y la falta de autoestima. Un hombre que humillaba, depreciaba, degradaba, amenazaba y violentaba a su víctima con la finalidad de imponer su criterio, pues solo así lograba sobreponerse de manera temporal a su inferioridad. Un «macho-dios» era, en definitiva, un pobre hombre con un solo recurso a su alcance: la fuerza bruta; de ahí que resultara tan peligroso.

A la hora de comer, metió el ordenador portátil en su mochila y puso rumbo al Paseo Marítimo de Valencia, frente a la playa de la Malvarrosa, donde la luz del sol y la brisa marina volvieron a abrazarla.

Siempre se refugiaba en el mismo lugar, una antigua cervecería azulejada, de quien alguien había escrito en las redes sociales que no era más que un contenedor con revestimiento de taberna donde todo era de pega. Ella estaba de acuerdo, la comida y el servicio eran tan deplorables que apenas había clientela, lo que le permitía gozar de la soledad que precisaba.

Por último, pidió un café americano doble, encajó los auriculares en sus oídos y se dispuso a escuchar.



Un sonido gutural, en eso se había convertido la voz de mi hija cuando despertó del coma. Parecía un animal herido y asustadizo. En sus ojos solo había miedo, temor y mucha desconfianza. ¿A qué temía? ¿A quiénes? A todo. A todo el mundo. No permitía que nadie se le acercara. Y cuando alguien lo hacía, ya fuera un médico o un enfermero o enfermera, articulaba

un murmullo grave de rechazo, desde lo más profundo de su garganta. Incluso hacía el amago de contraer el cuerpo, de ovillarse en posición fetal, pero ni siquiera tenía fuerzas para lograrlo. Sus músculos no respondían después de tanto tiempo inactivos, como tampoco lo hacían el resto de sus funciones motrices y sentidos. Amalia había olvidado las palabras, y también quién era y quiénes éramos los demás. No sabía hablar, o mejor dicho, había olvidado cómo hacerlo. Tampoco era capaz de reconocerse a mí, su madre. Otro tanto ocurría con su padre o con sus abuelos, los miraba con desconfianza. Así que cuando Amalia despertó de nuevo a la vida, se había convertido en una extraña para sí misma, incapaz de hacer brotar a la superficie un solo recuerdo de su existencia pasada: una vida llena de futuro, de proyectos, de sueños por cumplir, que ese hombre hizo trizas. Podría decirse, por tanto, que Amalia tuvo un segundo alumbramiento, pero en esta ocasión lleno de taras y de desventajas. Un mal parto, vamos.

No quiero que el miserable que le rompió la cabeza en mil pedazos con una silla (que también quedó hecha añicos), y que luego le pateó el cuerpo hasta reventarla por dentro, vaya a la cárcel. Lo que deseo es que acabe como ella, que sufra el mismo destino, que lo pierda todo: el habla, los recuerdos, la movilidad, el bazo, el riñón izquierdo, todo. Ese es el castigo que merecería si existiera la justicia divina.

Claro que mi interior está tan colmado de rabia que ya ni siquiera hay espacio para creer en Dios, que en caso de existir es también un varón.

Por desgracia, la justicia es un traje hecho a medida del hombre, no de la mujer. Es una justicia a la carta. Un juego de naipes marcados antes de que comience la partida.

La que va a pasar el resto de su vida en una cárcel es mi hija. Una prisión sin patio, sin comedor o lavandería, sin visitas, sin vis a vis, sin posibilidad de acogerse al tercer grado, y cuya celda es su propio cuerpo. ¿Cabe una condena más cruel que esa?

El debate sobre si es conveniente o no la cadena perpetua revisable es ficticio y espurio. Una de tantas contradicciones de nuestra sociedad. La alimaña que atacó a mi hija la condenó de por vida. Sus secuelas son irreversibles. Amalia no podrá reinsertarse en la sociedad, al contrario que su agresor. Ella nunca volverá a ser una mujer libre, jamás. Amalia no

volverá a ser la misma. Será otra persona, pero no la hija que amamanté hasta bien entrados los tres años, que creció junto a nosotros, su padre y su madre, que estudió hasta despellejarse los codos, que practicaba deporte, que amaba la naturaleza y a los animales, que se convirtió en mujer sobre los principios del respeto al prójimo y la solidaridad para con los más desfavorecidos, y que se independizó en cuanto dispuso de medios para hacerlo, después de sacar el número uno en unas oposiciones. Esa es la única verdad. Ni siquiera volverá a leer o a escribir, dos de sus grandes aficiones desde pequeña. Siempre decía que algún día escribiría un libro. Y ahora resulta que la pobre ni siquiera es capaz de juntar dos letras.

Su maltratador, en cambio, tiene la posibilidad de defenderse, de esconder la verdad y los hechos entre los resquicios del sistema. La justicia está llena de recovecos, de rincones oscuros y polvorientos donde se amontonan los atenuantes, las salidas de emergencia, por así decir, porque su finalidad es que el verdugo tenga un puente de plata a su alcance. Incluso le está permitido mentir como estrategia de defensa. El criminal, cualquiera que sea su delito, solo ha de rendir cuentas delante de la sociedad, pero no de mi hija, porque la víctima, una vez que se convierte en tal, deja de tener utilidad. Desgraciadamente, Amalia ya no es un ser social. Hoy por hoy, todo lo que se rompe se tira, ya que resulta más fácil despojarlo de su valor que arreglarlo. Reparar una cosa cuesta más que sustituirla. Sobre ese principio, las personas como Amalia se convierten en estorbos. Incomodan porque requieren de mucha atención, precisan del cuidado de un equipo especializado de alta cualificación. Así que Amalia no es más que una pesada carga para las arcas del Estado. Resulta mucho más económico sufragar el rancho y el hospedaje de un asesino, —para terminar proclamando a los cuatro vientos al cabo de los años que ya ha pagado su deuda con la sociedad—, que mantener a una discapacitada severa condenada de por vida a un costoso programa de rehabilitación. Llegados a este punto, lo que nos piden a todos, como seres sociales que dicen que somos, es un esfuerzo de comprensivo humanitarismo —una ración extra, en el caso de los familiares de las víctimas— que nos permita aceptar y convivir con los asesinos. Eso siempre y cuando le echen el guante a ese malnacido...

No, la justicia no es solo ciega, tal y como la representan en su sentido figurado, también es sucia y desprende un hedor nauseabundo.

Perdóneme, inspectora. Si no le importa, me gustaría beber un vaso de agua. Tengo la garganta seca y se me están clavando las palabras...



Era la decimocuarta ocasión que la inspectora Toledano escuchaba aquel fragmento de la declaración de Encarnación Duarte, la madre de Amalia Finisterre, una joven enfermera de treinta y tres años que se había convertido en la enésima víctima de género, y cuyo caso seguía sin resolver.

La voz de la mujer, una reputada profesora universitaria, se había adaptado al dolor que brotaba de lo más profundo de su alma, dotándola de un timbre semejante al de alguien que se está ahogando, seco y a la vez entrecortado, pero perfectamente reconocible. El resultado era una suerte de eco desgarrador.

«El odio es una enfermedad incurable —más letal incluso que el cáncer con peor pronóstico—, cuyo síntoma principal se manifiesta en el corazón de quien lo padece, y su metástasis tiene lugar en el alma», se dijo a sí misma Sarah.

Se trataba de una frase rescatada del recuerdo de Lautaro Heller, un antiguo compañero de la Policía de Jerusalén que le había enseñado a no desviarse del camino recto dentro de una profesión que ofrecía muchos atajos. Sin ir más lejos, el desprecio que, llegado el momento, había recibido de buena parte de la sociedad israelí le había servido de acicate para no rendirse. Sí, tuvo que renunciar a una prometedora carrera en el departamento de la Policía de Jerusalén; en cambio, no transigió a la hora de arrojar por la borda el ingente trabajo que había realizado en su condición de protectora de las mujeres que sufrían acoso o malos tratos de sus parejas en el estado hebreo. En Jerusalén se había tenido que enfrentar al *establishment* ortodoxo, que hacía todo lo posible por restringir los derechos y libertades de las mujeres, y que incluso había logrado imponer, por ejemplo, la segregación entre sexos en ciertos autobuses que transitaban

por determinadas áreas. Que una mujer maltratada se atreviera a denunciar a su agresor era, por tanto, un trabajo arduo y difícil, que aumentaba el riesgo de supervivencia de la propia denunciante, así como el rechazo de ciertos grupos o comunidades de ideología ultraconservadora. Pensó que la experiencia acumulada en una sociedad tan compleja como la israelí podía ser de mucha utilidad en otro lugar. Al fin y al cabo, los malos tratos eran una enfermedad que padecían todas las naciones del planeta, con independencia de su nivel cultural o económico. Incluso en un país tan avanzado como Suecia, el país europeo con mayor igualdad de género, padecía unos altos índices de violencia machista.

Así las cosas, hizo las maletas y regresó a España, su país de origen, donde pudo aportar aquel bagaje en la Brigada de la Policía Judicial de Valencia.

En el lustro que llevaba adscrita a la Unidad de Atención a la Familia y Mujer (UFAM) en calidad de responsable del área de investigación, nunca había tenido que enfrentarse a un testimonio tan estremecedor como el de aquella madre, que vivía abrazada a un dolor enquistado. Claro que el caso era sangrante (diríase frustrante) en extremo. El presunto maltratador, Matías Almeida, le había asestado una terrible paliza a su víctima, en la que había empleado una silla de recia madera para golpearla, los pies para patearla y las manos para estrangularla con un cordel. Por último, cuando la creyó muerta, la amortajó con una camisa suya, se dirigió al aeropuerto y tomó un vuelo con rumbo a Río de Janeiro. Un billete de avión que había adquirido tres meses antes de perpetrar el intento de asesinato, y seis meses y medio desde que Amalia Finisterre decidiera poner punto final a la relación sentimental que ambos mantenían. Entre medias, solo había habido treinta y cuatro llamadas (veinte de ellas perdidas) desde el mismo número de teléfono móvil, así como una decena de mensajes de voz, pero ninguna denuncia por parte de la víctima. En algunos de esos mensajes el presunto agresor anticipaba que, en el supuesto de que no volviera con él, se marcharía del país para ejercer su oficio de camionero en algún remoto paraje del planeta. Ya lo había hecho en Alaska y en Siberia, justo antes de conocerla. Lo que no revelaban aquellos mensajes era su intención de fugarse justo después de intentar asesinar a Amalia.

Sin embargo, había algo en aquella sucesión de hechos que, en su opinión, resultaba demasiado artificial, como si alguien se hubiera tomado la molestia de prepararlo todo para que la culpabilidad de Matías Almeida pareciera inequívoca. Sí, Amalia había sido amortajada con una camisa de este, con quien la víctima había roto después de mantener una relación sentimental durante algo más de un año; en cambio, no había restos biológicos del sospechoso en la escena del crimen, ni siquiera una sola huella dactilar. En el armario del dormitorio de Amalia se encontró la bolsa de plástico de la lavandería donde había sido lavada y planchada la blusa de marras, un mes y medio antes de que la pareja rompiera, según pudieron comprobar una vez iniciada la investigación del caso. El único rastro biológico que presentaba dicho envoltorio pertenecía a la víctima, y no a su agresor. Incluso el empleado del establecimiento recordaba que había sido la propia Amalia la que había retirado aquella prenda de vestir. Eso significaba que fuera quien fuese la había manipulado con guantes, seguramente los mismos que había empleado para no dejar vestigios sobre la pata de la silla que había empleado para golpear a Amalia. Otro tanto ocurría con el calzado del agresor: se había movido por la vivienda con una funda en los zapatos o deslizándose sobre una toalla de mano, que luego puso a remojo con agua y abundante lejía en el bidé del baño. Tampoco había fibras o restos de ADN ajenos a la víctima en el resto de la vivienda: ni en la cocina, ni en los pomos de las puertas ni en las ventanas, lo que demostraba que el agresor la había limpiado a conciencia, mientras Amalia agonizaba. El único espacio, que había dejado tal cual, era la habitación en la que había perpetrado el intento de asesinato, lo que no encajaba con el *modus operandi*. ¿Por qué no limpiar la sangre del cuerpo de Amalia? ¿Por qué no hacer desaparecer la pata de la silla o el cordel? ¿Por qué eliminar unas pruebas y dejar otras a la vista de los investigadores? La única respuesta que se le ocurría a la inspectora era la de que el verdadero agresor pretendía a toda costa inculpar al exnovio de Amalia Finisterre, para lo que resultaba imprescindible que la escena del crimen fuera lo suficientemente cruenta como para crear alarma social y provocar un rechazo visceral hacia la figura del sospechoso.

En otro orden de cosas, el testimonio de los paramédicos que acudieron en auxilio de la víctima habían aportado una montaña rusa de datos que arrojaban nuevos interrogantes, en vez de disiparlos. Para empezar, era sorprendente que Amalia hubiera sobrevivido tanto tiempo, pese a que el cuerpo humano no es una máquina y puede responder de distinta manera ante lesiones similares. La lógica médica indicaba que la víctima no tenía que haber sobrevivido más de diez minutos; sin embargo, aún estaba viva veinticinco minutos después, cuando llegaron los servicios sanitarios. En ese momento, Amalia ya estaba a punto de quedarse ciega, con una considerable hemorragia que apenas podía frenarse, y en pleno proceso de asfixia habida cuenta de la cantidad de sangre que había aspirado. Las costillas y huesos rotos no hacían más que agravar su estado crítico. De hecho, cuando el equipo médico llegó, Amalia no podía hablar, gritar o desplazarse.

No obstante, los horarios eran solo aproximados, puesto que aquellos hombres no eran especialistas en medicina legal, por lo que tampoco podía establecerse con exactitud una secuencia temporal que acotara una imagen fija de lo ocurrido en el apartamento de la víctima.

La suma de la falta de evidencias, por tanto, arrojaba como resultado la duda razonable con respecto a la participación de Matías Almeida en aquel brutal ataque.

Ni siquiera su inmediata superiora, la inspectora jefa Laura Riestra, o el resto de compañeras y compañeros de la Unidad, compartían su punto de vista. Para todos ellos, Matías Almeida tenía el móvil, disponía de los medios necesarios y también de la oportunidad para ser el autor de aquel intento de asesinato. Por no mencionar que el sospechoso había puesto tierra de por medio.

Tras aventar a una gaviota que se posó sobre el reposabrazos de la silla que tenía a su lado como un mal presagio, recordó otra de las frases que su excompañero Heller repetía a menudo: «Todo problema tiene ojos, nariz, oído, boca y un cuerpo con un aparato reproductor que le permite moverse y relacionarse para engendrar nuevos conflictos».

Eso era lo que había ocurrido con Amalia Finisterre con respecto a ella. Su caso se había convertido en un organismo vivo —más lúcido y complejo

que la propia víctima en su estado actual— y crecido, cual parásito, hasta convertirse en el principal huésped de su vida. Aunque a veces le embargaba la sensación de ser ella la que había colonizado la vida de Amalia, la que no quería separarse de su caso porque hacerlo hubiera sido lo mismo que admitir su fracaso. Daba igual que hubieran pasado los meses sin avances significativos, lo importante era mantener viva la llama para no quedarse a oscuras. No es que le diera miedo la oscuridad, pero sí los lejanos reproches del pasado que emergían de las sombras. No, el fracaso no era una opción por todo lo que significaba, sobre todo porque su propia estabilidad emocional pendía del frágil apoyo de su conciencia inestable.

La misma ave de antes —al menos eso fue lo que le pareció— se volvió a posar en la silla que tenía enfrente al cabo de unos segundos. Esta vez, la contempló y se limitó a reprenderse a sí misma en voz alta:

—Te implicas demasiado. Siempre lo haces.



Un café americano más tarde, la inspectora Toledano volvió a centrarse en el archivo de audios que almacenaba en la memoria de su ordenador portátil. No se cansaba de oírlo, una y otra vez, ya que cada nueva audición podía revelar un nuevo detalle, por pequeño que pudiera parecer, una pieza presta para ser encajada en aquel gigantesco rompecabezas que era cada caso. La experiencia le había enseñado que muchas veces lo más importante se encontraba en lo que no se decía, silencios que hablaban más alto y claro que los propios testimonios.

La voz del padre de la víctima, profesor universitario como su mujer, alcanzó su cerebro al mismo tiempo que una nueva dosis de cafeína.

Amalia fue siempre una niña alegre y cariñosa, una adolescente despierta y curiosa, una joven activa y comprometida con la naturaleza, con los animales, con sus semejantes, y una mujer entregada a su trabajo, que realizaba con vocación de servicio. Así era mi hija, mi niña. Una mujer de

una pieza, un ser humano ejemplar. Si en el mundo existieran treinta millones de Amalias, no habría guerras ni hambre. (Se escucha un gemido seguido de un breve silencio). Perdón, pero me sigue pudiendo la emoción y la rabia, sobre todo la rabia... Un padre jamás tendría que hablar de estas cosas. Un padre no entiende que otro hombre sea capaz de hacer lo que esa mala bestia le hizo a mi hija. No somos animales salvajes, o al menos no deberíamos serlo. La sociedad está obligada a no permitir que nadie lo sea, a proteger a todos y cada uno de sus miembros. Algo que no ocurre. Tanto es así que he sido yo el que ha tenido que recurrir a un especialista para que me ayude a comprender qué esconden esta clase de sujetos. Gracias a ese profesional, he aprendido que, al igual que hacen los animales, los depredadores humanos fijan su atención en las personas más vulnerables. Sobre todo en aquellas que tienen características que envidian, que son amables, por ejemplo, o que gozan de gran carisma y tienen una voluntad fuerte, como era el caso de Amalia. Estos depredadores secan emocionalmente a su víctima, le extraen hasta la última gota de su esencia, para terminar mortificándola también en el plano físico. Su capacidad para manipular su entorno es tan grande que pueden hacerse pasar por personas normales, y ocultar sus verdaderas intenciones sin levantar sospechas. Son astutos, muy astutos, hasta que consideran que ha llegado el momento de actuar. Entonces desatan su furia, se lanzan contra su víctima con toda la violencia de que son capaces. Su único objetivo es matar. Cobrarse una presa.

¿Sabe que ese desgraciado fue alumno mío? Solo un año, porque después dejó los estudios. Era un buen estudiante, y más educado que la media. Un espejismo, ya ve.

—Respóndame a una pregunta, por favor: ¿Dejaría usted vivir a su hijo entre leones en libertad? No, ¿verdad? Cuando quiere que su vástago tenga contacto con estos felinos salvajes lo lleva al zoo para que los contemple dentro de un recinto seguro y protegido. Pues lo mismo ocurre con los depredadores humanos. Deberían permanecer dentro de jaulas —permítame la metáfora—, en todo momento, puesto que son nocivos para el resto de la especie. Fíjese que ni siquiera pido la ley del talión, que Matías reciba el

mismo castigo que Amalia, pero sí que lo encierren en una celda y la llave sea arrojada al fondo del mar.

No, no soy una persona vengativa, aunque pueda transmitir esa impresión. Solo pido que la pena de cárcel que se le imponga al agresor de mi hija vaya en consonancia con el daño sufrido.

La pregunta es: ¿Es posible algo así? ¿Son justas y reparadoras con las víctimas y sus familiares las sentencias de nuestros tribunales de justicia? En mi opinión, no.

Recuerdo un libro de Amalia que me llamó la atención. Se titulaba *Diccionario del diablo*. Estaba tan desesperado por lo que le había ocurrido a mi pequeña que le eché un vistazo, por si hubiera sido arrastrada a una secta y su cerebro lavado por Matías. Pero no, el libro no iba de eso. Se trataba de una recopilación satírica de definiciones. El nombre del autor no me viene ahora a la memoria, pero sí la definición que contenía de la justicia: «Artículo más o menos adulterado que el Estado vende al ciudadano a cambio de sus impuestos», decía.

Sí, la justicia es solo eso: un artículo de consumo adulterado en distinto grado, una mercadería que se dispensa según las posibilidades económicas y la influencia política de cada individuo.

Eso siempre y cuando la Policía sea capaz de detener al culpable y sentarlo frente a un tribunal, cosa que no ha ocurrido ni parece que vaya a ocurrir en un breve plazo de tiempo.

Sé que quien no esté en mi lugar, que quien no haya pasado por lo que yo, no puede entenderme, pero visto el resultado, casi preferiría que la hubiera matado del todo, ya que ahora Amalia está muerta en vida. Una cicatriz en la misma cabeza donde antes crecía una hermosa cabellera rubia de final ondulado; unos ojos azules vivos y curiosos que ahora están perdidos, desorientados, como si miraran hacia dentro; una voz tartamuda e insegura que antes estaba llena de aplomo, locuacidad, gracia y bondad; un cuerpo que es un estorbo, de marioneta cuyos hilos han de ser movidos por un fisioterapeuta. Si no fuera por Carlos Ayuso, el fisio, el médico y rehabilitador que la atiende, Amalia pasaría el resto de su vida como si fuera un vegetal necesitado de riego para no marchitarse. ¿Quién quiere ver a su hija en ese estado? ¿Acaso usted lo soportaría? Amalia nace a la vida

todas las malditas mañanas, porque no recuerda nada. Sí, hay periodos en los que consigue aprender a hablar —a balbucear unas cuantas palabras o frases, en realidad—, a usar los cubiertos, a moverse, incluso a leer alguna palabra que otra; sin embargo, a las pocas semanas un nuevo velo cae sobre su memoria y lo olvida todo o casi todo. Cada instante, por tanto, es una persona nueva, sin pasado, pero también sin futuro. Solo dispone de un presente que ni siquiera es capaz de reconocer, de aprehender. Imagine que la condenan a pasar la vida dando manotazos con el fin de librarse de una mosca imaginaria, que solo existe en su ensueño. Un castigo que se repite jornada tras jornada, semana tras semana, mes tras mes. Pues así es la existencia de mi hija. Todos los días le enseñan a agarrarse a algo —da igual que sea a hablar, a comer, a coordinar movimientos, a memorizar ciertos nombres y números—, que ella no puede retener de manera permanente. Salvo que se obre un milagro.

Lo del milagro es hablar por hablar. No, no creo en milagros, inspectora. ¿Por qué habría de creer en ellos?

«Al menos la pobrecita no tiene que vivir con el trauma de recordar la paliza que le propinó ese bastardo», me dicen quienes quieren consolarme.

Yo me callo.

¿Para qué rebatirles lo que es obvio? ¿Cómo hacerles entender que es mejor una mujer con malos recuerdos que una convertida en un cuasivegetal? Su propia madre lo manifestó en una entrevista que le hicieron en *Las Provincias*. «¿Algo peor que la muerte? Ver a tu hija en estado vegetal en el hospital». Diría más, los familiares sobrevivimos, pero no vivimos. Al menos no como lo hace usted, no como lo hace todo el mundo. No, hemos dejado de ser seres vivos en el amplio sentido del término. También nuestras vidas tienen ahora algo de vegetal, casi de mineral. Los buenos sentimientos se petrifican en tu interior, el corazón se te endurece, y el rencor, en cambio, aflora a la superficie y toma el control de tu vida, de tus actos y pensamientos. En fin, a veces tengo la sensación de estar caminando sobre un suelo de arenas movedizas que, poco a poco, te va engullendo, sin remisión. A cada paso, te hundes un poco más... Perdóname si no soy capaz de expresar con palabras lo que las palabras no pueden expresar. Créame, hay sentimientos que no están al alcance de

ninguna palabra, de ningún diccionario. ¿Cómo dice ese adagio? ¡Ah, sí! El corazón tiene razones que la razón no entiende. Pues eso.

¡Es tan difícil ser padre! ¡Incluso ser un mal padre no resulta fácil! No quiero decir con eso que yo me lo considere, pero en mi fuero interior late la idea de que lo pude hacer mejor. A los hijos no basta con darles amor, también hay que saber educarlos para que aprendan a reconocer y a enfrentarse a los peligros que nos acechan.

A veces, me echo la culpa y rompo a llorar. No porque no haya sabido protegerla, no es eso, sino porque no supe ver venir a ese tipo. No supe calarlo, vamos. Parecía un buen chico, tranquilo y formal. Cariñoso y detallista, según Amalia. Ni siquiera sospeché de él cuando un día me mostró su camión. La cabina era un santuario, no porque llevara estampitas de santos o vírgenes, sino por cómo lo tenía todo organizado y por el ritual que llevaba a cabo a la hora de subir y ponerse a los mandos de aquel vehículo. Decía que el orden era la mejor receta para hacerle frente a los peligros de la carretera, al propio asfalto, a las inclemencias meteorológicas, a la hostilidad de la gente a la que no le gusta que un camión extranjero de gran tonelaje invada su espacio, máxime cuando transporta mercancía que entra en competencia con la producción local. Incluso me mostró una pequeña biblioteca de libros que Amalia le había regalado. Cuando le pregunté por qué había abandonado los estudios, me respondió que prefería ser libre a vivir encadenado a ciertos conocimientos que, a la larga, —según él—, no iban a servirle para nada. «Los estudios universitarios, en mi opinión, están sobrevalorados. Lo que no significa que no respete su trabajo como docente. Todos los trabajos son dignos, siempre y cuando uno los ejerza libremente», me dijo. Detrás de ese discurso, no supe ver que ese hombre solo estaba tejiendo una tela de araña, que se ganó la confianza de Amalia mostrando una cara al principio, una careta, mejor dicho, que ocultaba al monstruo que era en realidad. Pero como dice la especialista Sandra Brown, en su libro *Cómo divisar a un hombre peligroso*: «Los hombres peligrosos existen en todas las formas y tamaños. Se introducen en nuestras vidas pareciendo, al menos al principio, increíblemente normales...». Una pena no haber leído esa obra antes de que la tragedia se desencadenara. De modo que me culpo por no haber visto que tras aquella

obsesión por tenerlo todo bajo control se escondía una persona repleta de prejuicios, de pensamiento rígido, un hombre testarudo y obstinado que no admitía que en su relación sentimental existiera conflicto alguno. Sí, la cabina de aquel camión era el fiel reflejo de lo que quería que fuese su relación con Amalia. Su deseo último pasaba por controlarla, por someterla, por dominarla. Así son los maltratadores, la confrontación la atajan primero con despotismo, y más tarde con violencia. Ese es su *modus operandi*.

Claro que Matías fue aún más lejos. El hecho de que la vistiera con una camisa suya después de darla por muerta pone en evidencia cuán enfermo estaba por dentro. Tal vez aquella prenda fuera la excusa que esgrimió para conseguir que Amalia le abriera la puerta de su apartamento. Seguro que le dijo que quería recuperarla, que tenía el billete de avión preparado y había de completar el equipaje, cuando su verdadera intención era asesinarla con saña y amortajarla. Soy incapaz de imaginar un acto más cruel que ese. ¿En qué clase de corazón cabe semejante maldad? Matar a una persona y vestirla con tu propia ropa, con el único propósito de reafirmar la posesión que ejerces sobre ella. El montañero que alcanza la cima de la montaña y deja su huella clavando su bandera o estandarte.

Gracias a Dios, Amalia era una mujer fuerte para dejarse matar, aunque por desgracia no lo suficiente para salir indemne...

¡Ah, lo siento, pero me cuesta hablar, me duele cada palabra! ¡No dejo de pensar en la posibilidad de que Amalia viviera un infierno y no nos dijera nada por temor a acabar como ha terminado! ¡Sí, me corroe por dentro la posibilidad de que ese bastardo maltratara a mi hija durante el tiempo que duró su relación con ella!

Dicen que Matías anda escondido en la selva brasileña, lejos de la civilización. ¿Sabe qué le haría a esa mala bestia si pudiera echármelo a la cara? Mejor me callo, inspectora, mejor me muerdo la lengua.



Sarah expuso su rostro al sol, en la búsqueda de algo que simbolizara un mundo mejor. Necesitaba que aquella calidez la reconfortara, que un rayo

de luz le procurara unas cuantas caricias. «Los astrofísicos saben más de ti que yo del caso de Amalia. En cambio, tú estás tan lejos y Amalia tan cerca... No es justo, ¿no te parece?», le dijo al astro rey con los párpados cerrados, pero aplicando el tono de voz que se emplea para dirigirse a un amigo.

Así permaneció durante unos instantes, hasta que sus mejillas empezaron a picarle.

El tercer café americano del día dio paso a la declaración de Carmen Solís, compañera y amiga de Amalia. La importancia de la declaración de esta mujer radicaba, en su opinión, en el hecho de no pertenecer a la familia, cuyos testimonios estaban mediatizados por el odio y el resentimiento. En cuanto a estos, tanto el uno como el otro eran fieles solo a sí mismos, por lo que poseían la fuerza necesaria para retorcer los hechos y adaptarlos a sus necesidades. Eso significaba que ninguno de esos sentimientos pertenecían a la esfera de lo racional, que era la que tenía que imperar en toda investigación, de ahí la importancia de contar con otros puntos de vista. Amalia era la hija de su madre y de su padre, sin duda, pero también era otras muchas cosas al margen de ellos. Y esa era a la Amalia que ella buscaba.

La punzante voz de la testigo se filtró desde el oído hasta el interior de la inspectora como el zumbido de una abeja:

Cuando pienso en lo que ha pasado, hay algo que no me cuadra. Matías tenía dos manos tan grandes como guantes de béisbol, sus brazos no eran menos fuertes, por lo que no entiendo por qué le rompió una silla en la cabeza primero y luego trató de ahogarla con un cordel, en vez de hacerlo todo con sus manos. Es raro, ya le digo, porque Matías no era de esos hombres que le encargan el trabajo a una silla o a un trozo de cuerda. Matías había conducido un camión con una carga de material tóxico durante más de dos mil kilómetros por Alaska, había hecho otro tanto en Siberia, por lo que no lo imagino actuando de esa manera. Siempre pensé que tenía

un fondo de suicida, y nadie hay más individualista y autosuficiente que un suicida. No, Matías no era de los que pedía ayuda. Ni siquiera a una silla. Solo había que verlo. O mejor dicho, bastaba con verlo venir. Se plantaba en la entrada del hospital recto como el tronco de un tilo cuya copa está siempre mirando hacia el horizonte, sin bajar la vista. Un tiarrón de casi un metro noventa, ancho de cuello y hombros. Claro que hablo suponiendo, porque no llegué a tratarlo en profundidad como para asegurar que lo conocía. En realidad, lo vi cinco o seis veces, tal vez alguna más, cuando venía a recoger a Amalia. El olor de su colonia salía a nuestro encuentro, como si se hubiera bañado en ella, si bien detrás de aquel perfume escondía el orgullo de quien se siente bien consigo mismo. Tampoco era muy locuaz, y la impresión que transmitía era la de quien no se encuentra cómodo en aquel ambiente, como si no le gustara del todo aquel lugar, el trabajo que Amalia realizaba allí, o ambas cosas a la vez. Digamos que Matías daba la impresión de ser un hombre directo, y no se sentía a gusto transitando por aquel mundo laberíntico y lleno de complicaciones que se esconde tras la fachada de cualquier hospital. En un hospital hay siempre demasiadas variables.

Más allá de estas consideraciones, como le digo, todo son suposiciones, intuiciones...

Para serle del todo sincera, ni siquiera sabía que habían roto.

Amalia nunca me comentó nada. ¿Qué cómo es eso posible si éramos amigas? Porque éramos más compañeras de trabajo que amigas íntimas.

En lo concerniente a su vida privada, Amalia era una mujer muy reservada. O mejor dicho, no la llevaba consigo al hospital, más allá de que Matías fuera de tanto en tanto a recogerla, como acabo de contarle.

Todo el mundo cree que somos simples enfermeras, pero nos dedicamos a los cuidados paliativos, y eso hace que las cosas sean diferentes. Hay que ser de una pasta especial para realizar un trabajo como el nuestro. Somos los profesionales que asistimos a los enfermos con peor diagnóstico. Así las cosas, nuestro trabajo atañe al paciente en su totalidad, no solo a su enfermedad, sino que también incluye el trato con sus familiares. No somos ángeles, como quieren vernos algunos, sino personas con vocación de servicio, con un alto grado de empatía hacia los demás. Como decimos

entre nosotros: «Si puedes curar, cura. Si no puedes curar, alivia. Si no puedes aliviar, consuela».

Con eso y con todo, a veces los propios profesionales acabamos contagiados por el Síndrome de Desmoralización, que se caracteriza por la desesperanza, el desamparo y el distrés o angustia existencial de pacientes y familiares. Sí, en ocasiones resulta muy difícil sobreponerse a determinadas situaciones.

En el caso de Amalia la cosa iba aún más lejos: se había especializado en los llamados cuidados al final de la vida, la rama más extrema de los cuidados paliativos. Los cuidados al final de la vida comienzan cuando el tratamiento curativo deja de ser el objeto de la atención, y lo que se busca es la mejora en la calidad de vida del paciente en sus últimas semanas o días. El enfoque se centra en aliviar el dolor y proveer apoyo para que el enfermo viva de la mejor manera posible los días que le queden, sean muchos o pocos. No es una renuncia, por así decir. No es arrojar la toalla, como muchos creen. Se trata de apresurar o posponer la muerte, según cada caso, y requiere de un cambio de enfoque tanto del propio paciente como de sus familiares. No es un trabajo fácil, ya le digo, por lo que resulta necesario establecer un dique de contención entre la vida profesional y la vida privada. Al fin y al cabo, el alma de todo ser humano está conformada de material permeable, y ninguna enfermedad es más contagiosa que el sufrimiento ajeno. Nuestro trabajo nos procura desasosiego, a veces demasiado, se lo aseguro, pero también una gran satisfacción cuando nuestra conciencia nos dicta que lo hemos dado todo por el bien del paciente, que hemos obrado preservando la dignidad —y los deseos— del enfermo hasta el final.

Ahora que ha pasado lo que todos sabemos, me ha dado por pensar que tal vez el distanciamiento de Amalia no fuera voluntario, sino inducido por Matías, puesto que lo primero que hace un maltratador es cortar las redes de apoyo de su víctima, obligarla a mantener pocos contactos sociales. Aislarla, en suma.

Dicho esto, he de reconocer que jamás aprecié un cambio de ánimo en su carácter, ni tampoco la más mínima magulladura en su cuerpo. Al contrario, si tuviera que hacer una valoración de la situación general de

Amalia, diría que llevaba una vida plena, que fue feliz hasta el último instante. Nada en su aspecto físico, nada en su comportamiento hacía pensar que estuviera siendo víctima de clase alguna de violencia emocional o física, y si la sufría desde luego su maltratador no había logrado el objetivo de neutralizar sus iniciativas.

Amalia, además de una magnífica profesional de la enfermería, era una diestra amazona. Montaba a caballo desde pequeña. Incluso utilizaba sus conocimientos sobre el mundo equino como terapia de vez en cuando. Hubo un paciente, un niño de siete años, que padecía un linfoma en fase terminal. Cuando un enfermo llega a este estadio, máxime si es de corta edad, la comunicación entre paciente y familiares se resiente, en un intento de estos de no hacer frente a la muerte y así proteger al pequeño. Es evidente que se trata de una equivocación por parte de la familia, pero la aceptación de la muerte no resulta fácil, sobrecoge y atemoriza, sobre todo cuando los implicados son niños. Sin embargo, ese pequeño expresaba sus dudas y miedos dibujando caballos. Lo hacía siempre que podía, cada vez que el tratamiento le daba un respiro. Tomaba papel y lápiz y dibujaba un caballo con mano diestra. Cuando Amalia se dio cuenta, comenzó a contarle todo lo que sabía sobre esos animales, sus experiencias como amazona, sus logros en no sé cuántos concursos de hípica en los que había tomado parte, lo que redujo la angustia del pequeño...

Creo que me estoy yendo por las ramas. Lo que quería señalar es que Amalia siempre fue una persona decidida, resolutiva, con mucha iniciativa, valiente como la que más, y esas virtudes de su carácter las conservó hasta el último día. No, no parecía una mujer sometida o humillada. Nunca me dio esa impresión.

De hecho, la tarde de la agresión fui yo quien la acercó a su casa porque estaba lloviendo. No había temor en ella. Ningún atisbo de preocupación en su comportamiento. Nos dimos un beso de despedida y quedamos para tomar café al día siguiente en el hospital, como siempre.



El testimonio de Carmen Solís llevó a la inspectora a revisar las fotocopias de un cuaderno de notas que la propia Amalia Finisterre había estado redactando durante dos años y medio, cuyo título era *Cuidados al final de la vida*.

Los apuntes —en muchos casos meros fragmentos u observaciones—, recogían algunos testimonios más prolijos y elaborados, lo que evidenciaba la importancia que la víctima le había dado a esos casos. Incluso se diría que aquellas notas tenían vocación de textos, como si las hubiera escrito con la intención de completar un libro en un futuro. En cierta forma, aquel cuaderno se había convertido en el legado póstumo de Amalia, ya que los recuerdos de su vida pasada estaban muertos, de ahí su importancia. De modo que aquella colección de frases y textos más o menos ordenados reflejaban el verdadero pensamiento de Amalia, una mujer franca y directa, lúcida y justa, sensible y comprometida, a tenor de los comentarios vertidos en aquel conjunto de páginas.

Uno de los epígrafes, fechado el 14 de febrero de 2018, comenzaba con la siguiente cabecera:

<< P., el terrorista íntimo>>

Se trataba, sin duda, del desgarrador relato de un maltratador en su lecho de muerte.

Llega el momento de la «lucidez mental» o «lucidez terminal» para P., ese fatídico día que todos los que nos dedicamos al menester de cuidar moribundos sabemos que es la antesala de la muerte. Da igual que el paciente se encuentre en estado casi vegetativo o padezca graves desórdenes mentales, de pronto recobra una extrema lucidez que sorprende a médicos, personal sanitario y familiares, pocas horas antes de fallecer. Incluso he conocido el caso de un paciente esquizofrénico en estado catatónico durante dos décadas que experimentó un brote de lucidez veinticuatro horas antes de fallecer. Otro tanto sucedió con una enferma de Alzheimer, que llevaba sin reconocer a ningún miembro de su familia más

de cinco años, y que veinticuatro horas antes de morir conversó con ellos con total normalidad, recordando el nombre de cada cual.

El caso de P., en cambio, fue singular por cuanto que no tenía a nadie que lo acompañara. Un cáncer terminal de hígado con metástasis en el páncreas lo había ido devorando hasta adormecerlo casi por completo. No obstante, antes de llegar a esa situación, solicitó los cuidados al final de la vida, por lo que me asignaron su cuidado. Poco pudieron hacer los médicos, los psicólogos o los farmacéuticos, ya que cada día pasaba menos horas consciente, ensimismado en una soledad pertinaz, no solo interior sino también exterior, social. No recibía visitas, por lo que el único contacto con otros seres humanos era el que entablaba con los miembros del equipo que nos encargábamos de sus cuidados, sobre todo conmigo. Siempre parco y quejoso, como si antes de hablar tuviera primero que rumiar las palabras, decía temerse a sí mismo, a sus pecados. Algo que me repitió varias veces en distintas ocasiones, aprovechando los cuidados rutinarios que yo le procuraba, el cambio de alguna vía o de alguna venda, y cosas parecidas. A menudo, los pacientes en estado terminal no saben pedir ayuda, se quedan bloqueados, a veces incluso en estado de *shock*, así que envían señales a través del subconsciente. Como creí que ese era el caso, le conté al psicólogo del equipo lo que ocurría, quien propuso a P. una charla con un sacerdote, por si lo que estaba demandando era asistencia espiritual. Se confesó ateo y se negó en rotundo a recibir a nadie, salvo a la muerte.

Un par de días después de aquello, P. me dijo con cierto tono de reproche: «Lo único que yo quiero es hablar con una mujer. Quiero confesarme con una mujer, y no con un maldito cura afeminado».

Le respondí que yo lo era, que podía contarme lo que quisiera.

Pero dicha confesión no se produjo, como digo, hasta el día de la «lucidez mental» de P., pocas horas antes de su fallecimiento.

Entonces, sumido en aquella tormenta química que anegaba su cerebro moribundo, se dirigió a mí para pedirme perdón en nombre de todas las mujeres, sobre todo de una en particular, la suya, su esposa, con la que había estado casado durante quince años, y a la que había asesinado después de maltratarla todos y cada uno de los cinco mil cuatrocientos setenta y cinco días que había durado su matrimonio.

«No duró un día más porque la asesiné el día de nuestro decimoquinto aniversario», confesó.

Me quedé atónita, claro está.

Una no está preparada para asumir que el enfermo al que está ayudando a morir con el menor sufrimiento posible, sea un maltratador, un asesino en suma.

«La maté, señorita —prosiguió—, la maté y estuve en la cárcel un buen puñado de años, pero ahora me doy cuenta de que no fue suficiente. Y no lo fue porque, a pesar de todo, a pesar de ser yo el verdugo, nunca la perdoné y, en consecuencia, jamás le pedí perdón ni me arrepentí. La cosa se torció cuando ella comenzó a trabajar y se volvió independiente. ¡Necesitaba tener su espacio, realizarse como mujer, como ser humano autónomo!, me dijo. ¿Puede creerlo? ¡Cómo si nuestro hogar fuera una cárcel! ¿Acaso el matrimonio no es la comunión de dos almas hasta que la muerte las separa? Todavía me pregunto quién le metió esa basura en la cabeza. A veces, ni siquiera estaba cuando yo llegaba a casa, así que comencé a recelar. Primero empecé a llamarla puta y vaga, y a decirle que no valía para nada, porque la mujer ha de demostrar su importancia en casa y no en la calle, que es donde trabajan las prostitutas. Una mujer que preserve su dignidad no puede ser una guitarra que todo el mundo manosee. Una guitarra que es tocada por muchos guitarristas acaba desafinando. ¿No le parece? La mujer es o tiene que ser, ante todo, “un ángel del hogar”. Y mi esposa, con tanto entrar y salir, con tantas ideas tan alejadas de las mías, se había convertido en otra cosa.

»Luego, poco a poco, la ira se fue apoderando de mí, imaginaba cosas, engaños, relaciones extramatrimoniales, hasta que acabé obsesionado con la idea de matarla.

»Un día, simplemente, ese sentimiento me desbordó.

»Imagine que pone a calentar un cazo de leche y no lo retira del fuego a tiempo. Cuando alcance el punto de ebullición, el líquido rebosará sin remisión, sin posibilidad de dar marcha atrás. Pues algo así fue lo que me sucedió. Entré en ebullición, porque algo me quemaba por dentro. Mi ira se desbordó.

»Lo demás vino por añadidura: el proceso, la condena, la prisión. En cambio, el remordimiento jamás hizo acto de presencia. Nunca apareció, nunca me visitó.

»Aunque fue precisamente una visita lo que terminó por afianzar mis sentimientos, si me permite expresarlo en esos términos.

»Años más tarde, estando yo en prisión cumpliendo condena, mi hija vino a verme. Ella era el único fruto de aquel matrimonio. Lo único que había perdurado de aquella relación fallida. Se presentó ante mí, según me dijo, impulsada por la curiosidad de saber por qué había obrado de aquella horrible manera, por qué la había privado de tener una infancia normal, feliz, bajo la protección de un padre y una madre. ¿Por qué esto y por qué lo otro? Ansiaba respuestas. No podía vivir sin ellas, no podía realizarse como mujer sin mirar en ese desván que son los recuerdos familiares; se sentía incompleta, en suma, le faltaban piezas para terminar el rompecabezas de su infancia, todo resultaba demasiado confuso e incomprensible, de ahí que hubiera ido a verme en contra de su voluntad.

»Le respondí sin titubear que había cometido aquel crimen porque en mi matrimonio yo era el padre y la madre, el hombre y también la mujer, porque yo no solo era dueño de mi vida, sino también de la de su progenitora. De la misma manera que mi vida le pertenecía a su madre, con la salvedad de que ella me había traicionado. Le dije que, en cierta forma, tenía que darme las gracias, porque de haber dejado con vida a su madre me habría apropiado de la suya, de su infancia, que también me pertenecía. Ambas me pertenecían. La vida de su madre y la suya. Incluso cabía que, con el paso del tiempo, hubiera acabado abusando sexualmente de ella. Era mi derecho, y yo he sido siempre hombre de ejercerlos. De modo que si ella había logrado crecer en libertad era gracias a que yo había dado muerte a su madre.

»Para concluir, le aseguré que de tener una segunda vida obraría de la misma manera, porque dejar con vida a su madre, mi esposa, que era mía y de nadie más, habría sido lo mismo que vivir con una pierna o un brazo amputado. Y yo no podía vivir como un ser imperfecto. Tienes que entenderme, le dije, ya que tú misma acabas de confesarme que te sientes una persona incompleta sin mis respuestas, pues yo me sentía igual si no

ejercía el dominio, la posesión, el control. Solo de esa forma podía llevar una vida plena y satisfactoria.

»Recuerdo que su mirada chocó frontalmente contra mi crueldad. En realidad, no comprendió una sola palabra de las que pronuncié, que yo me atreviera a comparar mis motivos con su situación, a equipararme con las víctimas, su madre y ella, como si yo lo fuera también. Es lo que les ocurre a las personas con buen corazón, resultan demasiado vulnerables para aceptar con resignación la realidad del mundo, el dolor que esta causa, el sufrimiento que es inherente a su esencia, como una piel lo es a un cuerpo, lo que provoca que seres como mi hija se pasen la vida padeciendo. Arránquele la piel a un cuerpo, despelléjelo estando vivo, y ya verá qué sucede.

»La vida es un dolor continuo, sí señora, un dolor que para mí, por fortuna, se termina ahora».

Por primera vez en mi vida, vomité delante de un paciente, lo que provocó que P. esbozara una sonrisa, como si mi reacción fuera un nuevo triunfo, el último, delante de una mujer.

P. murió al día siguiente y, en contra de mi costumbre, no abrí la ventana de su habitación para que su alma volara libre, lejos de allí. De alguna manera, dejé su espíritu encerrado en aquel cuarto, en aquella pequeña cárcel que pronto ocuparía otro enfermo terminal, para que penara por sus acciones.

Un acto pueril que me ponía en el bando de las personas a las que sus corazones hacen vulnerables, como había anticipado aquel monstruo.

Sé que obrando de esa manera he traicionado los principios éticos y morales que un día me empujaron a especializarme en los cuidados al final de la vida, pero la confesión de P. me ha abierto los ojos y me ha hecho comprender que hay lugares donde la vida no puede darse, seres humanos cuyos interiores están tan yermos como lo son los desiertos o los cráteres de los volcanes. Hombres con corazones de piedra y esencia de minerales.



Pensar en la suerte que había corrido Amalia, en la carga premonitoria de aquellas palabras, hizo que la inspectora Toledano volviera a estremecerse, máxime cuando aquel cuaderno, diario, o lo que fuese, guardaba otra clave del caso. Según se deducía de un capítulo posterior, en el que no figuraba la fecha, el padre de Matías Almeida había sido su paciente, al que había ayudado a morir. Fue bajo esas dolorosas circunstancias cómo Amalia y Matías hijo se habían conocido.

Cuando el equipo de Soporte Domiciliario de Cuidados Paliativos me envió al domicilio de M.A., me preparé para lo peor a tenor de la enfermedad que aquejaba al paciente. Un cáncer de huesos que había provocado la rotura de dos vértebras y del fémur de su pierna derecha estando tumbado en la cama. Por contra, me encontré a una persona ajena al Síndrome de Desmoralización, con un elevado umbral del dolor; un hombre sin miedo a la realidad ineludible de la muerte que le esperaba a la vuelta de la esquina.

M.A. me dijo que no solo quería de mí que le ayudase a mitigar el dolor, sino también a no olvidar aquellas cosas que deseaba dejar resueltas antes de emprender «el último viaje». Después de emplear esa expresión — último viaje—, me dijo que, pensándolo bien, quienes creían en la vida en el más allá, como era su caso, deberían decir «el primer viaje», pues la muerte era el final de una clase de vida, la terrenal, pero también el comienzo de otra.

Hoy M.A. me ha dicho: «Siempre me he preguntado por qué vivir requiere ocupar tanto espacio físico y emocional. Para vivir hay que invadir a los demás, ocuparlos, extraer algo de ellos, a ser posible lo mejor. Sí, sin duda, vivir es un acto de vampirismo. Así que podría decirse que, en cierta forma, todos somos parásitos, todos nos alimentamos, al menos en el plano emocional, de terceras personas. Claro que en el lote también engullimos lo malo de ellos, nos contagiamos con sus defectos, incluso de sus enfermedades, por lo que a la postre todo resulta demasiado complicado. El bien y el mal en la misma ecuación, conformando ese virus para el que no

existe vacuna que es la vida. Ahora albergo la esperanza de que la muerte solvente ese problema, que me libere de depender de la felicidad de otros para conseguir la mía propia. Decía Oscar Wilde que algunas personas causan felicidad a donde van; otras, en cambio, la procuran cuando se van. Bueno, ha llegado la hora de irme, de manera que espero que mi marcha deje tanta felicidad en este mundo como la que espero alcanzar en la próxima vida. Sí, soy de esas personas cuya desaparición causará alivio a los que me rodean. Con un poco de suerte, tal vez la muerte sea lo que dicen que es: una liberación tanto para el que se marcha como para los que se quedan».

He conocido al hijo de M.A., que se llama igual que su padre. Estaba recién llegado de Alaska, donde ha estado conduciendo un camión de gran tonelaje, y lo primero que me ha preguntado era si su padre gozaba de la lucidez suficiente como para que él pudiera pedirle perdón. No es la primera vez que un familiar me plantea una cuestión como esa; sin embargo, no es tan frecuente que ese mismo allegado se empeñe en confesarme sus «pecados»: los años de mutuo desafecto, los encontronazos por tener ambos un carácter parecido, la violencia de una y otra parte — que, al parecer, la había habido—, el sufrimiento de una esposa y madre frente a tanta incompreensión e intolerancia, con el corazón partido en dos mitades.

Ni M.A. padre ni M.A. hijo parecen malos tipos. No percibo más pecados en ellos que un exceso de orgullo y de temperamento mal gestionados. Algo común entre las personas que comparten demasiados parecidos, por otra parte.

Ahora lo único que les queda a ambos es tratar de mitigar el desgaste de tantos años mostrando cierta vehemencia pretendidamente reparadora. El vano intento de coser la herida por fuera sin tener en cuenta las cicatrices abiertas en el interior; que solo sanan con el paso del tiempo, algo de lo que ya no disponen.

«Allí donde ronda la muerte encontrarás a una persona dispuesta al arrepentimiento y otra a la absolución», debería decir un adagio.

«Durante muchos años, el lazo de sangre que me unía a mi padre se transformó en un nudo gordiano —me confesó Matías hijo—, que ni siquiera nuestro parentesco podía deshacer. Al revés, nuestra proximidad lo hacía cada vez más fuerte. Nos apretaba cada día más. Hasta que ambos terminamos por asfixiarnos. No podíamos respirar el mismo aire, menos en la misma habitación. Ahora me arrepiento de no haber intentado comprender al viejo cuando era el momento de hacerlo, de no haber dado mi brazo a torcer, porque eso me hubiera ayudado a conocerme mejor, ya que yo estaba hecho a su imagen y semejanza; formaba parte de su reflejo, pero era incapaz de verlo, de verme, puesto que mi orgullo me cegaba y me impedía ver más allá de mí mismo».

La casita situada en la calle del Pintor Ferrandis, en El Cabanyal, una especie de pequeña Alhambra pero con papel pintado de flores en las paredes y decorada con decenas de figuritas de porcelana esmaltada, resultaba del todo extemporánea frente a aquel hombretón de un metro y ochenta y ocho centímetros que, al parecer, estaba a punto de romper a llorar movido por el arrepentimiento. Cuando terminó su confesión, me pareció tan pequeño y frágil por dentro como una de las figuritas de Lladró que adornaban el saloncito, lo que terminó por conmoverme. Luego, cuando por fin el hijo se enfrentó al padre en el lecho de muerte, este me pidió que abriera la ventana de par en par, puesto que lo que tenían que decirse habría de ser oído por la brisa del mar, la misma que había estado presente en todos los grandes acontecimientos de sus vidas. Obedecí, escruté el vecino mar, cuya superficie estaba levemente rizada, y salí de la estancia dejando solos a los dos hombres.

Unos días más tarde, Amalia había escrito en su cuaderno de *Cuidados al final de la vida*:

Vi cómo el alma de M.A. abandonaba su cuerpo y salía por la ventana, la misma que fue testigo de la reconciliación de padre e hijo. La muerte no se parece a lo que nos han contado, por mucho que la medicina se empeñe en reafirmar sus postulados racionalistas. Mucha gente se ríe de mí cuando les cuento que he visto a una docena de almas abandonar sus cuerpos una vez producido el fallecimiento. Se trata de una sustancia sutil, una suerte de humo —no encuentro otra palabra para definir lo que es inefable— casi imperceptible, pero real para quien lo presencia. Es consistente e inconsistente al mismo tiempo. Lo curioso es que las personas que se ríen en mi cara, cuando les hago partícipes de estas experiencias, son las mismas que niegan la muerte como si se tratara de un fenómeno sobrenatural. De hecho, en cuanto superan la barrera de la desconfianza, descubres que para ellos la muerte se limita a la corrupción de la carne, cuya consecuencia última es la nada. Y la nada, por ser eso, es para ellos casi peor que la idea de la muerte en sí misma. Por ese motivo arrumban al familiar enfermo en un hospital o en un geriátrico, lo aíslan del resto del mundo, ese que consideran real y aprovechable, para que la muerte no les salpique. La vida se convierte así en la negación de la muerte. En su antagonista, en su némesis. Ni siquiera aceptan o admiten que la una sea la consecuencia de la otra, que el ciclo natural de la existencia abarque vida y muerte, que ambas sean unitariamente indisolubles. No me cabe la menor duda de que si alguno de estos locuaces y descreídos allegados tuviera la oportunidad, depositaría a su familiar fallecido en un contenedor de desperdicios y santas pascuas; puesto que tienen el convencimiento de que la muerte es algo de lo que, a la postre, se puede prescindir.

Ya son pocas las personas que mueren en sus casas, y eso es debido al miedo de los familiares a que el óbito tenga lugar en el mismo espacio donde transcurre la vida, sus vidas. No quieren tener que convivir con un muerto —por muy querido que sea o haya sido— en la alcoba, cerca de la cocina o de la salita de estar, donde comen y ven sus programas de televisión favoritos.

Para mí, en cambio, la muerte es un horizonte.

Yo dije: «Muéstrame la escalera, para que pueda subir al cielo».
Él respondió: «Tu cabeza es la escalera, pon tu cabeza bajo tus pies».

Las palabras de Amalia cobraban aún más fuerza teniendo en cuenta que ahora no estaba viva ni muerta. O para ser más exactos, ahora que se había convertido en otra persona, en alguien incapaz de identificarse con ninguno de los pensamientos que dieron forma a su personalidad, que la modelaron hasta hacer de ella una mujer adulta.

«Tu cabeza es la escalera, pon tu cabeza bajo tus pies», repitió la inspectora con voz tenue.

«Amalia, el problema es que, en efecto, pusiste la cabeza bajo tus pies, sin contar que un malnacido retiraría la escalera», masculló a continuación.

Ni siquiera los ocho o nueve cafés que bebía al día conseguían espolearla con tanta eficacia como aquellos comentarios, tan lúcidos como certeros. Eran los pensamientos y opiniones de una mujer cuya existencia había sido borrada de manera violenta. Eran los recuerdos de una mujer que ella se había empeñado en rescatar a toda costa. Se lo debía a Amalia — como ariete de todas aquellas mujeres que habían sido sometidas y anuladas a través de la violencia—, y a ella misma.



El siguiente testimonio en ser revisado por la inspectora Toledano fue el de Carmen María Lozano, la vecina de puerta de Amalia:

Encontré a Curro en el descansillo, maullando. Pensé, claro, que se había escapado al entrar Amalia en la casa. Toqué el timbre en varias ocasiones, sin obtener respuesta. Luego golpeé la puerta con el puño, con idéntico resultado. De partida, la situación se antojaba extraña. Volví a repetir la misma operación cinco o seis minutos más tarde, por si Amalia se estuviera dando una ducha y el gato se hubiera escapado en un descuido. Pero nada.

Así que fui a por el juego de llaves que ella me había proporcionado para que pudiera entrar en la casa los días que me tocaba cuidar de su gato. Eso solía ocurrir dos o tres veces a la semana, cuando tenía turno de noche o la situación de un paciente, de uno de sus «enfermitos», como los llamaba, había entrado en fase crítica y no quería dejarlo morir solo. Yo trabajo en el Mercadona del Carrer dels Centelles, el de la Ruzafa, y suelo llegar a casa entre las nueve y media y diez de la noche. Los días que Amalia está de guardia, yo le echo una mano con el gato: le pongo agua y le sirvo granillo en su escudilla. Curro es un animal apacible y tranquilo, una bola de pelo pelirrojo de ojos profundos de color verde esmeralda, al que no le gusta la aventura, y encontrarlo en el descansillo de la escalera, maullando junto a la puerta de la vivienda, lo era. En resumidas cuentas: cogí el juego de llaves y entré en la casa. Nada más superar el recibidor, encontré a Amalia tumbada en el suelo de la salita de estar. En realidad, no podía asegurar que se tratara de ella, porque su rostro era un amasijo de carne ensangrentada. De hecho, había sangre por todos lados. La escena era tan confusa y dramática que ni siquiera supe discernir si estaba viva o muerta. A su alrededor, había unos trozos de cuerda de cortina, y también una silla hecha añicos, cuyos trozos estaban desperdigados por la estancia. Recuerdo que una de las patas, teñida de rojo, tenía pelo adherido, cabello de Amalia. También resultaba intempestiva la camisa de caballero que vestía como única prenda. Ni siquiera llevaba puestas unas bragas. Su sexo, desnudo y a la vista, parecía ajeno al cuerpo al que pertenecía. La escena recordaba a la de un naufragio, en el que el cuerpo de Amalia —junto con otros restos de la embarcación—, flotaba inerte sobre las aguas del mar rojo que era su propia sangre. La sensación de estar contemplando un naufragio se acrecentó cuando aquel escenario comenzó a moverse, a volverse inestable a mis ojos, fruto de un leve mareo que me causó la visión de la escena. Tardé una eternidad en ser capaz de marcar el número de emergencias. Las manos me temblaban, los dedos se me agarrotaron, y hasta los dientes comenzaron a castañearme. Cuando oí una voz femenina al otro lado del teléfono, las palabras no sabían cómo convertirse en tales. Creo que al fin pude decir: «Mi amiga está malherida, manden a alguien para que nos ayude. Es muy urgente», y di la dirección. Entonces la misma voz me dio instrucciones para que le

practicara un masaje cardiorrespiratorio a Amalia, por si hubiera sufrido una parada cardíaca. Pero ni siquiera fui capaz de acercarme a su cuerpo, primero porque no parecía su cuerpo —la abundancia de sangre, la forma antinatural de algunos miembros, la rigidez general, todos esos elementos les negaban a mis ojos que se tratara del cuerpo de Amalia—, y segundo porque el miedo me mantenía paralizada. Tenía la sensación de encontrarme dentro de algo irreal, de una ficción, como si hubiera ido al cine y en un momento dado hubiera abandonado mi butaca y saltado dentro de la pantalla para tomar parte de la acción. La verdad, en un primer momento ni siquiera relacioné lo ocurrido con un caso de malos tratos. Pensé en un asesinato, pero no le puse nombre y apellidos. No me acordé de Matías cuando vi que Amalia llevaba enfundada una camisa de hombre. Una cosa está clara: la puerta no estaba forzada, así que quien le propinó la paliza entró con el consentimiento de Amalia o disponía de su propio juego de llaves. En ambos casos, se trataba de alguien conocido, de confianza. Sí, he oído que el principal sospechoso es Matías Almeida, pero si le soy del todo franca yo llevaba sin verlo por el edificio más de seis meses. Tampoco puedo proporcionarle muchos detalles sobre su carácter, porque paraba poco en el piso de Amalia. Sé que llegaron a vivir juntos, y que él viajaba mucho. Era camionero. Aunque su aspecto era más de galán que de hombre rudo. Eso sí, Curro sentía adoración hacia su persona, porque hasta que rompieron era Matías el que se encargaba de su cuidado cuando Amalia hacía el turno de noche. Me consta que Matías y el animal se dedicaban zalamerías. Conmigo y con el resto de vecinos se mostraba siempre discreto y educado. Se notaba más su presencia por el rastro que dejaba su colonia que por sus apariciones. Siempre lo consideré un hombre tranquilo. En el tiempo que duró su relación con Amalia, nunca oímos una palabra destemplada o una discusión. No sé qué más puedo decirle, salvo que hago votos por la recuperación de Amalia. Si llega ese día, Dios mediante, le devolveré a Curro, quien vive ahora conmigo. El pobre animal se ha vuelto aún más taciturno.



Al testimonio de Carmen María le siguió el del doctor Jorge Bolaños, jefe del equipo interdisciplinar de cuidados paliativos al que pertenecía Amalia:

Amalia es una mujer valiosísima —permítame que hable de ella en tiempo presente, pues es así como quiero recordarla—, una enfermera de sobresalientes conocimientos de su oficio y de una condición humana superlativa. Digamos que los voluntarios que forman parte de nuestros equipos, han de tener una sensibilidad especial; sin ella se levantaría un muro entre ellos y nuestros pacientes, lo que sería contraproducente para los fines que perseguimos: paliar o minimizar el tránsito entre la vida y la muerte. El camino no resulta sencillo, no es una tarea fácil, como podrá imaginar, pues estamos hablando del momento más trascendente en la vida de una persona, que es cuando está a punto de perderla. De modo que las relaciones personales tienen un claro efecto terapéutico para el enfermo y sus allegados. Sin embargo, es preciso señalar que, llegado el momento, es necesario no dejarnos llevar por las emociones. De entre todos los que conformamos la familia de cuidados paliativos, son los enfermeros y enfermeras a los que más trabajo les cuesta establecer una distancia de seguridad, un cortafuegos emocional, puesto que son ellos los que mantienen un trato directo y continuado con los pacientes. Sin este contacto no podríamos manifestarle al paciente en qué va a consistir nuestra ayuda y el tipo de cuidados que vamos a ofrecerle. La comunicación no se ciñe al lenguaje hablado; también se refiere al no verbal. De hecho, el lenguaje no verbal alcanza el setenta por ciento de la comunicación entre enfermero y paciente. Por ejemplo, todo el mundo sabe que el rostro de una persona es el primer emisor de información emocional, y sirve para expresar cosas que no precisan ser dichas con palabras. Conforme es mayor el número de miradas que se dedican dos personas, por ejemplo, mayor es a su vez su vinculación afectiva y la confianza mutua. Pero todo esto de lo que le hablo ha de hacerse con medida, bajo un estricto control emocional.

Lo cierto es que a Amalia le costó varios meses adaptarse a esta mecánica, hasta el punto de que en cierta ocasión se enamoró —o al menos creyó estarlo— de uno de sus pacientes, un joven de padre británico y

madre española llamado Jimmy, Jimmy Benson. Se daba la circunstancia de que, en cierta forma, Jimmy era uno de los nuestros. Trabajaba de celador y solía ayudarnos a trasladar a los enfermos de un lugar a otro. Cuando le fue diagnosticado el síndrome de Guillain-Barre, todos lo sentimos en el corazón. Aunque ninguno pensamos que las cosas pudieran complicarse como lo hicieron, ya que incluso los casos con peor pronóstico suelen recuperarse por completo. La enfermedad, relacionada con el sistema inmunitario, ataca los nervios periféricos, llegando a producir una parálisis casi total. Por desgracia, esa fue la evolución que tuvo el pobre Jimmy. Si no recuerdo mal, él era uno o dos años más joven que Amalia. Cuando su situación empeoró, solicitó que fuera nuestro equipo quien lo llevara hasta el umbral de la muerte, y eso complicó la objetividad de Amalia, que acabó subyugada frente a la situación. No, no resultó fácil que deshiciera aquel nudo. Afortunadamente, acabó comprendiendo que ese enamoramiento era fruto de las circunstancias, que el afecto y la calidez, que el sentimiento de comprensión entre ambos tenía como finalidad última que Jimmy pudiera sentirse confortado en la hora de su muerte, y no verse arrastrado a una boda *in articulo mortis*, que fue una de las cosas que ambos llegaron a plantear. Se montó cierto revuelo, como se podrá imaginar, la familia del paciente solicitó que Amalia fuera apartada, pero Jimmy se negó. Incluso amenazó con dejarse morir si ella no permanecía a su lado.

Desechada la idea de la boda las cosas volvieron a la normalidad.

Al cabo de los días, Jimmy falleció en paz, con sus manos entrelazadas con las de Amalia.

Como consecuencia de aquello, Amalia siguió entregándose en cuerpo y alma a su trabajo, pero se volvió más reservada en lo concerniente a sus relaciones personales. Verse demasiado expuesta no le sentó bien; se dio cuenta de cuán vulnerable era por culpa de su sensibilidad a flor de piel, y de los problemas que este hecho podía acarrearle. Así que empezó a esconderse dentro de su caparazón, como hace la tortuga cuando intuye un peligro.

No he vuelto a conocerle otra relación sentimental, aunque a tenor de lo vivido con Jimmy aseguraría que es propensa a tenerlas. Si me permite una opinión muy personal, Amalia tiene la imperiosa necesidad de cuidar de

alguien sano, después de vaciarse con aquellos que habitan el delicado reino de los enfermos terminales. Un lugar donde el materialismo en el que vivimos inmersos, donde las cosas de este mundo, por llamarlo así, carecen de valor.

Amalia es de esas personas preclaras y valientes que no se ponen una venda en los ojos a la hora de enfrentarse a la muerte de los demás. Todo lo contrario. Su manera de afrontar la enfermedad ajena tiene su raíz en su creencia de la transcendencia del alma, de ahí que su humanismo sea extremadamente respetuoso. A mí siempre me ha gustado llamar a Amalia «confesora de almas», dada su gran capacidad para escuchar al prójimo, para empatizar con su situación y plantearle la posibilidad de un futuro, como digo, trascendente.

No quiero que piense que Amalia es una *rara avis*. En absoluto, el enamoramiento entre pacientes y médicos, entre enfermos y personal sanitario es más corriente de lo que pueda parecer a simple vista. Aunque hay que andarse con pies de plomo, puesto que muchos de estos casos están cimentados sobre la dependencia afectiva del paciente hacia su médico, en el que ha confiado su salud, incluso su vida, por lo que este no debe de abusar de su posición de privilegio.

Con todo y con eso, a veces las situaciones se acaban escapando de nuestro control. Y lo hacen gracias al amor, sin duda el motor que hace que el mundo siga funcionando.

Sí, estoy completamente seguro, Amalia es tan fuerte en lo profesional como vulnerable en lo sentimental.

Si alguien no merece que le pase lo que le ha ocurrido, esa es Amalia.

La inspectora recordó que el nombre de Jimmy Benson, —bajo las iniciales J.B.—, aparecía también en el cuaderno de *Cuidados al final de la vida* de Amalia. Se trataba de un texto breve y enigmático que la confesión del doctor Bolaños había dotado al fin de sentido:

He tardado un tiempo en darme cuenta de que no era el afecto que sentía por J.B., sino el efecto de su enfermedad, lo que me rompió el corazón. Como si la consecuencia inevitable de su muerte me hubiera obligado a enamorarme de él, tal vez para compensar el trágico final al que estaba abocado.

Alguien me dijo en cierta ocasión que el amor, cuando es verdadero, te convierte un poco en el otro; y que si no te sientes así, entonces no es el amor el que está actuando sobre ti sino el amor propio, que es algo muy distinto.

En el último instante del último día, me acerqué a la cabecera de la cama de J.B., y le recité en susurros ese fragmento del poema «No decía palabras», de Luis Cernuda:

No decía palabras,
acercaba tan solo un cuerpo
interrogante,
porque ignoraba que el deseo es una
pregunta
cuya respuesta no existe,
una hoja cuya rama no existe,
un mundo cuyo cielo no existe...

Llegados a ese punto, la emoción ahogó mis palabras, así que dejé de leer. Entonces J.B. me apretó la mano, con suavidad, con tacto, como si yo fuera un ser frágil. Con ese pequeño gesto me estaba diciendo que era suficiente, que me agradecía todo lo que había hecho por él, que el final estaba próximo.

Unos minutos más tarde, exhaló su último aliento.

Murió con los ojos cerrados, como si le pesaran los párpados, como si estuviera sumido en un profundo sueño del que no quería despertar.

¿Soñaba conmigo?

¿Sueñan los muertos? ¿O ya no tienen necesidad de hacerlo?

Hay tantos cielos que creemos que existen, y otros tantos que sabemos con certeza que no son posibles...

El sufrimiento, en cambio, es tan certero, tan cierto, tan afilado, tan inapelable...

El problema de muchas preguntas no es que estén faltas de respuesta, sino que son demasiadas las preguntas cuyas repuestas están faltas de esperanza...

Llegados a este punto, es preferible esconderse en los pliegues de un sueño.

Soñar despierta, vivir dormida; soñar la vida que nos gustaría vivir, y rebelarnos frente a la vida que nos ha tocado en suerte...

¿Acaso existe otra forma de esquivar la derrota?

Siempre que Sarah se enfrentaba a aquellas palabras, se preguntaba si Amalia había vivido la vida que había soñado o la vida que le habían dejado vivir. Incluso pensaba que, tras la pesada carga de melancolía que arrastraban sus reflexiones, la joven anhelaba encontrar una salida al margen de la vida que le había tocado. Tal vez una vida ensoñada —tal y como se insinuaba en aquel texto—, como la de un personaje de novela, separada de la realidad por el universo de palabras y la imaginación del autor. Una creación finita, hecha a medida como un traje. En su opinión, Amalia acentuaba su frustración, su desazón —ya fuera con signos o expresiones de tristeza o de abatimiento— conforme iba perdiendo el control de la situación, según la muerte iba apoderándose del escenario donde ella representaba el papel de contrapeso. La muerte de sus «enfermitos», como ella los llamaba, le producía una hemorragia interna que trataba de contener a través de sus creencias, de ese mundo trascendente en el que, al parecer, tenía depositadas sus esperanzas. ¿Era así? ¿Estaba en lo cierto? Por desgracia, como Amalia, tampoco ella estaba en disposición de encontrar respuesta a aquellas preguntas.

Comió frugalmente, en silencio, mientras el camarero se encargaba de recargar la batería de su ordenador portátil en el interior del establecimiento a petición de ella.

Unos bañistas llamaron su atención, y recordó que en los cinco años que llevaba viviendo en Valencia nunca había tomado un baño de mar. De hecho, le gustaba contemplar el mar, abstraerse observando la línea curva de su inabarcable horizonte, le atraía el flujo de las corrientes, las olas coronadas de espuma, el bramido de estas al estamparse contra las rocas, pero no meterse en él. Ni siquiera le agradaba el contacto de su piel con la arena de la playa.

Por alguna razón desconocida, la visión de aquellos bañistas le llevó a recordar otra de las reflexiones de su excompañero Lautaro Heller, hombre agudo y melancólico:

«¿Qué hace distintas a las personas? El amor, la capacidad de dar y de recibir amor, eso es lo que las distingue. Detrás de todo criminal se esconde alguien que no sabe amar».

«Sin embargo, estoy segura de que Matías Almeida sabía amar, aunque fuera a su manera», se dijo a sí misma.



A continuación, con un nuevo café americano entre sus manos, se sumergió en la escucha de los testimonios de la otra cara de la moneda: la declaración de la madre del acusado, Rafaela González, y del propio Matías Almeida, quien al enterarse de lo ocurrido, de que se había convertido en el principal sospechoso de la agresión sufrida por Amalia, le había escrito una carta a su progenitora para que la entregara a la policía.

No, mi Matías no le puso una mano a esa muchacha. Mi Matías siempre ha sido de respetar a las mujeres. De regalarles colonias y alhajas. De tratarlas

como a reinas, como hacía su padre conmigo. Yo misma me encargué de enseñarle esa lección. Eso es lo que vio en la casa. Ni siquiera tuvo que aprenderlo en la escuela. De modo que todo lo que se dice, todas esas habladurías que corren como un río de mercurio por las venas de tanto meticón y meticonas son solo mentiras. Que un rayo fulmine a todos los calumniadores, a esos periodistas que solo buscan un titular que ensucie el nombre de mi hijo. Son los mismos que han escrito que Matías amortajó a Amalia con una camisa suya quienes deberían ir a la cárcel por difamadores. Otra cosa muy distinta es que quien lo hiciera, el verdadero agresor, buscara desviar la atención; ya que después de la ruptura de Amalia y Matías, mi hijo no volvió siquiera a recoger los pocos enseres que había dejado en casa de su exnovia. Dos o tres mudas, para cuando llegaba de viaje y tenía que asearse para Amalia. Porque Matías siempre ha sido una persona pulcra, tanto en lo concerniente al aseo como en su trato con el prójimo. Sí, créame, no he conocido a nadie que trate a las mujeres con más delicadeza. Es un caballero de los pies a la cabeza. De modo que ese corpachón que tiene es solo fachada. El muy ingenuo estaba convencido de que aquel pequeño ajuar le serviría como excusa para recuperar a Amalia. Le he dicho a mi Matías que lo que tiene que hacer cuanto antes es regresar a Valencia, y contarle todo. Dar la cara. Defenderse. Decir la verdad. Pero el camión lo tiene atado en no sé qué lugar de Brasil. A mi Matías siempre le ha gustado la aventura, mucho antes de conocer a Amalia. De hecho, en mi modesta opinión, si ella lo dejó fue porque nunca lo pudo atar en corto, porque de otra manera se hubiera quedado con él para toda la vida, como me pasó a mí con su padre. Matías tiene el veneno de la conducción, como su padre, que Dios tenga en su gloria, lo tuvo con el alcohol durante veinte años. Su padre bebía, y él conducía. Su padre logró salir de la bebida y volver al recto camino; Matías, en cambio, no puede vivir sin conducir. Su recto camino, su destino, por así decir, es una carretera, aunque esté llena de curvas. Cada vez tiene la necesidad de viajar más lejos. Pero si de algo huye es de sí mismo. En el colegio era de sobresaliente en todas las materias. Hizo dos años de perito industrial, también con excelentes calificaciones, y luego otros dos de Historia, hasta que se cansó de estudiar, de dar bandazos de un aula a otra. Decía que las clases no le llenaban, que la Universidad

tenía algo de cárcel, y que los estudiantes eran presos a los que los profesores adoctrinaban en la única asignatura que les interesaba de verdad: la política. Matías decía que la política olía peor que el azufre, y que las universidades eran, en última instancia, centros de formación política y no académica. También se le daban bien los idiomas. Tenía un don. Habla todos los que cabe imaginar, los importantes. En mi opinión, Matías es un perfeccionista y un inconformista, todo a la vez. Incluso cuando le echaba el ojo a una muchacha. Buscaba a la mujer perfecta, con figura de escultura. Alguien acorde con su planta, con su forma de ser, con su orgullo. ¿Es el orgullo un pecado? Pues, depende. A veces, sí, cuando está asociado a la soberbia, a la altivez, al engreimiento o a la insolencia; en otras ocasiones, en cambio, es necesario. Hay quienes se pueden permitir ser orgullosos, y hay a quienes no les alcanza la personalidad para serlo. Así es la naturaleza de los seres humanos. Matías destilaba el orgullo de la dignidad, que es el más complejo de todos, porque no atañe solo a uno sino también a los demás, sobre todo a los que te rodean. Ese orgullo digno había convertido a mi hijo en un emancipado, en un ser independiente y al mismo tiempo solitario. Eso no quita para que mi hijo estuviera enamorado de Amalia hasta los tuétanos. Loquito estaba por ella, porque Amalia valía su precio en oro. Muchas veces, cuando yo lo llamaba por teléfono, comunicaba durante horas. Eso después de que comenzara su relación con ella, porque antes de conocerla al primer timbrazo ya me estaba respondiendo. «¿Qué pasa, madre?», me decía. Siempre me llamaba «madre», por respeto. Solo cuando estuvo en esos lugares remotos, Alaska y Siberia, era él el que tenía que ponerse en comunicación conmigo. A veces, pasaba semanas sin tener noticias de él, con el corazón encogido, temiendo que le hubiera ocurrido algo grave.

Cuando Amalia apareció en su vida para mí fue una bendición, una liberación, aunque su teléfono comunicara, aunque tuviera menos tiempo para mí. Toda madre sabe que, más tarde o más temprano, otra mujer ocupará el corazón de su hijo. Que el polluelo volará del nido. No se trata de una sustitución sino de una ley de la vida, que es la de mayor rango. Pensé que por ella dejaría la aventura, que calmaría sus ansias de huir, de buscar un nuevo horizonte que lo alejara de sí mismo. Si Amalia conseguía

que no huyera de sí mismo para estar con ella, suponía que yo también lo tendría más cerca. Me equivoqué a medias. Matías abandonó la idea de conducir por Alaska o por Siberia, pero cada dos o tres semanas se montaba en el camión y desaparecía cuatro o cinco días. Incluso una semana. Siempre con cargas peligrosas, siempre transitando por carreteras mojadas o llenas de nieve, por el norte de Europa. De modo que la relación estaba condenada al fracaso. Lo supe antes incluso que ellos dos. No, no hay mujer que soporte tantas y tan continuadas ausencias. Ni siquiera yo las soportaba como madre. Por eso cuando me dijo que lo de Amalia se había terminado, que ella lo había dejado, y que había solicitado un trabajo para conducir por la selva brasileña, no me pilló por sorpresa. Yo sabía que era cuestión de tiempo que mi hijo volviera a las andadas, porque cuando uno no está conforme consigo mismo, la enfermedad —el desasosiego, el reconcome, el malestar de la conciencia— es para siempre. Tal vez si en el horizonte de la relación hubiera aparecido un hijo, quizá las cosas habrían sido de otra manera. Aunque lo del hijo era más un deseo mío que una opción real. Ni ella ni él llegaron siquiera a planteárselo. Al menos eso tengo entendido. ¿Qué mujer quiere para su hijo o hija a un padre ausente? La paternidad sí que es un largo viaje por una carretera llena de curvas y despeñaderos a los lados. A veces, detrás de una de esas curvas lo que uno descubre es un espejo, porque los hijos sí que están hechos a imagen y semejanza de sus padres. Por eso digo que lo que mi hijo ha hecho siempre ha sido huir, una huida a ninguna parte, se llame Alaska, Siberia o Brasil.

Pero una cosa es que Matías no estuviera preparado para mantener una relación duradera, y otra muy distinta acusarlo de haber apaleado a Amalia hasta dejarla moribunda. Eso sí que no.

Tengo una carta de Matías, que me ha pedido que les entregue. Solo hay que echarle un vistazo a la letra de mi hijo —no hay un solo renglón torcido— para ver que no se trata de un asesino, que ustedes andan detrás de la persona equivocada.

Solo les pido que la lean con atención.

Aquí la tienen.

La brisa procedente del mar agitó las dos cuartillas, que componían la carta, cuando la inspectora las extrajo de la voluminosa carpeta donde guardaba los papeles fotocopiados del caso de Amalia Finisterre.

Pidió al camarero que le sirviera otro café americano, oteó el horizonte con el propósito de ampliar de nuevo su punto de vista, para de inmediato ajustarse unas gafas de sol y seguir leyendo:

A la atención de la policía:

Me llamo Matías Almeida González, y les escribo esta carta para desmentir rotundamente que haya tomado parte en la agresión sufrida por Amalia Finisterre, y menos aún que haya huido a Brasil.

Trabajo como camionero para la empresa Botuverá, en el remoto estado noroccidental de Mato Grosso. Conduzco un camión Scania R 500, y transporto soja, maíz, algodón y carne de res por las rutas de Boca da Mata y de Miritituba, cuyas carreteras están sucias y embarradas. Como dicen por aquí: «¿Dónde termina la producción agrícola de Mato Grosso? Siempre doscientos kilómetros después del asfalto». En cuanto a mi número de teléfono móvil, supongo que ya lo habrán conseguido a través del terminal de Amalia, o de mi madre, por si quieren ponerse en contacto conmigo. Aunque las conexiones son muy complicadas en esta alejada región del planeta. Eso en cuanto a mi localización.

Soy consciente de que lo primero que tenía que haber hecho al comenzar la escritura de esta carta era interesarme por el estado de salud de Amalia, pero creo que apremiaba dejar claro que no he huido de la justicia, puesto que no he incurrido en delito alguno. A lo sumo admito haber cometido un pecado: amar a Amalia. De lo contrario, no me encontraría escribiendo estas líneas. No voy a perder el tiempo reivindicando la presunción de inocencia a la que todo ciudadano tiene derecho, puesto que mi madre me ha puesto al tanto de que ya soy culpable desde el punto de vista social. Una bestia en toda regla, que golpeó a Amalia hasta dejarla a las puertas de la muerte, que la amortajó con una camisa suya, si bien, según las noticias que me llegan, erré a la hora de darle la puntilla. No, no

voy a hablar de eso, pero sí de Amalia y de mí, de nuestra relación, sobre todo de ella, porque era la parte más importante de ambos.

Soy un hombre que cree que el amor cura todas las heridas, y no un instrumento para causarlas. Diría más, si alguien sufrió malos tratos en nuestra relación, fui yo, ya que Amalia me rompió el corazón. Un día me dijo que lo nuestro no funcionaba, que entre ambos existía demasiada distancia física y emocional, lo que hacía inviable nuestra relación como pareja. Es cierto que yo pasaba gran parte del tiempo conduciendo por quién sabe dónde, pero no lo es menos que Amalia llevaba a sus «enfermitos» —así los llamaba— a casa, y eso lo complicaba todo. Los días en que uno de sus «enfermitos» moría —algo que ocurría muy a menudo—, el ambiente se enrarecía, porque Amalia, frente a tanta muerte, frente a tanto dolor, necesitaba el consuelo, el abrazo de un ser vivo. El factor humano, llamémoslo así. Algo que yo no podía darle la mayoría de las veces por encontrarme lejos. Entonces me llamaba por teléfono a Alemania, a Suecia, daba igual el lugar, y se desfogaba, me trasladaba su desaliento, pero el consuelo que yo podía procurarle desde la distancia era incompleto, porque el calor humano no puede sustituirse por unas cuantas palabras, por reconfortantes que resulten al oído. Como se suele decir, el roce hace el cariño, mientras que las palabras se las lleva el viento. La verdad, ni yo era culpable de lo que le ocurriera a sus «enfermitos», ni ella era responsable de mi necesidad de conducir a un nuevo destino por una carretera nueva. Cada uno era de una manera. A ella le apasionaba su trabajo, y a mí el mío. Aunque por distintos motivos. Para Amalia su trabajo era una forma de integrarse en la sociedad, de darse a ella, de corresponder a sus semejantes; para mí, en cambio, conducir un camión era una forma de huir, de evadirme de esa misma sociedad a la que ella vivía entregada. Digamos, por tanto, que juntos formábamos la maquinaria de un reloj que atrasaba o adelantaba, pero que nunca estaba en hora. No podía estarlo porque vivíamos desacompañados. Con eso y con todo, yo la amaba con locura. De hecho, si le pregunto a mi corazón, la sigo queriendo. La sigo extrañando con todas mis fuerzas.

Cuando rompió conmigo, quedamos como buenos amigos, entre otras razones porque Amalia no tenía enemigos. Todo el mundo la apreciaba, ya

que no existía en el planeta nadie con un corazón más grande y generoso. Amalia era empática de la cabeza a los pies. Escuchaba y comprendía a todos sus semejantes, incluso a aquellos que no merecían su atención. A nadie rechazaba. Ni siquiera lo hizo conmigo cuando rompimos. Les pondré un ejemplo de cómo era su carácter. Una noche fuimos al cine a ver la segunda parte de *John Wick*, película donde hay ciento cuarenta y un muertos. Ni uno más ni uno menos. Yo estaba seguro —la iniciativa había sido cosa mía— de que semejante carnicería no había sido de su agrado; sin embargo, Amalia se limitó a decir: «Esos ciento cuarenta y un muertos tendrían familias, padres, hermanos, muchos estarían casados, por lo que también tendrían esposas, hijos y allegados políticos, por no hablar de los amigos que todo el mundo tiene. Ningún director de películas de acción piensa en eso, como si la muerte de esos centenares de seres humanos fuera solo un adorno más dentro de un espectáculo estéril y tramposo. Sin embargo, yo sé que detrás de la muerte de una persona hay mucho más, no solo dolor y duelo, sino también muchas consecuencias que cambian a su vez las vidas de otras personas».

¿Qué podía argumentar para mejorar aquella reflexión? Me quedé mudo.

Sí, cuando Amalia me dejó lo pasé mal, muy mal, claro; y, a menudo, quizá debería decir muy a menudo, la llamaba desde cualquier remoto lugar de Europa para preguntarle cómo se encontraba, para decirle que nuestra ruptura me había sentado peor de lo que hubiera cabido esperar, que la extrañaba, que estaba dispuesto a aflojar el ritmo, a viajar menos días, a pasar más tiempo con ella. Me dijo que me quería como amigo, que le gustaría contar conmigo en el futuro, que siempre me llevaría en el corazón; pero que nuestro tiempo como pareja se había terminado, porque las relaciones no se podían establecer en base a la renuncia de una de las partes. Que eso era pan para hoy y hambre para mañana, porque el desistimiento de la mitad de la pareja hace de esta un ente incompleto.

«No se puede amar con medio corazón, como tampoco se puede abrazar con un solo brazo, por ejemplo», aseguró.

«A mí me basta con que me ames con medio corazón, o que me abrasces con un solo brazo», le repliqué.

Pero Amalia no dio su brazo a torcer, nunca mejor dicho.

No les he contado que a cambio de acompañarme al cine a ver películas de acción, mis preferidas, yo tenía la obligación de leer los libros que Amalia me recomendaba o regalaba. Incluso me preguntaba por lo que me había parecido el contenido de tal o cual novela, me hacía hablarle de los personajes principales, o se interesaba por lo que me había sugerido este o aquel poema. Amalia era de esas personas que le encontraba significado a la poesía; o mejor dicho, que se emocionaba leyéndola. Compraba más libros que ropa, con eso se lo digo todo. Así funcionaba nuestra imperfecta relación, como un *quid pro quo* cuya finalidad era introducir a cada cual en el mundo del otro. Ella transigía con mis cosas y yo hacía lo propio con las suyas, e intentábamos encontrarnos en un punto intermedio. Pero no estoy aquí para hablar de sus gustos o de los míos, sino del párrafo de uno de esos libros que no me quedó más remedio que leer para satisfacerla; una obra singular titulada *Ordesa*, de un escritor llamado Manuel Vilas. Unas palabras que comprendí solo después de que Amalia me abandonara.

Entonces supe que la muerte de una relación es en realidad la muerte de un lenguaje secreto. Una relación que muere da origen a una lengua muerta. Lo dijo el escritor Jordi Carrión en un estado de Facebook: «Cada pareja, cuando se enamora y se frecuenta y convive y se ama, crea un idioma que solo pertenece a ellos dos. Ese idioma privado, lleno de neologismos, inflexiones, campos semánticos y sobreentendidos, tiene solamente dos hablantes. Empieza a morir cuando se separan. Muere del todo cuando los dos encuentran nuevas parejas, inventan nuevos lenguajes, superan el duelo que sobrevive a toda muerte. Son millones, las lenguas muertas».

Si soy capaz de reproducir estas líneas tal cual aparecen en el libro de marras, se debe a que llevo el ejemplar que Amalia me regaló a todas partes. Sí, incluso ahora lo tengo conmigo, con su dedicatoria y todo: «A mi rudo camionero, que no quiso ser ingeniero, y que tampoco conduce persiguiendo la felicidad, sino en la búsqueda de un mundo que no existe», reza. Como ven, Amalia me tenía calado, me conocía hasta los tuétanos. Sabía que lo que yo perseguía era una utopía, un imposible. Hay quien lleva la Biblia consigo, o un ejemplar del Corán, o cualquier otro libro sagrado, tanto da; yo porto conmigo su dedicatoria. No me separo de ese libro por la

misma razón por la que dejé unas mudas en su casa: son cabos que me mantienen atado a su orilla, cerca de ella. Es el ancla que me mantiene fondeado en su puerto, a la espera de que ella me conceda el permiso para desembarcar de nuevo. Bueno, supongo que debería utilizar el tiempo pasado.

La cuestión es que acabé aceptando que nuestro idioma, ese lenguaje que habíamos creado para los dos, que solo nosotros entendíamos, se había convertido en una lengua muerta. Que las grandes y luminosas avenidas por las que transitaba nuestra relación en un principio se convirtieron de repente en oscuros callejones sin salida. Que los sobreentendidos, en definitiva, habían dado paso a los malentendidos. Las relaciones comienzan siempre a la carrera, a gran velocidad, con mucho ímpetu, como si la distancia no importara, lo que significa que más tarde o más temprano, cuando uno de sus miembros no puede seguir el ritmo, termina por producirse el desfallecimiento primero y los trompicones más tarde, que acaban con la pareja de bruces en el suelo. Bueno, quizá no sea siempre así, tal vez haya excepciones, parejas que saben acompasar el ritmo de la convivencia, pero son eso: singularidades. ¿Acaso existe mucha gente dotada y entrenada para correr una carrera de fondo que puede durar treinta o cuarenta años? Desde luego, ni Amalia ni yo lo estábamos. No, ninguno éramos corredores de fondo. Poca gente reúne las condiciones para serlo.

Fue entonces cuando decidí poner tierra de por medio, cuando empecé a pensar en venirme a conducir a Brasil. Había estado en Alaska y en Siberia, y pensé que me faltaba un país con un clima tropical. Estaba cansado de pasar tanto frío. Volví a llamar a Amalia para compartir con ella mi decisión —quería conocer su opinión—, lo hice varias veces sin éxito, durante tres meses más o menos, le dejé varios mensajes en el buzón de voz, hasta que un día antes de marcharme, un hombre me espetó con tono destemplado desde su teléfono:

«¿Quién coño te crees que eres? Deja de llamarla de una puta vez, capullo».

Y colgó.

Habían pasado seis meses desde nuestra ruptura y, al parecer, había encontrado a otra persona. Al menos, eso fue lo primero que pensé. ¿Que

por qué no podía tratarse de un simple amigo? Porque de ser así no me hubiera hablado de aquella manera tan grosera. Un amigo de Amalia sin derecho a roce, para que nos entendamos, me habría considerado un igual puesto que Amalia me seguía apreciando; al menos eso era lo que ella aseguraba. De modo que quien descolgó el teléfono quería o deseaba a Amalia solo para sí. No estaba dispuesto a compartirla. Si lo piensan, aquellos exabruptos formaban parte de la nueva lengua que Amalia y su nueva pareja habían creado; un lenguaje vivo, actual, dinámico y vigoroso (añadan también vulgar). Pero se trataba del lenguaje particular que ellos habían desarrollado, y mi nombre no tenía cabida en el mismo.

Para serles del todo sincero, hubiera bastado una palabra de Amalia para hacerme cambiar de planes. Pero fui incapaz siquiera de obtener esa palabra. Una sola. No, en mi fuero interno, yo no quería irme a Brasil ni a ninguna parte; mi deseo era recuperarla; o mejor dicho, que ella me recuperara a mí, puesto que era yo quien la había perdido a ella. Sin embargo, como les digo, fue un hombre quien descolgó su teléfono y quien me dio a entender de manera abrupta que mi tiempo con Amalia había terminado para siempre. Mi orgullo hizo el resto.

No me enteré de lo que le había sucedido hasta pasados siete días, cuando por fin me puse en contacto con mi madre. Aunque no fue hasta nuestra segunda conversación cuando me contó todo lo que sabía sobre lo ocurrido: que a Amalia la habían encontrado moribunda en una de las estancias de su casa después de recibir una brutal paliza, y que la única ropa que vestía era una camisa mía, lo que me convertía en el principal sospechoso. ¿Qué hacía una camisa mía en casa de Amalia?, se preguntarán. La respuesta es muy sencilla: el día de nuestra ruptura yo me encontraba en Dinamarca, aunque había pasado el día conduciendo por el centro de Suecia —Amalia me llamó por la noche para comentarme la muerte de uno de sus «enfermitos», y yo había tenido una jornada muy dura y complicada (incluido un intento de robo de la mercancía que transportaba mientras almorzaba en un área de servicio), así que cada cual acabó mostrando su cansancio, su hartazgo a su manera: nos hicimos reproches, nos dijimos cosas que no queríamos decir, al menos yo, nos herimos, en suma, y ella aprovechó el final de la conversación para poner fin a nuestra

relación—, por lo que no tuve tiempo de retirar mis enseres de su casa. O fingí no tenerlo, para ser más exacto. Nunca fui a recoger mi ropa porque en el fondo de mi corazón albergaba la esperanza de que algún día nos reconciliaríamos. No, no quería soltar los cabos que me mantenían unido a ella, como ya he mencionado, y por eso en su casa había dos o tres camisas mías, alguna muda de ropa interior y hasta un jersey. La idea de que amortajé a Amalia con mi camisa es la cosa más estúpida que he oído en mi vida. Si debajo de mi apariencia se esconde un monstruo fetichista, tal y como he sido descrito, ¿por qué no dejé entonces una fotografía mía junto a su supuesto cadáver? ¿Por qué no le corté un mechón de cabello para guardarlo en mi particular museo de los horrores? ¿No es eso lo que hacen los depredadores sexuales como yo? ¿O tal vez lo hice? Quizá sea poseedor de una doble personalidad.

No le dije nada a mi madre sobre el hombre de aquella llamada; tampoco le di demasiada importancia al detalle de la camisa, la verdad, pensando que ustedes harían bien su trabajo. Como se suele decir: los árboles no me dejaron ver el bosque. Me confié. O mejor dicho: confié en el trabajo de la policía y en la justicia.

Es evidente que si estoy escribiendo esta carta es porque me equivoqué.

Sea como fuere, la noticia me devastó por dentro. Tanto que no pude conducir durante dos días. En la empresa argumenté haber tenido un problema de adaptación de mi flora intestinal a la comida local, pero lo cierto fue que enfermé por lo que le había ocurrido a Amalia, ya que durante esas cuarenta y ocho horas no pude probar bocado.

¿Por qué diablos no buscan a ese hombre y me dejan tranquilo con mi duelo? Exceptuando a su familia, estoy seguro de que lo ocurrido no le ha afectado a nadie tanto como a mí. Yo también me considero una víctima de su agresión. También han matado una parte de mí. Mi corazón ya no late como antes. Ahora palpita preso de la tristeza.

Supongo que alguna amiga suya podrá darles alguna pista. De la misma manera que yo iba de vez en cuando a recogerla a la salida de su trabajo, imagino que ese hombre haría otro tanto. Pregúntenle a una colega suya llamada Carmen Solís. Amalia y ella solían tomar café juntas. Había otras amigas, compañeras del colegio o de la universidad, no recuerdo sus

nombres, pero tal vez sepan algo. ¿A qué esperan para ponerse en contacto con ellas?

Mi madre me ha contado que Amalia está en estado vegetativo, que está muerta en vida, que nunca volverá a ser la misma, siempre y cuando logre superar el coma en el que se halla sumida. De modo que ahora, cada vez que me adentro por una pista de tierra durante trescientos o cuatrocientos kilómetros, sin otra cosa a mi alrededor que la espesa vegetación o las inmensas planicies convertidas en campos de cultivo, me afano en recordar lo que tuvimos entre los dos, recuerdo por ella y por mí, para que su vida no se pierda del todo.

Aún me quedan unos cuantos meses de contrato por cumplir, pero en cuanto termine el trabajo, les prometo que regresaré a España y me presentaré en sus dependencias para lo que ustedes precisen. Aunque espero que para entonces hayan encontrado al verdadero agresor de Amalia.

Atentamente:

Matías Almeida

Para la inspectora Sara Toledano, la versión de Matías Almeida coincidía con los hechos; incluso ella misma había hablado con él por teléfono y llegado a la conclusión de que no mentía, salvo que tuviera una desarrollada capacidad para el engaño, algo que tampoco se podía descartar. En la voz de Matías Almeida no había la frialdad característica de la que hacía gala todo maltratador. Estos tenían una versión tan distorsionada de la realidad como de sí mismos, por lo que solían exponer los hechos desde la distancia, como si no tuvieran que ver con ellos. En Matías, si embargo, no había siquiera equidistancia a la hora de hablar, sino afectación, preocupación sincera. Desde luego, en el registro de llamadas recibidas en el terminal de Amalia constaba una breve conversación en la fecha señalada por Matías; sin embargo, no podía demostrarse que fuera un hombre quien descolgó el teléfono, como aseguraba en su carta y como reafirmó más tarde vía telefónica. Cabía que hubiera sido Amalia, y que la cortedad de la llamada tuviera como trasfondo el hartazgo de esta. Acosar a la víctima a través del celular formaba parte del patrón más común del maltratador. Se trataba de

un comportamiento habitual. La víctima recibía decenas, incluso centenares de llamadas amenazadoras, que solo perseguían que la mancha del miedo la inundara por dentro, hasta ahogarla, hasta dejarla indefensa. No existía nada más paralizador que el miedo.

Así que tanto una como otra posibilidad eran plausibles.

En cuanto al consejo de que le preguntaran a Carmen Solís, la propia interesada había reconocido no saber que Amalia y Matías habían roto; de modo que resultaba imposible que estuviera al tanto de una nueva relación de su amiga, en el supuesto de que Matías Almeida hubiera dicho la verdad.

Por otro lado, este no había cumplido con su promesa de regresar a España; todo lo contrario: había ampliado su contrato para seguir conduciendo por el Mato Grosso. Algo para lo que tenía plena libertad, desde luego, puesto que la única prueba circunstancial contra él era la camisa de su propiedad que la víctima portaba, si bien no había otros indicios que lo incriminaran: ausencia de huellas suyas o de restos biológicos; tampoco contaban con el testimonio de testigo alguno que pudiera situarlo en casa de Amalia o en sus inmediaciones a la hora en la que se produjo la agresión, etc. De modo que lo más sólido que había en su contra era la rabia de la familia Finisterre, y el eco que había tenido su caso en los medios de comunicación. Sí, habían vuelto a hablar por teléfono con él, y Matías se había reafirmado en su versión de los hechos, punto por punto, y reivindicado su inocencia; no obstante, terminó reconociendo que, a tenor del fracaso de la policía en sus pesquisas, no estaba dispuesto a servir de chivo expiatorio.

—No, no pienso ir a la cárcel por una camisa que me dejé en casa de Amalia por puro sentimentalismo. Está claro que el asesino que la vistió con ella lo hizo con el único propósito de que todas las miradas recayeran sobre mí. Resulta frustrante que ustedes no lo vean así. Ahora, les ruego que me dejen seguir con mi vida —concluyó Matías antes de poner punto final a la conversación.

—El problema, Matías, es que Amalia está incapacitada para seguir con la suya —le espetó la inspectora Toledano al tiempo que la línea se cortaba para siempre.

Al cabo, Matías terminó por cambiar de número de celular, y prohibió a su madre proporcionar más información sobre su persona. Si la policía estaba empeñada en atribuirle la brutal agresión sufrida por Amalia Finisterre, tendrían que solicitar la correspondiente extradición a las autoridades brasileñas. Algo que se antojaba complicado a tenor de las circunstancias que rodeaban el caso.



La voz de Carlos Ayuso alcanzó a la inspectora al mismo tiempo que un rayo de sol cegaba sus ojos. El timbre de voz de Carlos y el rayo de luz eran igualmente luminosos, por lo que el impacto de ambos logró sacarla de su ensimismamiento. Sarah pensó cuánto le agradaba aquel sol de Valencia, siempre presto a devorarlo todo, a empastar los colores con su luz insaciable hasta difuminarlos, y también en lo bien que le sentaba a aquel hombre fornido, pero refinado, de movimientos enérgicos y voz serena. A contraluz, Carlos parecía uno de esos personajes venerables que en los cuadros aparecen rodeados de una aureola. Una especie de santo corpulento y bien formado, con las facciones cortadas en ángulo y los músculos marcados como racimos de finos cables.

Hacía seis meses que la inspectora se había instalado en un apartamento de la calle Cavite, a tan solo unos pocos metros del Hospital Nisa de Valencia al Mar, donde Amalia recibía a diario sesiones de rehabilitación por parte del equipo que dirigía el doctor Ayuso. Desde entonces, siempre que el trabajo de ambos se lo permitía, quedaban en el chiringuito con vistas a la playa de la Malvarrosa, y el médico y fisioterapeuta le contaba los avances o retrocesos de la paciente. Podía decirse que la inspectora había llevado al terreno de lo personal el caso de Amalia, sobre todo porque al no tratarse de un crimen consumado, el suyo no figuraba en las estadísticas de feminicidios. Algo que la irritaba sobremanera. Era como si Amalia fuera una víctima de inferior categoría, de menor o nula importancia, por el hecho de haber logrado sobrevivir a la agresión. Todo lo demás —la pérdida de memoria, los problemas de movilidad, las secuelas

en el habla, en la audición, en la comprensión, etc.— carecía de un encaje claro dentro del sistema, como si su caso fuera una anomalía.

En aquel paseo marítimo, por tanto, rodeada por el extenso arenal y el infinito mar que se abría delante de sus ojos —e impregnada por aquella luz que la iluminaba también por dentro—, la inspectora aprovechaba para repasar los detalles del caso, una y otra vez, siempre atenta a encontrar esa pista que le sirviera para desatascarlo.

—¿Qué tal, Sarah? —saludó Carlos.

La inspectora pensó que ambos gozaban de la suficiente confianza como para que tuvieran que intercambiar frases de cortesía, así que respondió al saludo con otra pregunta:

—¿Qué tal está hoy Amalia?

Cuando el cuerpo del médico se derrumbó sobre una de las sillas que rodeaban la mesa, la inspectora quedó de nuevo expuesta al sol inclemente.

—Tengo un dedo engatillado. El tendón se me ha quedado trabado, y me ha dado un tirón. He de bajar el ritmo de trabajo en los próximos días, sin duda, hasta que me recupere, de lo contrario la lesión podría ir a más —replicó Carlos con el propósito de poner en evidencia a su interlocutora.

Un par de gaviotas reidoras sobrevolaron sus cabezas hasta aterrizar sobre una papelerera rebosante de desperdicios. El otoño estaba al caer, y eran las primeras de la temporada, con su capirote pardo achocolatado y las alas grises de puntas negras.

—Perdona si he sido descortés. Siempre olvido que tú también llevas una pesada carga.

Sarah se refería a la vida personal de Carlos, cuya mujer lo había abandonado en extrañas circunstancias cuando Amalia llevaba veinticinco días en coma. Más tarde, tras otros doscientos veinticinco días en coma, y otras cinco semanas hospitalizada en planta, Amalia fue a parar a manos de Carlos, quien puso todos sus conocimientos y todo su empeño en su proceso de rehabilitación. La inspectora era consciente de que la delicada situación personal del médico había jugado a favor de Amalia. Por decirlo así, desvelarse por Amalia, dedicarse por entero a ella le servía para resarcir o cubrir sus problemas de conciencia, al menos en parte.

Al parecer, el matrimonio de Carlos, que ya duraba once años, se había roto en Berlín, en el transcurso de un congreso de neurorehabilitación al que había acudido en calidad de ponente. La idea era aprovechar el viaje para que la pareja se tomara unos días libres, con el fin de engrasar de nuevo los mecanismos de la relación, que llevaba tres o cuatro años dando muestras de desgaste, sobre todo por la falta de la llegada del hijo que ambos deseaban. Sin embargo, el último día del congreso, Carmen Llopis, nombre de la esposa de Carlos, desapareció sin más. En las siguientes jornadas hubo retirada de grandes sumas de efectivo en al menos una veintena de cajeros automáticos de la propia capital alemana, de Schwerin, de Lübeck y de Travemünde, desde donde, al parecer, subió a un *ferry* con rumbo a Helsinki. Incluso había unas imágenes suyas tanto aquí como en la estación ferroviaria de Vainkkala, poco antes de tomar un tren y cruzar la frontera fino-rusa en dirección a San Petersburgo. El desconcierto de Carlos era aún mayor por cuanto que Carmen era una reputada esteticista, a cuyos clientes también había abandonado sin avisar. Otro tanto ocurría con su familia directa, con sus padres y hermanos, nadie había vuelto a saber de ella, como si se la hubiera tragado la tierra después de adentrarse en territorio de la Federación Rusa. Incluso su teléfono móvil había dejado de estar operativo.

Las respectivas policías de los países implicados —tras afrontar el caso en un primer momento como una «desaparición inquietante»— concluyeron que se trataba de una marcha voluntaria, por lo que al considerarse una persona mayor de edad sin problemas mentales, no podían hacer más de lo realizado: comprobar las retiradas de efectivo, y visionar las imágenes recogidas tanto en los cajeros como en los puestos fronterizos por los que había cruzado de un país a otro. Ninguna de las grabaciones hacía sospechar que se tratara de un acto involuntario. En todas se apreciaba a Carmen Llopis tranquila, con su gorro de fieltro negro enfundado hasta las cejas, cubriendo su media melena, arrastrando una pequeña maleta de cabina de cuatro ruedas de color gris marengo —que coincidía con la facturada en España—, sin compañía de terceras personas.

Al cabo de los días, los clientes de la esteticista comenzaron a interponer denuncias por mala praxis, acusándola de haberles inyectado ampollas de ácido hialurónico o infiltraciones de botox en mal estado. Algo

que confirmó la Guardia Civil cuando requisó el material que guardaba en su pequeña clínica. Para quienes conocían a Carmen Llopis nada de lo ocurrido tenía sentido. Lo único que le quedó a la familia fue recurrir a la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas.

Unos y otros culparon a Carlos, le dieron la espalda, su reputación quedó dañada, como si él fuera cómplice de aquel escándalo y provocado que su esposa huyera sin dejar rastro. Corrió el rumor de que se trataba de un plan orquestado entre ambos, cuya finalidad era que Carmen se quitara de en medio hasta que las cosas se calmaran por España. Se dijo incluso que era Carlos quien le había proporcionado aquel material defectuoso a través de sus contactos. Pero el tiempo había pasado y Carmen Llopis seguía sin dar señales de vida. A menudo, el propio médico le formulaba una pregunta a la inspectora con la que pretendía desmontar aquel absurdo bulo del compló: «¿Qué gano yo con todo esto si es mi nombre el que ha quedado manchado? Todos esos rumores son infundados, y solo pretenden hacer que mi dolor sea aún más profundo».

Sea como fuere, el resultado de aquel extraño y confuso caso, pensaba la inspectora, era que Carlos se había volcado con Amalia, la única persona que nada podía reprocharle, y también el único ser humano al que podía ayudar.

—No importa, Sarah. En un par de días estaré de nuevo en perfecta forma —dijo ahora el médico.

—Sí importa. Los detalles son casi siempre lo más importante. Sé que vivo obsesionada por este caso, pero eso no me da derecho a perder las formas, menos contigo. Solo puedo estarte agradecida por todo lo que haces por Amalia.

El camarero interrumpió la conversación, y Carlos pidió un descafeinado doble de máquina con hielo. Luego, tomó la palabra de nuevo:

—Amalia jamás se recuperará del todo, ya lo sabes, por lo que solo lograrás cerrar el caso si ese tal Matías Almeida, del que me has hablado tantas veces, se aviene a regresar de Brasil de manera voluntaria o, por el contrario, conseguís traerlo de vuelta a la fuerza. En mi opinión, andas persiguiendo a una sombra —expuso Carlos.

Con el médico de nuevo a contraluz tras mover la silla, y con el recuerdo vivo de la desaparición de su esposa, la inspectora pensó que él también andaba detrás de una sombra. Al menos, ella tenía localizado al principal sospechoso. De Carmen Llopis, en cambio, nada se sabía.

—Matías Almeida no agredió a Amalia, estoy casi segura —corrigió la inspectora.

—Estás casi segura, pero no del todo segura. El problema es que la familia de Amalia no está de acuerdo contigo —observó Carlos.

—Yo soy la inspectora de policía; ellos, los padres de la víctima, los familiares, se dejan llevar por las vísceras. Algo que entra dentro de lo normal en casos como este. Necesitan ponerle cara y nombre al agresor, y que lo atrapen.

—Lo mismo que tú —le hizo ver Carlos.

—Sí, lo mismo que yo —reconoció Sarah—. Pero mi trabajo consiste en encontrar a la persona correcta, para que la justicia pueda actuar.

—¿Y qué me dices de los demás casos? ¿Estás segura de que esas otras mujeres maltratadas o asesinadas no son víctimas de tu obsesión por el caso de Amalia Finisterre?

Los reproches de Carlos alcanzaron a Sarah como una brisa gélida. No los esperaba de él, un hombre incansable que rezumaba calma y practicismo, capaz de hacer repetir cien veces el mismo movimiento a un paciente sin desfallecer.

—Si fuera como dices, sería a mis superiores a quienes correspondería llamarme la atención, cosa que no ha ocurrido —se defendió la inspectora con un tono que transmitía cierta crispación.

Gracias a Amalia, ambos habían trabado una relación basada en la colaboración, en el mutuo apoyo, en el intercambio de información, pero en cambio carecían de la confianza necesaria que permite que dos personas se formulen acusaciones demasiado contundentes sin correr el riesgo de que acaben convirtiéndose en ofensas.

—Ahora soy yo quien te debe una disculpa, Sarah. Soy consciente de que lo único que pretendes es hacer bien tu trabajo. La cuestión es que Amalia pasó doscientos cincuenta días en coma, más otras cinco semanas en planta. Son cifras aproximadas. Y desde que recibió el alta, ha

transcurrido casi otro año. En todo este tiempo, nos hemos reunido aquí en al menos diez ocasiones, sin contar las visitas que has realizado al hospital. ¿Otra decena? Tal vez alguna más. Para Amalia, en cambio, nada ha cambiado. No tiene recuerdos de su vida pasada, y jamás podrá tenerlos debido a los graves daños cerebrales que le causaron las heridas. Todo lo que aprende lo desaprende más temprano que tarde, por lo que si no fuera por la rehabilitación a la que es sometida todos los días, su vida sería...

¿Absurda? ¿Estéril? ¿Deleznable quizá? ¿Una existencia sin sentido? ¿Acaso Amalia se había transformado en un ser tan dependiente de otra inteligencia, de terceras personas, para tener la utilidad de una mesa de comedor, de una cama o de un aparador? No, no podía decir algo así. No lo creía. El corazón de Amalia latía con fuerza; sus sentidos estaban abiertos a nuevos estímulos, había empeño en su actitud, como si detrás de su cerebro dañado y su cuerpo desmadejado existiera una férrea voluntad que se aferrara a la vida. De hecho, era ahí dónde había que llegar, era ese aspecto de la existencia de Amalia el que había que impulsar, que provocar, que alentar, al margen de los ejercicios físicos.

—¿Sabes, Carlos? En el fondo, me siento un poco como Amalia: todo lo que aprendo, todo lo que sé sobre su caso, lo desaprendo al final del día, por lo que es como si cada mañana fuera un asunto nuevo por resolver. Nunca me había pasado algo así —dijo ahora la inspectora.

—Sé a qué te refieres, Sarah. Llevo trabajando en este hospital desde hace siete años y medio. Hace un tiempo, coincidiendo con la desaparición de mi mujer, mi padre vino conmigo a pasar una temporada. Quería echarme una mano. Darme su apoyo emocional, ya que solo nos tenemos el uno al otro en este mundo. Él, un maestro jubilado que había vivido toda su vida en Salinas de Pisuerga, un pequeño pueblo de la comarca de la Montaña, en la provincia de Palencia. Después de llevar dos o tres semanas de adaptación, un día me dijo muy serio: «La luz de Valencia es tan intensa que a la postre es como vivir dentro de una cárcel». Le pedí que fuera más explícito. «Hijo, quiero decir que una luz tan voraz no deja ver la realidad, porque la envuelve y oculta con el disfraz de la luminosidad que le sirve de adorno, y si te atreves a mirarla a la cara, te ciega. Ver tanto se convierte entonces en lo mismo que no ver nada. Algo parecido a lo que ocurre en

nuestros tiempos con la información: hay tanta a nuestro alcance que al final resulta que nunca antes hemos estado tan desinformados como ahora», concluyó.

»En resumen, para mi padre, la luz de Valencia era un paisaje que cambiaba con las horas del día y que, en consecuencia, tenía que reaprender a cada instante. Algo que le producía un gran desconcierto, incluso cierta desorientación espacial. Creo que a ti te sucede lo mismo cuando aseguras que el caso de Amalia se presenta a tus ojos como algo nuevo cada día. Estás tan implicada con su situación que no ves más allá de tus propios prejuicios.

—La luz que los prejuicios arroja puede cegarnos, ¿no es eso? Comprendo.

El asunto de la luz de Valencia retrotrajo a la inspectora a su paso por Israel, por Jerusalén, la vieja ciudad de piedra dorada, donde había ejercido de policía durante más de un lustro. Allí había recibido el primer fogonazo de esa luz cegadora de la que hablaba el padre de Carlos, puesto que fue allí donde se había familiarizado con los malos tratos. Como decían las componentes de Women's Network, una organización feminista fundada en Jerusalén, en 1984: «En Israel una mujer puede conducir un tanque, pero sigue siendo propiedad de su marido». Las palestinas, las gitanas, las mujeres llegadas de la antigua Unión Soviética, las tailandesas que trabajaban en régimen de semiesclavitud en el campo, o las etíopes, judías de origen africano, no podían conducir un tanque, pero vivían igualmente bajo el yugo de los hombres. Las mujeres en Israel solo podían contraer matrimonio por un rito religioso, ya que la legislación ni siquiera contemplaba el matrimonio civil. Por descontado, el divorcio solo lo podía conceder el hombre. Así las cosas, muchas mujeres habían optado por renunciar a sus derechos a cambio de ser libres.

Su participación en numerosos casos de malos tratos en el área metropolitana de Jerusalén, algunos de ellos con gran repercusión en los medios de comunicación israelíes, le había granjeado la enemistad de grupos radicales, tanto de la rama ultraortodoxa de la comunidad judía como de los grupos extremistas palestinos. No pasó mucho tiempo hasta que comenzó a recibir amenazas. Algunas anunciaban su muerte inmediata,

otras le avanzaban con todo lujo de detalles cómo sería violada primero y lapidada después, «a la vieja usanza». No obstante, ninguna presión fue comparable a la que sufrió cuando tomó parte en la investigación del caso de Moshé Katsav, octavo presidente del Estado de Israel, quien fue acusado de violación, agresión sexual, abuso de poder y fraude. Ella se encargó de recabar el testimonio de las mujeres que interpusieron la demanda. Ella ayudó a las víctimas a romper su silencio y a superar el miedo físico y social que llevaba aparejada una denuncia pública de esas características. No en vano, el acusado era una de las personas más influyentes del país. Al final, la fiscalía pudo acreditar dos violaciones consumadas y otros dos casos de acoso sexual.

El proceso dio como resultado una condena del político a siete años de cárcel. En un acto de propaganda, Katsav exclamó con estudiada teatralidad tras conocer la sentencia: «¡Sin denuncias y pruebas en tiempo real, soy condenado!». La sociedad israelí, por descontado, se dividió entre defensores y detractores; otro tanto ocurrió con su trabajo: fue objeto de un severo escrutinio, levantó ampollas entre los sectores más intransigentes de la sociedad hebrea.

La liberación anticipada del que fuera «ciudadano número uno» de Israel, tras cinco años y quince días entre rejas, terminó por provocar la renuncia de la inspectora, pese a que la libertad condicional prohibía que el convicto pudiera ocupar un puesto de trabajo con mujeres bajo su dirección. En realidad, se trataba de un mero ardid, de un formalismo técnico sin consecuencias prácticas. Tampoco estaba de acuerdo con el hecho de que Katsav se tuviera que someter a una terapia especial que le ayudara a corregir su conducta, ya que nada más salir de prisión manifestó no estar arrepentido de sus actos, puesto que, en su opinión, lo que habían hecho con él era ajusticiarlo en la plaza pública. Las violaciones, manifestó, no habían sido tales, sino «muestras de un trato cariñoso»; en consecuencia, era una «víctima inocente de una persecución».

La inspectora, por el contrario, suscribió al ciento por ciento lo dicho por la directora de la Asociación Israelí de Víctimas de Agresiones Sexuales, Orit Solitsiano, sobre la excarcelación del expresidente: «Es una bofetada a todas las víctimas de violencia sexual en el país. Su puesta en

libertad es repugnante, ya que se trata de un violador en serie que no se arrepiente de sus actos».

Sí, sin duda, el sistema había dado la espalda a las víctimas de Katsav y, en consecuencia, a todas las mujeres del país; lo que provocó que ella hiciera lo propio con el sistema. La misma ilusión que un día la impulsó a trasladarse desde España hasta Israel (la llamada *aliyah* entre los judíos), se tornó entonces en decepción, por lo que arrojó la toalla. No merecía la pena seguir luchando contra aquel gigantesco muro de los lamentos que era la sociedad israelí, máxime cuando ella era partidaria de vivir el judaísmo sin recrearlo. No, no era una persona religiosa, y en Israel la religión estaba por encima de todo y, en consecuencia, todo estaba afectado por ella, incluso el machismo. La psique nacional soportaba la pesada carga del extremismo religioso, lo que se traducía en que las medidas a favor de las mujeres contaran siempre con ciertas limitaciones, incluso con flagrantes restricciones, puesto que lo que primaba era el modelo patriarcal, los estereotipos. Según las estadísticas, alrededor del cuarenta por ciento de las mujeres israelíes había sufrido alguna clase de violencia física, psicológica o verbal por parte de sus parejas.

Gracias a que poseía la doble nacionalidad, emprendió el camino de vuelta y acabó recalando en el levante español, cuya geografía y estilo de vida le recordaba a Tel Aviv, la ciudad más abierta y cosmopolita de Israel.



Amalia parecía una marioneta en manos de un titiritero, el cual disponía a su vez de una maquinaria de última generación para llevar a cabo la puesta en escena: un robot articulado llamado Lokomat que hacía las veces de exoesqueleto; anclajes por doquier, numerosas argollas, cinchas y arneses, y una cinta que se movía cuando lo hacían sus pies. El resultado, en cualquier caso, era una obra que destilaba dramatismo. En ciertos momentos, Amalia parecía una marioneta grotesca movida por un conjunto de hilos que trataba de montar sin éxito sobre el lomo de un corcel que solo existía en su imaginación: las piernas se le arqueaban de repente, de manera antinatural,

las caderas subían y bajaban desacompasadas; en otros, en cambio, reproducía el balanceo de una figura de articulaciones dislocadas; en los más, los hilos que la manejaban se enredaban sobre su figura, en torno a sus brazos y piernas, impidiéndole realizar movimientos armónicos y acompasados. Incluso el material del que parecía estar hecha semejaba una mezcla de pasta blanquecida y trapo, pues su piel había perdido su brillo y presentaba un aspecto deslucido. Solo bajo el control de aquel robot, el cuerpo de Amalia recuperaba cierta armonía. Pero en cuanto aquel artilugio mecánico dejaba de funcionar, cuando los arneses eran desenganchados de su cuerpo y la cinta de caminar se detenía, el ser humano que habitaba en ella volvía a recobrar la naturaleza de la marioneta que solo espera ser devuelta a su caja, hasta la próxima función.

Cinco minutos después de la llegada de Sarah y de Carlos Ayuso al centro médico, el miembro del equipo de rehabilitación que había sustituido a aquel en la sesión vespertina, sentó a Amalia en una silla de ruedas y la trasladó hasta la zona dedicada a los ejercicios de logopedia.

Una joven de voz viva y movimientos llenos de entusiasmo estuvo examinando las funciones orofaciales básicas de la paciente, desde la respiración y su capacidad de soplar hasta la tos, para luego dar paso a una serie de ejercicios encaminados a que Amalia hablara.

—Olga es la nueva patóloga del lenguaje y del habla de Amalia. Lleva con nosotros poco más de dos meses y medio, pero ha conseguido grandes avances. Suele usar pistas y otras ayudas comunicativas, tales como dibujos, tarjetas con frases comunes... Está convencida de que Amalia entiende casi todo lo que los demás le dicen, pero que tiene dificultades para formar oraciones completas y concatenar las palabras que desea usar —señaló Carlos.

—Comprendo.

«Me llamo Amalia, Amalia Finiste... r... e», dijo la paciente.

«Tengo te... y tan... y tes años».

Era evidente que la erre se le resistía, como si resbalara dentro de su boca.

«Mi cumpleaños es p... r... onto».

Cuando la terapeuta le mostró una cartulina con el dibujo de un can, Amalia dijo:

«El pe... r... o tiene el pelo ma... r... ón y es bonito».

«Mi pelo también es bonito y ma... r... ón».

«El pe... r... o hace guau, y el gato miau. ¿Dónde está el dibujo del gato?».

«También me gustan los gatos».

Cuando Amalia se percató de la presencia de la visita, dijo saliéndose del guion:

«Soy de Valencia».

«Valencia es bonita también».

Acto seguido, Olga le mostró el dibujo de una vieja radio:

«Me gusta escucha... r... la... adio», respondió Amalia al estímulo visual.

«Me gustan Los 40 P... incipales».

«Me gustan las canciones aleg... r... es».

«El r... egetón».

«Me gusta baila... r».

«Y canta... r».

«Y nada... r».

«Y la televisión».

«Me gustan muchas cosas».

«El piano también me gusta. El piano me gusta escucha... r... lo, no pa... r... a baila... r».

Por último, al ver que la visita iba acompañada por el doctor Ayuso, dijo:

«Me gusta Ca... r... los».

«Es mi amigo».

«Es médico, po... r eso lleva una bata blanca».

«Los médicos me cuidan».

«Los médicos son buenos».

«Ca... r... los es muy bueno y simpático».

La voz quebrada de Amalia rompía el alma de Sarah. Sabía tanto de ella, y al mismo tiempo tan poco... La Amalia de la que todo el mundo hablaba nada tenía que ver con la mujer que acudía todos los días a rehabilitación. El timbre de su voz, que había tenido la ocasión de escuchar en algunos de sus mensajes telefónicos, era muy distinto a la forma de hablar de aquella mujer rota por dentro y por fuera. Era como si no hubiera quedado nada de la *otra* Amalia, de la enfermera, de la amazona, de la mujer joven comprometida con su tiempo. Otro tanto ocurría con su aspecto físico, la paliza había convertido el cuerpo y rostro de la joven en una figura cubista: su mirada y hasta sus facciones habían perdido toda simetría. La cicatriz que reptaba como una serpiente sobre su cabeza abarcando todo el parietal del lado derecho (impidiendo que en esa zona creciera el cabello), tampoco ayudaba a la hora de mejorar su apariencia, como si el resultado del conjunto fuera una sucesión de decisiones incorrectas de la naturaleza. El problema radicaba en que Amalia era fruto de la mano del hombre, de la mano dura y cruel de un hombre con nombre y apellidos, quien había grabado su firma sobre los lóbulos parietal y temporal empleando las patas de una silla de madera. Había sido un hombre arrogado en Dios el artífice de aquella obra (¿monstruosa?) que había transformado a una mujer sana y llena de vida en un ser deforme y dependiente.

Pese a que entre ellas existía una diferencia de edad de siete años, estaba segura de que hubieran podido ser buenas amigas. Por ejemplo, cuando falleció su madre le hubiera venido de perlas su ayuda. Su madre había tenido una muerte lenta y larga, que era una de las consecuencias de padecer un enfisema pulmonar. Los alveolos se dañan, van perdiendo fuelle, poco a poco, y el esfuerzo que ha de hacer el corazón del paciente es cada vez mayor, hasta que se detiene. Para colmo, su madre no había dejado de fumar, incluso cuando más le costaba recuperar el resuello. En cuanto ella se marchaba a trabajar, su madre se desconectaba del respirador y se echaba un cigarrito. A su regreso, encontraba la habitación de su madre bajo una espesa neblina de humo de tabaco, así que ella se enfadaba y ambas acababan discutiendo. No obstante, los humos, nunca mejor dicho, se le

bajaban cuando se daba cuenta de lo contraproducente que resultaba alterar el frágil ecosistema que su madre había creado en torno a su salud. Fumaba y cubría su déficit de oxígeno con aquella máquina, pero si se sulfuraba más de la cuenta entonces la tos se apoderaba de ella hasta ahogarla. Sí, Amalia le hubiera sido de gran ayuda para sobrellevar aquella difícil situación, que se prolongó algo más de un año y medio.

—Cada vez que escucho hablar a Amalia, aunque sea arrastrando las palabras con dificultad, tengo la esperanza de que algún día pueda recuperar también la memoria —le dijo la inspectora a Carlos.

—El escritor García Márquez dijo que la vida no es la que vivimos, sino cómo la recordamos para contarla. Y es así como funcionan los recuerdos de cualquier persona, los tuyos y los míos. Amalia, en cambio, ni siquiera tiene la capacidad de recordar nada. No puede recrear nada, inventar nada, reconstruir nada de su pasado —observó el médico.

—Comprendo. Solo pensarlo pone el vello de punta.

—Digamos que la memoria no es algo rígido o estático, sino todo lo contrario —prosiguió Carlos con su explicación—. Lo que hacemos cuando recordamos es reinventar lo vivido, y ocurre tantas veces como recuerdos tenemos. La recreación de los recuerdos implica que estos nunca son los mismos. Nuestra visión de los hechos pasados va cambiando conforme los rescatamos de la memoria. Para simplificar, digamos que los recuerdos están vivos y sujetos a un continuo desarrollo. Nunca son iguales. La mente de Amalia, por el contrario, está tan dañada que no puede hacer nada de eso. No sabemos cómo funciona la síntesis de proteínas dentro de su cerebro, lo que nos sería de gran utilidad. En el caso de que una parte de su memoria estuviera activa dentro de su cerebro, tenemos el problema añadido de su incapacidad para manifestarlo dado el débil control que tiene sobre el lenguaje. El ser humano tiene la misma molécula que la salamandra para regenerar cartílagos dañados, pero cuando se trata del cerebro es otra cosa. Nunca he tratado a nadie en una situación tan compleja.

—Es como si el agresor la hubiera golpeado sabiendo el efecto que iba a tener en su organismo —elucubró la inspectora.

—Bueno, Sarah, no creo que fuera así. Quien golpeó a Amalia quería matarla. Ese y no otro era su propósito. No soy muy dado a creer en

milagros, la verdad, pero en su caso lo es que sobreviviera. Despertar de un coma después de tanto tiempo no es lo corriente, te lo aseguro.

—Tienes razón. Es un milagro que siga viva.

—He visto numerosos casos como el suyo, y lo normal es que, a tenor de nuestra legislación y de los deseos de la familia, hubiera pasado el resto de su vida atada a una máquina, a un respirador artificial.

—Como un vegetal.

—Sí, como un vegetal.

—Lo que hubiera sido una injusticia, una más de las que ha tenido que sufrir Amalia.

—Bueno, gracias a la medicina la podemos tener entre nosotros, aunque no sea en las mejores condiciones.



De regreso en la comisaría, la inspectora Toledano se encontró un dossier sobre la mesa de su despacho acompañado de una nota escrita de su puño y letra por la inspectora jefa Laura Riestra, su directa superior, que rezaba:

«Los de arriba nos ordenan que leamos este testimonio. Para que sigamos acumulando conocimientos sobre la mente del maltratador. Se trata del panfleto, uno más, de un arrepentido que —pretendidamente— quiere ayudarnos a conocer mejor a los de su calaña. El tipo le descerrajó un tiro a su esposa en la sien mientras dormía, tras lo cual fue él quien se quedó dormido. Doce horas más tarde, pulcramente vestido y acicalado, se entregó en comisaría. Ahora anda haciendo méritos en prisión para obtener algún beneficio penitenciario. A mí la lectura me ha provocado náuseas, ya que esta clase de monstruo siempre acaba mostrando la patita, como se suele decir. Ni a ti ni a mí tienen que enseñarnos cuánto de exhibicionistas tienen los maltratadores. Pero donde hay patrón no manda marinero, así que encoge el estómago antes de empezar a leer. Nos vemos más tarde».

Al alzar la cabeza, la inspectora se topó con los lemas que colgaban de las paredes blanquecinas del ala del edificio que ocupaba la unidad: «No se te ocurra ponerme la mano encima jamás»; «Ya no tengo miedo»; «Tarjeta

roja al maltratador»; «El silencio estimula al verdugo. Alza tu voz»; o «Defiende tu vida, lucha por tu independencia, busca tu felicidad y aprende a quererte». Lugares comunes, frases hechas que servían para insuflar una pizca de seguridad a las víctimas que llegaban a aquellas dependencias con el único equipaje del miedo y la desconfianza. Aquel espacio impersonal de paredes desnudas, mesas funcionariales y viejas e incómodas sillas resultaba más confortable y seguro que el hogar del que huían.

—¿Y la jefa? —preguntó desde el cubículo de su despacho, sin dirigirse a nadie en particular.

—La inspectora Riestra ha salido con la inspectora Cano para atender una denuncia. Ha quedado en llamarla más tarde —respondió la voz de un hombre desde un lugar indeterminado.

Que la jefa de la unidad hubiera salido en compañía de la responsable del área de protección significaba que algo grave había sucedido. Algo por otro lado demasiado corriente.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó.

—Ha habido una agresión en un Punto de Encuentro Familiar.

Ese era el nuevo eufemismo para referirse a los lugares donde los menores ejercían su derecho a relacionarse con sus progenitores una vez producida la ruptura de la convivencia familiar. Eran los jueces quienes solicitaban este recurso con el fin de que se cumpliera el régimen de visitas establecido en la sentencia. Se suponía que se trataba de un espacio amable y aséptico, sin conflictos, pero la realidad era otra muy distinta: cuando detrás del padre se escondía un maltratador, los Puntos de Encuentro Familiar se convertían en lugares peligrosos y de riesgo para las mujeres, y de desestabilización para los menores. Al ser ella la responsable del área de investigación, lo más probable fuera que en breve tuviera que relevar a sus compañeras.

«Cruzo los dedos para que todo haya sido una trifulca, nada más», se dijo a sí misma.

Siguiendo las recomendaciones de su superior, la inspectora Toledano se limpió por dentro inhalando y exhalando una bocanada de aire antes de clavar la mirada sobre los folios que componían el testimonio:

Bien, voy a colaborar con usted porque, según me aseguran, puede reportarme alguna clase de beneficio penitenciario, aunque opino que mi testimonio no va a serle de gran ayuda. Nadie puede meterse en la cabeza de un maltratador, nadie puede explicar lo que hay detrás de su comportamiento. Ni siquiera los psicólogos o psiquiatras. Aunque estos crean que tienen herramientas para hacerlo. No, no hay dos maltratadores iguales, de la misma manera que tampoco hay dos víctimas idénticas. Cada caso es diferente porque sus variables también lo son. Dos más dos no es lo mismo que sumar tres más uno, aunque la cantidad resultante sea la misma. Un buen vecino, un excelente compañero de trabajo, cualquiera puede ser un maltratador; incluso aquellos que gozan de predicamento social y destacan en las relaciones públicas. Los maltratadores somos, por regla general, «hijos perfectamente sanos del patriarcado». No somos monstruos o enfermos, sino que surgimos de las entrañas del propio sistema. Es la sociedad la que nos ha enseñado a ser así. Los malos tratos son, ante todo, actos íntimos, tanto como lo son las prácticas sexuales de una pareja. Quedan en el ámbito de lo privado. Un acto íntimo, eso es, eso son los malos tratos.

No quiero que piense que soy un arrogante —aunque sé que lo hará—, pero el diccionario no cuenta con palabras suficientes para expresar lo que provoca que uno tome la decisión de acabar con la vida de su pareja. Tal vez inefable sea el término correcto para definir lo que no puede ser expresado con palabras convencionales. Sí, que no se puede explicar con palabras, eso es lo que significa el adjetivo inefable según el diccionario de la RAE.

Sea como fuere, los malos tratos son una consecuencia, un mar en constante movimiento que se mueve gracias a poderosas corrientes que no son visibles. Si sumerges la cabeza para tratar de detectarlos, solo apreciarás un inmenso flujo que se mueve a gran velocidad y en todas direcciones, y que en ningún caso podrás acotar o delimitar porque está en todas partes y en ninguna a la vez. De ahí la temeridad de quienes aseguran saber cómo funcionan sus mecanismos.

Sí, soy un maltratador, uno bueno —perdone mi falta de modestia—, porque ha de saber que hay maltratadores que desconocen el alcance de lo que hacen, hombres que se rigen por instintos primitivos, que actúan guiados por un brote de ira. La maldad de la que hacen gala está motivada por un impulso irracional que esconde un severo complejo de inferioridad. Es la inseguridad emocional que padecen la que lleva a estos individuos a identificarse con los valores de la cultura machista. Cuando esta clase de hombre mata, en realidad, está asesinando a un ser superior, a una persona que es el espejo donde ve sus carencias, su deformidad en suma. El monstruo contemplando su reflejo. Ninguna escena enfurece más al ser deforme que esa, porque no sabe que lo es hasta que no ve su imagen volcada en el azogue. A nadie le gusta que un espejo le muestre tal y como es en realidad. Es entonces cuando el demonio desata su furia, cuando pasa a la acción, cuando convierte al «espejo» en su víctima. Lo normal es que esta clase de maltratador convencional sea incapaz de aceptar la pérdida que él mismo ha causado —¿acaso sirven para algo unos cuantos trozos de cristal roto?—, de ahí que muchos intenten suicidarse o incluso que lo hagan. Al matar a sus mujeres dejan de tener el espejo donde mirarse. Se quedan sin nada, solos consigo mismos, vacíos.

Mi caso, como le digo, es distinto. Yo soy un maltratador con método, detrás de mí hay una ideología y hasta unos principios. Digamos que, en mi opinión, la mujer no fue creada para hacer todo lo que hace un hombre. La mujer fue creada para hacer todo lo que un hombre no puede hacer. Eso no invalida a la mujer como ser humano, pero sí que la hace diferente al hombre. Cada cual, por tanto, ha de ocupar su lugar en la sociedad, en el mundo. ¿Se ha preguntado por qué nadie, ni siquiera la feminista más radical, reivindica que los hombres sean iguales a las mujeres? De darse esa situación, que los hombres existiéramos ser como las mujeres, ¿cómo lograríamos, por ejemplo, convertirnos en madres? ¿Y cómo amamantaríamos a nuestros hijos? La respuesta nos la da la propia naturaleza. De ninguna manera. No se puede. Lo que significa que hay cosas que son contra natura. Incluso aquellos hombres que hacen todo lo posible por convertirse en mujeres, se encuentran en un momento del proceso con ciertas limitaciones insalvables. Un hombre puede convertir su

pene en una vagina, pero nunca podrá tener ovarios ni óvulos. De hecho, después de presentarme en comisaría para confesar mi crimen, solicité no la presencia de un abogado, sino de un psicólogo, puesto que dije sentirme mujer, dije ser una mujer encubierta, oculta debajo del cuerpo de hombre con el que la naturaleza me había creado. Argumenté, por tanto, haber matado a mi esposa de «mujer a mujer», porque ella, sabedora de mi situación, no la aceptaba, lo que provocó la discusión que terminó en su muerte. Sí, maté a mi esposa en defensa propia porque no me permitía ser yo misma, dije. «No soy un asesino, sino una víctima de la heteronorma», me declaré imprimiéndole a mi tono de voz cierta vehemencia. No se imagina el desconcierto que mi confesión provocó entre sus compañeros. La posibilidad de que yo fuera un hombre con un trastorno hormonal, de identidad, lo cambiaba todo. Al final, tras ser sometido a varios estudios médicos y psicológicos, me cansé de fingir y confesé la verdad. Aunque de haber persistido, le aseguro que numerosos colectivos LGTBI hubieran salido en mi defensa, y mi futuro judicial hubiera sido distinto.

En consecuencia, ni la mujer ha de suplir o sustituir al hombre, ni el hombre ha de hacer lo propio con la mujer. Con la inexorable sentencia de la naturaleza —no recurrible en ninguna instancia superior— pendiendo sobre la cabeza de nuestra especie, la única opción que le ha quedado a la mujer es equipararse al hombre, puesto que lo contrario, como acabo de exponer, resulta imposible.

Yo no maté a mi mujer porque se pintara los labios de rojo, vistiera una falda demasiado corta o coqueteara con otros hombres. La asesiné porque se arrogó un papel que no le correspondía, puesto que quiso ser como yo, o aún peor, quiso suplantarme. Este punto es importante por cuanto que ni siquiera cuestioné el derecho de mi esposa a ponerse a mi altura; pero una cosa era que nos tratáramos de igual a igual, y otra muy distinta que pretendiera arrebatarme mi condición de varón. La igualdad entre hombres y mujeres ha de estar basada en la diferencia, o mejor dicho, en el respeto a la diferencia, y no en el aplastamiento o sometimiento de una de las partes. Sí, en este momento usted está pensando que esa es la situación de las mujeres maltratadas y también de las que aún no lo han sido pero van a serlo en un futuro inmediato. Incluso es posible que lo que acabo de

expresar atañe a todas las mujeres en general, según su parecer. Tiene razón, pero solo en parte. En mi opinión, fue mi esposa la que quiso menospreciarme como ser humano al replicar mis modelos de conducta. Atacó sin piedad al «hijo sano del patriarcado», que era yo. De modo que era ella la que tenía un problema de aceptación de sí misma y, en consecuencia, de adaptación. Quiso chuparme la sangre, robarme la energía, convertirme en un ser insignificante a base de despojarme de todo significado. Incluso quería ser más hombre que yo. Yo no asesiné a mi esposa siguiendo ese absurdo adagio que reza: «La maté porque era mía». Nada de eso. Yo jamás pretendí que mi mujer fuera mi posesión; todo lo contrario. Mi intención era que lleváramos vidas paralelas dentro del marco de una convivencia en común; sin embargo, fracasé. O mejor dicho: su actitud, su comportamiento me llevó al fracaso. Su carretera y la mía convergieron en un solo camino porque ella así lo quiso. Nuestro matrimonio se convirtió entonces en un maratón las veinticuatro horas del día, en un régimen de competencia entre ambos que nos llevó a practicar juego sucio, a ponernos la zancadilla. Si analizo lo que ocurrió, no creo equivocarme si digo que la víctima podía haber sido yo y no ella. Sí, tiene razón, al final ella fue la víctima. En última instancia, las víctimas son casi siempre ellas. No quiero que piense que soy un cínico, pero considero que si actué como lo hice fue en defensa propia. Era su vida o la mía, recuperar mi vida eliminando la suya, podría decirse. No me vanaglorio, no me enorgullezco, puesto que nunca pergeñé la idea de asesinarla por despecho, por unir su recuerdo al mío para siempre, por apropiarme de algo suyo, sino para liberarme de su opresión, de la fuerza —de la gravedad— que su vida ejercía sobre la mía. Yo, como muchos hombres, tengo serios problemas a la hora de expresar el miedo. Este hecho no solo provoca temor, sino que hace vulnerable a quien lo experimenta. Juan sin miedo, por así decir, es el hombre más peligroso de la tierra. Así las cosas, empecé a tener pesadillas, y en cuanto el día se ponía en marcha, cualquier situación en la que estuviéramos involucrados mi esposa y yo se antojaba potencialmente peligrosa para mí. El café de la mañana, por ejemplo, terminaba siendo un corolario de reproches hacia mi persona, al parecer tan falta de aptitudes como de carácter. Así un día tras otro. Me habían educado para tener el

control, pero mi esposa, en su afán por usurpar mi rol, también me despojó de él. Digamos que cuando quise darme cuenta tenía los bolsillos vacíos de dignidad, y a lo único a lo que podía aspirar en aquel matrimonio era a las migajas. Técnicamente, yo no infligí maltrato físico o emocional a mi esposa, no era ese mi propósito, como ya le he dicho, lo que hice fue asesinarla con el fin de recuperar mi vida. Entre medias, no hubo peleas o agresiones. Ni siquiera medió denuncia alguna. Simplemente, la maté de la noche a la mañana, si se me permite expresarlo así. Sí, lo sé, lo reconozco, todo lo que digo suena mal, muy mal, pero así de dura es la verdad en la mayoría de las ocasiones. Sin duda, soy un maltratador, un execrable machista, pero distinto de otros, de los posesivos, de los débiles.

Yo solo buscaba desquitarme, reencontrar el camino por el que transitaba mi vida antes de que aquella mujer me acorralara en un callejón sin salida.

La inspectora Toledano renunció a leer el nombre del firmante. Ya había tenido suficiente. Mientras retiraba la vista de aquel documento que no era más que un nuevo alegato a la infamia, habló consigo misma en voz alta:

—¿Dice que solo buscaba «desquitarse»? Menudo hijo de puta, el pobrecito. Otro machirulo jodidamente pretencioso; otro «macho-dios» que no ve más allá del ombligo de su masculinidad —masculló para sí.

Y luego, elevando el tono de voz, como si pretendiera que su descontento atravesara las paredes de su despacho, añadió:

—¿Qué quieren que hagamos con esta mierda? ¿Enmarcarla?

¿Qué pretendían los de arriba enviándoles esa clase de testimonio? ¿Por qué en vez de jugar a psicólogos no se enfrentaban a la dura realidad? Las estadísticas eran demoledoras. Un puñetazo en la mandíbula de todos aquellos responsables públicos que implementaban medidas según la ideología de sus respectivos partidos políticos. Entre la Unidad de Familia y Mujer de la Policía Nacional y Grupo de Atención a los Malos Tratos de la Policía Local, eran más de mil las mujeres a las que tenían que proteger por correr sus vidas distintos grados de peligro. El número de mujeres que entraban en esta espiral se elevaba a cuatro al día, mientras la cifra de

detenidos por quebrantamiento de condena (o sea, saltarse las órdenes de alejamiento, entre otras medidas) superaba los ciento quince en los últimos meses. Como consecuencia de todo esto, la Comunidad Valenciana era la segunda del *ranking* en cuanto a casos de violencia de género, con casi cinco mil casos registrados en 2018. Agentes sin preparación específica, penas laxas, testigos indefensos, escasa asistencia a las víctimas, fallo de los servicios sociales y hasta de los protocolos de detención. Todo se confabulaba para que el primer maltratador fuera el sistema.

Por último, antes de dar por finalizada la jornada laboral, Sarah recordó una vieja frase del Talmud: «Los hombres no vemos las cosas tal como son, sino tal como somos».

«Tal vez no estaría de más escribir esa sentencia en un cartel y colgarlo en una de estas paredes. Sí, tal vez nos iría mejor a todos si fuéramos capaces de aceptarnos tal y como somos», pensó.



El primer trago de güisqui consiguió reducir el grado de excitación de Sarah. Las altas dosis de cafeína ingeridas durante su jornada laboral le ayudaban a mantener el tipo, a permanecer en alerta; el güisqui, en cambio, era la puerta de entrada a un mundo más distendido, donde incluso tenía cabida la vida social. Eso sí, dentro la más absoluta discreción. En ese aspecto, creía que tanto Amalia Finisterre como ella guardaban cierta correspondencia mutua, cierto paralelismo de caracteres, debido en parte a las profesiones de ambas. Ella no era una enfermera de cuidados al final de la vida, pero sí era una de *las* «ángeles guardianas de las maltratadas», como las llamaban muchos compañeros de otras unidades del cuerpo de policía. Solo en Valencia el número de maltratadas que recibían ayuda de la UFAM superaba las setecientas cincuenta mujeres, lo que equivalía a que a cada miembro de la unidad tenían unas setenta a su cargo. Todas corrían alguna clase de peligro, si bien había una docena que requería vigilancia las veinticuatro horas del día. A estas víctimas potenciales había que acompañarlas a todas partes, a comprar la ropa de los hijos, al

supermercado o a realizar gestiones administrativas, e incluso un coche patrulla K, camuflado y sin distintivos, pasaba las horas apostado en las inmediaciones de sus domicilios. Sí, Amalia ayudaba a bien morir a sus pacientes, mientras que lo que ella hacía era salvaguardar la vida de otras tantas mujeres. Aunque a simple vista pudiera parecer que los trabajos que ambas realizaban eran antagónicos, lo cierto era que tenían muchas cosas en común: la vocación de servicio, por ejemplo, que las llevaba a realizar tareas de consejeras o de confidentes. O la finalidad de aliviar el dolor y el miedo de paciente y víctima, que ambas compartían. Por no hablar de las pérdidas que se quedaban en el camino. Tal y como Amalia había reflejado en su diario, la muerte de uno de sus «enfermitos» le afectaba sobremanera; a ella le ocurría otro tanto. El asesinato de una mujer a manos de su pareja le producía impotencia, desazón y frustración, pero también un firme deseo de superación, de dar más de sí misma, de que el fracaso no volviera a repetirse. Como había dejado escrito Amalia en su cuaderno, «el poeta nunca termina el poema; es la poesía la que abandona al poeta».

Eso sí, a diferencia de Amalia, ella prefería las relaciones sentimentales esporádicas. En su caso nunca había habido un Matías Almeida. Tampoco un Jimmy Benson. Siempre que veía la posibilidad de que un escarceo amoroso podía ir a más, rescataba las palabras de su excompañero Lautaro Heller: «La única relación amorosa duradera y fiable que conozco es la que mantienen Barbie y Ken. Es indestructible como el plástico que da forma a sus cuerpos y almas, que tardará cuatro mil años en degradarse. El resto de relaciones son a la larga demasiado orgánicas».

Pasando por alto la hipérbole del ejemplo, su amigo y antiguo compañero tenía razón. Todo lo orgánico terminaba más tarde o temprano por descomponerse, como consecuencia del desgaste, del ciclo natural de la vida. Y el amor —como ente vivo que era— no representaba una excepción. Claro que esa visión de las relaciones abría otras vías de agua en ese barco a la deriva que eran sus emociones. Por dura que tratara de mostrarse, por gruesa que fuera su piel —tanto como un escudo protector—, la falta de un amor duradero tenía con el tiempo más inconvenientes que ventajas. A veces se sentía cercada por la soledad, incluso aislada, por lo que aumentaba el número de horas de trabajo. Semejante respuesta —que

no era otra cosa que una huida hacia adelante— evidenciaba que tenía un problema a la hora de gestionar sus emociones. Uno parecido al que sufrían las mujeres maltratadas a las que ayudaba. Por desgracia, no era el único. Tanto trabajo, tanto estrés había provocado que le fuera diagnosticada una cronopatía, una dolencia de índole psicológico que consistía en la incapacidad que tiene una persona para poner freno a sus actividades sin que su organismo se resienta. En definitiva, no podía parar, porque en cuanto lo hacía el mundo vertiginoso en el que vivía inmersa desaparecía. Si disminuía la actividad, su vida se llenaba de vacío, se quedaba en blanco. Enfermaba.

«Ni siquiera tengo tiempo para mí misma, para la vanidad. Incluso considero que pintarme y maquillarme más allá de lo básico es una pérdida de tiempo. Después de todo, el tiempo es tan fugaz como la belleza, así que yo me he decantado por aprovechar el primero», le confesó a la especialista que la atendía.

Lo que más deseaba el viernes por la tarde, por tanto, era que llegara cuanto antes el lunes por la mañana. Lo que había entre ambos días se le antojaba un abismo. Así que para no ser engullida por este aprovechaba los fines de semana para llamar por teléfono a las mujeres que tenía a su cargo. Escuchaba sus anhelos y temores, les aconsejaba, les preguntaba por sus hijos, les recordaba el protocolo a seguir en caso de que las cosas se torcieran. Sí, como le había hecho ver la psicóloga del cuerpo de policía que vigilaba su equilibrio emocional, vivía en modo de supervivencia, como si ella misma fuera una de las mujeres que tenía que proteger. Eso significaba que su organismo generaba cortisol —la hormona que controla el estrés, el mecanismo que nos impulsa a luchar en pos de la supervivencia—, a todas horas, algo que las personas normales solo hacían en situaciones excepcionales. ¿Pero acaso su vida no era excepcional por cuanto que todos los días tenía que hacer frente a situaciones igualmente extraordinarias? Se enfrentaba a diario a asesinos que buscaban el momento oportuno para llevar a cabo sus crímenes, ¿cómo iba entonces a relajarse?

Las mujeres que tenía que proteger corrían el peligro de ser asesinadas en cualquier momento, puesto que los asesinos no iban a la oficina, no tenían un horario; sus vidas, por tanto, dependían de ella, de sus reflejos, de

su preparación, de su capacidad de respuesta. ¿Acaso existía un trabajo que exigiera una mayor responsabilidad? El médico que operaba a un paciente a vida o muerte lo hacía en un quirófano; ella, por el contrario, tenía que intervenir en un espacio que abarcaba una ciudad con ochocientos mil habitantes, un lugar lleno de resquicios y de oportunidades para que la muerte se colara. Un minuto de descuido bastaba para que tuviera lugar la tragedia. El único instrumental quirúrgico con el que contaba, por tanto, era la anticipación.



—¡Defensa, defensa! —exclamó la inspectora.

La mujer a la que iba dirigida aquella imprecación, una joven llamada Luisa Montes, adoptó, en efecto, una posición defensiva con las manos.

—¡Ahora, ataca! ¡Atácame! ¡Golpéame! —volvió a gritar Sarah.

De nuevo, la joven obedeció y procedió a atacar a la inspectora usando de nuevo las manos y los puños, con determinación, pero sin tener dominado por completo el equilibrio de su cuerpo.

—¡Ese pie siempre mirando al exterior! —aconsejó ahora la inspectora—. ¡Ten siempre presente que el combate real exige que se ejecute lo más rápido posible, lo más fuerte que sea posible y que también dure lo menos posible, ya que los movimientos más largos requieren un mayor tiempo de ejecución! Hay que obrar buscando la naturalidad. ¡Siempre!

—¡Estoy cansada! —se quejó Luisa al tiempo que se detenía en seco.

La expresión del rostro de la joven se antojaba tan inestable y frágil como lo era su cuerpo, de ahí que la inspectora se empeñara en impartirle clases de autodefensa. Hacía seis meses, el novio de Luisa, un brillante universitario perteneciente a una familia adinerada de la región, le había causado una conmoción cerebral tras propinarle tres o cuatro puñetazos en la cabeza y arrojarla a la calzada con el coche en marcha. El agresor, que acabó colisionando con posterioridad contra una señal de tráfico, alegó amnesia, aseguró no recordar nada. Su caso tenía algunas similitudes con el de Amalia Finisterre, aunque gracias a Dios la joven había logrado

recuperarse sin otra secuela más que las psicológicas, por lo que no estaba de más cualquier medida de prevención que reforzara la confianza en sí misma.

—De acuerdo, dejémoslo por hoy —aceptó Sarah.

Después de tomarse unos segundos para respirar, la joven propuso:

—¿Y si voy por la vía rápida y le arreo una patada en los cojones a mi atacante?

—Luisa, los hombres son tan simples como una pelota, o mejor dicho, como las pelotas que les cuelgan de la entrepierna. Carecen de toda creatividad a la hora de pegar, son primarios y prácticos cuando atacan, porque todo lo fían a la fuerza bruta. Nosotras, en cambio, disponemos de una herramienta única y muy valiosa: la astucia. Sí, nada hay mejor que un cerebro bien desarrollado. La fuerza bruta acaba siempre arrodillada a los pies de esa reina soberana que es la astucia. Así que nada de ir arreando patadas en los cojones. Es mucho mejor realizar un certero anzuelo en la barbilla y la boca con la mano y, si se presenta la ocasión, meterle un dedo en el ojo. Mi recomendación es mantener las uñas afiladas, pero no demasiado largas, y bien esmaltadas, para que no se partan. Unas uñas así pueden hacerles mucho daño a los ojos de nuestro agresor. Los hombres son más vulnerables de cuello para arriba que en sus partes nobles, créeme. Hoy día las mujeres hemos suplantado a David en su lucha contra Goliat, el gigante filisteo. Los hombres tienen la fuerza y el tamaño; nosotras la honda que nos permite derribar al fiero forzado antes incluso de que la lucha llegue al cuerpo a cuerpo. Para traer el peculiar mito de David y Goliat a nuestra época: llevar siempre encima un aerosol de gas pimienta puede resultar de gran ayuda. Por eso hay que creer, es necesario que creamos en nosotras mismas, porque solo con esa actitud nos convenceremos de que la victoria del desvalido frente al poderoso es posible, aunque lo tengamos todo en nuestra contra. Se trata de actuar con contundencia por la vía rápida, y luego salir pitando —se pronunció la inspectora.

—La victoria de David contra Goliat es un buen ejemplo, pero se ha dado una vez en la historia. Solo hay que ver el número de mujeres que han sucumbido a manos de sus gigantes filisteos —observó Luisa.

—Eso es debido a que no confiaron en sí mismas. Hoy sabemos que David tenía el combate ganado desde el principio. ¿Adivinas por qué? Porque los débiles, los previsibles perdedores, frente a las dificultades, son los que ponen más empeño en llegar más lejos. Se llama afán de superación, incluso de supervivencia. Créeme, el asunto ha sido estudiado incluso en las universidades, porque este mito tan popular esconde una metáfora bien distinta de la que le hemos atribuido desde tiempo inmemorial. La conclusión es que lo que hace que Goliat parezca más fuerte (su poder en el combate cuerpo a cuerpo) es precisamente su mayor debilidad, así que a David le bastó con no acercarse a él y con ser un diestro lanzador de piedras para tener una gran ventaja. Tanta que, en realidad, Goliat nunca tuvo la oportunidad de vencer a David. De modo que la fortaleza de Goliat es solo una apariencia; lo mismo se puede decir del hombre que te agredió —expuso ahora Sarah.

—Una cosa es la teoría y otra la práctica, de lo contrario no necesitaría vuestra protección. Te aseguro que las hostias que ese cabrón me propinó fueron reales —replicó la joven.

—Lo sé. Por eso estamos aquí, Luisa, por eso te estoy enseñando a defenderte, para que aprendas a imponer tus virtudes a tu adversario, para que sepas reconocer sus debilidades, para que tomes conciencia de la importancia que tiene no dejar que Goliat te obligue a pelear cuerpo a cuerpo. La palabra clave es la que siempre te repito: anticipación.

El hecho de instruir a las víctimas que tenía a su cargo, hacía que Sarah se sintiera mejor. Enseñarles el *Krav magá*, el sistema oficial de lucha y combate usado por las Fuerzas de Defensa y Seguridad israelíes, era lo mismo que entregarles un arma que servía a la vez para que atacaran o se defendieran, según fuera la situación. Y también para que ganaran en autoestima. Ella misma había aprendido que cuando se lucha —sobre todo si quien lo hace es una mujer contra un hombre—, la finalidad última no es obtener la victoria, sino salir con vida. Y había muchas maneras para conseguirlo, siempre y cuando una no se dejara llevar por el miedo.



Sarah escuchaba y olía el mar desde su cama, pero no lo veía. La sensación que experimentaba era relajante e inquietante a partes iguales. La música de las olas llenaba la estancia con un lejano y evocador susurro, pero a veces aquella gigantesca voz invisible y distante rompía la calma escupiendo un bramido aterrador. Un cambio de viento o una tormenta repentina bastaba para desatar una suerte de tempestad que todo lo alteraba, que todo lo mutaba, incluido su estado de ánimo. Entonces la habitación se llenaba de ecos, de rumores, como si aquella vasta extensión de agua quisiera espolearla enviándole una advertencia, tal vez una recomendación o un consejo, en aquella extraña lengua de vocales y consonantes afiladas como silbidos. Cuando eso ocurría, cubría su cuerpo desnudo con aquel murmullo, se vestía con él, y se preparaba una taza de café bien cargado.

Acto seguido, revisaba mentalmente los casos sin resolver, y también los que mayor peligro entrañaban para sus *protegidas*, utilizando un término que empleaban sus compañeras de la Unidad de Atención a la Familia y Mujer.

En cuanto a aquellos, el primero de la lista era el caso de Amalia Finisterre, que llevaba varado en la orilla demasiado tiempo. Una y otra vez, las olas terminaban rompiendo contra el cuerpo de Matías Almeida, quien había aprovechado la corriente para dejarse arrastrar hasta otro continente. Así las cosas, y mientras la responsabilidad de Matías en el intento de asesinato sufrido por Amalia no fuera demostrada de manera fehaciente, ella se sentía en la obligación de elaborar un plan B, de buscar un sospechoso alternativo. En este caso, una sospechosa.

La encontró en el cuaderno de *Cuidados al final de la vida*, y se trataba de la hija de una de las pacientes que Amalia había ayudado a morir. Una enferma terminal que padecía un tumor cerebral. Los comentarios escritos por Amalia eran inequívocos: aquella joven se había enamorado de ella; como también resultaba incuestionable que el móvil que se escondía detrás de su intento de asesinato era el pasional.

El día que conocí a B.B. me pidió que cuando perdiera la consciencia —había escrito Amalia—, y hasta que exhalara su último suspiro, le leyera

unos fragmentos del «Canto a mí mismo», poema de la obra *Hojas de hierba* de Walt Whitman, ya que había escuchado decir que el oído es el último sentido que se pierde. Me hizo entrega de un viejo ejemplar, y me indicó que, llegado el momento oportuno, le susurrara todos aquellos versos que había subrayado a lápiz.

¡La propuesta me recordó tanto a lo que había pasado con J. B.!
Acepté sin dudarlo.

Dije que el alma no es más que el cuerpo,
Y dije que el cuerpo no es más que el alma,
Y que nada, ni Dios, es más que uno mismo,
Quien camina una milla sin amor, se dirige a su propio funeral
envuelto en su propia mortaja;
Y yo y tú, sin tener un centavo, podemos comprar lo más precioso de la tierra,
Y la mirada de unos ojos o una arveja en su vaina confunden la sabiduría de todos los tiempos,
Y no hay oficio ni profesión en los cuales el joven que los sigue no pueda ser un héroe,
Y no hay cosa tan frágil que no sea el eje de las ruedas del universo,
Y digo a cualquier hombre o mujer: que tu alma esté serena
Y en paz ante millones de universos.

Durante seis días con sus noches, le leí esos y otros versos a B.B. en compañía de su hija, P.T., quien rompía a llorar de vez en cuando, pues en el fondo esperaba que aquellas palabras sacaran a su madre del letargo en que se hallaba sumida. Le dije a P.T. que la poesía servía de catarsis, para purificar el alma de su madre frente al desenlace trágico que le aguardaba, pero no para que mejorara de su enfermedad.

«No entiendo la vida, menos aún la muerte. Siempre pensé que la poesía era una herramienta para combatir a ambas», me dijo.

«No, la poesía es una sublimación de ambas, el faro que ilumina al alma en mitad de la noche. Tu madre, simplemente, no quiere morir a oscuras. Solo eso», le respondí.

Antes de morir, B.B. abrazó primero a la noche invisible, incluso hizo ademán de reincorporarse, para luego entregarse a los brazos de la muerte.

Ya de cuerpo presente, le leí esos versos de «Postrera invocación», que dicen:

Al fin, dulcemente,
dejando los muros de la fuerte mansión almenada,
el duro cerco de las cerraduras, tan bien anudado;
la guardia de las puertas seguras,
sea yo liberado en los aires.
Con sigilo sabré deslizarme;
pon tu llave suave en la cerradura y, con un murmullo,
abre las puertas de par en par, ¡alma mía!
Dulcemente —sin prisa—
(carne mortal, ¡oh, qué fuerte es tu abrazo!
¡oh, amor! ¡cuán estrechamente abrazado me tienes!).

Tras la lectura, P.T. y yo nos fundimos en un sentido abrazo.

P.T. me invitó a cenar unos días más tarde para agradecerme todo lo que había hecho por su madre, mis desvelos, mis ratos de lectura, que ella no hubiera podido llevar a cabo por culpa de la emoción. Lo cierto es que las dos lo habíamos pasado muy mal en tanto que la vida de B.B. —una existencia sin duda valiosa— se fue consumiendo con la lentitud de una vela. Ambas terminamos exhaustas después de acompañar a su madre hasta el umbral de la muerte.

Me pareció una buena idea, un encuentro que podía servirnos de punto de inflexión.

A la tercera copa de vino quedó claro que ella pensaba lo mismo.

Me dijo entonces que yo era una mujer muy hermosa, que mi corazón lo era aún más, que mis ojos transmitían una luz capaz de iluminar los rincones más oscuros del alma, y que se había enamorado de mí. En pocas palabras: se me declaró.

Le manifesté con toda franqueza lo que en verdad pensaba: que se trataba solo de un sentimiento «aparente», de una ilusión, de una necesidad que ella misma se había creado, fruto de la vulnerabilidad de sus emociones, pues la muerte de su madre le había dejado un gran vacío.

«La luz que irradiaba tu madre iluminaba tu mundo, y ahora que se ha apagado crees que yo puedo reemplazarla, pero no es así», le argumenté.

«Te equivocas. Te necesito, nos necesitamos mutuamente», me respondió.

Era cierto que en algún momento de aquel proceso yo me había sincerado con ella, le había hablado de mi ruptura con Matías, pero lo debí hacer con tanta vehemencia, con tanta franqueza, que, al parecer, ella interpretó aquella confesión como una invitación, como una muestra de complicidad entre ambas, como una declaración de que mi corazón estaba abierto y preparado para una nueva relación.

Le aseguré que se trataba de un malentendido, que los estrechos lazos que habíamos establecido entre ambas estaban ligados por un solo nudo: la enfermedad de su madre, una mujer excepcional cuya muerte había dejado a nuestros corazones expuestos a cualquier sobresalto.

«No, entre tú y yo no existe una atracción física, lo que nos une es el ejemplo de tu madre», me reafirmé.

«Ni siquiera tu negativa puede poner freno a mis sentimientos, que son verdaderos y sinceros. Tal vez tú estés dispuesta a engañarte, pero yo no», me rebatió.

Para dejar zanjado el asunto, le confesé que yo había experimentado algo similar con un paciente que era a su vez un compañero de trabajo, un celador llamado J.B., del que creí estar enamorada tras hacerme cargo de sus cuidados.

«Incluso estuve a punto de casarme con él *in articulo mortis*, pero gracias a Dios comprendí que muchas veces las emociones —sobre todo

cuando son nobles— se confunden con los sentimientos verdaderos, y son estos y no aquellas los que han de prevalecer», me sinceré.

No tardó en romper a llorar.

Tuve que abrazarla para consolarla, dejé que ella hiciera otro tanto, incluso le permití que me besara en una de las mejillas, la llené de piropos, merecidos por otra parte, puesto que P.T. era una joven de gran belleza y acusada sensibilidad, una mujer a punto de entrar en la edad madura.

A las pocas semanas, recibí una invitación para asistir al homenaje que el Colegio Público Cervantes iba a brindarle a B.B., quien era —o había sido— a la postre la profesora más antigua del centro. Delante de varias generaciones de antiguos alumnos y docentes de todas las épocas y edades me tocó hablar de cómo aquella vieja y menuda mujer había hecho frente a la muerte con ejemplar entereza. No con resignación, sino con firmeza de ánimo y valentía. Les hablé del gusto de B.B. por Walt Whitman, quien decía de su poemario que no era solo un libro, sino un medio de llegar al corazón y al espíritu del ser humano, con el trasfondo del respeto y la admiración por la naturaleza.

«Como el poemario de Whitman, B.B. era una mujer poderosa, intensa y suave a la vez, una mujer libre como el viento que llega hasta los confines del alma», aseguré.

«Su última lección», fue la frase más repetida por todos los presentes.

Volví a encontrarme con P.T., que ocupaba un lugar destacado en la primera fila.

La emoción del acto desembocó en una nueva declaración de amor de su parte. En esta ocasión no le permití que me abrazara o besara, no al menos como ella pretendía, pues empezaba a incomodarme el cariz que estaba tomando el asunto.

Tres días más tarde, P.T. me envió el siguiente *mail*:

Amalia, me gustaría ser como tú cuando le leías versos al oído a mi madre en su lecho de muerte, pero por desgracia ni siquiera tengo el talento suficiente para expresar mi gratitud como desearía; así que he seleccionado unas cuantas frases —inspiradas en algunos de los libros que he heredado

de ella— que reflejan mi universo, mi estado de ánimo y también lo que siento hacia ti.

Espero que te agraden, y deseo que conquisten tu corazón.

La marea viva de los amantes ha llegado, para que este terreno baldío pueda convertirse en jardín; la proclamación del cielo ha llegado, para que el pájaro del alma pueda elevarse en vuelo.

El mar se llena de perlas, la marisma de sal se vuelve dulce, la piedra se convierte en rubí, el cuerpo se convierte en alma...

Aunque los ojos y las almas de los amantes estén diluviando como una nube, sin embargo el corazón dentro de la nube brilla como un relámpago.

¿Sabes por qué los ojos de los amantes se han vuelto como una nube enamorada? Porque esa luna generalmente está oculta tras las nubes.

¡Feliz y risueña hora, cuando esas nubes empiezan a llorar! ¡Señor, qué bendito estado, cuando ríen esos relámpagos!

De esos cientos de miles de gotas, ni una sola cae sobre la tierra, pues si cayera sobre ella, el mundo entero quedaría en ruinas.

Por tu vida juro que sin ti, oh vida de mi alma, la compañía del placer no me hace feliz, ni tampoco el vino me embriaga...

Ya ves, yo, como mi madre, también tengo unos cuantos versos a los que aferrarme, sobre los que construir un futuro de esperanza.

Sueños, Amalia, tengo sueños, anhelos que a veces están a un solo paso de la desesperación. Tú, he de reconocerlo, formas parte esencial de esos sueños y también de la desesperación.

Trato de comprenderte, pero eso me destruye. Entonces llego a la conclusión de que eres tú la que no hace nada por comprenderme.

Le escribí a P.T. para felicitarla por la redacción, y para hacerle ver que su texto no era más que un espejismo, una bella ilusión rebosante de poesía y emoción; una utopía que solo me concernía en tanto que musa o fuente de

su inspiración, en el supuesto de que fuera yo la inspiradora de aquellas palabras, como aseguraba, pero nada más. Le dejé claro, por tanto, que no había reciprocidad por mi parte, que nunca podría haberla.

Me respondió que los versos no eran suyos, sino de un poeta de una época remota, y que en esas palabras escritas hacía tantos siglos veía reflejado el estado de su alma, percibía el manantial de lágrimas que estaba anegándola y ahogándola por dentro por falta de correspondencia de su amor, por culpa de mi rechazo. Me aseguró que su mundo, tras la muerte de su madre y mi indiferencia, estaba en ruinas, como el que vaticinaba el poema tras el diluvio.

Le repliqué que el amor es un estado que no se puede definir con palabras, y que, sin duda, cualquier persona tiene derecho a amar incluso sin ser correspondida; pero que el amor —el verdadero y altruista, el que se da sin pedir nada a cambio, por manido que resulte o parezca siquiera decirlo— también conlleva unas obligaciones, y la primera de todas es el respeto para con los sentimientos de la persona amada. Como cualquier deporte, le dije, el amor tiene un componente emocional, que se controla estableciendo unas reglas determinadas que los practicantes han de respetar. Sin ellas, todo es desorden y caos, y la práctica de la actividad deportiva se convierte entonces en anarquía. No sirve. Carece de sentido, de armonía. El enamorado, como el deportista, en consecuencia, ha de aceptar tanto la victoria como la derrota.

No he vuelto a saber nada de P. T. desde entonces.

He de reconocer que echo de menos su amistad, y lamento que mis palabras hayan podido causarle cierto resquemor.



Las iniciales B. B., las de la madre enferma, ocultaban el nombre de Beatriz Barrachina, y las iniciales P. T., el de su hija, Pilar Tormo, Pilar Tormo Barrachina, según reveló la investigación posterior.

Cuando Sarah fue a entrevistarse con ella, encontró a una joven menuda, de ojos apagados y manos sarmentosas, con la piel pegada a los

huesos, consumida por las drogas. Tal y como aventuraba Amalia en su diario, el rechazo había sumido a Pilar Tormo en una depresión que había querido superar a base de una dieta rica en estupefacientes, según sus propias palabras. El intento de asesinato sufrido por Amalia no había hecho sino agudizar el problema. Confesó haber coqueteado con *Mademoiselle Cocó* —nombre con el que se conocía a la cocaína en los años veinte y treinta del siglo pasado, según dijo— desde muy joven; si bien la muerte cerebral de Amalia —acaecida tan solo unos meses después de la desaparición de su madre—, le había dado la puntilla y empujado a un profundo pozo al que ni siquiera llegaba el más mínimo resquicio de luz. La heroína era la reina de aquel reino de oscuridad.

«Cuando admití lo que pasaba, que Amalia jamás volvería a ser la misma, que ni siquiera volvería a reconocirme, decidí autodestruirme», aseguró.

La inspectora Toledano se preguntó si esa espiral de destrucción de la que hablaba Pilar Tormo había comenzado antes, cuando se sintió rechazada. ¿Por qué no pensar entonces que hubiera podido estar relacionada con el destino fatal de Amalia?

Sin ningún género de duda, Pilar Tormo encajaba en el perfil de potencial sospechosa. Había sido rechazada por la víctima, siendo el móvil más probable un desplante amoroso. Su adicción a las drogas tampoco ayudaba. Los drogadictos solían ser inestables desde el punto de vista emocional y, en consecuencia, impredecibles en su forma de actuar. Acababa de perder a su madre y buscaba con desesperación que Amalia supliera todos aquellos afectos que le había hurtado su recién estrenada orfandad.

No obstante, había elementos fundamentales de la investigación que jugaban a su favor: sus huellas no estaban por ninguna parte, por no mencionar el pequeño tamaño y la endeblez de su cuerpo. Tenía los brazos propios de una persona con trastornos en la conducta alimentaria, carentes de masa muscular. De hecho, para que una mujer como ella hubiese podido golpear a Amalia con el mismo ángulo y la misma fuerza empleada por el agresor, Pilar tenía que haber actuado subida a una de las sillas que había servido como arma a la postre. Otro tanto ocurría con las brutales patadas

que había recibido la víctima en el tórax y en la cabeza; unas piernas finas como alambres rematadas por unos pies huesudos que calzaban el número treinta y seis no eran suficientes para infligir tanto daño. Tampoco parecía factible que ella sola hubiera podido manipular un cuerpo como el de Amalia, desvestirlo y vestirlo de nuevo con la camisa de Matías, puesto que inerte hubiera aumentado sobremanera la dificultad para arrastrarlo y manipularlo al carecer de ayuda a la hora de llevar a cabo las maniobras. En resumidas cuentas, la resistencia puesta por el cuerpo de Amalia era incompatible con la escasez de fuerza de Pilar Tormo. Los trece centímetros de altura que separaban a una y otra, así como los diez kilos de más entre Amalia y Pilar, convertían a esta en improbable sospechosa. En términos boxísticos, hubiera sido lo mismo que enfrentar a un peso pluma contra uno pesado.

La única opción que cabía, para no desechar a Pilar Tormo como sospechosa del intento de asesinato sufrido por Amalia, era que hubiera contado con la colaboración de alguien. Tal vez la de su suministrador habitual de drogas. Quizá un día decidió ir a vengarse de Amalia en compañía de su camello; quizá Pilar le ofreció a este el botín que pudiera haber en casa de la víctima a cambio de ayuda, pequeñas joyas, objetos de plata, algo de dinero en efectivo. Así que ambos se presentaron en el domicilio de Amalia y esta, una mujer dispuesta a ayudar a quien lo necesitara y que había reconocido por escrito que echaba de menos la amistad de la sospechosa, no dudó en abrirles la puerta de su casa.

Por desgracia, también esta hipótesis contaba con una falla, la misma que siempre aparecía en todos los posibles escenarios que ofrecía el caso: el viaje de Matías Almeida pocas horas después de la agresión, el hecho de que la huida de este hubiera coincidido en el tiempo con la *casi* muerte de Amalia Finisterre.

El instinto de la inspectora le decía que la probabilidad de que Pilar Tormo, —sola o en compañía de otros—, hubiera decidido asesinar a Amalia coincidiendo con el viaje de Matías Almeida era de una frente cien mil, salvo que la joven estuviera al tanto de los planes de este. Pero eso era llevar las cosas demasiado lejos.

El diario de la víctima dejaba claro que la joven estaba al tanto de la ruptura de los novios, puesto que esta se había producido en el tiempo cuando Amalia se hizo cargo del cuidado de la madre de Pilar.

Matías Almeida, en cambio, no hacía mención de la joven en su carta; tampoco se había referido a ella en las conversaciones telefónicas que habían mantenido con él. Ni siquiera la había incluido en la terna de amigas de Amalia.

Incluso si retorció el argumento hasta los límites de lo imposible, la última opción pasaba porque Pilar y Matías hubieran actuado juntos, que se hubieran conchabado, de ahí que uno y otro hubieran omitido conocerse en sus respectivas declaraciones. En este punto, el plan A y el plan B, el sospechoso A y la sospechosa B, habrían confluido.

Pero también esta hipótesis resultaba demasiado enrevesada, pues suponía que el amor que ambos sentían hacia Amalia era tan poderoso como el desprecio de Amalia para con ambos. Sin embargo, no parecía que Amalia fuera una rompecorazones, un ser insensible al dolor ajeno, sino todo lo contrario. Amalia ayudaba a morir a los moribundos y a sobrevivir a los vivos, y lo hacía a corazón abierto, dando lo mejor de sí misma. Partiendo de ese axioma, su carácter no encajaba con el de una persona que se dedicara a jugar de manera frívola e irresponsable con los sentimientos del prójimo. No, Amalia Finisterre no era una mujer dada a las conjuras o las estridencias.

Cuando el temporal amainó en su interior, Sarah se dio cuenta de que había estado jugando a las adivinanzas, de que llevaba haciéndolo desde que el caso de Amalia Finisterre se cruzara en su camino.



Lo último que la inspectora hizo antes de irse a descansar, fue releer otro de los epígrafes que Amalia había dejado escrito en su cuaderno *Cuidados al final de la vida*. Un breve capítulo donde daba cuenta de un desagradable incidente con un tal A., una suerte de prostituto especializado en asistir sexualmente a discapacitadas y enfermas de ELA. Durante un tiempo, la

inspectora contempló la posibilidad de que A. hubiera tenido alguna relación con la agresión de Amalia, pero tuvo que desecharlo por el hecho de que el joven, de origen hispano cubano, no se encontraba en el país el día de autos. ¿Y si haciendo uso de sus contactos prostibularios, A. había encargado a un tercero que agrediera a Amalia? ¿Y si su salida temporal del país no había sido más que una forma de garantizarse una coartada?

Tenía que reconocer que involucrar a A. en la agresión de Amalia era tan inconsistente como tratar de aprehender humo con las manos, aunque este procediera del tubo de escape de un automóvil y resultara nocivo para la salud.

El final trágico del joven a las pocas semanas terminó de despejar la atmósfera.

Hoy he ido a evaluar a V., una enferma de ELA de cuarenta y ocho años de edad —había dejado escrito Amalia—. Ha entrado ya en su sexto año de enfermedad, y apenas puede moverse, no habla y tiene que comunicarse a través de las pupilas. Come y bebe por medio de una sonda gástrica, y usa una mascarilla de ventilación mecánica para respirar mejor al dormir. Su deseo es que la ayudemos a morir, antes de que la enfermedad la incomunique del todo.

A la reunión con la familia ha asistido un hombre joven, un mulato bien parecido que, tras presentarse como A., se ha ofrecido a trabajar codo con codo conmigo. Poco me ha sorprendido semejante ofrecimiento en comparación con su carta de presentación:

«Me dedico a la masoterapia. Soy un acompañante íntimo para discapacitados. Doy servicios de acompañamiento a mujeres con diversidad funcional física o intelectual. He hecho algunos cursos, y he aprendido a poner y retirar sondas, poner y quitar pañales, etc.».

«¿Está insinuando que se acuesta con personas enfermas y desvalidas a las que pone y quita pañales?», le pregunté sin ocultar el asombro que me habían producido sus palabras.

El áspero tono de mi voz era una invitación para que A. entrara de lleno a defender su terreno, de modo que yo pudiera realizar una valoración más

exacta sobre lo que su profesión escondía.

«Estoy aquí porque V. solicitó mis servicios, antes de perder la sensibilidad por completo. Es consciente de que su capacidad para mantener vivos ciertos estímulos se le está agotando por culpa de la enfermedad que padece. Esto no va solo de orgasmos. Va mucho más allá —trató de justificarse A.—. A veces, ni siquiera hay penetración. No siempre se puede. No siempre las circunstancias físicas de la paciente lo permiten. Sea como fuere, el sexo no ha de ser un privilegio de la gente que llamamos sana según los cánones. Todo el mundo tiene derecho a experimentar su sexualidad. Piénselo con detenimiento, en el fondo todos padecemos alguna discapacidad, todos sufrimos atrofia y limitaciones de distinta índole, pero eso no significa que tengamos que permitirles que cercenen nuestros deseos, nuestros derechos. Para los masoterapeutas que profundizamos en la sensualidad del paciente como yo, no existen discapacitados o minusválidos, sino diversidad funcional. Y ser funcionalmente diverso no tiene por qué convertirlo a uno o a una en una persona de segunda o tercera categoría. Nadie es un despojo; todos gozamos de los mismos derechos. Sobre estos principios está construido mi oficio. Mi especialidad son los masajes corporales y las caricias sensitivas».

Nada hay más sospechoso que el empleo de eufemismos cuando se habla de sexo, pensé. Recordé además que la mitad de las llamadas que recibían las masoterapeutas profesionales, las que verdaderamente se dedican a los masajes reparadores —algunas de las cuales colaboraban con nuestra unidad—, eran de carácter sexual, con lo que el cáncer estaba dentro del oficio.

«¿Caricias sensitivas? O sea, su especialidad es la masturbación de enfermos. Respóndame con sinceridad: ¿Cobra por su trabajo?», le inquirí yendo directa al meollo del asunto.

«¿Acaso no cobra usted por el suyo? —me replicó—. Entre cincuenta y cien euros, más los costes de desplazamiento. No tengo por qué ocultarlo. Pero el dinero lo recibo solo para establecer una barrera emocional entre el paciente y el servicio que proporciono. No quiero dar lugar a malentendidos».

«Lo mismo que hace una prostituta. También ella establece una barrera emocional con el cliente para evitar malentendidos», le hice ver.

«No tiene nada que ver. No puede compararse. Yo no tengo clientas, sino que asisto a pacientes. Ni yo me vendo ni me compran. Si no se establece una relación de empatía, una atracción química entre la paciente y yo, la cosa no funciona. Entonces, paso. Recomendando a otro compañero. Otro tanto ocurre con ellas. Si no les entro por el ojo no hay contacto físico».

«Eso de pasar suena poco hipocrático. Diría que suena más a hipocresía. Es decir, que si la paciente no le entra por el ojo, como usted señala, no hay masajes corporales o caricias sensitivas, y pasa el turno. ¿Sabría decirme cuántas veces ha pasado eso?».

«Solo intento hacerle comprender que la relación entre la paciente y mi persona ha de estar consensuada en base a la mutua atracción, como hacen las parejas normales».

«¿Las parejas normales? ¿Se refiere a los no diversos funcionalmente? En cuanto despoja su lenguaje de eufemismos lo que queda no es precisamente edificante. ¿No se da cuenta de que se contradice?».

«Diga lo que quiera. Piense de mí lo que quiera. Solo trato de ser sincero. Dar cuando puedo hacerlo, cuando me sale de dentro».

«En caso contrario, usted pasa, ya lo ha dicho. Lo que me lleva a la conclusión de que también es usted un rompecorazones».

En estos años prestando servicio en cuidados paliativos he aprendido a identificarme con el prójimo, a ponerme en su lugar, pero A., en cambio, me produjo aversión desde el primer momento. No me pareció que fuera trigo limpio.

«¿A qué ha venido, a joderme?», se revolvió A. mostrando una cara que nada tenía que ver con las caricias sensitivas que, al parecer, prodigaba con destreza.

«No. A decirle que no quiero verlo más por aquí, que no quiero que interfiera en mi trabajo. La paciente ha entrado en una nueva fase, donde sus servicios ya no son necesarios. ¿Comprendido?».

«¿Quién diablos se cree que es usted? —me espetó—. Mírese en el espejo. Su trabajo es el de un buitre carroñero. Pasa el día revoloteando en

torno a la víctima, a la espera de que muera para poder devorar sus despojos. Yo doy, me entrego, conforto; usted da y luego lo quita. Es usted la que le abre la puerta a la parca para que pueda arrastrar a los enfermos hacia su abismo. Los hipnotiza, les lava el cerebro, los narcotiza, los sume en un estado de duermevela con sus drogas y, por último, los empuja a los brazos de la muerte. Se los entrega como si fueran ofrendas, sin remordimientos, tal y como hacen los matarifes. Esa es la verdadera diferencia entre usted y yo».

La discusión terminó con una denuncia que interpuso, pero al parecer el trabajo que A. realizaba era considerado ilegal, que no es lo mismo que ilegal, por lo que no se pudo hacer nada. Incluso se me echaron encima los activistas del «Movimiento de Vida Independiente», y una entidad llamada «Sexualidad Funcional» que va a empezar a operar en Valencia con el beneplácito de la Dirección General de Salud Pública. De nada sirvió que me defendiera argumentando que era precisamente regulación y control lo que requería esta clase de servicio, y evitar así que se confundan churras con merinas.

Desde mi punto de vista, A. era un puto encubierto. Nada más que eso.

Al menos, conseguí que no se acercara más a mi paciente.

Alexis, que era el nombre que se escondía bajo la letra A. del cuaderno de Amalia fue interrogado e investigado, por si hubiera podido tomar parte en la agresión de la enfermera. Aseguró recordar el incidente con Amalia en casa de Victoria Rueda, la enferma de ELA que falleció tres meses y medio después de aquel encontronazo, y de la que no pudo despedirse por habérselo impedido Amalia, siempre según su versión. El joven, tan bien parecido en el plano físico como altivo y arrogante en su manera de comportarse, terminó por ofrecerse al matrimonio Finisterre, por si Amalia precisara, ahora que no podía valerse por sí misma, de sus servicios como acompañante íntimo.

«Mi especialidad son los masajes corporales y las caricias sensitivas», les recalcó a los padres de Amalia. «Puedo proporcionarle una clase de felicidad a su hija que no está al alcance de sus rehabilitadores».

El desagradable incidente llegó a oídos de la inspectora Toledano, quien no dudó en intervenir:

—Si se acerca a Amalia o a algún otro miembro de su familia, le juro que me encargaré de que su próximo trabajo sea el de sexador de pollos. ¿Le ha quedado claro, mamarracho? —le dijo.

Lo cierto fue que un mes y medio más tarde, Alexis apareció degollado y castrado en su apartamento. Alguien se tomó la molestia de introducirle el pene en la boca. El hecho de que su lista de pacientes superara el centenar no evitó que el señor Finisterre fuera interrogado en calidad de investigado, pues tenía motivos para haberse tomado la justicia por su mano. Al final, todo quedó en nada, pues se descubrió que el joven, tal y como había sospechado Amalia, compaginaba la masoterapia con servicios sexuales de lujo, por lo que su crimen pasó a engrosar las estadísticas de casos sin resolver.



La tormenta de la noche anterior dio paso a una mañana de cielo encapotado que, de tanto en tanto, descargaba un chaparrón. Valencia no parecía la misma ciudad bajo un paisaje de nubes plomizas y de vientos destemplados que rizaban las crestas de las olas y retorcían las copas de los árboles. Era como si la falta de luz hubiera despojado de su esencia a la ciudad, que parecía vestida de luto.

Cuando la inspectora Toledano llegó a las dependencias de la Unidad de Atención de la Familia y Mujer, se dio cuenta de que estaba empapada.

—Vengo calada hasta los huesos —le dijo a la inspectora Manuela Cano, la responsable del área de protección de la UFAM, pasando por alto un saludo protocolario.

—Siempre me he preguntado para qué sirven los paraguas —ironizó la aludida, una joven atlética de cabello recogido en una coleta y unos ojos azules y grandes que parecían mirarlo todo con asombro.

—Eso me pregunto yo también.

—La próxima vez pregúntale a uno de esos vendedores ambulantes que proliferan por las calles en cuanto rompe a llover.

—Descuida, lo haré.

—Laura te espera en su despacho —dijo Manuela a continuación con un tono lacónico que presagiaba alguna turbulencia.

Era lo bueno que tenía trabajar con las mismas personas desde hacía años. Entre todos los miembros de la unidad habían desarrollado un código de gestos e inflexiones que ahorraban ciertos comentarios innecesarios, sobre todo si en las dependencias policiales se encontraba alguna de las mujeres cuya protección tenían a su cargo. Se trataba de ponerles las cosas lo más fáciles posible, de simplificarlas, para que cuanto antes superaran el dolor, el aislamiento y hasta el sentimiento de vergüenza que las había arrastrado hasta allí. Sí, el lenguaje tenía que ser preciso como un reloj cuya maquinaria no adelanta ni atrasa.

—¿Sabes qué quiere la jefa? —preguntó Sarah a continuación con el propósito de que su compañera le adelantara algo más sobre aquel requerimiento.

—Está reunida con Rafaela González, la madre de Matías Almeida.

—¡Joder! —exclamó Sarah.

—Te prevengo: Matías se ha suicidado —advirtió la inspectora Cano.

—¡Joder, joder y joder! —repitió el exabrupto.

El vacío que recorrió las entrañas de la inspectora Toledano retardó un último comentario:

—Gracias, Manuela.

—Siento la mala noticia. Sécate el pelo antes de entrar —la conminó la inspectora Cano.

—Sí, lo haré antes de que acabe con un tranco.

Sarah intentó digerir la noticia lo más rápido posible, pero al instante se dio cuenta de que le esperaba una digestión larga, muy larga, de semanas o incluso de varios meses, como la de la serpiente pitón cuando ingiere una presa de mayor tamaño que ella.

Tras deshumedecerse el pelo todo lo que pudo con las toallitas de papel que usaban para secarse las manos en el cuarto de baño, puso rumbo al despacho de la inspectora jefa de la unidad con paso firme.

—¡Yo la maldigo, inspectora Toledano! ¡Yo la acuso de ser la responsable directa de la decisión que mi pobre hijo ha tomado! ¡Es usted y nadie más la culpable de su muerte! —exclamó la madre de Matías en cuanto Sarah hubo traspasado el umbral de la puerta.

También como una pitón, Sarah tuvo que desencajar la mandíbula para asimilar semejante retahíla de reproches.

—¡Cálmese, doña Rafaela! La inspectora Toledano se ha limitado a realizar su trabajo. ¡Todas lo hemos hecho! ¡Así que no la tome con ella, se lo ruego! —salió la jefa de la unidad en su defensa.

—¡Pues entonces las maldigo a todas ustedes! Yo diría que se han extralimitado atribuyéndole a mi hijo un delito que no cometió. Lo han estado acorralando todo este tiempo, hasta ponerlo al borde del precipicio. Ahora él está muerto, y eso ya nadie puede remediarlo. ¡Muerto y enterrado en tierra extraña! ¿Satisfechas, inspectoras? Muerto el perro se acabó la rabia, ¿no dice eso el refrán?

—Somos profesionales y tenemos la obligación de seguir cuantas líneas de investigación planteé cada caso. Le recuerdo que la víctima llevaba puesta una camisa de su hijo, quien para colmo puso tierra de por medio pocas horas después del intento de asesinato sufrido por Amalia Finisterre. ¿No le parecen demasiadas coincidencias? Eso significa que su hijo sigue siendo el primer sospechoso, y que su suicidio podría estar motivado por un problema de conciencia —se pronunció de nuevo la inspectora jefa, imprimiéndole a su voz un tono más firme.

—¿Un problema de conciencia? ¡Matías se sentía intimidado! ¡Acorralado por ustedes y sus malditas sospechas! Mi hijo compró ese billete de avión tres meses antes de que Amalia fuera agredida, pero su subordinada no le ha dado validez a ese detalle. Matías se ofreció a colaborar, les envió una confesión a través de mi persona, habló por teléfono con ustedes, pero no le hicieron caso. Se agarraron a él porque no tenían otro sospechoso. Ahora podrán cerrar el caso y dormir tranquilas —se explayó la mujer.

—Se equivoca, señora. Siempre he creído en la inocencia de su hijo; por desgracia, era él quien no parecía estar muy seguro de sí mismo —intervino Sarah midiendo sus palabras y el tono de su voz.

—Francamente, doña Rafaela, sentimos la muerte de su hijo, lamentamos profundamente un final tan terrible, pero dicho esto no entiendo muy bien a qué ha venido. Ha de comprender que este no es un tribunal donde plantear agravios —completó el comentario la inspectora jefa.

—Deja que se desahogue —dijo Sarah.

La estólida mirada de doña Rafaela se clavó en Sarah. Cuando consideró que le había trasladado una dosis suficiente de desprecio y desdén, dijo:

—No he venido a desahogarme, inspectoras. Tampoco a que me desagravien. Nada de eso puede servirme de consuelo a estas alturas. Solo he venido a verla. Solo les pido eso: que me dejen verla. Que me den una copia.

—¿Ver, el qué? ¿Darle una copia de qué? —preguntó la inspectora jefa.

—La nota de Matías. Una copia de la nota de Matías.

—¿De qué nota habla, señora?

—La Policía brasileña me dijo que Matías había dejado una nota cuyas destinatarios eran ustedes: la Unidad de Atención a la Familia y Mujer de la Policía Nacional de Valencia. Me gustaría verla, para al menos saber a qué atenerme.

La inspectora Toledano y la inspectora jefa Riestra se miraron trasladándose la una a la otra el desconcierto que les había provocado semejante noticia. Un segundo más tarde, la inspectora jefa apretó el telefonillo con cierta insistencia, hasta que la voz de la inspectora Cano brotó de aquel aparato.

—¿Qué desea, inspectora?

—Manuela, ¿quién atendió la llamada de la Policía brasileña?

—Yo misma. Aunque no llamaron aquí directamente. La llamada me la pasó...

—¿Te han dicho los colegas brasileños algo sobre una nota dejada por Matías Almeida? —interrumpió la inspectora jefa las explicaciones de su subordinada.

—Sí. Han quedado en que la enviarían por valija diplomática.

—Comprendo. Pero si lo hacen por esa vía, la nota tardará en llegar demasiado tiempo, siempre y cuando no se extravíe, claro está. Por favor, ponte en contacto con ellos de inmediato, les dices que ya hemos consumido unos cuantos años del siglo XXI, y les pides con tu proverbial amabilidad que escaneen el documento y lo envíen a nuestra dirección de correo electrónico.

—Veré lo que puedo hacer.

—Diles también que la madre del difunto está esperando en nuestras dependencias.

—Y que no piensa moverse de aquí hasta que no sepa lo que dejó escrito su hijo en esa nota —se inmiscuyó la aludida.

—De acuerdo. Les diré que nos corre mucha prisa.

Mientras aguardaban noticias de Brasil, la inspectora Toledano elucubró que el suicidio de Matías Almeida cumplía con uno de los requisitos más habituales de los maltratadores. Una vez que estos perdían el dominio sobre sus víctimas, que dejaban de tener el control sobre alguien que ya no existía, entonces se sentían impelidos a quitarse la vida. El sometimiento traumático —la humillación, los insultos, las coacciones, las torturas, los golpes, etc.— de la víctima era lo que dotaba de sentido a sus existencias. De modo que una vez que todo eso desaparecía, la vida del agresor perdía su razón de ser. El motor se quedaba sin combustible. Tal y como le había oído decir al presidente de la Sociedad Española de Psicología de la Violencia: los maltratadores «asesinan por machismo y se suicidan por él». En consecuencia, detrás del suicidio del maltratador no había un acto honroso, sino una nueva demostración del egoísmo, del egocentrismo sin límites del que hacían gala.

Cuando por fin llegó el *mail* de la Policía brasileña, la inspectora jefa determinó que, puesto que la nota iba dirigida a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, sería ella junto con sus subordinadas quienes revisarían en primer lugar el contenido de la misma.

—Doña Rafaela, tendrá que aguardar unos minutos en la sala de espera, hasta que comprobemos la naturaleza del documento —ordenó la inspectora

jefa.

Tras imprimir tres copias, cada una de las policías se centró en la lectura del texto:

Ya no estoy seguro de nada —comenzaba diciendo la nota de Matías Almeida—. Ni siquiera confío en mí mismo, como si hubiera traicionado todos mis principios. Algo que me atormenta sobremanera.

En el momento presente solo estoy seguro de una cosa: todo este asunto de Amalia me ha hecho perder el rumbo. Incluso he llegado a desorientarme mientras conducía un camión de gran tonelaje. ¡Me he extraviado entre enormes campos de soja y de algodón que se me antojaban parte de un gigantesco laberinto! ¡La cuestión —lo importante— es que no he sabido salir de él!

No, no se trata de una metáfora.

Me embarga la sensación de que los límites, mis límites, se han difuminado hasta invadir un territorio hasta ahora inexplorado. Se trata de un lugar oscuro, donde la luz del sol no llega y en cuya superficie no crece más que la desazón.

En consecuencia, por primera vez me siento perdido, realizando un viaje hacia mi interior que nunca quise emprender.

Pese a que no puedo sentir lo que no he hecho, en cambio llevo meses experimentando una profunda aflicción que ha terminado por abrir un enorme cráter de arrepentimiento en mi pecho. ¿De qué soy culpable?, me pregunto una y otra vez. La respuesta que brota de mi conciencia es siempre la misma: de no haber estado a la altura de las circunstancias, de no haber salvado a Amalia cuando contaba con medios para hacerlo.

El causante es ese orgullo mío que arrastro como una pesada condena.

Sí, llevo un tiempo sintiéndome responsable de todo lo ocurrido por culpa de mi inacción. Tenía que haber luchado por ella con más ahínco, por recuperar lo nuestro. Tal vez hubiera bastado con que me hubiera pasado por su casa para recoger mis pertenencias. Sin embargo, la arrojé a los pies de los caballos. Una y otra vez me pregunto por qué dejé en su casa esa camisa con la que su agresor la amortajó, por qué no fui capaz de rescatar

esa prenda. ¡Maldita camisa! Pero necesitaba aferrarme a una esperanza, a una posibilidad, y la camisa lo era. En resumen, necesitaba engañarme a mí mismo. Reconocerlo hace que sienta el peso de la responsabilidad sobre mi conciencia, como si yo mismo hubiera llevado a cabo o participado en aquel monstruoso acto. Por todo esto vivo atormentado, y conforme ese sentimiento crece dentro de mí como un tumor maligno —que se extiende como una mancha de alquitrán por todos los rincones de mi organismo—, más firme es mi convencimiento de que el intento de asesinato de Amalia no fue perpetrado por un solo hombre, sino por dos, entre los que he de incluirme. Aunque yo no estaba presente en su casa aquella noche, en cambio, mi conciencia me dice que permití que sucediera porque la dejé sola. Desde el primer día hasta el último. Nunca la acompañé en verdad, nunca estuve cuando me necesitó. Lo que le ha ocurrido a Amalia, por tanto, es la fatídica proyección de todos mis errores, de mi falta de compromiso, de todas las promesas incumplidas, de todo lo que he hecho mal o dejado de hacer a lo largo de mi existencia.

Desde que cumplí la mayoría de edad, fui capaz de manejar grandes vehículos pesados; sin embargo, nunca supe conducir mi relación con ella (tampoco con ninguna otra mujer). Cuando esa sinuosa carretera que son los sentimientos requería que acelerara, yo frenaba, y viceversa. Hasta que provoqué el accidente mortal que ha borrado su vida pasada y también su futuro. Sí, le fallé, con estrépito. Nunca supe estar a la altura de lo que ella merecía.

¡Maldita sea mi falta de madurez! ¡Maldito yo!

¿Acaso todo eso no me convierte en cómplice del asesino? ¿No merezco ser castigado por tales actos? Sin duda. Tal vez no el castigo social, el que imponen las leyes de los hombres, pero sí el que uno se inflige a sí mismo. No existe un código penal más severo que la conciencia de uno mismo.

Lo más sencillo sería entregarme y asumir mi responsabilidad, pero tampoco ese hecho cubriría mis expectativas, pues de nuevo se haría justicia a medias. Volveríamos al mismo punto donde nos encontramos. El verdadero agresor —mi cómplice anónimo, mi sosia, tan parecido a mí que podría confundírseme con él—, quedaría libre. El caso se cerraría para siempre. Claro que si acabo con mi vida ocurrirá otro tanto, salvo que mi

muerte les remueva la conciencia. ¿Lo hará? ¿Servirá de algo? Ya ven, me encuentro en una encrucijada, y el Mato Grosso, con una extensión que casi dobla a la de España, no es el lugar más recomendable para tomar el camino equivocado, para extraviarse.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que la única salida de este laberinto está sobre mi cabeza, en el cielo: el único lugar que no cubre la vegetación que me rodea y oprime. No, nunca pensé que la conciencia pudiera pesar tanto, doler tanto. Nada erosiona el alma más que el remordimiento. Poco a poco, la va devorando como hace la termita con la madera, hasta dejarte vacío por dentro.

Sí, definitivamente. Voy a pagar por el crimen de Amalia Finisterre sacrificando mi propia vida.

Me han vencido.

Solo me queda pedirles un último esfuerzo, como el que yo estoy a punto de llevar a cabo.

Matías Almeida.

—¿Qué os parece? —preguntó la inspectora jefa tras tomarse unos segundos para reflexionar.

—Los ríos más profundos son siempre los más silenciosos —se pronunció la inspectora Toledano.

—¿Qué quieres decir con eso, Sarah? —tomó la palabra de nuevo la inspectora jefa.

—Matías Almeida es un río poco profundo y demasiado ruidoso. En mi opinión, doña Rafaela tiene razón: su hijo no intentó asesinar a Amalia Finisterre. Todo lo que nos cuenta es demasiado evidente. Sus palabras no pretenden ocultar nada. Eso es lo que pienso desde el principio, y esta carta no hace sino corroborarlo. Quien agredió a Amalia conocía la intención de este de marcharse a Brasil, y también estaba al tanto de la existencia de la camisa de marras. Matías Almeida ha sido siempre un chivo expiatorio.

—Así que sigues manteniendo que alguien le tendió una trampa. ¿Y tú que opinas, Manuela? —prosiguió la inspectora jefa en su afán por recabar todas las opiniones.

—Yo no estoy tan segura como Sarah. Da la impresión de que Matías Almeida padecía un problema de personalidad disociada. Una persona que sufre trastornos disociativos siempre acaba escapando de la realidad, la confunde, y su funcionamiento diario queda a expensas de la intensidad de esta distorsión. Él mismo reconoce no estar seguro del papel que ha jugado en el asesinato de Amalia Finisterre, pero al mismo tiempo pide ser castigado porque le remuerde la conciencia. Yo encuadraría su suicidio en este marco —expuso la inspectora Cano.

—Yo también me inclino por este punto de vista. La nota pone de manifiesto que Matías Almeida padecía alguna clase de trastorno de la personalidad, que andaba confundido. Aunque es evidente que ese extremo lo tiene que determinar un especialista. Tal vez el tiempo que lleva conduciendo por ese agreste lugar haya sido el detonante: demasiadas horas para pensar, conduciendo solo por lugares remotos y carreteras inhóspitas —se inclinó la inspectora jefa.

—Yo hablaría de deterioro, pero no de un trastorno propiamente dicho —trató de puntualizar la inspectora Toledano—. En mi opinión, las contradicciones que plantea el texto, que las hay y son evidentes, son fruto de una clara inestabilidad emocional. En cada una de las frases de la nota se trasluce una sensación de derrota. No hay que olvidar que Matías Almeida lleva más de dos años contemplando su reflejo en una charca de agua turbia. Y hemos sido nosotros quienes la hemos estado removiendo. De modo que lleva todo este tiempo viendo una imagen de sí mismo distorsionada. Así que, en cierto modo, no le hemos dado otra salida que el suicidio.

—No creo que hayamos hecho nada de lo que dices, menos incitar a un sospechoso al suicidio —replicó la inspectora jefa con determinación a su subordinada—. Nadie de esta unidad lo ha acorralado, puesto que nuestra misión es otra. En esta unidad no practicamos el ensañamiento o la venganza, que son características de los maltratadores a los que combatimos. Creo que eso es algo que sabemos de sobra, y que todas cumplimos a rajatabla. Los remordimientos a los que alude Matías nada tienen que ver con nuestra investigación, sino con la naturaleza de su relación con Amalia. Me parece muy injusto de tu parte, Sarah, que

pretendas hacernos sentir culpables del suicidio de Matías, sobre todo cuando ni siquiera solicitamos su extradición, lo que demuestra que en todo momento hemos respetado el principio de presunción de inocencia, pese a que la víctima vestía una camisa suya, y a pesar de que abandonó el país pocas horas después de que tuviera lugar la agresión. Tampoco cumplió con su palabra de personarse en esta comisaría cuando finalizara su contrato y regresara a España, tal y como aseguró que haría. Llegado el momento, prefirió seguir conduciendo por esa... selva..., o lo que quiera que sea... A tenor de esta nueva tragedia, no parece que su estrategia haya sido la más acertada. Mi padre siempre decía que por rápido que uno corra hacia el futuro, el pasado siempre te alcanza. Tal vez lo que le ha ocurrido a Matías ha sido eso.

—Lamento haberme expresado mal. Soy consciente de que hemos tratado de resolver este caso con profesionalidad, como siempre hacemos. La cuestión es que como inspectora responsable de la investigación, sigo sin tener clara la culpabilidad de Matías Almeida —se excusó Sarah.

—Quedas disculpada. Pero si nosotras mismas dudamos o cuestionamos lo que estamos haciendo, si ponemos en entredicho nuestros métodos, ¿en qué situación quedan nuestras *protegidas*? ¿Cómo podrán confiar en nosotras? En cuanto a la inocencia de Matías Almeida, creo que tanto Manuela como yo cambiaríamos de opinión si pusieras otro nombre sobre la mesa. Pero eso aún no ha ocurrido. Entre tanto, nos quedamos con los hechos probados: la camisa con la que Amalia fue amortajada y el viaje de ida, pero sin vuelta, de Matías a Brasil.

—Lo haré —aseguró la inspectora Toledano.

—Procura hacerlo antes de que los de arriba nos obliguen a archivar el caso —soltó ahora la inspectora jefa en alusión a los dos años largos que habían transcurrido desde que Amalia Finisterre fuera agredida.

—Teniendo en cuenta que en nuestra comunidad las mujeres víctimas de violencia de género tardan una media de siete años y cuatro meses en denunciar su situación, debería contar con un amplio margen de confianza de su parte.

—Sabes que cuentas con mi confianza, Sarah, sabes perfectamente que respaldo tu trabajo. Pero también es cierto que, entre unas cosas y otras, me

gustaría que pudiéramos cerrar el caso de Amalia Finisterre de una vez por todas. Por el bien de todas. Bueno, dejémonos de discusiones estériles. Ahora, decidme, ¿creéis que debemos darle copia del texto a la madre de Matías Almeida? —preguntó por último la inspectora jefa.

—Sí —se pronunció Sarah.

—Sí —manifestó la inspectora Cano.

—De acuerdo. Lo haré en cuanto Sarah haya abandonado la comisaría. No quiero más escenas en estas dependencias —concluyó la inspectora jefa.



OceanofPDF.com

Los movimientos de Amalia volvían a parecerse a los de una marioneta, si bien en esta ocasión era Carlos quien manejaba los hilos, quien se encargaba de todo. El Concierto de Clarinete en A Mayor K 622 de Mozart sonaba de fondo, y suplía cualquier ayuda mecánica. Ni arneses, ni andadores, ni brazos articulados. Ambos vestían de blanco, y el médico y fisioterapeuta, en su condición de maestro de ceremonias, realizaba con parsimonia los movimientos que luego Amalia repetía. Parecían dos mimos silenciosos persiguiendo las notas invisibles del *adagio*. Cada vez que la enferma lograba que sus movimientos se acompasaran con la armonía, Carlos realizaba un gesto ostensible de aprobación.

Cuando la música cesó, Sarah rompió a aplaudir.

—No te esperaba por aquí —dijo el médico sin ocultar su sorpresa.

—Matías Almeida se ha quitado la vida —soltó esta.

—Lamento oír eso —se pronunció Carlos.

—He venido a decírselo a Amalia —reconoció la inspectora.

—¿Has venido a decírselo?

El tono de Carlos reflejó su grado de incredulidad.

—Bueno, quiero decir que he venido a compartir la noticia con ella —rectificó la inspectora.

—¿Y cómo vas a hacerlo, si Amalia no recuerda nada, si ni siquiera sabe quién es Matías Almeida?

Era evidente que había algo irracional en su propósito, así que Sarah respondió:

—Simplemente estando con ella, teniéndola cerca de mí.

—Llámalo conexión karma —bromeó Carlos.

—Llámalo como te dé la gana —replicó la inspectora.

—Al menos, los padres de Amalia se quitarán un peso de encima —sugirió Carlos.

—La misma pesada carga que ha de soportar ahora la madre de Matías.

—En casos como el de Amalia todo el mundo pierde, las familias y también la sociedad.

—Así es.

—Ahora nos toca piscina. ¿Quieres ver cómo se baña? A Amalia le gusta mucho bañarse, ya que el agua es un medio que opone menos

resistencia frente a sus movimientos —propuso el médico.

—Por supuesto.

Carlos cargó el cuerpo de Amalia en brazos hasta una silla de ruedas que había a pocos metros del andador mecánico, como lo llamaban.

Acto seguido, tras un breve silencio, volvió a sonar una nueva obra de Mozart.

—La música de Mozart le encanta. A la hora de entrar en la piscina, su preferida es el Concierto de Piano n.º 21 Andante —expuso el médico.

—Solo puedo decir que me resulta sorprendente —reconoció la inspectora.

—Aún lo es más que su pianista preferida sea María João Pires.

—¿Cómo es posible que no recuerde nada de sí misma y, sin embargo, tenga una pianista preferida? —preguntó ahora la inspectora.

—Es evidente que no conoce el nombre de la persona que toca el piano, pero sí su forma de hacerlo. Cuando la pianista es María João Pires responde mucho mejor a los estímulos externos —aclaró Carlos.

—Sorprendente.

—Así de sorprendente es la mente humana. Amalia, ¿te acuerdas de Sarah? Ha venido a verte. Estréchale la mano —dijo Carlos a continuación dirigiéndose a la enferma.

—Mi mano no es est... r... echa, es ancha.

—Digo que le des la mano. La mano también se da para saludar.

—Y pa... r... a r... asca... r, y pa... r... a come... r. Te doy la mano, Sa... r... aah —dijo Amalia al tiempo que extendía la extremidad derecha.

La extrema delgadez de Amalia dejaba entrever los huesos del brazo. Debajo de su piel casi transparente podían reconocerse el radio y el cúbito, en el antebrazo, y los huesos carpianos de la muñeca. La impresión empeoraba con el aspecto macilento de su piel, como si no solo hubiera sido condenada a perder la memoria o el habla sino también cualquier viso de lustre, en un claro signo de que la vida se negaba a reflejarse en ella. La inspectora sintió una pena enorme, una vez más, pues el aspecto de Amalia evidenciaba la imposibilidad de que aquel equipo de médicos pudiera recomponerla. Por desgracia, jamás recordaría nada, ni lo primordial ni lo insignificante.

—Me da mucho gusto saludarte, Amalia —dijo la inspectora.

Amalia profirió una risa tan inocente como entrecortada, dando a entender que lo dicho por aquella extraña estaba fuera del alcance de su comprensión.

—Sarah se refiere a que le da mucho gusto saludarte —intervino Carlos.

—¡Ja, ja! Dice que le da mucho gusto saluda... r...me. A mí me dan mucho gusto las cosquillas. Ca... r... los, quie... r... o que me hagas cosquillas en las axilas y en los pies —se pronunció Amalia.

—Más tarde te hago cosquillas, Amalia, cuando terminemos de nadar.

—Nada... r... r también me gusta. Mucho mucho mucho.

—Y con esta música todavía más —apuntó Carlos.

—Esta música se llama piano, piano, piano.

—Sí, se llama piano. Ahora entremos en el agua.

—Yo nado con el piano.

—Claro, con el piano.

—Y con un bañad... o... r...

—La veo bárbara con respecto al otro día —dijo Sarah.

—Ha mejorado, pero el problema es el de siempre. No sabemos si la mejoría será constante a partir de ahora o en unos días volverá a olvidar todo lo que ha aprendido. En ese caso, tendremos que empezar de cero, como ya ha ocurrido en otras ocasiones. Resulta muy frustrante —expuso Carlos.

Una vez el fisioterapeuta y Amalia estuvieron en el agua, y con la música de Mozart sonando de fondo, aquel preguntó:

—¿Y ahora, qué?

—El caso está cerrado oficialmente. Al menos es lo que pretende hacer mi jefa.

—Si es así, creo que deberías poner un poco de distancia entre Amalia y tú. No digo que dejes de venir a visitarla, pero no con tanta frecuencia. Amalia está en buenas manos, en las mejores, ya lo sabes, y cuenta con el apoyo incondicional de su familia. Si me permites decirte una cosa sin que te ofenda: eres tú la que necesita a Amalia.

Los gráciles movimientos de Amalia dentro del agua parecían corroborar el argumento del médico. Para colmo, cuando empezó a sonar un

fragmento del concierto n.º 40 de Mozart la escena cobró una mayor solemnidad.

—No voy a negar lo que resulta evidente, pero he dicho que el caso está cerrado oficialmente, lo que no significa que lo esté para mí —dejó caer la inspectora.

—Mira, Sa... r... ah, voy a hace... r una flo... r con el cue... r... po. Una ma... r... ga... r... ita blanca y ama... r... illa. Y también una amapola —dijo Amalia ajena a la conversación que la inspectora y Carlos mantenían.

La enferma estiró los brazos y las piernas sobre la superficie del agua, mientras el fisioterapeuta la sostenía por la espalda con sus manos, hasta que esta logró, en efecto, simular la figura de una flor con los pétalos abiertos.

—Bueno, está claro que vas a hacer lo que te venga en gana, pero de todas maneras considera lo que te he dicho, piensa en lo que más le conviene a Amalia de cara a su recuperación. Sobre todas las cosas, ella necesita establecer una rutina, hacer las mismas cosas, sin interferencias, sin visitas casuales y extemporáneas que no hacen sino confundirla. En su estado, la sobreexcitación no le sienta nada bien. Todo lo que son novedades tienden a desequilibrarla desde el punto de vista emocional.

—Te garantizo que todo lo hago pensando en el bien de Amalia —aseguró la inspectora.

—El problema está en que yo lo sé, pero ella no. Para que pudieras ocupar un lugar en su limitado imaginario tendrías que pasar muchas horas con ella, a su lado, apoyándola, ayudándola a levantarse cuando se cae o cuando olvida los nombres de sus padres.

Una de las partes sinfónicas del Concierto n.º 21 de Mozart se interpuso en la conversación. Cuando el piano volvió a tomar protagonismo, la inspectora se limitó a despedirse de Amalia:

—Adiós, Amalia.

—¿Po... r qué no te bañas con nosot... r... os? —le preguntó la enferma.

—Porque tengo que volver al trabajo.

—Yo también t... r... abajo, en la piscina.

—Sí, Amalia, tú trabajas en la piscina.

—¡Adiós, Sa... r... ah!



—Buenos días, Sarah. Pilar Tormo te espera en tu despacho —dijo la inspectora Cano, quien ponía todo su empeño en la instalación de un nuevo cartel contra los malos tratos, cuyo lema rezaba: «Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarte a que te devore desde el interior (Frida Kahlo)».

—Buenos días, Manuela. La frase está bien, pero me temo que Frida Kahlo no alude al sufrimiento de las mujeres en general, sino al suyo propio —observó la inspectora Toledano—. Su marido, el pintor Diego Rivera, la engañaba hasta con su propia hermana pequeña, Cristina Kahlo, creo que se llamaba; y ella lo perdonó. Más tarde publicó un libro donde el tema principal era su dependencia de ese hombre. Y depender de un hombre que te engaña y te inflige maltrato psicológico no es lo que queremos para las mujeres a las que tenemos que proteger. ¿Qué desea Pilar Tormo?

—No lo sé. Solo quiere hablar contigo. ¿Entonces quito el cartel?

—No, déjalo. Madonna y Beyoncé, supuestas madres superiores del feminismo, se disfrazaron de Frida Kahlo; así que ahora es considerada un icono feminista y de la igualdad entre hombres y mujeres. Pero la verdad es otra: la Kahlo era una mujer sumisa en el plano emocional, y su relación con Diego Rivera era enfermiza y destructiva. De hecho, él tenía mucho de monstruo, como lo demuestra la relación que mantuvo con su primera esposa. De modo que la frase correcta debería ser: «Abandona a tu Diego Rivera».

—Mejor pongo: «Abandona a tu maltratador», ya que no todo el mundo sabe quién es Diego Rivera —observó la inspectora Cano.

—Tú misma.

—Qué rarita eres, Sarah.

—Bueno, digamos que yo también tengo que escribir mi propio cartel.

El cuerpo menudo de Pilar Tormo se puso de pie cuando la inspectora entró en su despacho.

—¡No te levantes, mujer! ¡Siéntate, por favor! ¡Vaya sorpresa! Ahora, dime, ¿cuál es el motivo de tu visita? —se dirigió la inspectora Toledano a su interlocutora.

Pilar Tormo dejó a la vista dos manos tan delgadas como sarmientos. Tras entrelazarlas con cierta firmeza, dijo con voz titubeante:

—He leído en los periódicos que Matías Almeida se ha suicidado.

—Por desgracia, así es. ¿Pero eso qué tiene que ver contigo?

—Matías Almeida no tuvo nada que ver con la agresión de la que fue víctima Amalia —soltó Pilar.

Por un instante, la inspectora creyó estar oyéndose a sí misma.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó acto seguido.

—Porque hay algo que no le conté cuando hablé con usted, inspectora. Yo vi al agresor entrar en la casa de Amalia —reconoció Pilar.

La confesión pilló por sorpresa a la inspectora, quien había interrogado a la joven cuando descubrió que Amalia hablaba de ella en su cuaderno. Habían tratado el asunto de su enamoramiento, pero la conversación no fue más allá debido a la fragilidad de Pilar tanto como sospechosa como en el plano emocional.

—¿De veras? Prosigue. Te escucho.

—Yo estaba enamorada de Amalia, pero ella no lo estaba de mí, como usted bien sabe. Lo que no le dije en su día fue que me gustaba observarla entrar y salir de su casa. De hecho, lo estuve haciendo durante varias semanas.

—¿Estuviste espiando a Amalia durante varias semanas?

—Cuatro o cinco, tal vez fueran seis.

—¿A santo de qué?

—Por celos. Los celos me comían por dentro. Odiaba pensar que pudiera rehacer su vida con otra persona. Quería saber qué hacía y con quién trataba en todo momento. No podía permitir que otra persona me la robara...

—¿Hasta el extremo de matar para impedirlo?

—¡Oh, no, yo no maté a Amalia! ¡No he venido a confesar ningún crimen! ¡Pero hubiera matado por ella, sin duda!

—¿La espiaste todos los días durante cuatro o cinco semanas?

—Bueno, casi todos. Dependía de muchas circunstancias, tanto de su agenda como de la mía.

—De acuerdo. Bien, habla. ¿A quién o qué viste?

—Vi a Amalia entrar en su apartamento en compañía de Peter Benson. Eso fue el día anterior a su agresión.

—¿Quién es Peter Benson? —preguntó ahora la inspectora sin ocultar el desconcierto que le estaba provocando aquella visita extemporánea.

—El hermano gemelo de Jimmy, el enfermo terminal con el que estuvo a punto de casarse antes de conocer a Matías.

La inspectora no disimuló su asombro. Había leído todo lo que Amalia había escrito sobre Jimmy en su diario, pero nunca pudo imaginar que este tuviera un hermano gemelo.

—De modo que Jimmy Benson tenía un hermano gemelo —repitió la inspectora para hacer más digerible la noticia—. Me pregunto por qué nadie me dijo nada en su día.

—Peter escribió un emotivo artículo de agradecimiento por todo lo que había hecho Amalia por su hermano. Fue publicado en *Las provincias*, unos días después de la muerte de Jimmy. Amalia me lo contó en el transcurso de una cena que compartimos pocos días después de la muerte de mi madre. También me mostró una fotografía de Jimmy. Digamos que acababa de romper con Matías y, al parecer, la respuesta de su corazón fue aferrarse a un tiempo pasado. Como acabo de contarle, mi madre acababa de morir y creo que eso hizo que los sentimientos de ambas saltaran por los aires, aunque no en la misma dirección. Yo no conocía físicamente a Peter, pero cuando lo vi en compañía de Amalia lo reconocí al instante; puesto que era idéntico al Jimmy de la fotografía. Se trata de un tipo alto y fornido, de pelo ralo y rubio. También tiene las cejas del mismo color. Digamos que se trata de un hombre llamativo, que no pasa desapercibido —se explayó la joven.

—Bueno, Pilar, hemos llegado a ese punto en el que tengo que formularle la pregunta del millón. ¿Por qué no dijiste nada de todo esto cuando nos entrevistamos en su día? ¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—No se lo conté antes porque reconocer que amaba y vigilaba a Amalia me hubiera convertido en la principal sospechosa. Soy exdrogadicta y lesbiana, y le aseguro que mi condición sexual o de rehabilitada no me otorga ninguna ventaja en una sociedad como la nuestra. Incluso me atrevería a asegurar que se trata de un hándicap. Digamos que la vida me ha enseñado a ser desconfiada. Sé a ciencia cierta que las perdedoras como yo nunca ganan. Jamás. Además, cuando me entrevisté con usted yo estaba sumida en una profunda crisis personal, estaba enganchada a las drogas, y un drogadicto que consume solo piensa en sí mismo, en cómo obtener la siguiente dosis. Me ha costado más de un año salir de ese pozo. Por no mencionar que por aquel entonces había desarrollado cierto resquemor en contra de Amalia. No voy a decir que deseara que le ocurriera algo malo, desde luego que no, pero tampoco recuerdo que tuviera pensamientos positivos con relación a su persona. Todo en mi vida era muy confuso en aquella época. La muerte de mi madre, mi enamoramiento de Amalia, su rechazo, las drogas...

—En resumen, eras una enamorada despechada enganchada a las drogas —completó el comentario la inspectora.

—Sí, puede decirse así. En cuanto a la segunda pregunta, a por qué he venido a *confesarme* delante de usted después de tanto tiempo, la respuesta está en el suicidio de Matías Almeida. Me ha hecho sentir culpable. Terriblemente culpable. Ahora pienso que, tal vez, si hubiera contado todo lo que vi, no se hubiera quitado la vida.

—Todo lo que cuentas es de gran relevancia, sin duda, pero si no te he entendido mal, viste entrar a Amalia y a ese tal Peter Benson en casa de esta el día anterior a la agresión, ¿estoy en lo cierto?

—Lo está.

—¿Entonces no los vistes entrar juntos el día de autos?

—Bueno, yo estaba allí, como casi siempre, pero a diferencia de otros días esa tarde llovía mucho. Así que los vi entrar en el portal tomados del brazo, bajo un enorme paraguas de color burdeos. Un paraguas muy llamativo.

—¿Te suena el nombre de Carmen Solís? —prosiguió la inspectora con el interrogatorio.

—No.

—Es una amiga de Amalia, enfermera como ella. En su declaración aseguró haber llevado a Amalia en coche hasta la puerta de su casa el día de la agresión —apuntó.

—Es cierto que Amalia llegó esa tarde a casa en un coche, un Ford Fiesta blanco, un utilitario de pequeño tamaño. Pero media hora más tarde salió de nuevo, y cuando regresó cuarenta y cinco minutos más tarde lo hizo en compañía de Peter Benson —aclaró Pilar.

—¿Te quedabas vigilando la casa de Amalia incluso cuando ella no estaba dentro?

—Sí, algunas veces. No siempre lo hacía. Todo dependía de cómo me encontrara.

—¿De cómo te encontraras? ¿Qué significa eso?

—Como le he dicho, los celos me consumían por dentro. Quería saber con quién andaba, a quién invitaba a su casa. Así que me quedaba allí plantada el tiempo que hiciera falta. Fumaba y bebía para matar el tiempo, pero lo que más hacía era comerme la cabeza. Me volvía loca.

—¿A qué distancia de la vivienda llevabas a cabo la vigilancia? —preguntó ahora la inspectora con el propósito de valorar cuán certero podía resultar aquel testimonio.

—A unos cincuenta, tal vez sesenta metros. Siempre estacionaba la moto en el mismo lugar, y vigilaba la casa con el casco puesto.

—¿Vigilabas la casa con un caso puesto?

—Uno integral. No solo por la lluvia, sino para que Amalia no pudiera reconocerme.

—Además del color del paraguas, ¿estás segura de que quien se protegía de la lluvia con él era Peter Benson?

—No le vi la cara, pero tampoco se la vi a Amalia, y sé que era ella. Su manera de moverse, su forma de introducir la llave en la cerradura de la puerta del portal... Amalia era inconfundible, aunque la viera de espaldas. Sí, estoy casi segura de que eran ellos...

—Comprendo. El problema es que no puedes confirmar al ciento por ciento que el hombre que viste la tarde anterior fuese el mismo del día de la agresión.

—No, no puedo, desde luego, pero sí estoy en disposición de asegurar que Amalia no era una devora hombres. De modo que no creo que fuera de esa clase de mujeres que invita a dos hombres distintos a su casa en un plazo de veinticuatro horas. Nunca lo hizo, al menos mientras yo la vigilé —argumentó la joven.

—Según tú, ¿cuántos hombres entraron en la casa de Amalia mientras la estuviste vigilando?

—Uno: Peter Benson.

—O dos si el hombre que entró con Amalia en su casa el día de la agresión no era el hermano de Jimmy.

—Vuelvo a repetírselo: sean uno o dos, Amalia no era una devora hombres —insistió la joven.

—Tampoco parece que Amalia fuera una devora mujeres, ¿verdad? Sea como fuere, si no estás segura de que el hombre que llevaba el paraguas burdeos era Peter Benson entonces solo se trata de una especulación.

—Mejor una suposición en base a mi conocimiento de Amalia.

—La cual parece que no se sentía muy cómoda contigo. Acabas de reconocer que la espiabas, que la acosabas, lo que no te deja en buen lugar.

—Yo amaba a Amalia, más que cualquier hombre. De hecho, si me hubiera aceptado no habría pasado lo que luego sucedió. Ahora sería una mujer... completa, y las dos seríamos felices.

—¿Eso crees?

—Lo creo. Yo la hubiera protegido de hombres como Matías Almeida o Peter Benson.

—Y ella hubiera tenido que protegerte de las drogas.

—Eso es un golpe bajo.

—No sé qué hacer contigo, la verdad —reconoció la inspectora.

—Si le gusto, podríamos salir juntas por ahí. Si no le gusto, me conformo con un poco de dinero —se descolgó Pilar.

—¿Siempre eres tan descarada? No haremos ni una cosa ni la otra. Me acompañarás hasta el punto exacto desde el que vigilabas a Amalia. Luego, me darás tu dirección y tu número de móvil, para que pueda localizarte en cualquier momento. Si intentas escapar, si te escondes de mí, daré contigo y te garantizo que tendrás problemas. ¿Lo has comprendido?

—A la perfección. Pero necesitaré un par de cientos de euros para levantar cabeza. Hasta que encuentre un trabajo digno. Estoy sin blanca, y a punto de perder la casa que heredé de mi madre. El banco quiere quitármela porque cuando estuve enferma por culpa de las drogas desatendí algunos pagos de la hipoteca.

—Ahora levanta el culo de mi silla y acompáñame a la calle donde vivía Amalia. Quiero que me enseñes el lugar exacto desde donde la espiabas.



La inspectora Toledano no tardó en dar con el artículo de Peter Benson publicado en *Las Provincias*, bajo el llamativo título de «Ángeles de carne y hueso en la hora de la muerte»:

Querido Jimmy, hermano, en tu nombre quiero dar las gracias a esos ángeles que, por vocación de servicio y grandeza de corazón, cuidan de los enfermos terminales. Gracias a ellos, esa empinada pendiente que fue tu enfermedad se hizo menos abrupta. Tu muerte no hubiera sido tan llevadera sin la atención —y la dedicación— de esos héroes anónimos. Cuando uno no ha cumplido los treinta, es imposible que se tome en serio el tópico literario del *Memento Mori*, el «recuerdas que eres mortal», pues a esa edad la fugacidad de la vida se relaciona con la vida futura y nunca con la muerte. Los jóvenes, en cierta manera, somos inmortales, hasta que el tiempo nos despoja de ese efímero disfraz que es la juventud. De hecho, cuando oímos por primera vez el nombre de Guillain-Barré asociado al síndrome que padecías, nadie dudó de que lo superarías, tal y como ocurre con entre el ochenta y el noventa por ciento de quienes sufren esa enfermedad. Nada tenía que salir mal, hasta que la vida se empeñó en demostrar en tu persona que es ella la que nada vale. Por desgracia, tu cuadro clínico se complicó cuando se vieron afectados los músculos torácicos y fue necesario el uso de un ventilador mecánico para ayudarte a respirar. Luego llegó la septicemia, la trombosis pulmonar y, por último, el

paro cardíaco. Todo en un plazo demasiado corto para que quienes te queríamos lo pudiéramos asimilar. De pronto, «vivíamos sin calma para reposar por la noche, sin fuerzas para afrontar el día». Hasta que aparecieron *ellos*, esos ángeles custodios que se meten en la piel del enfermo y también en la de sus familiares. Bien sabes que nunca he sido creyente, que siempre he desconfiado del ser humano, por su infinita capacidad para destruirse a sí mismo y a su entorno. Ahora he de reconocer —tu repentina pérdida me lo ha mostrado— que no todo está perdido, que existe una brizna de esperanza, que son legión los profesionales de la medicina y de otros campos del conocimiento dedicados a confortar al prójimo, al enfermo, al débil, a todos aquellos que están desahuciados y solo les queda el recurso de la muerte. Personas que enseñan al enfermo que la vida —ingrata y breve— es una quimera de la que uno despierta cuando esta se extingue. No solo ayudan al paciente a superar la incertidumbre y el miedo que la cercanía de la muerte provoca, sino también a vencer la culpa, a no sentirse culpable por aquello que hizo mal o no hizo, o por aquello que tenía previsto hacer y ya no podrá realizar. Sueños rotos o sueños por cumplir, que la muerte, el más grande sueño de todos, engullirá. Lo decía Luis Cernuda, todos aprendemos a morir día a día, mientras soñamos, sueño tras sueño, ya que los sueños no son más que el ensayo de la muerte que nos aguarda a todos. La verdadera vida da comienzo cuando comienza el sueño eterno, Jimmy. Es algo que he aprendido estando a tu lado. Gracias por tu ejemplo, y gracias a todos los profesionales que te ayudaron a morir con dignidad.

Lo primero que llamó la atención de la inspectora Toledano fue que tanto Amalia como Peter Benson mencionaran a Luis Cernuda en sus respectivos textos, lo que reforzaba la credibilidad del testimonio de Pilar Tormo. Amalia y Peter habían trabado alguna clase de conexión, leído los mismos libros, conectado a través de la figura de Jimmy. Tampoco era casual que los tres, Amalia, Jimmy y Peter trabajaran en el mismo centro hospitalario.

Sarah no tardó en pensar en la vida sin consistencia que ahora llevaba Amalia, en esos libros —que tanto fortalecen las relaciones entre las

personas—, que el agresor le había borrado de la memoria. ¿Qué clase de libro, de lectura, servía para explicar una vida como la suya? Por desgracia, ninguno. La vida de Amalia era ahora un libro en blanco. Ni siquiera había lugar para las erratas. En cambio, la personalidad de su agresor tenía que estar definida en un compendio. A buen seguro que un especialista había dejado constancia de sus características en un manual. Solo había que encontrarlo. Solo había que dar con él para que la luz iluminara el reino de las sombras.



La inspectora Toledano no tardó en reconocer a Peter Benson en el hombre que caminaba con paso firme hacia el punto de encuentro: la misma terraza del paseo marítimo de la playa de la Malvarrosa donde solía quedar con Carlos Ayuso. Salvando el hecho de que el joven presentaba un bronceado propio de alguien obsesionado con el sol, su aspecto físico cuadraba con la descripción dada por Pilar Tormo: alto, corpulento y de pelo ralo y dorado. El propósito de la cita no era otro que comprobar si Peter era el hombre que había atendido la llamada de Matías Almeida en el teléfono móvil de Amalia, con todo lo que eso suponía, y si era también el propietario del paraguas burdeos del que había hablado Pilar Tormo.

Sarah se reincorporó para facilitar su identificación:

—¿Peter? —preguntó a continuación—. Soy la inspectora Sarah Toledano, de la Unidad de Atención a la Familia y Mujer.

—Si hubiera mencionado el nombre de su unidad cuando me llamó, nos habríamos ahorrado este, digamos, encuentro... No tengo familia o mujer. Soy soltero, inspectora —se desmarcó el joven.

—No le he hecho venir por su estado civil, sino por Amalia Finisterre —aclaró Sarah.

El nombre de Amalia llevó al joven a acariciarse el escaso pelo rubicundo que nacía de los laterales de su cráneo.

—Así que se trata de Amalia —dijo como si se hablara a sí mismo—. La cuestión es que no la veo desde que fue agredida. Lo he intentado, pero

sus padres me han dicho que lo mejor es que deje las cosas como están, que Amalia ni siquiera está en disposición de reconocerme.

—Ni a usted ni a nadie. La cuestión es que hay una nueva testigo que asegura haberlo visto entrar en casa de Amalia la tarde anterior a su agresión. También cree haberle reconocido al día siguiente...

—Pare, pare —interrumpió el joven a la inspectora—. No sé si está al tanto, pero Amalia estuvo o creyó estar enamorada de mi hermano Jimmy. Incluso contemplaron la posibilidad de casarse *in articulo mortis*, pero al final, entre todos, conseguimos que ambos entraran en razón. Jimmy, Amalia y yo trabajábamos en el mismo centro hospitalario, por lo que la enfermedad de mi hermano resultó muy dolorosa para todos. Jimmy era un gran aficionado a la poesía, sobre todo a los poetas de la generación del 27. Le gustaba especialmente Luis Cernuda, aunque también leía a Vicente Aleixandre y a Federico García Lorca. Los tres poetas homosexuales del 27 eran sus predilectos. ¿Me sigue?

—Francamente, no. ¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó ahora la inspectora.

—Jimmy era homosexual, inspectora, al igual que yo, los dos lo éramos, por lo que la idea de la boda era una locura. Yo fui el primero en oponerme, pese a que apreciaba a Amalia. El amor entre Amalia y mi hermano era platónico, espiritual, pero carecía de atracción física. De hecho, Jimmy jamás se hubiera casado con una mujer con la que tuviera que consumir el matrimonio. Así que lo que hizo Jimmy fue entregarle su alma a Amalia, antes de hacerlo con Dios. Cuando Jimmy murió, le regalé los poemarios de Cernuda a Amalia, en agradecimiento por todo lo que había hecho por mi hermano. Durante los últimos días de su vida, Amalia le leía poemas. Incluso cuando Jimmy perdió el conocimiento lo siguió haciendo. Fue la forma que tuvo mi familia de darle las gracias por todo lo que había hecho, por su infinita bondad y sensibilidad.

»Tres o cuatro días antes de encontrarme con ella, me llamó por teléfono para decirme que hacía unas semanas que había comenzado una nueva relación sentimental, y que se trataba de un hombre celoso, por lo que prefería que yo guardase los libros de Jimmy hasta que tuviera claros sus sentimientos. Así que la tarde a la que se refiere fui a casa de Amalia,

en efecto, por expreso deseo de ella. Pero, desde luego, no regresé al día siguiente —expuso Peter Benson.

—¿Le habló de ese hombre? —prosiguió la inspectora con el interrogatorio.

—¿De ese tal Matías Almeida? No, no lo hizo, ni yo le pregunté, la verdad. Sin embargo, recuerdo que me dijo que no tenía suerte en el amor, que siempre que se enamoraba, o incluso cuando no lo hacía, las cosas se complicaban. Me habló de la hija de una paciente a la que había ayudado a morir, quien al parecer la había acosado con mensajes amorosos.

—Pilar Tormo.

—¿Quién es Pilar Tormo? —preguntó Peter Benson.

—La joven que acosaba a Amalia. Es ella la que lo vio entrar en casa de Amalia. La vigilaba desde una motocicleta.

—¿De veras? No llegó a decirme su nombre, como tampoco pronunció el de Matías Almeida. Pero sí recuerdo haberle dicho que no consintiera mantener una relación tóxica, que se alejara lo más posible de quienes perseguían desgastarla emocionalmente, porque el siguiente paso era el daño físico. Me respondió que no me preocupara, que tenía la situación bajo control. No volví a insistir, pero el hecho de que me devolviera los libros de Jimmy, en mi opinión, era un claro síntoma de que las cosas no marchaban bien; y de que la influencia que aquel hombre ejercía sobre su persona era más fuerte de lo que la propia Amalia reconocía. Me quedé en *shock* cuando supe que Matías Almeida la había agredido brutalmente tan solo veinticuatro horas después de mi visita.

—Amalia había roto con Matías Almeida seis meses antes de ser agredida, por lo que si le dijo que había comenzado una nueva relación hacía pocas semanas, tenía que tratarse de otro hombre —apuntó la inspectora.

—No entiendo. Siempre he creído que el agresor de Amalia era Matías Almeida. Es lo que han contado los medios de comunicación. Cuando me dijo que había iniciado una nueva relación con un hombre celoso y luego leí lo de su agresión, pensé que se trataba de él. De lo contrario, de haber sabido que había un tercer hombre, yo...

La inspectora interrumpió la explicación del joven para lanzar otra pregunta.

—¿Recuerda si Amalia recibió una llamada en el transcurso de su visita?

—No. Nadie la llamó que yo recuerde. Aunque en ese extremo no podría asegurarlo al ciento por ciento. Ha pasado ya mucho tiempo, la verdad.

—¿Cuánto duró su visita?

—Unos cuarenta y cinco minutos. Tal vez una hora. Me ofreció un café, me entregó los libros y hablamos de Jimmy, de los poemas que había subrayado en vida, y que ella le leía estando convaleciente. Hablamos del pasado, de recuerdos. Solo de eso.

—Por último: ¿dónde estaba usted la noche en la que fue agredida Amalia?

—Comprendo, cree que yo pueda ser ese otro hombre, ¿no es así? Afortunadamente, tengo una coartada. Esa jornada tuve turno de tarde, y no lo terminé hasta las doce, pero luego hice otras tres horas extras. Faltaban celadores en el servicio de urgencias, casi como siempre, y yo acababa de comprarme un piso...

—Haré las comprobaciones oportunas.

—Claro. Francamente, inspectora, me quedo atónito al saber que el desgraciado caso de Amalia sigue sin resolverse —observó el joven.

La inspectora Toledano pasó por alto el comentario.

—¿Me llamará si recuerda algo más?

—¡Oh, por supuesto! Trataré de recordar todo lo que hablamos, todos los detalles de nuestra conversación, por si hubiera pasado algo por alto. Le repito, siempre pensé que el caso se había resuelto en su día —concluyó Peter Benson.



Sarah se estaba masajeando el hombro, donde en su día había recibido un disparo, cuando sonó el teléfono móvil. Era la inspectora Cano. Su mayor

azote y, a la vez, su mejor compañera dentro del Cuerpo Nacional de Policía.

—¿Manuela? ¿Qué hay?

—Perdona las horas, Sarah, pero tengo que darte una noticia que te concierne. Pilar Tormo ha aparecido muerta —le comunicó esta con tono solemne.

La inspectora Toledano tardó unos segundos tanto en rumiar la noticia como en digerirla.

—¿Pilar Tormo ha aparecido muerta? ¿Qué le ha pasado a esa infeliz? —logró decir por fin.

—Una sobredosis.

—¡Joder, Manuela, joder! ¡No puedes llamar a mi casa para decirme que Pilar Tormo ha muerto de una sobredosis! ¡No puedes..., joder! —exclamó la inspectora Toledano elevando el tono de su voz más de lo habitual.

—¿Qué te ocurre, Sarah? ¿Te encuentras bien?

—¡No, no me encuentro bien! ¡Ahora mismo me siento como una mierda! Hace dos días le presté doscientos euros a Pilar Tormo para que pudiera ir tirando hasta que encontrara un trabajo. ¡De modo que se ha chutado con la pasta que le di! ¡Soy una ingenua y una gilipollas! —prosiguió la inspectora Toledano cada vez más afectada.

—Tienes que calmarte, Sarah.

—¿Calmarme? ¡No puedo calmarme! ¡Soy una maldita gilipollas!

—¡De acuerdo, eres una maldita gilipollas que tiene que calmarse! Ahora, compórtate como la profesional que eres.

—Déjate de frases manidas. Yo no soy una de nuestras mujeres maltratadas.

Manuela estuvo a punto de desdecir a su compañera, pero se contuvo:

—Tú no eres culpable de que Pilar Tormo fuera una yonqui —remachó.

—Lo sé, pero me siento como si le hubiera servido la droga en bandeja. Por no mencionar que también me siento responsable del suicidio de Matías Almeida.

—Solo falta que también te sientas responsable de la crucifixión de Jesucristo —ironizó ahora la inspectora Cano.

—No estoy de humor, Manuela.

—Yo tampoco, Sarah. Me molesta que saques las cosas de contexto, que las magnifiques.

—¿Qué magnifico, si puede saberse?

—Matías se suicidó porque, de alguna manera, se sentía culpable o responsable de lo que le ocurrió a Amalia. Los suicidas no quieren dejar de vivir, quieren dejar de sufrir. Su carta es la de alguien con remordimientos. Nosotros no somos responsables de los sentimientos de nadie, de sus altibajos, sean de la naturaleza que sean. En el caso de Matías había indicios razonables para que fuera el principal sospechoso. Así que obramos de la manera correcta. Nosotros no tuvimos nada que ver con la agresión de Amalia, ni tampoco con su actual estado de salud.

—Llamar «estado de salud» a la situación física y mental por la que atraviesa Amalia es un eufemismo —objetó Sarah.

—Es injusto que puedas pensar que no hemos hecho todo lo posible por resolver el caso de Amalia, aunque sea un solo segundo, pero las cosas no siempre salen como deseamos. Sarah, nuestro trabajo está lleno de reveses, pero no podemos desfallecer porque también ayudamos a muchas mujeres a salvar sus vidas. La moneda siempre tiene una cara y una cruz, siempre. A una decepción le sigue una satisfacción; o al contrario, y tenemos que saber convivir con ambas situaciones. ¿Quieres que me pase por tu casa para charlar?

—Te lo agradezco, Manuela, pero acabo de decirte que no estoy de humor —se desmarcó la inspectora Toledano.

—Tengo la impresión de que hubiera sido mejor no llamarte. Tal vez debería haber esperado a que te enteraras de la muerte de Pilar Tormo mañana al llegar al trabajo.

—No, está bien así. Así tendré unas horas para digerir la noticia.

—¿Estás segura de que no necesitas compañía?

—¿Por qué diablos iba a necesitar compañía?

—Porque estás demasiado afectada. Tal vez debería ir a verte —insistió la inspectora Cano.

—Solo lograrías que también me sintiera culpable de alterar tu vida familiar. Estoy bien. No hace falta que vengas.

—Como quieras. Pero prométeme que vas a intentar descansar. Prométeme que no vas a darle demasiadas vueltas al asunto.

—Lo prometo. Ahora, cuelga, pesada.

—Ponte un trankimazin debajo de la lengua, y luego te vas a la cama — recomendó la inspectora Cano.

—Lo que tú digas, Manuela. Cuelga, te lo ruego.

—¡Ya cuelgo, joder! Nos vemos mañana en el curro.

Veinte minutos más tarde, Manuela llamó al telefonillo de la casa de la inspectora Toledano. Eran las doce y media de la madrugada.

—¿Qué diablos quieres, Manuela? Creí haber dejado claro que no quería que vinieras.

—Solo quiero comprobar que estás bien, Sarah.

—Estoy bien, Manuela. Estoy perfectamente. Me he colocado un trankimazin de dos miligramos debajo de la lengua, siguiendo tu recomendación, y creo que Morfeo ha empezado a bajarse los pantalones. Desconozco cuáles son sus intenciones, pero por si acaso voy a cerrar los ojos —mintió la inspectora Toledano.

—Déjame que salude a Morfeo, y yo te diré cuáles son sus intenciones. Ábreme la puerta.

—Si te abro la puerta, espantarás a Morfeo. Lo tengo al lado, susurrándome indecencias al oído.

—Ábreme la puerta, por favor —insistió Manuela.

Sarah se limitó a guardar un silencio pertinaz.

—Ábreme, te lo ruego, en la calle empieza a hacer fresco —persistió Manuela.

Veinte segundos más tarde, la inspectora Toledano claudicó:

—Anda, pasa. Pero te advierto que solo puedo ofrecerte güisqui, y que si subes tendrás que beber conmigo.

—Y yo te advierto que nadie aguanta el güisqui como yo —fanfarroneó Manuela.

—Eso está por ver.

Sarah recibió a Manuela en el umbral de la puerta con un vaso de güisqui en la mano, que levantó a modo de saludo:

—Te llevo uno de ventaja. O tal vez sean dos. Tampoco importa demasiado.

—Así que Morfeo no está invitado a la fiesta. Me lo tenía que haber imaginado.

—En la dosis correcta, el güisqui puede resultar tan terapéutico como un trankimazin —se excusó Sarah al tiempo que daba un largo sorbo.

—Supongo que el problema está en dar con la dosis correcta.

—En efecto, la dosis que es correcta para unos suele ser insuficiente para otros. Se trata de encontrar el punto. Ya sabes.

—A mí no me gusta beber sola, porque me hace sentir aún más sola —observó Manuela.

—A mí me sucede todo lo contrario. Digamos que el güisqui es un fiel compañero. De hecho, es el único *hombre* que tiene derecho de pernada en esta casa. Este no es lugar para el reposo del guerrero, y nunca lo será. Entra, no te quedes ahí.

—Bonita casa —se pronunció Manuela.

Las paredes inmaculadamente blancas y la falta de decoración —ni siquiera había cuadros o espejos colgando de ellas, o fotografías a la vista en la mesita de café que era la única de la casa— hicieron que la inspectora Toledano pasara por alto el comentario de su colega. De hecho, había tan pocos enseres que carecía de interés reparar en la inexistente decoración de la vivienda, salvo que lo impersonal y los espacios vacíos tuvieran alguna clase de valor estético. Simplemente, acaparar muebles o bártulos, preocuparse por el color de las paredes o de las cortinas no estaba entre sus prioridades. Ni siquiera lo estaba el permanecer demasiado tiempo en una casa, le gustaba mudarse de vivienda cada cierto tiempo, habida cuenta de que, en contra de lo que solía ser habitual, prefería la soledad antes que establecer vínculos de familiaridad con ciertos lugares.

—No me gusta pertenecer a ningún sitio, no tengo marido o hijos, así que cuando alquilo una casa solo pienso en su funcionalidad: me basta con

una cama, un sofá, una mesita de café y poco más. En la cocina dispongo de una pequeña barra con un taburete. Todo lo demás me sobra, incluida la vitrocerámica, ya que apenas cocino. Desayuno y como en la calle, y por las noches me basto con un sándwich y una pieza de fruta. En cualquier caso, la culpable de que viva aquí es Amalia Finisterre —dijo con la intención de excusar su falta de interés por convertir aquel espacio en un verdadero hogar.

—De modo que vives en el Cabanyal porque estás cerca del centro de rehabilitación donde atienden a Amalia.

—Así es.

—Es una curiosa manera de mortificarte.

—Digamos que le doy más importancia a mis fracasos que a mis éxitos.

—Si te soy sincera, Amalia Finisterre y un vaso de güisqui no parecen la mejor mezcla; y si a ese combinado le añadimos los remordimientos por las muertes de Pilar Tormo y de Matías Almeida, entonces la cosa no hace sino empeorar —elucubró Manuela.

—Te olvidas de la crucifixión de Jesucristo, que también me atormenta en mi condición de judía. No olvides que fuimos los judíos quienes lo entregamos a los romanos. Bromas aparte, te sirvo una copa y te lo explico todo, lo del güisqui y lo de mis remordimientos. ¿Lo tomas solo, con hielo o con agua?

—Con hielo, por favor. ¿Qué tienes que explicarme?

Cuando la bebida estuvo en manos de la inspectora Cano, y tras aguardar a que esta diera un primer trago, Sarah se arrancó a hablar:

—Conste que no bebo por Amalia. Aunque te cueste creerlo. Me temo que tendrás que escuchar la versión completa para que puedas entenderme. Al principio, empecé a beber güisqui por miedo, o mejor dicho, para superar el miedo. Emigré a Israel porque mis padres eran judíos sefaradíes, aunque como sabes soy española de nacimiento: natural de Algeciras. Yo era demasiado joven, en la provincia de Cádiz había demasiados parados y, tras la repentina muerte de mi padre en un accidente de tráfico, fabulé el regreso a la Tierra Prometida. Los judíos lo llamamos Aliyá o Aliá, tanto da, y el término define la inmigración judía a la Tierra de Israel. Tenía además sólidas nociones de hebreo que me había enseñado mi abuela. Sin

embargo, las cosas se complicaron cuando entré en el ejército para realizar el servicio militar obligatorio. Me destinaron a un *checkpoint*, un punto fronterizo que sirve para controlar el flujo de palestinos. Estando de servicio, se produjo una revuelta; y como consecuencia de la misma recibí un disparo en el hombro. No fue nada grave, pero todavía me duele el hueso, sobre todo cuando cambia el tiempo. Por ejemplo, esta noche me molesta bastante, lo que significa que mañana va a llover. Después de mi incidente y el de otras compañeras, el gobierno decidió retirar a las mujeres de los *checkpoints*. Para superar el trauma que me causó todo aquello, empecé a beber güisqui con más frecuencia. Cuando dejé el ejército, entré en la policía. Digamos que era tan ingenua que pensé que podía cambiar las cosas desde dentro. No tardé mucho en darme cuenta de que yo no era más que otra mosca que había caído en la red de la araña. A los pocos meses tuve que enfrentarme a una organización criminal palestina que adiestraba a mujeres para que se inmolaran, desde jóvenes vírgenes hasta viudas. La lideresa de dicha organización se hacía llamar «la madre de los creyentes», y las familias de las mártires recibían un estipendio económico de por vida. Entre otras lindezas, descubrí que las jóvenes que se prestaban a convertirse en mártires lo hacían después de haber sido violadas y estigmatizadas, en algunos casos por sus propios familiares. Como consecuencia de este acoso y lavado de cerebro, terminaban prefiriendo el martirio a vivir toda la vida señaladas como mujeres sucias. La labor de «la madre de los creyentes» era fundamental en el proceso de conversión de las muchachas. Cuando el caso quedó resuelto, el güisqui se había convertido en un fiel compañero al que susurrarle los problemas cuando regresaba a casa. Mi siguiente paso en la escala laboral femenina fue adscribirme al departamento de la Policía israelí que se dedicaba a investigar los malos tratos a mujeres en las distintas comunidades que pueblan el estado hebreo. Se me daba bien el trabajo porque sabía escuchar a las víctimas y, sobre todo, las comprendía. Por desgracia, eso no era suficiente. La solidaridad está muy bien, pero nunca es bastante. No resuelve los problemas, como ambas bien sabemos. Para que te hagas una idea de lo que supone trabajar en esa área dentro del Estado de Israel, te diré que un presidente del país fue acusado y condenado por abusar sexualmente de varias mujeres. Yo me encargué de recabar algunos

de los testimonios de la acusación. Digamos que a partir de ese momento fui objeto de numerosas zancadillas en el ejercicio de mi trabajo, fui acusada de estar vinculada a ciertas organizaciones no muy populares entre las autoridades israelíes, como Machsom Watch, un grupo de mujeres que vigila y denuncia los abusos y arbitrariedades que los soldados israelíes cometen en los *checkpoints*; o Breaking the Silence, organización no gubernamental que agrupa a exsoldados dispuestos a dar testimonio de manera confidencial de sus experiencias en los Territorios Ocupados. Hubo otros colectivos a los que me asociaron, con el único propósito de poner en entredicho mi reputación y mi fidelidad al Estado de Israel. Se trataba de una lucha perdida. Un día me cansé de recibir golpes, renuncié a mi cargo y abandoné el país. Necesitaba sentirme útil, en el amplio sentido del término, poder desarrollar mi trabajo sin cortapisas ni injerencias de los políticos o de las organizaciones religiosas, que en muchos casos eran la misma cosa. Por eso estoy ahora aquí. He luchado contra toda clase de hombres, y también he amado a toda clase de hombres, con mejor o peor fortuna, y siempre el güisqui me ha servido de catalizador en uno u otro sentido. Con un trago de güisqui en el cuerpo soy capaz de odiar más profundamente, y también de amar con más dedicación. Digamos que me enfrento mejor a la realidad cuando esta está distorsionada. En pocas palabras: casi nunca me gusta lo que veo. Y el güisqui, a la postre, es el velo perfecto que oculta la realidad durante las pocas horas que dura su efecto. Eso es todo.

—Comprendo. Me temo que todas arrastramos la pesada impedimenta del pasado; de la misma manera que todas las que nos dedicamos a esto hemos deseado alguna vez ser Wonder Woman y disponer del lazo de la verdad. Yo también pasé por el ejército. No me dispararon, ni tomé parte en peligrosas misiones en el extranjero, pero un fin de semana de libranza unos compañeros que habían bebido más de la cuenta trataron de sobrepasarse conmigo. Algo parecido a lo de esas manadas de hombres que ahora proliferan tanto. Fueron castigados, es cierto, pero la que quedó marcada como una res de ganado fui yo, así que hice lo mismo que tú. Abandoné el ejército y oposité para estar donde estoy ahora: defendiendo los derechos y libertades de las mujeres. De modo que quizá mi camino no haya sido tan tortuoso ni largo como el tuyo, pero tampoco ha sido un camino de rosas.

—Lo lamento. ¿Brindamos por la abolición del patriarcado?

Manuela hizo ademán de brindar levantando el vaso, y Sarah hizo otro tanto.

—Bueno, la cuestión es que ninguna de las dos somos Wonder Woman y, en consecuencia, no disponemos de ese lazo que obliga a decir la verdad a quien es sujetado por él —volvió Manuela a tomar la palabra—. No, no disponemos de poderes sobrenaturales, de manera que no nos queda más remedio que usar otras armas: la entereza, por ejemplo, o la templanza. Quiero decir que hoy estás sola y no tienes a un hombre al que amar u odiar, pero sí un pesado equipaje lleno de reproches; lo que puede terminar por desestabilizarte.

Sarah apuró un último trago antes de replicar:

—Bueno, hoy toca odiarme a mí misma. Odiarse a una misma de vez en cuando es lo mismo que limpiarte por dentro.

—Eres demasiado dura contigo. Siempre lo has sido, siempre lo eres. Si uno no se quiere a sí mismo está cerrando la puerta para que te amen los demás.

—No quiero el amor de los demás. He conocido a mucha gente mercadear con el amor, con sus sentimientos, como si estos tuvieran un precio, como si formaran parte de un trueque. Yo te doy a cambio de lo que tú me des. En eso consiste lo que hoy llaman amor. De modo que el amor de los demás, como tú lo llamas, en mi opinión, está sobrevalorado porque está basado en la reciprocidad y no en la incondicionalidad. Amar es dar sin pedir nada a cambio, algo que cada vez nos cuesta más, porque nuestra educación está basada en el principio del intercambio. Tal vez las cosas nos irían mejor si nos quisiéramos más a nosotros mismos, pero no lo hacemos, de ahí que fiemos el amor a la respuesta de terceras personas. Odiarme a mí misma es solo una especie de catarsis que logra que mi conciencia se sienta mejor a la larga. Uno a cero. O dos a cero. Me sirvo la tercera copa. ¿O es la cuarta? ¿A quién le importa?

—Espero que no acabes odiándome también a mí por lo que tengo que decirte —dijo ahora la inspectora Cano.

—Llevamos trabajando juntas más de tres años, Manuela, y en todo este tiempo hemos estado en desacuerdo en infinidad de ocasiones, pero siempre

me has respetado, y yo también a ti. Así que di lo que tengas que decir. Te escucho.

—Tienes que pasar página —soltó la inspectora Cano.

Sarah abrió las puertas francesas que daban paso al balcón, y una brisa fresca y limpia, que viajaba en compañía del rumor del vecino mar, se coló en la casa. Sin duda, el tiempo estaba a punto de cambiar. El verano había sido arrinconado definitivamente por el otoño.

—¿Ves como tenía razón? Empieza a hacer frío. Mañana lloverá con seguridad. Pasar página, pasar página... ¿Qué significa pasar página? Lo digo porque como lectora soy de las que leen una página y luego vuelven a revisarla, por si me he perdido un detalle...

Acto seguido, tras tomar asiento en el sofá junto a Manuela y apurar el vaso de güisqui de un largo trago, añadió al tiempo que fijaba su atención en la pantalla del móvil:

—Sí, aquí está el significado de pasar página: dejar algo atrás, intentar olvidarlo, dar algo por terminado y seguir adelante, caminado hacia el frente... Me temo que soy como Forrest Gump. He empezado a correr, y no encuentro motivos para detenerme.

—Lo que no se soluciona pasando página, se soluciona cambiando de libro, como se suele decir. Sabes perfectamente que en algún momento tendrás que parar. ¿Cómo se llama esa enfermedad que te diagnosticaron? Crononosequé...

Manuela se refería a la cronopatía que padecía su compañera —de la que la propia Sarah le había hablado después de que sufriera un desvanecimiento tras pasar veinticuatro horas ininterrumpidas trabajando—, de la incapacidad de esta a la hora de poner límites a su actividad desenfrenada sin que su cuerpo se resintiera. Como se solía decir: era peor el remedio que la enfermedad. En su opinión, Sarah vivía en un frenesí que no era otra cosa que una peligrosa huida hacia ninguna parte.

—Se llama cronopatía. Pero hay ocasiones en las que la cronopatía que padezco está justificada. Verás, Manuela, lo que Pilar Tormo vino a decirme el otro día era que había visto a Amalia entrar en su casa en compañía de un

tal Peter Benson la tarde anterior a su agresión. En pocas palabras, vino a avivar los rescoldos que había dejado en mi conciencia el suicidio de Matías Almeida. Y lo hizo porque su conciencia también estaba llena de brasas.

—¿Quién diablos es Peter Benson? —preguntó la inspectora Cano a continuación.

—Es una larga historia. Peter era el hermano gemelo de Jimmy Benson, un homosexual con el que Amalia estuvo a punto de casarse *in articulo mortis*. Las familias de ambos hicieron todo lo posible para que aquel matrimonio no se llevara a cabo por razones evidentes. Luego, Matías Almeida apareció en la vida de Amalia, y tras romper con este, fue Pilar Tormo la que se enamoró de ella. La obsesión que esta sentía por Amalia era tal que se dedicaba a vigilarla desde una motocicleta de su propiedad. Y eso nos lleva de nuevo a Peter Benson, quien ha reconocido haber estado con Amalia la tarde anterior a su agresión, corroborando lo testificado por Pilar Tormo.

—¿Entonces crees que fue ese tal Peter Benson el que le propinó la paliza a Amalia? ¿Es tu nuevo sospechoso?

Por primera vez, el tono de voz de la inspectora Cano transmitió receptividad.

—No, por varias razones —continuó Sarah su explicación—: Peter, como su hermano Jimmy, es homosexual, y el día de la agresión estuvo trabajando desde las cuatro de la tarde hasta bien entrada la madrugada. Lo he comprobado en el centro hospitalario donde pasa media vida. Está condenado a hacer horas extra porque carga con una hipoteca que paga él solo. No, la violencia ejercida sobre Amalia es propia de un crimen pasional. Siempre que hay una saña excesiva, y en el caso de Amalia la hubo, el móvil obedece a una venganza de tipo emocional. Lo hemos visto en decenas y decenas de casos.

—Sí, la paliza que recibió no deja lugar a la duda de que el móvil era pasional —corroboró la inspectora Cano—. ¿Entonces?

—La tarde de la reunión entre Amalia y Peter, esta le entregó unos libros que guardaba de Jimmy; ya que, según le confesó, había comenzado una relación con un hombre que, al parecer, era especialmente celoso. Tú y

yo sabemos que cuando una mujer se ve obligada a deshacerse de los recuerdos de una antigua relación por una imposición, significa que existe una gran probabilidad de que la cosa no acabe bien. De modo que después de romper con Matías Almeida, Amalia había iniciado una nueva relación con otro hombre.

—Un tercer hombre.

—Yo prefiero referirme a él como el eslabón perdido.

—¿Y ese Peter Benson, por qué no dijo nada? —preguntó Manuela.

—Porque pensó que el agresor había sido Matías Almeida, tal y como proclamaron los medios de comunicación.

—La verdad es que la camisa con la que fue amortajada Amalia sirvió a su vez de soga para ahorcar a Matías —reconoció Manuela.

—Así fue. La cuestión es que el verdadero culpable sigue ahí afuera, tal vez ideando hacer con otra mujer lo mismo que hizo con Amalia, puesto que a estas alturas cree que se ha ido de rositas. ¿Sabes dónde radica la verdadera maldad del lobo?

—¿A santo de qué viene esa pregunta? No, la verdad, no sé nada sobre lobos.

—El lobo solo necesita matar a una oveja para saciar su hambre, a pesar de lo cual acaba con todo el rebaño. No deja ninguna viva.

—De modo que, en tu opinión, Amalia no será su única víctima.

—En efecto. Lo más probable es que haya vuelto a matar o a intentarlo. Quien agredió a Amalia es un depredador. ¿Comprendes por qué no puedo pasar página? Ese tipo anda suelto y confiado, lo que lo convierte en una fiera extremadamente peligrosa.

—Si es tal y como dices, ¿por qué la familia de Amalia no ha mencionado nunca esa relación? De haber estado al tanto, no habrían volcado toda su atención en Matías Almeida.

—Buena pregunta y buena reflexión. Tal vez la relación no era lo suficientemente seria. Quizá Amalia no estaba del todo segura de sus sentimientos. No lo sé, la verdad.

—Algo que el agresor tenía que saber.

—Así es.

—Tal vez se tratara de un amor prohibido, de un hombre casado —sugirió Manuela.

—Es otra de las posibilidades, desde luego.

—¿Alguna pista?

La actitud y el tono de la inspectora Cano transitaban ahora por el terreno de la condescendencia.

—Por desgracia, la muerte de Pilar Tormo me deja casi sin opciones. Por lo que me contó, solo sé que el hombre que entró con Amalia en su casa el día de la paliza iba de su brazo, bajo un llamativo paraguas de color burdeos.

—Permíteme que haga de abogado del Diablo. ¿Cómo es posible que tu eslabón perdido supiera exactamente qué día iba a viajar Matías Almeida a Brasil? —preguntó la inspectora Cano.

—Porque Matías llamó en varias ocasiones a Amalia después de que rompieran, lo hacía incluso cuando estaba conduciendo por el extranjero, hasta que un día fue un hombre quien atendió el teléfono. Ambos mantuvieron una conversación de pocos segundos, pero determinante para que nuestro eslabón perdido decidiera actuar. Es probable que conociera la intención de Matías de viajar a Brasil a través de la propia Amalia y, como frecuentaba la casa, estaba también al tanto de la existencia de la camisa que este había dejado en la vivienda de su ex. Eso lo supongo teniendo en cuenta que también conocía los libros de Jimmy, tal y como ha quedado acreditado con el testimonio de Peter Benson. En resumen: si el nuevo novio de Amalia tenía conocimiento de los libros de Jimmy, también se habría interesado por el origen de la camisa. Con esos mimbres, el agresor solo tenía que matar a Amalia con el convencimiento de que nuestras sospechas recaerían sobre Matías —completó el argumento la inspectora Toledano.

—Bueno, Sarah, todo lo que dices está muy bien, pero en tu argumento hay algo que no supera la lógica más elemental. Si el tercer hombre o el eslabón perdido, llámalo como quieras, tenía conocimiento de que Matías Almeida se marchaba del país para conducir un camión en Brasil, ¿qué necesidad tenía de asesinar a Amalia Finisterre? Jimmy Benson estaba muerto, y Matías estaba a punto de quedar fuera de la circulación en cuanto

tomara ese vuelo a Brasil, ¿por qué entonces la agredió? ¿Por qué quiso asesinarla? ¿Qué pretendía si se había librado de la posible competencia masculina?

—Yo también me he formulado esas preguntas. Digamos que a mi silla le falta una pata. Aunque no cabe descartar que, simplemente, Amalia hubiera decidido poner punto final a la relación, lo que desató la ira de nuestro hombre. Suele ser algo habitual en esta clase de casos.

—Así que ahora buscas a un hombre con un paraguas de color burdeos, quien además tenía la confianza suficiente con Amalia para que esta le franqueara la entrada a su casa, como se hace con una pareja o con un amigo —recapituló Manuela.

—En efecto. Busco a un hombre que posee un paraguas de color burdeos.

—Creo que lo mejor será que tomemos otro güisqui —propuso ahora la inspectora Cano.

—¿Y tu marido? Deberías marcharte. Es demasiado tarde —dijo Sarah.

—No puedo presentarme borracha en casa, y ya empiezo a notar el efecto de la bebida. Llamaré a Alejandro para decirle que no iré a dormir. Está acostumbrado a estas situaciones.

—¿A qué situación te refieres? Hablas como si yo estuviera en peligro.

—Y lo estás. Te has metido en un laberinto, y no encuentras la salida. Por eso voy a quedarme contigo esta noche, para ayudarte a salir de él.

—¿Y si acabas perdiéndote en el laberinto como yo?

—Bueno, veo que tienes suficiente güisqui. Al menos no nos moriremos de sed.

—Te advierto de que las brumas del alcohol entrañan no pocos peligros.

—¿Te refieres al Morfeo sin pantalones del que antes me hablaste? Correré el riesgo.

—El pequeño Alex te echará de menos cuando se despierte y vea que su madre no está a su lado.

—Alejandro se las apañará. Todas las mañanas se encarga de prepararle el desayuno y de llevarle al colegio. No te preocupes.

—Tengo la impresión de que me has tendido una trampa, como si hubieras premeditado todo esto —dejó caer Sarah.

—Bueno, mi plan inicial era apaciguarte, pero el güisqui y la conversación me han hecho pensar que tal vez tengas razón —reconoció la inspectora Cano.

—¿En qué tengo razón, querida? Sería la primera vez que me das la razón en algo.

—Lo que dices tiene sentido. Es probable que exista un tercer hombre, y que Matías Almeida sea inocente —reconoció Manuela.

—Si mi conciencia no tuviera que cargar con las muertes de Pilar Tormo y del propio Matías Almeida, amén de la de Jesucristo, te propondría un brindis.

—Hay algo que no te he contado sobre la muerte de Pilar Tormo —reconoció la inspectora Cano.

—¿Hay algo que no me has contado...? Ya me extrañaba a mí tanta solicitud de tu parte. De modo que has venido porque había algo más que no querías contarme por teléfono... Suelta por esa boca, Manuela.

—Los de la científica no tienen dudas de que Pilar Tormo ha muerto de una sobredosis, pero en cambio su casa estaba demasiado revuelta, como si alguien la hubiera registrado en busca de algo. O eso, o Pilar Tormo sufrió un ataque de ira y lo puso todo patas arribas antes de chutarse.

—No me jodas, Manuela. ¿Y bien? ¿Qué han hecho los de la científica en relación al desorden?

—Buscar entre el caos, donde no había nada relevante. Digamos que Pilar Tormo padecía un síndrome de Diógenes moderado. Sin embargo, cuando han examinado su cuerpo han hallado un pequeño cuaderno entre las bragas y su sexo.

—¿Hablas en serio? ¿Pilar escondía un cuaderno en el coño?

—Así es. Una pequeña libreta cuya autora, en mi opinión, es Amalia Finisterre.

La reacción de Sarah fue echarse al colete un largo trago de güisqui de la propia botella. Luego, entre sorprendida e incrédula, formuló una nueva pregunta:

—¿Cómo sabes que el cuaderno está escrito por Amalia Finisterre?

Manuela le mostró a Sarah una fotografía que había recibido en su móvil de los compañeros de la científica, en la que se apreciaba una

pequeña libreta de tapas rojas con un texto escrito en la portada que rezaba: *Cuaderno de K.*

—No eres la única que ha leído los textos de Amalia. Hasta que nos lo entreguen, no podremos saber si estoy en lo cierto al ciento por ciento, pero la letra es idéntica a la de Amalia —dijo.

—Déjame ver esa foto con más detenimiento —solicitó Sarah.

Manuela obedeció.

—Sí, joder, claro que es la letra de Amalia —se manifestó la inspectora Toledano—. Esto es..., esto lo cambia todo..., todo.

—Sabía que no me equivocaba.

—De modo que Pilar muere de una sobredosis, su casa es registrada por alguien, y un cuaderno escrito por Amalia Finisterre de su puño y letra aparece escondido en el interior de sus bragas —resumió la inspectora Toledano—. ¿Te han dicho los de la científica algo sobre el contenido? Porque lo más probable es que hable de...

La inspectora Cano interrumpió a su compañera:

—Evidentemente, habla de alguien llamado K.

—De su agresor. K. tiene que ser nuestro eslabón perdido. ¡Joder, Manuela, joder!

—Los de la científica me han prometido que mañana podremos estudiar el contenido del cuaderno.

—¿Quién diablos es K.? ¿Por qué Pilar Tormo tenía en su poder una libreta escrita por Amalia? ¿Y por qué la guardaba en las bragas? —La inspectora Toledano comenzó a formular preguntas en voz alta.

Manuela respondió encogiéndose de hombros, lo que dio pie a que su compañera añadiera:

—Puedo imaginar lo que pasó. Pilar no me dijo toda la verdad. De hecho, creo que me mintió deliberadamente. Reconoció haber estado durante unas cuantas semanas vigilando a Amalia, pero después de que Peter saliera de casa de Amalia, fue ella la que entró en la vivienda. Tal vez decidió visitar a Amalia porque no soportaba los celos. Quizá quiso hablar con ella para recriminarle algo o para pedirle dinero, al igual que hizo el otro día conmigo. No estoy segura, pero de alguna forma logró apoderarse

de la libreta, que a la larga se ha convertido en un medio de vida —elucubró Sarah.

—¿En un medio de vida?

La voz de Manuela no ocultó sorpresa, como si no comprendiera del todo adónde quería ir a parar su compañera.

—Sí, extorsionando a K. Lo que significa que Pilar no solo vio a Peter Benson, sino también al hombre del paraguas burdeos.

—Por eso ha conservado la libreta en su poder todo este tiempo, hasta que se sintió en peligro y decidió esconderlo dentro de las bragas —supuso Manuela.

—En efecto. El hecho de que escondiera el cuaderno en su sexo sugiere que quien fue a buscar el cuaderno era un hombre.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque Pilar Tormo era lesbiana. Así que escondió el cuaderno allí donde creía que su camello no lo buscaría.

—¿Su camello? ¿Pilar Tormo extorsionaba a su camello? ¿Qué te hace pensar que K. era su camello?

—Así se conoce a quienes menudean con la droga, ¿verdad? Pues K. era el camello de Pilar Tormo, quien es a su vez el mismo hombre que Amalia menciona en su cuaderno. Eso significa que, como acabo de decirte, Pilar me mintió desde el principio, que conocía el rostro del agresor, al que probablemente había visto entrar en la casa en más de una ocasión, y que cuando supo lo que le había ocurrido a Amalia, pensó que sacarle provecho a la situación era mucho más rentable a la larga que abrir la boca. Cabe incluso que Pilar se inventara lo del paraguas burdeos. Aunque ese es un detalle irrelevante, al menos por ahora.

Tras apurar el último trago de su segunda copa, Manuela dijo:

—Así que Pilar era la enamorada chantajista.

—Estaba sin blanca, como me confesó, estaba a punto de perder la casa que había heredado de su madre por no atender a la hipoteca, y era a su vez esclava de su adicción a las drogas. Así las cosas, la agresión sufrida por Amalia se convirtió en una oportunidad de contar con el suministro de drogas que precisaba.

—Si es así, ¿por qué dejó entrar en su casa a K.? La puerta de entrada de Pilar no estaba forzada.

—Era un riesgo que tenía que asumir. K. le suministraba la droga y ella guardaba silencio. Ese era el acuerdo al que seguramente habían llegado. Tal vez una de las condiciones que K. puso para aceptar el chantaje fue la de que no los vieran juntos en lugares públicos. Quizá K. obligó a Pilar a recibirlo ese día en su casa bajo cualquier excusa. Eso justificaría que, como medida de precaución, escondiera el cuaderno en sus bragas.

—De modo que K. pasó de ser el agresor de Amalia a convertirse en camello de Pilar Tormo —reflexionó Manuela en voz alta a modo de conclusión.

—Eso creo. Pero todo chantaje conlleva que el chantajeado trate de zafarse en algún momento de la extorsión. K. lo tenía bastante fácil: bastaba con proporcionarle a Pilar una dosis de droga más pura de lo habitual, que le provocara una sobredosis. Una vez Pilar quedó nocaute, K. se limitó a rebuscar por la casa la libreta de marras para borrar su rastro.

—Pero no la encontró porque Pilar la tenía escondida en un sitio donde a K. no se le ocurrió o no se atrevió a tocar: en su propio cuerpo. Es probable que K., después de rebuscar en el apartamento sin éxito, crea ahora que la libreta que Pilar ha esgrimido todo este tiempo para extorsionarlo no exista, y que lo único que podía comprometerlo era el testimonio de la joven, problema que ha quedado resuelto con su muerte.

—Todo es tan retorcido que hasta es posible que sea cierto —reconoció Manuela.

—¿Por qué no? Las piezas encajan. De hecho, cada vez tengo más claro que el nombre de Peter Benson fue solo el señuelo que Pilar me puso para desviar mi atención. Así ella podía seguir exprimiendo la ubre de K.

—Si tenía controlado a K., ¿por qué vino voluntariamente a declarar para involucrar a Peter Benson? No tiene sentido —planteó Manuela.

—Lo tiene, querida, claro que lo tiene. Ella chantajeaba a K., y nosotros teníamos a Matías Almeida como sospechoso. Digamos que ese ecosistema funcionaba a la perfección. Pero el suicidio de Matías lo cambió todo. Pilar supuso que llevaríamos la investigación por otros derroteros, que buscaríamos a un nuevo sospechoso presionados tanto por la familia de

Amalia como por la de Matías, y que era cuestión de tiempo que diéramos con K., por lo que decidió servirnos a Peter Benson en bandeja. Después de todo, era cierto que lo había visto entrar en casa de Amalia la tarde anterior a la agresión, tal y como el propio implicado reconoce.

—Lo suficiente para que los padres de Amalia y la prensa se cebaran con él y la pelota siguiera rodando.

—Así es. Lo que volvería a situar a nuestro departamento en el ojo del huracán. A cambio, ella ganaría tiempo para seguir con su chantaje. Pero erró el tiro. Cuando K. se enteró de que Matías se había suicidado pensó con toda probabilidad que se quedaba sin escudo protector, sin el cortafuegos que suponía que contáramos con un sospechoso sólido, así que decidió poner punto final al chantaje al que estaba siendo sometido por parte de Pilar Tormo. El suicidio de Matías, por tanto, se convirtió a la larga en su sentencia de muerte.

—Estoy deseando saber qué ha escrito Amalia sobre K. en ese cuaderno —reconoció Manuela.

—Yo también. Ahora que me has contado toda la verdad, creo que deberías irte a tu casa.

—¿Y dejarte a solas con la botella de güisqui?

—Es la hora de contrarrestar los efectos del güisqui con unas cuantas tazas de café. Una ducha de agua fría, un litro de café negro, y estaré como nueva.

—Deberías intentar dormir, aunque solo sean unas pocas horas —le recomendó Manuela.

—Ya dormiré cuando haya leído esa libreta.

—Sabes perfectamente que en cuanto leas su contenido no pensarás en otra cosa que no sea ese cuaderno.

—También tendré a un nuevo sospechoso al que buscar. La recompensa merece la pena —concluyó la inspectora Toledano.

—Está bien, me voy, pero deberías tomarte en serio lo de desconectar y descansar unas cuantas horas —incidió Manuela.

—Que te marches de una vez, Pepito Grillo.



La libreta era tan pequeña que la propia inspectora Toledano tuvo problemas a la hora de fotografiar con su móvil todas y cada una de las páginas. Para complicar aún más las cosas, se vio obligada a extraer el cuaderno de la bolsa donde lo había introducido un miembro de la policía científica, y manipularlo con las manos enfundadas en unos guantes de látex.

Bajo el título *Cuaderno de K.*, no tenía dudas sobre la autoría, pues la forma de escribir de Amalia era inconfundible —cada letra tenía una inclinación muy acentuada, diríase antinatural, como si las palabras estuvieran a punto de caer sobre el recto suelo de un invisible renglón—, incluso en tan reducido tamaño.

«K. es el nombre de mi hombre casado. ¿Por qué no me da miedo escribirlo pero sí temo pronunciarlo? Es como si la conciencia tuviera voz, mientras que la palabra escrita es solo eso, palabra escrita que puede borrarse».

«No siento ninguna culpabilidad (cuando antes me emborrachaba por ella), lo que me da miedo. ¿Acaso K. forma parte de mi aprendizaje emocional? Soy ya una mujer adulta. No debería ser así».

«K. se ha convertido en mi mayor secreto. La pregunta es: ¿En qué me he convertido yo? O mejor aún: ¿En qué me convierte mantener una relación con un hombre casado?».

«¿Por qué la pasión se antepone al remordimiento? He de tener cuidado porque, como dice Concepción Arenal “la pasión para el hombre es un torrente; para la mujer, un abismo”. Me pregunto si acabaré precipitándome por ese abismo —tal vez lo haya hecho ya y ni siquiera me haya dado cuenta—, si mi pasión se transformará en una enfermedad incurable».

«K. afirma que la finalidad de nuestro amor es consagrar el dolor que nuestras almas padecen, sacarlo a la superficie, para hacer de él algo placentero e inigualable. El problema es que su dolor y el mío no son iguales. Ni siquiera lo son nuestros corazones».

«K. dice que soy la mujer más valiente que ha conocido, porque entro en acción cuando ya no es posible que la medicina obre el milagro. La vida, asegura, es un milagro, hasta que se torna en un fracaso de la ciencia. Es entonces cuando yo intervengo».

«K. dice que soy la que bebe el champán cuando ya ha perdido las burbujas y la temperatura, justo cuando ha dado comienzo su descomposición. Ese es mi mérito, según él. Soy una heroína que se hace cargo de lo que está a punto de convertirse en desperdicio. “Eres la personificación de la desesperanza. Cuando tú apareces todo el mundo sabe que la fiesta se ha terminado. Es el papel más difícil de todos”, me dijo. Le reproché que usara esos términos para referirse a mis “enfermitos”, que las personas, fuera cual fuese nuestra situación, no éramos desperdicios humanos. “Detrás de cada cuerpo se esconde un alma”, le repliqué. Me pidió disculpas, pero también me dijo que el lenguaje es solo un ropaje que se le pone a la verdad para que resulte menos dolorosa. “La verdad desnuda siempre duele a la vista, siempre provoca problemas morales a quien mira”, aseguró».

«K. me posee. K. es un nombre posesivo. K. es un pronombre posesivo. K. es un adjetivo posesivo. K. es un hombre posesivo. Como todo posesivo siempre concuerda en género y número con un sustantivo; esto es, con la cosa poseída; o sea, yo».

«O soy poseída o estoy poseída. No existe un término medio en nuestra relación. En realidad, viéndonos actuar se diría que ninguno de los dos buscamos la extremosidad en todas y cada una de nuestras manifestaciones amorosas. Sin embargo, es lo que hacemos. Digamos que lo extremo se antoja más intenso y emocionante. También más peligroso. Otra vez me atormenta la posibilidad de que la pasión de K., en tanto que hombre, sea un torrente; mientras que para mí, a la larga, sea lo mismo que precipitarme por un abismo».

«Al lado de K. siento la misma adrenalina que cuando salto un obstáculo con mi caballo. De pronto, te ves suspendida en el aire, a lomos de un animal que está perfectamente compenetrado contigo. Durante esos segundos que permaneces levitando, formáis una unidad, sois una sola cosa. K. y yo estamos tratando de superar los obstáculos que la vida de ambos ha puesto a nuestros pies. A veces, solo a veces, lo conseguimos. Entonces la recompensa merece la pena, ya que tenemos la sensación de que no existen obstáculos que no podamos sortear».

«K. y yo vivimos en una efervescencia permanente, en la cresta de una ola que navega rauda hacia la orilla. ¿Acabaremos aterrizando suavemente sobre la arena o, por el contrario, seremos lanzados contra las rocas? Solo el tiempo lo sabe».

«K. lame mis heridas, y yo lamo las suyas. Las heridas de ambos saben a sal. Cuando estamos juntos tenemos la impresión de que el pasado de ambos ha sido de todo menos fructífero, pero si miramos al futuro la vista no alcanza a ver más allá de un horizonte infructuoso. En nuestro caso, hagamos lo que hagamos, la sombra de la pasión es del color de la desdicha».

«La nuestra es una de esas relaciones que no tiene salida, pero al mismo tiempo de la que ninguno sabemos o deseamos salir. Es como si nos hubiéramos adentrado por una gruta con numerosos laberintos que se van estrechando conforme descienes por ella. Cuando quieres darte cuenta, ya no hay posibilidad de volver atrás porque has llegado demasiado profundo».

«Tuve un orgasmo mientras K. me penetraba y al mismo tiempo apretaba mi garganta con fuerza. Fue como si mi excitación física se disparara de pronto. La falta de oxígeno disminuyó mi lucidez al mismo tiempo que aumentaba mi sensación de placer. Creo que me hubiera dejado matar en ese momento. O mejor dicho: no me hubiera importado morir. Supongo que no es lo mismo desear morir a que te maten. Nunca había experimentado nada parecido en el terreno sexual».

«¿K. es masoquista? ¿Lo soy yo? ¿Los somos ambos? ¿Volveré a dejar que simule estrangularme mientras me hace el amor? He empleado la expresión *mientras me hace el amor*, ya que cuando me posee, con tanta fuerza y determinación, me comporto como un ser pasivo, me dejo hacer, que sea él quien establezca las normas, los límites. A veces, su furia despierta cierta violencia en mí, me vuelvo otra persona, golpeo su cuerpo, su cara, le muerdo el pecho y las mejillas, enrabieta, sí enrabieta, porque en esos momentos solo siento rabia».

«K. no quiere compartirme con el mundo, porque dice que no hay más mundo que nosotros, que ambos somos el único mundo posible. Me lo susurra al oído después de que hayamos compartido una sesión de sexo salvaje, desmitificadora. Ambos tenemos los cuerpos arañados y magullados, así que añado a su reflexión: “También ambos somos el único infierno posible”».

«K. me ha dicho que mi cuerpo comprende todas las geografías posibles: picos, valles, cavidades, desiertos, y hasta un campo de cereal que es mi vello púbico. Mi vulva es un mar donde el flujo tienen sus propias corrientes».

«K. asegura que soy ese mapa que el amor necesita para no extraviarse. Solo hay que saber leer en él. Incluso un ciego, cuando el amor es verdadero, puede guiarse por ese mapa».

«Le pregunto a K. que qué hay de nuestras almas. Me responde que el alma está pegada al cuerpo, como un jirón de nubes. ¿No querrá decir de nubarrones?».

«K. quiere permanecer oculto dentro de los pliegues de mi piel, quiere estar siempre pegado a mí, formar parte de mí: ver lo que ven mis ojos, oler lo que huele mi olfato, escuchar lo que escuchan mis oídos».

«K. es excesivo, y yo dejo o permito que se exceda. Yo también soy excesiva, de lo contrario las cosas no sucederían como están aconteciendo. K. quiere que juguemos a un juego que consiste en que yo deje de relacionarme con otras personas, incluso con mis seres más allegados, para que una vez aislada pueda examinar qué siento por él; sin interferencias externas. “El amor ha de ser fruto de una meditación, precisa de un retiro interior para que pueda manifestarse sin que agentes externos lo adulteren. Para saber si se ama hay que caminar por el desierto, sin más agua que el deseo por la persona amada”, me dijo».

«K. representa la extremosidad: cuando me mira, cuando me besa, cuando me abraza, cuando me hace el amor. También cuando me habla, cuando se

refiere al pasado y a cómo quiere que construyamos el futuro. “¿Qué futuro?”, le pregunto yo sin ocultar cierto escepticismo. “¿Te refieres a los mordiscos y arañazos que nos proferimos cuando follamos como animales en celo?”, le pregunto. Entonces K. me responde con una sonrisa que, de nuevo, solo cubre el presente. O tal vez quiera decirme que, como decía Albert Einstein, no merece la pena pensar en el futuro porque siempre llega demasiado pronto».

«K. insiste en la necesidad de que concentre todas mis emociones, todos mis sentimientos en él. Incluso quiere que desee por él la misma compasión que experimento con mis “enfermitos”».

«A veces no me reconozco; pero entonces K. viene a salvarme y me muestra a la nueva Amalia. “Esta eres tú, la mujer que quieres ser, siempre a mi lado, siempre pensando en mí, siempre pendiente de mí. Ni siquiera tienes que mirarte al espejo. O mejor dicho: yo soy ahora tu espejo. Mírate en mí de la misma manera que yo me veo reflejado en ti”, me alecciona».

«Siempre que regreso a casa abatida por la muerte de uno de mis “enfermitos”, K. me dice que él también está a punto de morir de amor. Asegura que la enfermedad que padece es tan grave y mortal como la de mis pacientes. Una agonía que lo consume por dentro, poco a poco. Me pide que lo cuide con tanto cariño y empeño como el que empleo con mis “enfermitos”. Pero K. no se comporta como un “enfermito”, sino como un niño envidioso y caprichoso. Cree que todo lo que le doy o entrego de mí a los demás resta de lo que él recibe. Lo terrible es que me agrada ver cómo sufre por mí, hasta por las cosas más nimias».

«K. quiere leer a Luis Cernuda conmigo, pero no los libros de Jimmy, puesto que están contaminados por el recuerdo de otro hombre. Quiere que

compremos ejemplares nuevos, de poetas desconocidos, de autores desconocidos, novelistas o dramaturgos que solo nos pertenezcan a ambos».

«K. quiere que creemos nuestro propio lenguaje, expresiones y palabras que solo sean nuestras, que nadie pueda arrebatarlos. Incluso me dijo que deseaba que yo fuera su Camille Claudel, la joven modelo y amante del escultor Auguste Rodin. Ella hacía los pies y las manos de las obras del maestro, pues su talento como escultora era comparable al de él. “Me gustaría que todo lo que construyo fuera obra de los dos, porque nada de lo que hago tienen sentido sin tu participación. Eres mis pies y mis manos, entre otras muchas cosas” me aseguró».

«A K. le gustaría escribirme cien cartas que empezaran diciendo: “Feroz amada mía”, pero como nos hemos impuesto mantener nuestra relación en secreto, se conforma con susurrármelo al oído cada vez que nos encontramos a solas. Lo cierto es que ya no sabemos follar sin hacernos daño».

«K. me ha regalado un libro de H. Murakami titulado *Kafka en la orilla*. Asegura que es un autor tan complejo y cambiante como nuestra relación. Afirma que leer a Murakami es como adentrarse en una religión: o se tiene fe en él y en lo que escribe, o no se tiene; o se cree o no se cree. O te conviertes en su acólito o en su adversario. No hay término medio. Algo similar a lo que es una relación amorosa: hay que tener fe para que funcione, hay que creer en el prójimo más que en uno mismo para que florezca y se convierta en una hermosa rosa. Lo contrario es dejar que el odio suplante al amor, que el tallo de la rosa se llene de espinas mientras la flor se marchita. Luego, ha abierto el ejemplar y me ha leído ese párrafo que reza: “A veces, el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar. Tú cambias de rumbo intentando evitarla. Y entonces la tormenta también cambia de dirección, siguiéndote a

ti. Tú vuelves a cambiar de rumbo. Y la tormenta vuelve a cambiar de dirección, como antes. Y esto se repite una y otra vez. Como una danza macabra con la Muerte antes del amanecer. Y la razón es que la tormenta no es algo que venga de lejos y que no guarde relación contigo. Esta tormenta, en definitiva, eres tú. Es algo que se encuentra en tu interior. Lo único que puedes hacer es resignarte, meterte en ella de cabeza, taparte con fuerza los ojos y las orejas para que no se te llenen de arena e ir atravesándola paso a paso. Y en su interior no hay sol, ni luna, ni dirección, a veces ni siquiera existe el tiempo. Allí solo hay una arena blanca y fina, como polvo de huesos, danzando en lo alto del cielo. Imagínate una tormenta como esta. Y cuando la tormenta de arena haya pasado, tú no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida. ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad. Pero una cosa sí quedará clara. Y es que la persona que surja de la tormenta no será la misma persona que penetró en ella. Y ahí estriba el significado de la tormenta de arena”.

»“Así que nunca saldremos de esta tormenta de arena que es nuestra relación, ¿no es así?”, reflexioné. “Vivimos dentro de la tormenta perfecta, querida, porque en realidad nosotros somos la tormenta perfecta. El destino no depende de uno, sino de múltiples agentes externos que escapan a nuestro control: la velocidad del viento, la geografía por donde transita, los obstáculos que encuentre a su paso, etc. Si uno sobrevive a la tormenta es porque forma parte de ella”, se reafirmó».

«Leí *Kafka en la orilla*, la novela que me regaló K., de una sentada. Subrayé esa frase que dice: “Lo que sea que estés buscando no va a llegar de la manera que te lo esperas”. Fue como mirarme al espejo y encontrarme con el reflejo de K. superponiéndose al mío. Tal y como él me vaticinó, ahora siento que carezco de reflejo propio. Tengo la sensación de que en este proceso he ganado cosas, pero también que he perdido muchas otras. La arena ciega mis ojos, por lo que apenas si veo con claridad. Me temo que he dejado de distinguir la realidad».

«¿En qué o en quién me he convertido? ¿Ha terminado la tormenta o aún estoy inmersa de llena en ella? ¿Acaso jamás podré salir de ella como vaticina K.? Empiezo a sentirme como un animal enjaulado».

«K. no quiere que le hable de él a nadie. Ni siquiera a mis padres. No le dije que *motu proprio* no tenía intención de hacerlo. Mis padres no entenderían a K., tampoco la naturaleza de mi relación con él. Ellos piensan que soy otra clase de persona. Lo más curioso es que yo también lo creía. Cada vez me cuesta más reconocerme».

«He empezado a dejar de mirarme en el espejo por temor a la imagen que pueda devolverme».

«K. quiere reescribir mi vida, y que yo reescriba también la suya, y que el resultado sean dos vidas entrelazadas convertidas en una sola, como la planta guía de la uva. Su propósito es que sobrevolemos el suelo y nos fusionemos en un solo árbol que dé la misma fruta».

«K. me halaga, me regala susurros, se cuela en mi cerebro».

«K. dice que soy su abeja reina».

«K. quiere regalarme un caballo que se llame K., como él».

«K. quiere que lo monte como a un caballo, que cabalgue sobre él encima de la mesa del comedor, sentados en una silla, tumbados sobre el suelo, tanto da. Al fin y al cabo, el fin de la equitación es que el jinete o la amazona formen una unidad con el animal».

«A K. le duele separarse de mí cada vez que tiene que alejarse. Asegura que teme que haya podido huir a su regreso, que lo haga sin siquiera dejarle una nota de despedida».

«K. quiere que nos casemos en cuanto haya resuelto su divorcio. Dice que tenemos que formalizar nuestra relación lo antes posible, para que nadie pueda llamarme “La otra”».

«K. da gracias a Dios por el hecho de que no me casara con J.B., porque de esa forma él tampoco será “El otro”».

«En realidad, en eso nos hemos convertido, en “El otro” y “La otra”. ¿Qué ha sido del “tú” y del “yo”? No me atrevo a decirle a K. que ahora somos *otros*».

«¿Y si la tormenta, de manera definitiva, me está matando? ¿Cómo le digo a K., cuyos pulmones soplan el viento que la mantiene viva, que ha de dejar de hacerlo? ¿Cómo explicarle sin que se ofenda que hemos de buscar otro camino, uno que no nos desgaste hasta anularnos, uno que nos devuelva la identidad que hemos perdido? Hemos vuelto al dolor del principio».

Mientras trataba de digerir todos y cada uno de los apuntes de aquel cuaderno, la inspectora Toledano tomó un lápiz y comenzó a escribir sobre una hoja de papel cuantos nombres conocía cuya primera letra era la k: Kenan, Kevin, Klaus, Kaleb, Kenneth, Karim, Kilian, Karl, Kendall, y también Katia, Keira y Kelly. Acto seguido, tachó los nombres femeninos, pues no había dudas sobre el género de K.: se trataba de un hombre; y trató de limitar la lista a los nombres que empezaran por la letra K. en lengua castellana. Solo pudo rescatar tres hipocorísticos. Kiko, diminutivo de Francisco; Kike, de Enrique; y Koke, que era la forma abreviada de Jorge.

El siguiente paso consistió en revisar los listados de llamadas realizadas y recibidas desde el teléfono móvil de Amalia, por si hubiera alguien cuyo nombre empezara por K. Nada. Por alguna razón, ni Amalia ni K. se llamaban; tampoco se comunicaban a través de WhatsApp o de cualquier

otro servicio de mensajería a través del teléfono o de las redes sociales. En opinión de la inspectora, eso significaba que la relación no solo era secreta sino que probablemente K. se tratara de alguien muy próximo; muy cercano al ambiente de Amalia, ya fuera el laboral o el social.

Por último, anotó los teléfonos de todos los Franciscos, Enrique y Jorges que figuraban en la lista de contactos de Amalia a sabiendas de que era lo mismo que adentrarse por un camino franqueado a ambos lados por una sucesión interminable de espejos.



Hacía tiempo que la relación entre Encarnación Duarte, la madre de Amalia Finisterre, y la inspectora Toledano había tornado de la confianza al recelo. Al principio, Encarnación Duarte había depositado todas sus esperanzas en Sarah, pero cuando la repatriación de Matías Almeida comenzó a demorarse primero, y a convertirse en una quimera más tarde, la conexión se volvió más fría y distante, hasta alcanzar el terreno de los reproches. Sarah ni siquiera se defendía de aquellos comentarios desaprobatorios, puesto que en parte ella se sentía tan frustrada como aquella madre a la que solo le quedaba el coraje para no sucumbir frente a la desesperanza.

Ni siquiera el suicidio de Matías había supuesto alivio alguno en el ánimo del matrimonio Finisterre; para quienes era un fracaso que el agresor de su hija no se hubiera enfrentado a la justicia, o que ni siquiera hubiera sido detenido. De hecho, Matías incluso había podido elegir cómo y cuándo morir, mientras que Amalia estaba muerta en vida. Lo que ellos exigían era, por tanto, poder mirar al culpable a la cara, poder pedirle explicaciones antes de que fuera encerrado en una celda. Algo que la muerte de Matías Almeida les negaba para siempre.

—Amalia está en rehabilitación, inspectora.

El tono seco y cortante de Encarnación Duarte no dejaba espacio a la duda: la visita le incomodaba por cuanto que la inspectora representaba todo aquello que le producía frustración.

—No he venido a visitar a Amalia. Quería verla a usted.

Encarnación Duarte frunció el ceño antes de preguntar:

—¿A mí? ¿Qué desea de mí?

—Hemos encontrado una prueba de que su hija mantenía una relación con alguien distinto a Matías Almeida.

Tras lo cual, la inspectora esgrimió las fotocopias del cuaderno hallado en el cuerpo de Pilar Tormo.

Encarnación Duarte observó los papeles de soslayo antes de clavar de nuevo la mirada en su interlocutora.

—¿Qué diablos es eso que me enseña? —inquirió con el mismo tono de voz áspero y seco de antes.

—Un cuaderno escrito por Amalia de su puño y letra —respondió la inspectora Toledano.

—Este no es el cuaderno de mi hija —se desmarcó la mujer sin tan siquiera revisar de nuevo los documentos.

—Es otro cuaderno, distinto del que conocemos. Le ruego que lo compruebe usted misma. Habla de alguien, de un hombre...

Esta vez la mujer se avino a tomar los folios que la inspectora le mostraba, y tras escrutarlos durante un par de minutos, preguntó:

—¿De dónde ha sacado estos papeles?

—El cuaderno estaba en poder de una amiga de Amalia, una joven llamada Pilar Tormo.

—Pilar Tormo, Pilar Tormo —rumió el nombre la mujer—. ¿No era esa la joven que estuvo enamorada de mi hija? ¿No hablaba de ella en su cuaderno de *Cuidados al final de la vida*?

—Así es. Pilar era la hija de una de las enfermas a las que cuidó Amalia.

—¿Y quién es este K. del que habla?

—Por eso estoy aquí, Encarnación. Para tratar de averiguarlo.

—K. Una letra poco usual. No sé qué decirle.

—¿Kike, Koke, Kiko? ¿Le suena algún amigo de Amalia que se llamara Enrique, Jorge o Francisco? Los contactos de su teléfono están vinculados a las cuentas que su hija tenía en varias redes sociales, por los que el número de Enriques, Jorges o Franciscos asciende a más de cincuenta. Por otro lado, que K. se corresponda con el diminutivo de algunos de estos nombres

es pura especulación por mi parte. K. también podría llamarse Koldo, se me ocurre.

—Le aseguro que Amalia nunca nos habló a su padre o a mí de alguien llamado K., o Koldo, o Kike, o Koke, o Kiko. Ni Enrique, ni Francisco, ni Jorge. Jamás. ¿No hay ninguna fecha?

—Por desgracia, no. Ya ve el tamaño del cuaderno. Es tan pequeño que su dimensión revela el carácter secreto que Amalia quería que tuviera.

—¿Por qué entonces lo tenía esa tal Pilar Tormo?

—La respuesta que voy a darle vuelve a ser una especulación, pero creo que Pilar se lo sustrajo a Amalia con la finalidad de extorsionar a K. No le he dicho que Pilar era toxicómana. Y si utilizo el pasado es debido a que murió hace un par de días de sobredosis. La cuestión es que Pilar me contó hace unos días que vio entrar a un hombre en casa de Amalia el día que tuvo lugar la agresión, pero se lo calló para poder sacarle todo el jugo posible a ese tal K.

—Cada vez entiendo menos, inspectora. ¿Está insinuando que hubo un testigo de la agresión de mi hija que ocultó lo que sabía para sacar provecho? —se pronunció ahora Encarnación Duarte imprimiendo a su voz el tono de la decepción, casi de la derrota.

—Así es. Pilar Tormo vio al agresor, y desde luego no era Matías Almeida. Digamos que el *Cuaderno de K.* reafirma este extremo.

—¿Por qué entonces huyó a Brasil pocas horas después de que Amalia fuera agredida?

—Porque K. conocía los planes de Matías a través de Amalia. Este siempre mantuvo que había hablado por teléfono con un hombre pocas fechas antes de que se consumara la agresión. Lo que significa que K. era ese hombre; y también que controlaba el teléfono de Amalia, que es donde quedó registrada la llamada. La relación entre Amalia y K. coincidió en el tiempo con la relación de amistad que su hija mantuvo con Pilar Tormo. Esta, en cambio, estaba enamorada de su hija, por lo que la vigilaba. Fue así como supo de la existencia de K.

—¿Y por qué mi hija le entregó el cuaderno a esa joven? No tiene sentido si se trataba de algo privado, secreto, según acaba de indicarme.

—No puedo descartar que se lo entregara de manera voluntaria, por el supuesto caso de que le sucediera algo. Tal vez Amalia intuía que las cosas podían complicarse, que la relación con K. estaba resultando demasiado intensa y absorbente. Si las cosas sucedieron así, entonces Pilar Tormo traicionó a Amalia, puesto que utilizó el cuaderno en su beneficio. La otra posibilidad es que Pilar fuera a visitar a Amalia con el fin de reprocharle que hubiera elegido a K. y no a ella, y que aprovechara la situación para sustraer el cuaderno. Sea como fuere, la libreta fue hallada en el interior de su ropa interior, lo que indica el gran valor que tenía para ella.

—Prefiero que no me cuente más de esa joven. ¿Puedo quedarme estas fotocopias?

—Por supuesto. Más adelante el original le será entregado. No obstante, me gustaría advertirle de que el contenido evidencia un alto grado de dependencia de Amalia hacia ese hombre. Digamos que la Amalia del *Cuaderno de K.* no es la misma que la de *Cuidados al final de la vida*.

—Comprendo. Nunca se conoce del todo a los hijos, ¿no es eso?

—Pese a que no tengo hijos, la experiencia me dice que nadie conoce a nadie.

—De modo que, según usted, volvemos al punto de partida.

—No del todo. ¿Me permitirá que eche un nuevo vistazo a las pertenencias de Amalia?

—¿Para qué diablos quiere volver a revisar las cosas de Amalia si puede saberse?

—Porque Amalia habla de un regalo que le hizo K., un libro de un autor japonés. En el cuaderno asegura que K. le leyó un párrafo del mismo. Si es así, cabe la posibilidad de que las huellas de K. permanezcan en el ejemplar —expuso la inspectora Toledano.

—¿Cómo se llama ese libro?

—*Kafka en la orilla*.

—No me suena. Aunque Kafka también empieza por K. —observó Encarnación Duarte.

—Puede que Amalia llamara K. a ese hombre en atención al libro que le regaló. Es otra posibilidad. En cualquier caso, lo que busco son sus huellas dactilares en el ejemplar, siempre y cuando lo conserven.

—Comprendo. Todas las cosas de Amalia están en su casa, en su piso. Así lo ha querido mi marido. Todavía alberga la esperanza de que se recupere, aunque sea solo en parte. Lo que más le gustaría del mundo es volver a verla viviendo en su casa, disfrutando de su independencia, y no aquí, dependiendo de nosotros para todo. Solo le queda esa quimera. Yo, para serle sincera, soy más pesimista.

—¿Puedo hablar con su marido?

—Está en el hospital con Amalia. Es él el que se encarga de llevarla y de recogerla todos los días. En cuanto llegue le digo que la llame.



El suelo de parqué relucía y la casa desprendía un fuerte olor a ambientador con aroma de lavanda. Los cristales de las ventanas resplandecían detrás de las cortinas de lino transparentes, blancas, impolutas y perfectamente fruncidas en torno a las barras de las que colgaban. Las paredes estaban decoradas con un sinfín de fotos familiares, en las que Amalia era la protagonista destacada. Amalia montando a caballo equipada como una verdadera amazona; Amalia buceando; Amalia fotografiada en el Trocadero con la Torre Eiffel de fondo; Amalia sentada en el claustro del Monasterio de los Jerónimos de Lisboa; Amalia abrazada a su madre y a su padre el día de su treinta cumpleaños, tal y como daba a entender la tarta de chocolate y las velas con forma de números que la coronaban.

El salón de la vivienda era de buen tamaño y estaba pintado de un color crema. Lo presidía un sofá claro de tres piezas, sobre el que descansaban otros tantos cojines étnicos de vivos colores, y una mesita de café de madera a juego con el roble del suelo. Justo enfrente de una librería de buen tamaño repleta de ejemplares, había una estantería rebosante de trofeos y medallas hípicas. También abundaban los diplomas y los entorchados. A Sarah no le cupo ninguna duda de que el padre de Amalia había convertido el piso en un santuario, donde rendir culto a la memoria de su hija. Un lugar en el que mantener viva la llama de su recuerdo.

—¿Ve este parqué de roble, inspectora? Fue un capricho de Amalia. Hace unos años fuimos a pasar unos días a la región austriaca de Estiria. Nos habían hablado de un lago de tonalidades verde esmeralda que solo lo era en verano, cuando se acumulaban en él las aguas del deshielo, y que en invierno era un parque con sus caminos para pasear y sus bancos para sentarse. Amalia buceó en ese parque que se convierte en lago. Incluso se hizo una fotografía con su traje de neopreno y sus bombonas de oxígeno sentada en un viejo banco, a seis o siete metros de profundidad. Nos hospedamos en un pequeño hotelito, a los pies de las montañas Hochschwab, y fue allí donde se enamoró de esta madera. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder permitírsela, pero así era Amalia. No le tenía miedo al trabajo, a las dificultades. Todo lo que se proponía, lo acababa consiguiendo; y este suelo lo demuestra —se explayó el hombre a modo de homilía.

—Supongo que su esposa le ha dicho a qué he venido —se pronunció la inspectora yendo al grano.

—Sí, me ha enseñado esos papeles. No me cabe la menor duda de que mi hija no es la autora de ese cuaderno —se desmarcó el señor Finisterre.

—El perito calígrafo no cree lo mismo —rebatía la inspectora Toledano.

—Me importa un comino lo que piense o diga el perito calígrafo. La autora de ese cuaderno es otra Amalia.

Pretender que el señor Finisterre aceptara que el *Cuaderno de K.* había sido escrito por su hija era lo mismo que tratar de convencer a un sacerdote de que Jesucristo no era quien él creía; sino alguien muy distinto, alguien muy alejado de la idea que tenía del personaje.

—No he venido a discutir con usted.

—Sé perfectamente a qué ha venido, inspectora. El libro que busca está en la segunda balda de la librería. Pero si lo que trata de hallar son huellas, me temo que llevo más de dos años limpiando el polvo de la biblioteca de Amalia, para que el día que regrese, si es que su salud le permite regresar algún día a su casa, los encuentre tal y como los dejó. Sí, sé que en cierta ocasión le dije que no creía en milagros, pero una cosa es lo que pienso racionalmente y otra muy distinta lo que el corazón quiere que ocurra. Amalia nunca desfallecía, nunca se rendía, así que yo tampoco puedo

permitírmelo. Antes todo el mundo decía que era ella la que se parecía a mí, al menos en lo concerniente a su carácter, pues ahora soy yo el que quiere parecerse a ella.

—No, no espero encontrar las huellas de K. en la cubierta, ya que estas duran poco sobre el papel, sino dentro, en la página que K. le leyó a Amalia, según dejó escrito esta. Tal vez la página esté señalada de alguna manera. Quizá tenga alguna anotación al margen, o algo parecido.

—Proceda. Llévese ese maldito libro. ¿Sabe una cosa? Desde el primer día, he tenido la impresión de que estaba empeñada en exculpar a toda costa a Matías Almeida. La cuestión es que sigue pretendiéndolo incluso después de su muerte.

A la inspectora no le pilló por sorpresa el reproche. Después de tantos años, la idea de lo ocurrido, la imagen del culpable se había fosilizado en el cerebro del señor Finisterre; por lo que ni siquiera merecía la pena el esfuerzo de hacerle cambiar de idea.

—Lo único que he pretendido, siempre y en todo momento, es resolver el caso de su hija, descubrir al verdadero culpable. A mí me da igual cómo se llame.

—En lo que a mí respecta, la sociedad en su conjunto es la culpable. Yo, usted, el sistema, todos somos culpables. Todos somos consentidores porque, a la postre, el sistema es nuestra creación colectiva, el patriarcado y el matriarcado.

La inspectora Toledano sacó la bolsa de pruebas que le habían proporcionado los compañeros de la científica, se enfundó sendos guantes de látex y se postró de hinojos frente a la librería. La novela de Murakami estaba embutida entre otros libros por la derecha, y por dos docenas largas de cedés por la izquierda. De estos le llamaron la atención varios conciertos de piano de Mozart, ejecutados por María João Pires.

—¡Vaya! ¿Y esto? Ese nombre me suena...

—Son los cedés de Amalia. Mozart, Mozart y más Mozart, y María João Pires, María João Pires y María João Pires.

—¿Sabe que sigue reconociendo la música de Mozart cuando la pianista es María João Pires? —indicó la inspectora en respuesta a aquel descubrimiento.

—¿Cómo Amalia puede saber quién toca el piano, si ni siquiera es capaz de retener su propio nombre más allá de unos cuantos días? —preguntó el señor Finisterre a continuación.

—Me lo dijo el doctor Ayuso. Yo misma presencié cómo respondía al estímulo de la música. Tal vez se trate de una buena señal. Quizá sea el primer paso de un largo camino.

—¡Ojalá! ¿Y qué le parece lo que le ha ocurrido al doctor Ayuso? ¿Cree que puede estar en problemas?

—¿En problemas? ¿Qué ha pasado?

—Esta mañana han venido sus compañeros de Homicidios para darle una noticia sobre su esposa. Se ha tenido que ir con ellos, lo que no le ha sentado nada bien a Amalia.

—¿El doctor Ayuso les ha dicho algo?

—Ni una palabra. Se fue contrariado, con el rostro demudado.

Tras pasar las páginas del ejemplar, una por una, se topó con un marcapáginas con el logo de la clínica donde Amalia estaba siendo atendida.

—¡Joder! ¿Qué coño hace esto aquí? —se preguntó la inspectora a sí misma.

—¿Qué ocurre? —intervino el padre de Amalia.

—Algo que no cuadra, al menos en apariencia. Me llevo el libro, y en cuanto sepa algo sobre el doctor Ayuso me pongo en contacto con usted de nuevo.

—Es la única persona que lo ha dado todo por Amalia. Y ella confía en él, porque sabe manejarla, sabe cómo hacer que dé lo mejor de sí misma. Ese hombre le da estabilidad, forma parte de su rutina, si me permite expresarlo así —concluyó el padre de Amalia.

—Lo sé, señor Finisterre, lo sé. Veré qué está pasando.



«Me llamo Carmen Llopis y estoy muerta en el número dieciocho de la Brückenstrasse del barrio de Schönewide, en Berlín Este».

El mensaje que le trasladó el compañero de la Brigada de Investigación de Delitos contra las Personas dejó a la inspectora Toledano estupefacta.

—Estoy muerta en el número dieciocho de la calle no sé qué de no sé qué barrio..., ¿qué diablos significa? —preguntó sumida en el más absoluto desconcierto.

—La policía de Berlín recibió hace tres o cuatro días el mensaje que acabo de leerle. Mandaron una unidad al lugar que indicaba la nota y encontraron el cadáver de una mujer. Realizadas las pruebas forenses de identificación, ha resultado ser, en efecto, Carmen Llopis.

—¡Joder!

—Eso no es todo.

—Al parecer, Schönewide es un barrio controlado por las mafias ligadas a los partidos de la ultraderecha, a los neonazis alemanes.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó a su interlocutor.

—Francamente, no lo sé. Tendremos que esperar a que sea la Policía alemana la que nos dé una respuesta.

La inspectora Toledano recapituló los detalles que conocía sobre la desaparición de la esposa del doctor Ayuso antes de decir de nuevo:

—Tenía entendido que la última vez que se supo algo de Carmen Llopis fue cuando cruzó la frontera ruso-finesa en un tren.

—Así es.

—¿Entonces cómo ha aparecido su cuerpo en Berlín, enterrada en un barrio de neonazis? ¿De qué va todo esto?

—No lo sabemos, pero una de las hipótesis es que *la* Carmen Llopis que captaron las cámaras de cajeros y puestos fronterizos no fuera la verdadera Carmen Llopis.

—¡Fue identificada por su marido y por sus familiares directos! ¡La propia Policía alemana concluyó que se trataba de una huida voluntaria! —exclamó la inspectora Toledano.

—Lo que significa que quien se hizo pasar por Carmen Llopis se tomó muchas molestias para parecerse a ella: el gorro, la misma ropa, idéntica maleta. Salvo que después de pasar por Rusia decidiera regresar a Alemania, a Berlín, por algún motivo que desconocemos. Esa es la segunda hipótesis.

—De modo que no se puede descartar que regresara a Alemania *motu proprio*.

—Bueno, la Policía alemana está revisando las grabaciones que se rescataron mientras se consideró la desaparición de la señora Llopis como inquietante. Tomas de cajeros automáticos y pasos fronterizos. No, no se puede descartar ningún escenario. Pero resulta muy extraño que Carmen Llopis huyera, regresara más tarde a Alemania y acabara sus días en un barrio ligado a los movimientos de la ultraderecha alemana.

Si el razonamiento del compañero de la unidad de Homicidios planteaba numerosos interrogantes, aún resultaba más desconcertante el asunto de la nota.

—¿Cómo es posible que un cadáver escriba a la policía indicando dónde se encuentra? ¿Se trata de una broma macabra? ¿De qué va todo esto?

—Buena pregunta. Por eso estamos hablando con el marido y con el resto de familiares. La Policía alemana está muy interesada en resolver, digamos, esta paradoja. Nos han enviado un formulario de preguntas para todos ellos. Al parecer, la principal fuente de ingresos de estos grupos ultra procede de la extorsión. Aunque sus actividades abarcan toda clase de delitos imaginables: tráfico de estupefacientes, secuestros, asesinatos, robos, etc. En lo que a nosotros concierne, sabemos que la señora Llopis tuvo problemas con cierto material médico que empleaba en su clínica. ¿Puede tener este hecho alguna relación con su desaparición? Lo desconocemos. Aunque en principio, que sepamos, la señora Llopis se desplazó hasta Berlín para acompañar a su marido a un congreso médico que se celebraba en la ciudad. Digamos que faltan muchas piezas por encajar en este rompecabezas.

—Comprendo. El doctor Ayuso es el médico de una de nuestras mujeres maltratadas. Se trata de un caso especialmente sensible. Una mujer a la que su maltratador le arrancó la memoria, entre otras lindezas. Digamos que ese médico es su mayor referente. ¿Sería tan amable de mantenerme informada?

—Por supuesto, inspectora.



La inspectora Toledano recordó la figura de Lautaro Heller antes de marcar su número de teléfono. Si en el mundo existía alguien con sentido crítico y con la suficiente experiencia era él; con independencia de su gusto por divagar, por oírse a sí mismo. Heller tenía un cuerpo tan grande y voluminoso como su ego, pero también un corazón en consonancia con su tamaño desmesurado. Emigrado a Israel desde la Argentina durante la Dictadura Militar, no había logrado adaptarse del todo a las costumbres de su nuevo país, que escrutaba y analizaba más como lo haría un observador internacional que como un residente. Su cerebro almacenaba una biblioteca de datos y citas; además de unos conocimientos enciclopédicos del tango y la milonga, las mayores obras de ingeniería musical creada por el ser humano en torno a la melancolía, según aseguraba. No podía disociar su recuerdo del viejo abrigo de paño negro bajo el que escondía, además de su corpulencia, un carácter atrabiliario que se manifestaba siempre que se irritaba; lo que era bastante frecuente.

—¡Mira quién llama! ¿Cómo te trata la vida por España, compañera? ¿Cuánto hace que no hablamos? ¿Ocho, nueve meses? Sin ir más lejos, no hace mucho me dije: «El día que me llame Sarita seguro que es para contarme que está en estado. O para hablarme del alumbramiento de esa nueva nación que se está gestando en su país: Cataluña».

—No, no estoy embarazada. Se me pasó el arroz, como dicen por aquí. Aunque para serte sincera, los niños nunca me han gustado en exceso: resultan demasiado sinceros y auténticos, en un mundo donde la sinceridad y la autenticidad han quedado relegadas a los planos inferiores de la inocencia. Lo cierto es que los niños me dan mucha pena por cuanto que están condenados a convertirse en seres idénticos a nosotros. En lo relativo a Cataluña, están en pleno proceso de cocinado; pero ni siquiera estoy segura de que sepan cuáles son los ingredientes y en qué proporción. Ya veremos a qué sabe el plato. Puede que se les indigeste.

—Vi las imágenes de las algaradas de las otras noches en Barcelona. Está claro que están cocinando el arroz con adoquines y carne de policía.

—Por eso digo. En un arroz con piedras acaba predominando siempre el sabor y la dureza de los pedruscos. No creas que España es muy diferente en ese aspecto a Israel. No hay nada más español que el odio entre

españoles. De modo que lo que están haciendo los catalanes con sus disturbios y manifestaciones de odio contra todo lo español es comportándose como verdaderos españoles. Este país es, ante todo, una contradicción. Pero no se lo digas a nadie.

—¡Ja, ja, ja! Descuida, querida. ¿Qué tal el trabajo?

—Todo va rematadamente mal, Lautaro. Casi preferiría estar embarazada. Al menos así tendría algo de lo que preocuparme que solo me concerniera a mí. A veces tengo la sensación de que vivo la vida de los otros, de que carezco de vida propia. Por desgracia, no tengo ni el ánimo ni las fuerzas para revertir esa situación. Mi psicóloga asegura que lo que me ocurre es que trato de huir de mi vida, darle la espalda para no tener que enfrentarme a la verdad. La verdad, Lautaro, la verdad, como si alguien supiera de verdad qué coño es la verdad. Como decía el poeta: «Tu verdad no, la verdad y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela». La cuestión, Lautaro, es que estoy en ese punto en el que ni siquiera sé cuál es mi verdad, ni tampoco me importa.

—Veo que estás cultivado el pesimismo en la soleada España, querida.

—España es un lugar tan soleado como lo es Israel. Pero donde reina la luz también lo hace la sombra. Todo tiene dos caras.

—¿Quieres que sigamos filosofando o como quiera que se llame lo que estamos haciendo? —ironizó Heller.

—No. Vamos al grano. Necesito que me echés una mano.

—¡Vaya! ¡Eso sí que es una sorpresa! ¿Qué quieres que haga por ti?

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre la aparición del cuerpo de una mujer, de una española, en un barrio conflictivo de Berlín. Toma nota de la dirección: Brückenstrasse, n.º 18 —con diéresis en la u—. La calle está en el distrito de Schönevide —con diéresis en la o—, en Berlín Este. Al tratarse de un barrio de neonazis, según ha informado la Policía alemana a la española, seguro que tus contactos del Mossad saben algo.

—¿Quién es la mujer? ¿Es judía?

—No, que yo sepa. Se llama Carmen Llopis. Es la esposa de un médico que cuida de una de mis mujeres maltratadas; una especialmente vulnerable,

a la que su agresor le borró el pasado y le hurtó el futuro tras propinarle una brutal paliza. La dejó tullida y sin memoria.

—¿La fallecida es la esposa del médico que cuida de una de tus mujeres maltratadas? —preguntó Heller con el propósito de encajar correctamente las piezas de aquel rompecabezas.

—En efecto. La mujer desapareció en el transcurso de un congreso médico que tuvo lugar en Berlín hace ya unos años. Durante todo este tiempo, se creía que se trataba de una desaparición voluntaria, inquietante, pero voluntaria; ya que Carmen Llopis fue filmada sacando dinero en varios cajeros de distintas ciudades alemanas, así como cruzando las fronteras de Alemania con Finlandia y de este país con la Federación Rusa. Hace tres o cuatro días, la Policía alemana recibió una extraña nota donde la fallecida no solo aseguraba estar muerta sino que también daba la dirección exacta donde se encontraba su cadáver. Son las señas que acabo de proporcionarte. Por ahora no sabemos si la mujer regresó voluntariamente a Alemania o si, por el contrario, nunca abandonó el país teutón. En ese caso, la persona cuya imagen tomaron las cámaras es una impostora.

—Por lo que me cuentas, por el *modus operandi*, por el lugar donde dices que apareció el cuerpo, creo saber qué pasó más o menos; pero no quiero adelantarte nada hasta que haga unas cuantas llamadas. Dame veinticuatro horas, ¿de acuerdo?

—Veo que no has perdido tu perspicacia.

—No soy perspicaz, en absoluto, querida. Siempre te he dicho que para ser un buen policía hay que pensar como un buen delincuente. Nada más. Y eso es lo que procuro hacer.

—¿Qué tal andan las cosas por Jerusalén? —preguntó ahora la inspectora.

—Siempre nos quedará París, como decía Humphrey Bogart en la película *Casablanca*. Digamos que Jerusalén es como una de esas películas cuyo final es un *impasse*. Simplemente, el argumento es tan enrevesado que la resolución se antoja imposible, lo que implica que el final siempre deja mal sabor de boca en el espectador. Eternidad significa Jerusalén, como dice el Talmud. Yo añado que Jerusalén se ha convertido en un problema eterno.

—Veo que nada ha cambiado, ni siquiera el final de *impasse*.

—No, nada ha cambiado por aquí. Ahora tengo que mediar entre unos colonos y unos no colonos. Te llamo en unas horas, querida. Cuida de tus mujeres maltratadas, y no te castigues en exceso a ti misma.

—Un beso grande, Lautaro. Y gracias, gracias por todo.



Amalia comenzó a gritar aterrada cuando el robot Lokomat se puso en marcha. Pese a que sus pies ni siquiera tocaban el tapiz rodante o cinta de marcha, se resistía a seguir la reproducción de los pasos que la máquina le proponía. Incluso intentaba zafarse de la estructura o exoesqueleto que cubría la mitad de su cuerpo, desde la cadera hasta las pantorrillas. Parecía un animal herido que hubiese caído en una trampa. La escena de terror, que dibujaba la expresión de sus ojos extraviados en un punto indeterminado del aula de terapia, no era comparable con el tono lastimero de sus aullidos y gemidos, entre los cuales emergía una sola palabra comprensible: el nombre de Carlos.

«Ca... r... los».

«Ca... r... los».

«Ca... r... los».

«Ca... r... los».

«Ca... r... los».

Así una y otra vez.

—¿Qué le pasa? —se interesó la inspectora Toledano.

—Echa de menos al doctor Ayuso, inspectora —le respondió la fisioterapeuta encargada esa mañana del ejercicio de rehabilitación.

—¿Han probado a ponerle música de Mozart? —sugirió la policía.

—Me temo que no es un problema del tipo de música, sino de la persona a la que asocia con ella. Es como si le faltara una pieza del rompecabezas.

—Y esa pieza es el doctor Ayuso.

—El doctor Ayuso forma parte de la rutina de Amalia. Ella lo articula todo en torno a su figura. Es el centro sobre el que bascula su equilibrio emocional. Sin él cerca, se siente perdida e insegura. Creo que lo mejor será que la logopeda se haga cargo de ella. Allí podrá enseñarle alguna imagen que pueda relacionar con el doctor Ayuso y que logre calmarla.

El camino hasta la sala donde se encontraba la logopeda resultó igualmente tortuoso. Amalia comenzó a proferir gritos ahogados, al tiempo que se ovilló sobre sí misma cuando dos celadores depositaron su cuerpo en la silla de ruedas que utilizaba para desplazarse por el hospital. Era como si la realidad se hubiese desmoronado bajo sus pies, como si la singladura la hubiera llevado hasta ese lugar donde la tierra plana de los viejos mapas muestra el abismo que se abre tras el fin del mundo.

¿Dónde estaba la Amalia segura de sí misma que amaba la vida? ¿Qué había sido de la joven inteligente que poseía la habilidad de mirar cara a cara a la muerte a través de un cuaderno?, se preguntó la inspectora.

Luego, cuando la hiperventilación de la paciente comenzó a disminuir, le dijo:

—Amalia, soy Sarah, la amiga del doctor Ayuso. Carlos regresará muy pronto, ya lo verás.

—La amiga de Ca... r... los; la amiga de Ca... r... los; la amiga de Ca... r... los —repitió Amalia.

—Sí, la amiga de Carlos. Me ha dicho que te diga que ahora viene. Pronto, muy pronto —insistió la inspectora.

—P... r... onto. P... r... onto. Viene Ca... r... los. P... r... onto.

—Sí, Carlos vendrá pronto para cuidar de ti. Pero no quiere verte enfadada cuando regrese.

—Sí, en-fa-da-da. Estoy en-fa-da-da. Quie... r... o que venga Ca..., Ca..., Ca..., Ca... r... los. No veo a Ca... r... los. ¿Dónde está Ca... r... los?



La voz de Lautaro Heller atravesó su cerebro como la melancólica melodía de una vieja canción que nos trasporta a otra época. Para ella, representaba la sabiduría. Un sonido ancestral, ya extinto, que las ondas le transmitían de la misma manera que la luz de una estrella muerta seguía llegando durante siglos hasta nosotros, a través del espacio. La luz del pasado tratando de alumbrar el presente.

—Querida, ¿tienes bolígrafo y papel para apuntar?

—Un momento.

—Ya. Cuando quieras.

—Antes de empezar a hablar, te traslado las condiciones que has de respetar con respecto a la información que voy a proporcionarte: puedes tomar notas, pero no puedes compartir esas notas con la Policía española o alemana. De lo contrario, la vida de ciertos compatriotas y colaboradores se vería comprometida. ¿De acuerdo?

—Sé cómo funciona el sistema. No diré nada que pueda poner en peligro a tus fuentes, quédate tranquilo.

—Empecemos por el principio. Las personas que asesinaron a Carmen Llopis pertenecen a una escisión de un pequeño partido neonazi formado por unos quinientos miembros llamado *Der Dritte Weg*, o sea, *El tercer camino*. Se trata de un grupúsculo compuesto por treinta o cuarenta individuos, cincuenta a lo sumo, que, tras romper con el partido madre, dicen llamarse, *Der einzige Weg*, *El único camino*. ¿Cabe imaginar que haya nazis más extremistas que los más extremistas nazis que todos hemos visto alguna vez por televisión? La respuesta es sí, y se agrupan en torno a *El único camino*. En fecha reciente han pasado a autoproclamarse herederos de la *Lebensborn*, la organización creada por el SS Heinrich Himmler, en 1935, y se consideran a sí mismos «racialmente puros». Una mera fachada revestida de un falso idealismo, puesto que la principal fuente de ingresos de *El único camino* son los asesinatos por encargo que, una vez perpetrados, convierten en extorsión. Digamos que fijan un precio para perpetrar el crimen, luego hacen desaparecer el cadáver de la víctima pero solo momentáneamente. Transcurridos unos meses, comienzan a exigir más dinero a cambio de seguir manteniendo el silencio. Si el cliente que encargó el trabajo no se aviene a acceder, entonces actúan poniendo a las

autoridades sobre aviso. La delaciones, a su vez, las llevan a cabo mediante notas escritas por las propias víctimas y fotografías de sus cadáveres. Todo un golpe de efecto.

—¿Notas escritas por las propias víctimas?

—Así es. Antes de ejecutarlas. A Carmen Llopis la obligaron a escribir la nota que ahora ha recibido la Policía alemana, de su puño y letra. Es un texto en alemán, por lo que la mujer no sabía qué era lo que estaba escribiendo en realidad.

—De modo que se trató de un asesinato por encargo.

Un silencio de unos segundos dejó el espacio suficiente para que Heller pudiera llenarlo con su respuesta:

—Efectuado por tu médico, por el marido de la víctima.

—¿Carlos Ayuso contrató a unos asesinos para acabar con la vida de su esposa?

La pregunta fue dirigida al hilo de voz que viajaba a través de las ondas, por si una interferencia hubiera alterado el verdadero significado del mensaje.

—Así es, querida. Tu doctor pagó el precio estipulado, sesenta y cinco mil euros, más otros doce mil sacados en pequeñas cantidades de la cuenta bancaria de la víctima con las tarjetas de crédito de esta; luego se avino a abonar un primer chantaje, una cantidad cercana a los quince mil euros; pero hace unas cuantas semanas, al parecer, se negó a seguir desembolsando más dinero. Fue entonces cuando los miembros de *El único camino* decidieron poner el cadáver de Carmen Llopis sobre la mesa. O para ser más preciso: lo sacaron del congelador.

—Tiene que haber un error. Todo esto resulta tan... —se pronunció la inspectora Toledano antes de caer en el verdadero significado de lo que su excompañero acababa de trasladarle—. ¡Joder, Lautaro! ¿Has dicho que mantenían el cadáver de esa pobre mujer congelado?

—Con el fin de estirar el chantaje cuanto más tiempo mejor. ¿Acaso existe un mejor método de conservación que la congelación? Digamos que debajo de la pátina ideológica de *El único camino*, se esconde la manera de proceder de cualquier mafia. Uno de los grandes logros de las organizaciones mafiosas es que han conseguido que los partidos políticos

tradicionales hayan incorporado los métodos de estas para financiarse o ganar parcelas de poder. Sí, *El único camino* es un partido político que emplea procedimientos mafiosos, desde el asesinato a la extorsión.

—¿Quién era entonces la mujer que sacó dinero con la tarjeta de Carmen Llopis y se hizo pasar por ella tomando *ferrys*, barcos y cruzando fronteras? —continuó la inspectora Toledano con la batería de preguntas.

—Un gancho, un señuelo. Una mujer de rasgos parecidos a los de la víctima que vestía su ropa, y que fue contratada por la organización. El matrimonio Ayuso se hospedó en el hotel Adlon de Berlín durante su estancia. El marido proporcionó a la mujer la maleta de su esposa, y el gorro con el que se protegía del frío. Lo demás fue tan fácil como crear delante de las cámaras de cajeros y aduanas el espejismo de que quien allí estaba era Carmen Llopis.

—¿Y esa mujer no fue filmada durante su entrada al hotel del matrimonio Ayuso?

—Hay cien maneras de entrar en un hotel sin que quede rastro en las cámaras. Cabe incluso que las cámaras la hayan filmado, pero no hay manera de saber de quién se trata. Tampoco importa mucho.

—¿Por qué iba a querer Carlos Ayuso asesinar a su esposa?

La inspectora Toledano empezaba a sentirse como una de las supervivientes del Titanic que, instalada en uno de los botes salvavidas, contempla cómo está a punto de hundirse con el barco la única persona que no quería que se tragara el gélido Océano Atlántico. Era un sentimiento egoísta, si duda, pero lo era por cuanto que afectaba a la supervivencia de terceras personas, de Amalia, de su estabilidad, de su recuperación en suma. ¿Qué sería de ella cuando todo se descubriera? ¿Dónde encontraría a una persona tan diestra en el desempeño de sus funciones como el doctor Ayuso? Por no hablar del mazazo que semejante noticia iba a causarle a sus padres. ¡Amalia estaba siendo rehabilitada por un despiadado asesino! ¡Alguien que había sido capaz de encargarse a sangre fría la ejecución de su propia esposa! ¿Cabía mayor desgracia, mayor mala suerte? Como se decía en Oriente Medio: Amalia carecía de esa fuerza benéfica que tenía su raíz en la bendición divina, adolecía de baraka, a pesar de ser una mujer bendita.

Por eso ella no creía en dioses, porque eran injustos y caprichosos con quienes merecían justicia y benevolencia.

—Querida, te recuerdo que no conozco al tal Carlos Ayuso, pero se me ocurren varias razones por las que un marido quiera quitarse de en medio a su esposa: que esta tenga mucho dinero y que él sea beneficiario de su herencia o de un suculento seguro de vida; o, en su defecto, que esta se haya convertido en un estorbo. Tal vez todo sea tan simple como que detrás de todo haya una tercera mujer. Una amante posesiva y ambiciosa. El principio de la Navaja de Ockham suele ser muy certero en esta clase de casos. La solución más simple es normalmente la correcta.

—Olvidas que hasta hace cinco días las autoridades pensaban que Carmen Llopis había desaparecido de manera voluntaria, por lo que hasta esa fecha no había herencia o seguro de vida que cobrar.

—¿Seguro que has comprobado que ese tipo no tuviera una amiga capaz de lavarle el cerebro? Querida, eres una mujer, pregúntale a tu instinto femenino, saca a pasear tu olfato —insistió Heller.

—No, no lo he hecho. ¿Por qué habría de hacerlo? Había cuerpos policiales escrutando cada detalle y, dentro de la confusión que causó la desaparición de Carmen Llopis, la investigación había entrado en cierto estado de calma; al menos en cuanto a lo que yo sé. Imagino que la familia de la víctima no hubiera pasado por alto un detalle como ese, ya que responsabilizaron al marido de todo lo ocurrido.

—Parece que con razón.

—¿Es tu fuente fiable?

—Tanto como lo es el Mossad. No hay posibilidad de error. Tenemos a esos nazis bajo estrecha vigilancia. Entre otros, los líderes de *El tercer camino* como ahora los de *El camino único* mantienen conexión con Hezbolá, en el Líbano, y con Bassir al-Assad en Siria. El único motivo de estos contactos es encontrar la forma de joder a Israel. Son grupos a los que hay que tomar muy en serio, por mucho que sus métodos de actuar sean tan groseros.

—Que Carlos Ayuso encargara el asesinato de su esposa es la peor noticia que podías darme en estos momentos. Resulta tan cruel... —reconoció la inspectora Toledano.

—Como oí en una serie de la televisión británica: los hombres son crueles por naturaleza, querida, hasta que encuentran a otra mujer con la que seguir siéndolo. Parece una de esas frases llenas de cinismo que tan bien trasladan al papel los guionistas británicos, pero si la analizas al detalle tiene un significado más profundo del que aparenta a primera vista. Habla de un mundo de una sola dirección, uno que, cual vehículo pesado y de difícil conducción, solo puede ser manejado por un varón. Un lugar y una forma de proceder de la que no somos ajenos ningún miembro del género masculino, incluido yo. Tiene algo que ver con nuestra naturaleza; aunque no sé hasta qué punto, en qué medida intervienen e influyen otros factores. En este mundo dominante, de machos alfa, las mujeres seguís jugando un papel secundario, por mucho que os contemos lo contrario.

—¿Heller, el machista?

—Aquel que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra. ¿Sabes qué le dijo Telémaco a Penélope, su madre?

—No tengo ni idea.

—«Madre mía, vete dentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca... El relato estará al cuidado de los hombres y sobre todo al mío. Mío es, pues, el gobierno de la casa». Estas palabras fueron escritas por Homero para su *Odisea* hace más de tres mil años. Teseo, el hijo de Ulises, no hacía sino acallar la voz de su madre. Es indudable que la situación de la mujer ha cambiado en estos tres mil años; pero no así la del hombre, cuyo relato sigue imponiéndose frente al de la mujer. Así que me temo que también hablo de tu médico. ¿Por qué iba a excluirlo a él?

—Porque solo pensar que Carlos Ayuso haya sido capaz de hacer algo así me resulta tan...

—El bien y el mal conviviendo en la misma persona. Es lo más común del mundo, querida. Como el bien tiende a ser más ponderado, casi siempre el mal es el que acaba imponiéndose. Es una cuestión de falta de escrúpulos. Con el paso de los años, el bien es solo una impostura en el malvado, un instrumento que emplea para lograr sus fines perversos.

—Lo que me cuentas es demasiado desalentador.

—Pero tú eres inasequible al desaliento. Siempre lo has sido. Nunca te has parecido a Penélope ni a ninguna otra mujer que haya hincado la

rodilla. Creo que en el fondo el tuyo es un problema de planteamiento, de enfoque. Recuerda lo que decía Mario Benedetti: «Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas». Tus preguntas han cambiado, querida, solo eso.

«Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas». ¿Cuántas veces le había oído recitar ese adagio a Heller? Las preguntas mutaban por cuanto que también lo hacía nuestra visión de las cosas. De repente, todo se volvía inestable y relativo y, en consecuencia, una nueva batería de preguntas surgía para avivar la llama de la incertidumbre. Nada, por tanto, podía darse por sentado. Uno no podía fiarse solo de las apariencias.

—Sí, parece que tendré que reformular las preguntas. Empezar a analizar todo lo ocurrido hasta ahora desde otra perspectiva.

—¿Qué piensas hacer? ¿Cómo vas a actuar? —se interesó Heller.

—Primero tengo que recapitular, reflexionar. Luego ya veré lo que hago. He de medir muy bien mis pasos.

—Puedes contar conmigo, con mi parte buena y con mi parte mala. Incluso pongo a tu disposición mi lado machista. Ya sabes dónde me tienes.

—Vivo cerca del mar, y su rumor me trae el eco de las playas de Tel-Aviv. Allí, en un hotel con vistas al Mediterráneo oriental, me acosté con un hombre llamado Ari, cenamos, bebimos, escuchamos el rumor de las olas, nos abrazamos e hicimos el amor, y fui feliz durante una velada, durante unas cuantas horas, por última vez, hasta que recibí una llamada tuya y el mundo volvió a ser el de siempre —se desmarcó Sarah.

—En todo momento traté de protegerte, porque era consciente de los peligros que corrías. Un día alguien se refirió a ti como «la policía/muro de las lamentaciones», por tu larga lista de quejas. Te creaste enemigos poderosos, porque defender una causa justa en Israel conlleva ese precio. No casabas con la religión, con sus representantes ante la comunidad, porque pensabas con razón que solo querían someterla mediante la fe, y no tuviste reparos en manifestarlo. Pero estabas dentro del sistema, formabas parte de él; te atreviste incluso a tomar partido en la acusación por violación de un presidente del Estado de Israel, así que tenías las de perder; pese a lo cual te marchaste antes de que te obligaran a arrodillarte. Rechazaste el

papel de Penélope, como siempre. Salvando este detalle meramente político, estás fabulando, idealizando. Después de aquel día de Tel-Aviv cuyo encanto rompí con una llamada intempestiva, pero necesaria por el caso que entonces nos ocupaba, le entregaste la llave de tu apartamento a ese joven; y unas semanas más tarde recuerdo que me dijiste que el tal Ari había envejecido en poco tiempo tanto como un güisqui joven en una barrica de Jerez, hasta adquirir los aromas y el sabor de un gran reserva. Por último, me hablaste de lo sorprendida que estabas ante la complejidad del sentimiento amoroso. De la riqueza de sus matices. De hecho, hablabas del amor como si estuvieras degustando uno de esos güisquis a los que eres tan aficionada. Sí, querida, hubo un tiempo en el que necesitabas el amor tanto como él a ti. Eso duró unos cuantos meses, tal vez medio año, hasta que la llama de Ari se apagó. Inicio, nudo y desenlace, como todas las historias, las que se cuentan y las que se viven. Incluso las que soñamos. Sí, también los sueños tienen el mismo desarrollo narrativo, el mismo patrón, porque para sobrevivir uno tiene que fabular, reinventar lo que nos pasa, adaptarlo a nuestras creencias, a nuestro punto de vista, a nuestros deseos; por eso confundimos las más de las veces lo que es mera ensoñación con la realidad. De modo que todas las historias, reales o inventadas, son iguales. Idénticas. Lo único que varía en ellas es cómo las afronta cada cual. El punto de vista, querida, eso es lo único que las hace diferentes.

—Bueno, pasé varios años teniendo sexo esporádico en el hotel King David. Escogía a mis acompañantes en The Oriental Bar, después de ingerir un par de carísimos güisquis de Malta. El sexo hacía que me olvidara del amor, que no lo necesitara. Al menos me hacía creer que no lo necesitaba. Supongo que un día me harté de despertarme cada día con un extraño. Incluso estuve a punto de romperle la nariz a un tipo que no quiso parar cuando sus juegos sexuales empezaron a incomodarme. En esa época era tan ingenua que creía en eso de que el sollozo de un alma desnuda se podía compensar con la compañía de otro cuerpo desnudo. ¡Por Dios, Lautaro, podrías escribir mi biografía! ¡Recuerdas más episodios de mi pasado que yo misma!

—No, querida, mis recuerdos son los mismos que los tuyos, con la salvedad de que tú los has arrumbado en el desván de la memoria. Nada se

olvida, nada se pierde, todo se somete a una transformación. Digamos que esos recuerdos que dices haber olvidado mutaron un día en una mala experiencia. Y sobre ella has levantado la estructura que en la actualidad soporta tu estabilidad emocional.

—Digamos que admito que me mantengo en pie gracias a esa estructura de malas experiencias acumuladas de la que hablas, pero de lo que estoy completamente segura es de que carezco de estabilidad emocional. A veces me siento como uno de esos boxeadores que, a pesar de estar sonados, son capaces de mantenerse en pie en el *ring*, por inercia, por pundonor...

—Por la propia inconsciencia...

—Sí, por la propia inconsciencia, presa de la más absoluta desorientación. Es como si deambulara sin rumbo por la lona, rebotando una y otra vez contra las cuerdas del cuadrilátero. Para colmo, me han diagnosticado una enfermedad psicológica que me impulsa a no detenerme, a mantenerme siempre y en todo momento ocupada. Dormir me parece una pérdida de tiempo; detesto los fines de semana. No soporto no tener nada que hacer relacionado con aquello que creo que forma parte de mis obligaciones. Vivo en una especie de infierno cuyas llamas me causan quemaduras visibles pero que no me duelen, al menos en apariencia. Estoy abrasada, Lautaro, irremisiblemente chamuscada.

—Todo es culpa de las consecuencias de esa transformación. Pero de la misma manera que sufriste una metamorfosis, podrías experimentar otra. Tendrías que forzarla, tendrías que esforzarte, está al alcance de tu mano. Depende de ti. Lucha contra ti misma, contra aquello que te abrasa por dentro. Solo has de mostrar voluntad y determinación. Una gota de agua puede a la larga horadar la roca más dura.

—Así que he de volver al *ring* para seguir luchando.

—O eso, o perderás el combate por K.O. No, no puedes rendirte, ni siquiera puedes permitirte, porque entonces las cosas empeorarían aún más.

—Siempre me he preguntado cómo es posible que tengas una respuesta para todo.

—La respuesta ya te la di antes. Todo consiste en buscar nuevas respuestas cuando uno sabe que han cambiado las preguntas, porque nada

se puede dar por sentado, todo muta, todo se convierte en otra cosa distinta de la que fue. Es cuestión de tiempo, el agente más determinante en el desarrollo de nuestras vidas. Adáptate a cada momento, a las nuevas circunstancias, y entonces las preguntas que te formules serán las correctas. Nunca des nada por seguro.

—Volveré a llamarte, viejo filósofo de pacotilla.

—¿Le permites a este viejo filósofo de pacotilla que haga una predicción de futuro? —solicitó Heller.

—¡Adelante!

—Sé lo que vas a hacer, pero tendrás que descubrirlo por ti misma.

—¡Viejo ladino, eso es lo mismo que no decir nada! ¡Anda, cuelga!

—¡Shalom, querida!



El vaso de agua que la inspectora bebió tras la conversación con su excompañero no pudo contrarrestar el regusto amargo que había inundado todo su ser. Una mezcla de melancolía y profunda decepción que le alcanzó hasta la última célula de su organismo. Ahora le embargaba la sensación de volver a estar en ese bote salvavidas del Titanic, en mitad del océano Atlántico, una vez que aquel prodigio de la ingeniería humana había sido tragado para siempre por el mar. Carlos Ayuso se había hundido con él —al menos el Carlos Ayuso que ella había conocido y tratado—, mientras que ella tenía ahora que enfrentarse a la incertidumbre que se había apropiado de la gélida y oscura noche. No había horizonte a la vista, como si el mundo se hubiera vuelto plano y sin finitud, y solo unas pocas estrellas titilaban en un firmamento tan oscuro y tornadizo como aquel mar oscilante. ¿Estaban muertas aquellas estrellas como ahora lo estaba gran parte del pasaje y de la tripulación del barco que acababa de hundirse? ¿Estaba muerta su esperanza como lo estaban aquellos remotos puntos de luz? La embargó una sensación de desvalimiento, de soledad, de insignificancia, que ya nadie podría borrar de su memoria. Llevaba años tratando de recomponer la vida borrada de Amalia Finisterre; había confiado ciegamente en la habilidad de aquel

médico para recuperarla, aunque fuera poco a poco, paso a paso, con tesón, con esfuerzo, con dedicación, con mucho sacrificio en suma. También ella había aportado su grano de arena. También ella había dado lo mejor de sí misma, empezando por su confianza. Ahora, tras la llamada de Lautaro Heller, todo había saltado por los aires. Carlos Ayuso era un impostor que no había dudado en «borrar la vida» de su esposa sin siquiera mancharse las manos de sangre, con la asepsia de alguien frío e insensible, de una persona egoísta incapaz de sentir la menor empatía para con el prójimo. ¿Cómo era eso posible? ¿De dónde sacaba entonces la ternura, la paciencia y la solicitud de la que hacía gala con Amalia? ¿Quizá la respuesta estaba en lo bueno y en lo malo, en esa dualidad de la que le había hablado Heller? ¿Era Carlos Ayuso un remedo del doctor Jekyll y el señor Hyde? ¿O todo era la fachada de un decorado que escondía un solar lóbrego, un alma yerma? Sí, en efecto, tendría que buscar nuevas preguntas que la ayudaran a salir de aquel naufragio, llegar al puerto de Nueva York tal y como hicieron los supervivientes del Titanic tras ser rescatados por el buque Carpathia.

La primera pregunta que le surgió a bote pronto fue otra de las planteadas por Heller: ¿Cabía la posibilidad de que Carlos Ayuso tuviera una amante cuando, al parecer, mandó ejecutar a su esposa aprovechando el viaje que ambos habían realizado a Berlín?



El compañero de Homicidios informó a la inspectora de que el doctor Ayuso permanecería retenido en dependencias policiales hasta consumir el tiempo máximo que permitía la ley, pues las respuestas del interrogado dejaban numerosas lagunas tanto a la Policía española como a la alemana. Sarah pensó que la medida le concedía unas horas de margen para tratar de responder a una de las nuevas preguntas a que había dado lugar el hallazgo del cadáver de Carmen Llopis. ¿Tenía Carlos Ayuso una amante cuando desapareció su mujer de la faz de la tierra, tal y como había sugerido su excompañero de la Policía israelí? ¿Se reducía todo a un maldito asunto de

faldas? Extrajo de la base de datos del cuerpo la dirección del domicilio particular del médico, y puso rumbo hacia allí.

«Es cuestión de cara o cruz, de sí o no», pensó la inspectora.

Valencia estaba nuevamente de luto, y una fina lluvia mojaba la ciudad con una languidez desesperante.

El médico vivía en un conjunto residencial conocido como La finca roja, por el color del ladrillo visto de su fachada. Un edificio de 1933 que ocupaba toda una manzana y recaía en las calles Mervá, Maluquer, Albacete y Jesús, las mismas que un día formaron parte del ensanche de la ciudad. En sus orígenes, las viviendas, en un número que superaba las trescientas cincuenta, tenían un carácter social, pero ahora la colonia formaba parte de un barrio próspero, próximo a la estación de tren Joaquín Sorolla. Además del ladrillo visto, en la fachada destacaban la secuencia de miradores que sobresalían como voladizos, las mansardas o buhardillas de las cubiertas y el zócalo de piedra de Godella.

Una vez la inspectora estuvo frente al telefonillo del número 75 del *carrer* de Jesús, apretó el botón de la vivienda del doctor Ayuso.

Un minuto después, cuando ya se disponía a repetir la operación, la voz almibarada de una mujer le preguntó:

—¿Quién es?

—Soy la inspectora Sarah Toledano, de la Unidad de Atención a la Familia y Mujer de la Policía Nacional —se presentó—. Me gustaría hablar con el doctor Carlos Ayuso.

—El doctor Ayuso está precisamente declarando en comisaría por un problema que le ha surgido, inspectora —le respondió la interlocutora.

—Comprendo. La cuestión es que tengo a mi cargo a una mujer maltratada cuya rehabilitación dirige el doctor Ayuso en persona. Este ha faltado a las últimas sesiones y la paciente, digamos, está acusando su ausencia. La familia anda preocupada y, para serle del todo sincera, yo también.

—¿De qué paciente se trata?

La pregunta de la mujer, además de sorprender a la inspectora, ponía en evidencia que no estaba hablando con alguien relacionado con el servicio

doméstico; sino con una persona a la que le unían lazos más estrechos con el médico.

—Discúlpeme, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Me llamo Alicia Sterling. Soy la novia del doctor Ayuso.

La inspectora notó cómo su corazón se aceleraba, por lo que tuvo que realizar un ejercicio de control mental para que su voz no transmitiera su estado de excitación y nerviosismo.

—La paciente es Amalia Finisterre —reconoció—. ¿Me permitiría hablar con usted unos minutos?

—Así que se trata de la pobre Amalia. Tenía que habérmelo imaginado. Estaba a punto de salir. Espéreme en el bar de la peña valencianista que hay en el edificio, que está lloviendo. Yo entraré por la puerta que da al patio del edificio.

La inspectora no tardó en encontrar la entrada de la peña valencianista Colmena-Finca Roja.

El llamativo color naranja que cubría las paredes del local se diluyó en las retinas de la policía cuando, tan solo unos minutos más tarde, una mujer de mediana edad que portaba un paraguas de gran tamaño de color burdeos entró por el enorme patio con forma de trapecio que se abría hacia las entrañas de la finca. De hecho, se sintió como si de pronto hubiera comenzado a realizar acrobacias sobre un trapecio sin siquiera desearlo, sin saber qué movimientos tenía que ejecutar para mantener el equilibrio, para no acabar dándose de bruces contra el suelo. Para superar aquella sensación de vértigo, fijó la vista en aquel paraguas que tanto representaba.

—¿La inspectora Toledano? ¿Inspectora, se encuentra bien? —se dirigió Alicia Sterling a ella tras comprobar que, por algún desconocido motivo, su interlocutora se había quedado petrificada.

Bajo circunstancias normales, Sarah le hubiera replicado a aquella mujer que aquel paraguas de color burdeos coincidía con el descrito por Pilar Tormo y que, en consecuencia, se trataba de un objeto indiciario, según el argot policial. El problema era que se trataba de una evidencia inconsistente.

—¡Sí, claro, me encuentro bien! ¡Al verla entrar con el paraguas, me he acordado de que yo he olvidado el mío!

Bueno, la excusa era sin duda peregrina, pero al menos le sirvió para salir del paso y recomponerse de manera momentánea. Una nueva pregunta le estalló en la cabeza con toda su fuerza destructora: ¿Era el paraguas burdeos que portaba Alicia Sterling el mismo paraguas que llevaba el hombre que, según Pilar Tormo, había entrado en casa de Amalia Finisterre el día de su agresión? Si la respuesta era afirmativa, tal y como empezaba a creer, suponía que K., el amante secreto de Amalia, el hombre del que hablaba el cuaderno, el hombre que Pilar Tormo había visto entrar en su casa la tarde-noche de autos, era Carlos Ayuso. No, según ese paraguas, la amante de Carlos Ayuso no era Alicia Sterling sino Amalia Finisterre. Eso explicaba, por ejemplo, que el médico conociera de primera mano la melomanía de Amalia, el gusto de esta por la música de Mozart y por esa intérprete lusa llamada María João Pires. Así las cosas, el médico amansaba a Amalia con su música preferida durante las sesiones de rehabilitación. Eso era todo. Una segunda bomba con forma de pregunta estalló en su cerebro: Si la enfermera y el médico eran amantes, ¿por qué entonces destruyó primero a Amalia y luego a su esposa? ¿Por qué? ¿Por pura vesania tal vez? No tenía sentido. Nada lo tenía. La desaparición de Carmen Llopis había tenido lugar veinticinco días después de que Amalia fuera agredida, de que quedara sumida en un coma que la mantuvo inconsciente más de doscientos cincuenta días, con lo que ordenar el asesinato de su esposa para salvar la relación con su amante carecía de toda lógica. ¡Las cosas habían sucedido exactamente al contrario! ¿Entonces? ¿Acaso Carlos Ayuso había dejado a Amalia en aquel estado siendo consciente de lo que hacía, con el único propósito de que siempre dependiera de él? ¿Había programado su esclavitud como quien programa una intervención quirúrgica para cuando se hubiera librado de Carmen Llopis? ¿Era la música de Mozart la cadena invisible que mantenía maniatada a Amalia? ¿Quién haría algo así? ¿Qué clase de enfermo podía pergeñar un plan como el que empezaba a vislumbrar? Con independencia de las respuestas, el escenario resultante era, de todo punto de vista, aterrador.

Tras aquella reflexión, el eco de la voz de Amalia comenzó a rebotar dentro de la cabeza de la inspectora, una y otra vez, tal que un mantra, una sola palabra, un mismo nombre:

«Ca... r... los, Ca... r... los, Ca... r... los», «Ca... r... los»...

«¡La *c* y la *a* juntas se pronuncian como una *k*! ¡Maldita sea, maldito cabrón! ¡Maldito hijo de puta!», se dijo a sí misma. Acto seguido, recordó la última conversación que había mantenido con el médico, cuando este le aseguró que lo que Amalia necesitaba era establecer una rutina, hacer las mismas cosas, sin interferencias, sin visitas casuales y extemporáneas que no hacían sino confundirla. La sobreexcitación, las novedades, dijo el doctor Ayuso, no le sentaban nada bien porque tendían a desequilibrarla desde el punto de vista emocional. Ahora entendía el verdadero sentido de aquellas palabras. El buen samaritano no era sino un fariseo. El médico no era otra cosa que el carcelero de Amalia a la vez que también era el dueño de su destino.

Por último, una arcada le subió desde el estómago hasta la garganta.

—Discúlpeme, tengo que ir al baño.

—¡Claro, por Dios! ¡Ande, vaya! ¡Está usted pálida! ¿No quiere que le ayude? ¡Soy enfermera! —se ofreció Alicia Sterling.

—Se lo agradezco, pero prefiero ir sola.

Vomitara hizo que la inspectora recobrara la compostura y la dosis de serenidad que precisaba para enfrentar los nuevos cambios que se estaban produciendo en el caso de Amalia Finisterre.

—Le pido disculpas de nuevo, Alicia —se excusó a su regreso—. Algo ha debido de sentarme mal en el estómago. Tomo demasiado café, y como demasiado poco. Ahora, vayamos al grano. He querido entender que el doctor Ayuso le ha hablado de Amalia.

—No solo eso. Amalia y yo éramos compañeras en el equipo del doctor Jorge Bolaños. En no pocas ocasiones, los pacientes de los que nos ocupamos requieren de ejercicios de fisioterapia, una clase de rehabilitación que permite que el cuerpo del enfermo sufra menos en los días y horas previas a la muerte. Fue así como conocí al doctor Ayuso. De vez en cuando recurriamos a él para que nos echara una mano. Luego ocurrió lo de Amalia. Aunque no éramos amigas íntimas, yo la había visto alguna vez con su novio, Matías. Incluso intercambié algún comentario con él. Palabras intrascendentes, ya me entiende. Hacían muy buena pareja. Al menos esa era la imagen que trasladaban. Me conmovió que todo terminara de manera

tan trágica, me llegó al corazón, por lo que empecé a visitarla cuando salió del coma; me acercaba hasta el Nisa Valencia al Mar para ver cómo marchaba su recuperación. El doctor Ayuso me ponía al tanto de todo. Fue así como comenzamos a sentir interés el uno por el otro. Aunque no me gusta reconocerlo, supongo que la desgracia de Amalia fue a la postre la argamasa que dio consistencia a la relación que surgió entre los dos. Todos tenemos el destino escrito de antemano, ¿no le parece?

El discurso de la joven permitió a la inspectora fijarse con más atención en ella. Le pareció una mujer demasiado endeble desde el punto de vista físico y emocional. Incluso su forma de hablar o de moverse detonaban cierta vulnerabilidad, lo que quedó de manifiesto cuando bostezó con la languidez de quien mastica un bocado de aire.

—¿Cuánto tiempo llevan viviendo juntos? —se interesó la inspectora.

—Todavía no hemos dado ese paso, inspectora. Solo llevamos saliendo de manera formal unos cuantos meses. Diez para ser exactos. Si conoce a Carlos, sabrá que es un hombre con muchas heridas. Convivir con él no resulta fácil, aunque sin duda merece la pena. Es una persona muy especial en todos los sentidos. Lo da todo tanto en su trabajo como en sus relaciones personales. A cambio, no se conforma con menos.

Sarah estuvo a punto de advertir a su interlocutora de que sería la próxima víctima del doctor Ayuso si ella no ponía remedio, que más tarde o más temprano se convertiría en la nueva Amalia Finisterre o en otra Carmen Llopis. Tan fuerte fue el impulso que, traicionada por su subconsciente, dijo:

—Lo impediré, lo juro, lo impediré.

—¿Qué va a impedir? —preguntó la joven.

—Hablaba sola, Alicia. Me refiero a que tengo que impedir que la ausencia del doctor Ayuso suponga un retroceso en la recuperación de Amalia. En cierta forma, yo también me siento responsable de su bienestar.

—Sí, inspectora, ¡Carlos es tan necesario para todos nosotros! No entiendo qué puede estar pasando. Para serle sincera, empieza a preocuparme que tarde tanto en dar señales de vida.

—A veces los procedimientos policiales son más engorrosos de lo que debieran —dijo la inspectora Toledano yéndose por la tangente.

—Lo comprendo. Pero Carlos nunca ha pasado tantas horas sin llamarme. Le gusta hablar conmigo para apoyarme en mi trabajo, para darme ánimos, para decirme cuánto me quiere y necesita. ¿Usted sabe qué pasa?

—Creo que tiene que ver con la desaparición de su esposa —dijo lacónicamente la inspectora Toledano.

—¿La que lo abandonó?

—Sí, la que lo abandonó.

Si alguien tenía que contarle lo que estaba ocurriendo a la señorita Sterling, ese era el investigador del departamento de Homicidios de la Policía Nacional al que le había sido asignado el caso de Carmen Llopis.

—¡Vaya! ¡Carlos ha sufrido tanto por aquel desgraciado episodio! Lo tiene clavado en el corazón, aunque no lo reconozca. Se le revuelve el estómago cuando alguien saca ese tema. Yo siempre le digo que si esa mujer fue capaz de abandonarlo es porque no merecía estar a su lado, porque no daba la talla. Con eso y con todo, estuvo a punto de arruinar su reputación.

Era evidente que el veneno de la dominación ya circulaba por la sangre de Alicia Sterling. Empezaba a dar signos de no ser más que fruta madura a punto de caer del árbol. ¡Había visto la evolución de tantos casos idénticos al suyo!: el amor exacerbado que se transforma en control sin límites; las alabanzas que mudan de rostro para devenir en insultos; las caricias que, en contacto con la piel, se endurecen poco a poco hasta convertirse en golpes; la afirmación y exaltación del otro que se metamorfosea en negación y menosprecio.

—Tengo que irme. Gracias por su tiempo —se desmarcó la inspectora.

—¿Quiere que compartamos el paraguas?

—¿El paraguas?

—Sí, el paraguas. No ha traído uno y está lloviendo. Le ofrezco compartirlo. Puedo acompañarla hasta su coche o hasta que encuentre un taxi.



La inspectora Toledano estaba sentada en la terraza de siempre, con la mirada perdida en la línea del horizonte del vecino mar, cuando decidió que había llegado el momento de llamar de nuevo a su excompañero de la Policía de Jerusalén. La confirmación de que el marcapáginas encontrado en el libro rescatado de la biblioteca de Amalia tenía relación con el doctor Carlos Ayuso terminó por afianzar su decisión. K., en efecto, era Carlos Ayuso. El hombre que había subyugado a Amalia primero y agredido más tarde era el mismo médico que se encargaba de su cuidado.

Invalidar a una persona para poder ejercer el control sobre ella era lo más abyecto que un ser humano podía hacerle a otro. Borrar su pasado para apropiarse de su presente y de su futuro, eso era lo que estaba haciendo el doctor Ayuso con Amalia. Desde luego, no existía excusa, ni siquiera la de los celos o el deseo exacerbado de posesión, para justificar semejante grado de vileza. Amalia no estaba muerta porque Carlos Ayuso había decidido que no lo estuviera. Ese había sido el plan desde el principio. Él era la tormenta cuyos efectos habrían de convertir a Amalia en otra persona, en alguien irreconocible incluso para sí misma, tal y como aventuraba el libro que el médico le había regalado. Para colmo, Amalia no era la única víctima del doctor Ayuso. También lo eran Carmen Llopis y Pilar Tormo.

Había oído tantas veces la declaración de Encarnación Duarte, la madre de Amalia, que su cerebro no tardó más de unos segundos en rescatar esa parte en la que decía: «No quiero que el miserable que le rompió la cabeza en mil pedazos con una silla (que también quedó hecha añicos), y que luego le pateó el cuerpo hasta reventarla por dentro, vaya a la cárcel. Lo que deseo es que acabe como ella, que sufra el mismo destino, que lo pierda todo: el habla, los recuerdos, la movilidad, el bazo, el riñón izquierdo, todo. Ese es el castigo que merecería si existiera la justicia divina».

«Bueno, la justicia divina no existe pero sí otra clase de justicia», se dijo la inspectora a sí misma al tiempo que la memoria de su teléfono marcaba el número de su excompañero.

—Lautaro, soy yo —dijo cuando este descolgó.

—Estaba esperando tu llamada. Dime, querida, ¿has tomado ya tu decisión?

—La he tomado.

—Te dije en nuestra última conversación que sabía lo que dirías llegado este momento.

—Lo recuerdo. ¿Y bien? ¿Cuál crees que es mi decisión?

—Voy a resumirlo todo en una palabra: talión —se pronunció Heller.

La inspectora dejó correr un velo de silencio antes de decir:

—Sí, talión es la palabra; el principio jurídico que define la justicia retributiva. El castigo ha de ser idéntico al crimen cometido. Sí, eso es lo que quiero.

—¿Y qué me dices del resto de leyes, de las que protegen al acusado con el fin de que pueda ejercer su defensa? ¿Has pensado en ellas y en las consecuencias de que te las saltes? —indagó Heller.

Las preguntas de Lautaro no eran otra cosa sino un intento de que se reafirmara en sus convicciones, una vez que había decidido pasar por alto todos y cada uno de los principios éticos y morales que habían de adornar el comportamiento de un policía.

—Voy a decirte lo que de verdad pienso: que esas leyes son más arbitrarias e injustas que la Ley del Talión. Hay crímenes que no tienen equivalencia en los códigos penales. El de Amalia Finisterre es uno de ellos. No existe ninguna condena que pueda compensar lo que ha perdido para siempre. Ni siquiera tuvo la suerte de que la mataran. La suya es una vida que, simplemente, niega la vida.

—¿Eres consciente de que tomándote la justicia por tu cuenta no haces sino aplicar otra clase de código penal? —incidió Heller.

—Uno más directo y contundente, sin duda. El código penal de Sarah Toledano. Llámalo como quieras. En él hay un artículo que contempla las penas para aquellos que condenan a sus víctimas a llevar una vida de mierda. ¿Recuerdas el caso de Malka Leifer?

—Ahora mismo, no.

—Era directora de un colegio de niñas judías ortodoxas en Melbourne, Australia. Fue acusada de atacar sexualmente a setenta y cuatro de ellas. La propia comunidad a la que pertenecía le facilitó la huida. Lleva refugiada en Israel desde 2008, y ni siquiera se ha resuelto el asunto de su extradición. La defensa de la señora Leifer argumenta que tiene problemas mentales, y hasta un alto cargo del Ministerio de Salud de Israel ha sido acusado de

obstruir el caso presionando a los médicos para que falsificaran su evaluación psiquiátrica. El doctor Ayuso es médico, tiene colegas que lo aprecian por su buena capacitación profesional, dispone de medios económicos para buscarse los mejores abogados. En resumen: no estoy dispuesta a permitir que saque provecho del sistema.

—De modo que vas a limpiar la ciénaga —comentó Heller.

—Así es, voy a limpiar la ciénaga pero no voy a enterrarlo en ella. No deseo matarlo.

—¿Entonces? ¿Qué quieres hacer con él?

—Voy a dejarlo en el mismo estado en el que se encuentra Amalia. Estoy segura de que la agredió para esclavizarla, para que le perteneciera para siempre. Nunca quiso matarla, sino impedir que ella rompiera con él. Amalia no se recuperará jamás porque el doctor Ayuso le infligió las heridas precisas para que no lo hiciera. ¿Cabe imaginar un crimen más abominable que ese? Transformar a tu amante en tu esclava, en tu marioneta, de modo que siempre dependa de ti. Ahora quiero que él también se convierta en su esclavo.

—Creo que me he perdido, querida. ¿A quién agredió nuestro buen doctor para esclavizarla? Creía que andábamos tras el crimen de su esposa, de Carmen Llopis —observó Heller dando a entender que a la historia se habían incorporado nuevos detalles que él desconocía.

—Y lo hacemos, Lautaro. No pierdo de vista el crimen de Carmen Llopis. Es una pieza clave en este rompecabezas. Pero a resultas de esas nuevas preguntas que me recomendaste buscar, he encontrado que el crimen de Carmen Llopis y la agresión de Amalia Finisterre, la mujer maltratada cuyo caso tenía pendiente de resolver, fueron obra de la misma persona. Me dijiste que investigara si el doctor Ayuso tenía una amante cuando murió su esposa. Pues bien, la tenía. Era Amalia, la mujer maltratada que el doctor Ayuso ha estado cuidando todo este tiempo. Ambos se habían conocido en el trabajo, y decidieron mantener una relación secreta, de la que hay constancia en un pequeño cuaderno que redactó la enfermera. El texto es una espiral de sometimiento y anulación de su personalidad. Pura demostración de un poder que tenía un fuerte componente de fascinación.

—Así que intentó asesinar primero a su amante y luego se deshizo de su propia esposa —elucubró Heller.

—Es evidente que todavía hay nuevas preguntas que han de ser respondidas; pero yo he visto cómo el doctor trata a Amalia, cómo la cuida, cuánto se desvive por ella, por lo que hay algo que me hace pensar que nunca quiso asesinarla sino dejarla en su estado actual para que siempre dependiera de él. Sé que no es fácil imaginar un crimen tan retorcido, que esconda tanta maldad; pero una de las señas de identidad de un maltratador es el deseo de posesión y control sin límites sobre la víctima, más allá incluso de la propia vida de esta. El propósito del maltratador es erigirse en el objeto de atención de la mujer. Eso lo logra a través de distintas técnicas de persuasión coercitiva, ya sean actos violentos, aislamiento emocional y social, maltrato impredecible, estrategias de arrepentimiento. Un conjunto de técnicas que acaban por anular y someter a la persona maltratada. En el caso de Amalia lo que predominaba era el deseo de posesión, de propiedad, por encima de cualquier otro. Matar a la víctima, por tanto, no deja de ser un fracaso; porque con su muerte el maltratador pierde todo su poder. Así las cosas, el doctor Ayuso desarrolló un sofisticado método mediante el cual solo tenía que matar una parte de Amalia para que esta siguiera dependiendo de él. Eso lo convierte en un maltratador único en su especie.

—Lo que dices es propio de una mente retorcida y enferma, muy enferma.

—No me cabe ninguna duda de que la mente del doctor Ayuso es la de alguien que vive obsesionado por mantener el control de aquello que desea.

—Buen trabajo, inspectora. ¿Adivinas cuál es la siguiente pregunta que has de formularte una vez que has decidido emplear la Ley del Talión?

—Me temo que en este caso no se trata de una pregunta, Lautaro, sino de una nueva petición. Nuevas preguntas, nuevas respuestas, nuevas peticiones.

—De modo que vas a pedirme ayuda, lo cual por otra parte no es nuevo, pero sí muy muy peligroso.

—Yo asumiré toda la responsabilidad de lo que pueda suceder.

—No es tan sencillo. Vayamos por partes. ¿Con qué cuentas?

—Con una copia del informe médico que elaboró el propio doctor Ayuso sobre Amalia, donde se detallan los daños sufridos tanto en su cerebro como en su cuerpo; y con la clínica propiedad de Carmen Llopis, un local vacío con varias estancias y algún que otro instrumental quirúrgico. Bisturís, tijeras, pinzas, agujas, cosas así. Como la mujer estaba viva, desde el punto de vista legal, ni el marido ni su familia han podido desprenderse de la propiedad o del material.

—Es un buen comienzo, pero te hace falta un médico que culmine con éxito la intervención.

Esta vez fue la inspectora la que se sorprendió ante la observación de su excompañero:

—¿Un médico? ¿Qué clase de médico?

—Uno capacitado para llevar a término un plan como el que propones. Un ejecutor.

El aliento acre de Israel le alcanzó a través de las palabras de su excompañero. Por las buenas o por las malas, Israel siempre brindaba una solución para cualquier problema en aras de la supervivencia. Incluso contaba con un programa secreto de asesinatos selectivos, según había revelado el periodista de investigación Ronen Bergman, autor de un libro titulado: *Levántate y mata primero: la historia secreta de los asesinatos selectivos de Israel*. Claro que lo que ella pretendía era otra cosa, su intención era darle una lección al doctor Ayuso de la que nunca recordaría nada. Toda una paradoja. El hecho de que el propio médico hubiera contribuido a mejorar la cuenta de resultados de una organización como *El único camino*, se antojaba fundamental para que el Mossad accediera a tomar parte en el escarmiento. Técnicamente, el doctor Ayuso podía considerarse como un enemigo del Estado de Israel en tanto que «donante» de una organización criminal que perseguía su destrucción. Así que supuso que el comentario de Heller iba en esa dirección.

—¿Conoces a alguien con esa habilidad? —preguntó la inspectora.

—Conozco a personas con todas las destrezas que se requieren para hacer cualquier cosa, querida. Tengo contactos con exmiembros de Kiron, conocida también como «la bayoneta», la unidad más letal de nuestros servicios de inteligencia. Inducir una muerte, un suicidio, un ahorcamiento,

provocar un infarto de miocardio, una sobredosis de drogas, todo puede hacerse.

—Ahora que mencionas el asunto de las sobredosis de drogas, he olvidado mencionar que hay una nueva víctima que también reclama justicia: una drogadicta que vio a Carlos Ayuso entrar en casa de Amalia el día en que fue agredida. La pobre incauta estuvo extorsionando al doctor Ayuso a cambio de guardar silencio. Hasta que este un día decidió poner fin a todo aquello proporcionándole un cóctel de droga que la mandó al otro barrio. No hay que pasar por alto que nuestro hombre es neurofisiólogo y tiene profundos conocimientos de neurofarmacología.

—De modo que no es solo un pobre enfermo, sino que se trata de un depredador.

—Uno de la peor ralea. Uno que merece morir.

—Pero acabas de decirme que no quieres matarlo.

—No, no quiero matarlo porque entonces me convertiría en un remedo de él. Además, matarlo sería librarlo del laberinto sin salida en el que vive Amalia.

La voz de Heller volvió a silenciarse durante unos segundos.

—Además del médico, necesitarás también un equipo operativo que lleve a cabo el secuestro y prepare pruebas incriminatorias —propuso—. Con un par de hombres será suficiente. Tanto la Policía española como la alemana han de concluir que la agresión sufrida por el doctor Ayuso ha sido un ajuste de cuentas perpetrado por los miembros de *El único camino*. Conocemos la numeración de una de las cuentas corrientes de la organización, así que obligaremos al doctor Ayuso a realizar una transferencia, que anularemos pocas horas más tarde. Eso servirá para demostrar que no solo existía contacto entre el buen doctor y *El único camino*, sino que había habido alguna clase de desencuentro entre las dos partes. Luego dejaremos que actúe el médico. Encontrarán a Ayuso maltrecho en las instalaciones de la clínica de su esposa, con una foto de su cadáver dentro del congelador donde fue hallado por la Policía alemana.

—¿Y si no accede a colaborar? ¿Y si no se presta a hacer esa transferencia y a anularla más tarde? —planteó la inspectora.

—La hará, querida, la hará. Y también la anulará. Hará todo lo que le ordenemos. Nuestro equipo cuenta con el instrumental necesario para lograrlo. ¿Has oído hablar de la picana?

—No, la verdad —reconoció la inspectora.

—Se trata de un instrumento de tortura desarrollado por los milicos argentinos durante la dictadura. Una especie de punzón eléctrico, muy eficaz cuando entra en contacto con genitales, ano, tetillas, bocas, ojos, etc. Los muy cabrones la empleaban para estimular las ganas de hablar de las mujeres embarazadas.

—Ahórrame los detalles, te lo ruego. ¿Cómo contacto con ese médico y con el equipo operativo? —se interesó la inspectora.

—Tú no harás nada. Seguirás con tu vida, con tu rutina. Yo me encargaré de todo. Dime: ¿cuál es la situación de nuestro doctor a día de hoy?

—Está retenido en comisaría, pero en menos de veinticuatro horas tendrán que ponerlo en libertad si el juez no decide enviarlo a prisión preventiva sin fianza.

—También podríamos actuar en la cárcel, aunque correríamos el riesgo de que el resultado no fuera exactamente el que pretendes.

—Que yo sepa, la Policía alemana está en el inicio de la investigación, de ahí que haya enviado un formulario de preguntas para que las responda el doctor Ayuso. No creo que ese cuestionario tenga el suficiente peso indiciario para que un juez español envíe a nuestro hombre a prisión preventiva. El hecho de que el resto de la familia Llopis también haya sido llamada a declarar me hace pensar que nuestros compañeros están todavía dando los primeros pasos. Los jueces españoles, además, son extremadamente garantistas. Eso significa que Carlos Ayuso estará en la calle en veinticuatro horas, tal vez con alguna medida cautelar, la retirada del pasaporte y la obligación de presentarse cada semana o cada quince días en una comisaría. Quizá ni eso.

—De acuerdo. Lo prepararé todo para que el trabajo quede resuelto lo antes posible. Tienes que mandarme la dirección del hospital y el domicilio de ese médico, así como una fotografía reciente. También necesito las señas

de la clínica de esa tal Carmen Llopis. Cuando todo haya terminado, te vuelvo a llamar.

—Tengo que hablar con él, tengo que obtener respuestas a las nuevas preguntas, de lo contrario todo esto solo servirá para vengar a Amalia. Necesito respuestas, Lautaro, respuestas. No quiero que vuelva a pasarme lo que me ocurrió en Israel.

—No es buena idea, pero si eso es lo que deseas...

—Sí, es lo que deseo.

—De acuerdo. En unos días te llamará alguien de una empresa de limpieza para darte instrucciones. Síguelas sin hacer preguntas.



La inspectora Toledano contempló el interior del local, cuya puerta permanecía entreabierta, sin atreverse a traspasar el umbral, tal y como le había sido ordenado por una voz masculina que le habló por teléfono en hebreo.

—Le llamo de la empresa de limpieza. Ha de reunirse con nosotros a las seis en punto de la madrugada, en la entrada de la dirección que nos ha facilitado —dijo un hombre, tras lo cual se interrumpió la llamada.

La humedad de Valencia se había apoderado de las instalaciones de la clínica de Carmen Llopis. Un pequeño espacio situado en una entreplanta interior de unos sesenta metros cuadrados dispuestos en pequeños gabinetes separados por paredes modulares. El buda feliz y sedente de la entrada, una pequeña fuente por la que hacía tiempo que no corría el agua, así como los retratos de varias jóvenes beldades con los rostros embadurnados de potingues y marcas faciales que señalaban un antes y un después tras haber recibido algún tratamiento específico de reparación o acondicionamiento del cutis, resultaban del todo extemporáneos. Una evidencia más de que la belleza no solo era efímera, sino que tendía a ajarse de manera inmisericorde no solo con las personas sino con aquellos lugares que habían sido creados con el fin de realzarla.

El pertinaz silencio fue roto por la voz de un hombre musculoso de mediana edad y buena estatura que llevaba la cabeza cubierta por una gorra gris de visera curva.

—Ayer por la noche hizo la transferencia, y hace una media hora la ha anulado. Ni siquiera ha hecho falta que le apretemos las tuercas demasiado. Unas cuantas descargas eléctricas, la boca llena de cáscaras de arroz y agua filtrada a través de un trapo en abundancia. Ya puede entrar a hablar con él. Tiene media hora. Ni un minuto más.

Para cuando el hombre terminó su discurso, su prominente quijada y sus ojos saltones estaban a pocos centímetros del rostro de su interlocutora.

—De acuerdo.

Un segundo hombre vestido de negro y tocado por una boina del mismo color, surgió del fondo del local y le susurró algo a su compañero, que se dirigió de nuevo a ella:

—En cuanto usted salga, entrará el médico para terminar el trabajo. Recuerde que no puede retrasarse. Resulta imperativo que no se vean.

—No se preocupe.

No hubo más palabras. Los dos hombres desaparecieron del lugar caminando con paso regular.

Nada más traspasar el umbral, la inspectora fue consciente de que ya nada volvería a ser como antes.

Anduvo por el local con cautela, atravesando una estancia tras otra, hasta que alcanzó el Sanctasanctórum. Una pequeña sala de cinco o seis metros cuadrados donde apenas llegaba la luz. Olía fuertemente a sudor y a orina.

Encontró a Carlos Ayuso atado de pies y manos a una silla que, a su vez, había sido colocada en el centro de un círculo que encerraba una esvástica de color rojo sangre.

Un gemido del médico le puso sobre aviso de que también tenía la boca amordazada por un trozo de cinta americana.

Sintió que la mano le temblaba mientras se la arrancaba.

—¡Gracias a Dios que me has encontrado, Sarah! ¡Dos tipos me secuestraron ayer por la noche, y me trajeron aquí! ¡Me estuvieron aplicando descargas eléctricas en los genitales durante tres o cuatro horas!

¡Luego, me taparon la boca con un cedazo, lo cubrieron con una película de cereales y empezaron a verter agua, hasta que acabé meándome en los pantalones! Traían un ordenador portátil. Me han obligado a mandarles dinero, y más tarde a anular la transferencia. ¿Los habéis detenido?

—Basta de seguir fingiendo, Carlos. He visto una fotografía del cadáver de tu esposa en un congelador. Los tipos de *El último camino* están difundiendo unas cuantas instantáneas del día que te reuniste con ellos, aquí en Valencia. En ellas apareces rodeado por un grupo de extremistas de la ultraderecha alemana de la peor calaña, los mismos tipos que asesinaron a tu esposa por indicación tuya días más tarde. En uno de los anversos de una de esas fotografías hay escrita una pequeña frase en alemán: *Der Grosse Tag*, el día grande, y el número 88.

Dar a entender que las pruebas que existían contra él eran apabullantes, que aquel secuestro era fruto del incumplimiento de sus obligaciones contractuales para con aquellos hombres violentos y despiadados, podía servirle para acorralar a la fiera.

—¿El número 88?

—El ocho es la octava letra del abecedario, y se corresponde a la hache. El número 88 significa *Heil Hitler!*

—¡Desátame, por favor! —imploró el doctor Ayuso—. ¡Se trata de una maldita trampa que me han tendido! ¡Me están chantajeando! ¡Lo llevan haciendo desde hace meses! Me dijeron que habían guardado el cuerpo de Amalia en un congelador, y que fabricarían pruebas para involucrarme en su desaparición y asesinato, salvo que les pagara quince mil euros. ¡Lo hice! ¡Pero quieren más! ¡Me piden más dinero!

Parecía claro que la fiera pretendía trasladar una imagen amansada de sí mismo, una que era consecuente con una parte de los hechos, pero no con la totalidad.

—Estoy al corriente de que se trató de una trampa —reconoció la inspectora—. El problema es que lo fue siempre, desde el primer momento, desde que abonaste los sesenta y cinco mil euros que los miembros de *El único camino* te solicitaron para eliminar a tu esposa.

—¡Te reitero que se trata de una trampa! ¡Quieren confundiros! ¡Quítame estas bridas, te lo ruego! ¡Quítamelas, joder! ¡Eres policía, y tu

obligación es liberarme, sacarme de aquí! ¡Sácame de aquí, joder, sácame de aquí!

La repentina y desafiante fiereza que el médico empleó en esta ocasión no hizo sino reafirmar lo que la inspectora ya sospechaba: que su sumisión, que su amansamiento no había sido más que un ardid, una estrategia para atraerla hacia su terreno, para buscar la forma de que sus manos fueran liberadas y así poder actuar en consecuencia.

—Antes hablemos de Amalia.

—¿Qué pasa con Amalia? Ella no tiene nada que ver con este asunto.

La inspectora se tomó unos segundos antes de soltar una nueva carga de profundidad:

—Amalia dejó constancia escrita de vuestra relación en un pequeño cuaderno que encontramos escondido en las bragas de Pilar Tormo.

—¡Esa puta lesbiana!

El exabrupto estuvo acompañado por un brusco intento de romper las bridas a base de golpes de rabia. Era evidente que el doctor Ayuso no esperaba que el cuaderno de marras hubiera caído en manos de la policía.

—Esa puta lesbiana, como tú la llamas, te vio entrar en casa de Amalia el día que intestaste asesinarla. Incluso dio una descripción del paraguas de color burdeos que llevabas para protegerte de la lluvia de aquella tarde. Pero lo hizo *a posteriori*, porque su silencio podía seros a ambos más valioso que la recompensa moral que recibiría por delatarte. Gracias a vuestro acuerdo, tú lograbas que la sospecha de la agresión recayera sobre Matías Almeida, y ella a cambio obtenía las dosis necesarias de droga para satisfacer su consumo regular. Ese estado de cosas era el ideal siempre y cuando Matías Almeida permaneciera en Brasil. Pero su suicidio lo cambió todo, y por fin te viste liberado de seguir soportando el chantaje al que te sometía la señorita Tormo. O mejor dicho: con Matías muerto Pilar no era más que un estorbo, la única persona que te podía relacionar con Amalia — se explayó la inspectora.

—Me temo que tienes una imaginación demasiado fértil —se desmarcó Carlos.

—Y yo me temo que no voy a quitarte esas bridas hasta que me hables de Amalia. De tu relación con ella. Quiero que me lo cuentes todo.

Absolutamente todo. Dejaste un marcapágina de la clínica donde trabajas en un libro que le regalaste a Amalia, una obra titulada *Kafka en la orilla*, de Haruki Murakami. En ese cuaderno Amalia decía que le leíste unas líneas. Un párrafo que tenía que ver con una tormenta o algo parecido. Así que le pedí al señor Finisterre, al padre de Amalia, que me entregara el ejemplar.

—¡De acuerdo, sí, reconozco que tuvimos una aventura! —claudicó el doctor—. Y también es cierto que se nos fue de las manos.

—¡Hijo de la gran puta! ¿Y por eso intentaste asesinarla, porque las cosas se os habían ido de las manos?

—Cuando digo que las cosas se nos fueron de las manos me refiero a que llevábamos a cabo prácticas sexuales no convencionales. Pero yo no le hice nada a Amalia. Yo no agredí a Amalia. Aunque sé quién lo hizo.

¿Trataba de escurrirse como una anguila?

—¿Ah, no? ¿Entonces quién diablos fue? ¡Habla, bastardo!

—¡Me duelen muchos las muñecas! ¡Hace rato que la sangre no circula por mis manos! ¡Sarah, te lo ruego, desátame y te lo cuento todo con más calma! —volvió a quejarse el médico.

—¿Con más calma?

—¡Sí, con más calma! ¡Cualquiera diría que me estás torturando!

Esta vez fue la propia inspectora la que ciñó aún con más fuerza las bridas en torno a las muñecas de Carlos.

—¡Estoy esperando un nombre! —exclamó imprimiendo un tono imperativo a su voz.

—¡Mi mujer, fue mi mujer! ¡Carmen mató a Amalia! Descubrió lo nuestro y se puso como una fiera. Se volvió loca. Me aseguró que tomaría cartas en el asunto, así que avisé a Amalia. Pero jamás pensé que las cosas pudieran acabar como lo hicieron. El paraguas de color burdeos que vio Pilar Tormo aquella tarde era el de Carmen. Quien iba debajo de ese paraguas con Amalia era Carmen, y no yo. En cambio, el hombre del que Amalia hablaba en ese cuaderno sí era yo.

Por un instante, la inspectora volvió a tener la impresión de que seguía librando un combate de boxeo contra un oponente más rápido de piernas y de puños que ella.

—¿Tu mujer fue la que entró en casa de Amalia aquella tarde?

La pregunta brotó de su garganta con la espontaneidad de quien se queja tras recibir un puñetazo en el estómago. No podía negar que Carlos Ayuso le estaba ganando el combate, pese a pelear con las manos embridadas a los reposabrazos de una silla.

—¡Así es! ¡Carmen la estaba esperando esa tarde en la puerta de su casa! Le dijo que quería hablar con ella sobre la naturaleza de nuestra relación. Estaba lloviendo, así que Amalia la invitó a entrar.

—De modo que Pilar Tormo vio aquella tarde a tu esposa, y no a ti, ¿es eso lo que quieres decirme?

—¡En efecto!

—¿Y cómo explicas que comenzara a chantajearte a ti si la agresora era tu esposa?

—La historia resulta más compleja de lo que parece.

—De lo rápido que seas desenredándola dependerá que la sangre vuelva a correr por tus muñecas y manos cuanto antes.

—Yo amaba a Amalia profundamente. Estaba completamente enamorado de ella. Mi intención era pedirle el divorcio a Carmen. Había pensado hacerlo en Berlín, por aquello de que se trataba de un territorio neutral, si se puede expresar así. Pero Carmen no me dio la oportunidad, se adelantó a mis planes, tiró por la borda mi futuro con Amalia; así que decidí pagarle con la misma moneda.

—Lo del territorio neutral, como tú lo llamas, resulta del todo inconsistente, por no mencionar que entre la agresión de Amalia y la desaparición de tu esposa solo transcurrieron veinticinco días, ¿cómo pudiste entonces encargarte su asesinato en un plazo de tiempo tan breve?

—La respuesta está aquí, en Valencia, en el hospital donde trabajo. Hace cosa de tres años me ocupé del caso de un niño alemán que había sufrido un accidente en las vértebras tras lanzarse de cabeza en la playa. El pequeño estuvo a punto de quedar tetrapléjico, pero gracias al trabajo que realizamos en la unidad pudo salvar parte de la movilidad de su cuerpo. La cuestión es que el padre del muchacho, un destacado miembro de un partido de la ultraderecha alemana, me dijo que me debía un favor. Acabé pidiéndoselo cuando decidí que Carmen pagara por lo que le había hecho a Amalia.

—¿Y te cobró sesenta y cinco mil euros por devolverte un favor?

—Él solo me puso en contacto con la organización que podía solucionar mi problema.

—Comprendo. ¿Qué más?

—El resto ya lo conoces. Cuando ya creía que Carmen había dejado de ser un obstáculo, apareció la lesbiana. Me dijo que un día, estando en casa de Amalia, decidió llevarse un recuerdo a modo de fetiche: un pequeño cuaderno que, en su opinión, le sirviera para conocer mejor a la mujer de la que estaba enamorada. Lo que leyó en ese cuaderno no le gustó nada, puesto que el protagonista era un tal K. Cuando la tarde de la agresión vio que Carmen entraba en casa de Amalia, solo tuvo que dar conmigo. Un mes más tarde, cuando Pilar se enteró de la desaparición de mi esposa, empezó a apretarme las tuercas; a decirme que había visto a Carmen entrar el día de la agresión en su casa, que había tomado alguna foto porque temía que Amalia y Carmen fueran amantes y se moría de celos, que le importaba un comino que yo fuera culpable o inocente, que me tenía agarrado por los cojones y que ella tenía problemas para hacerle frente a la hipoteca. Pero nunca me pidió dinero para la hipoteca en última instancia, sino que le suministrara estupefacientes. Cocaína y heroína. También llegué a prescribirle algunos medicamentos con receta médica. Cuarenta o cincuenta a lo largo de estos años. Ansiolíticos y cosas parecidas, con los que ella se sacaba un dinero vendiendo los fármacos en el mercado negro.

—De modo que estabas siendo extorsionado por *El único camino* por un lado, y por Pilar Tormo por otro.

—Así es.

—¿Y cuándo decidiste que Pilar se había convertido en un estorbo?

—Pilar fue siempre un estorbo, desde el primer día. Cuando Matías Almeida se suicidó las cosas empeoraron. Se puso nerviosa. Me dijo que teníamos que ofrecerle a la Policía un nuevo sospechoso, porque la familia de Amalia no iba a conformarse. Pilar me aseguró que la tarde previa a la agresión había visto entrar en casa de Amalia a un tipo llamado Peter Benson; quien, al parecer, era el hermano de Jimmy Benson, un enfermo terminal con el que Amalia estuvo a punto de casarse *in articulo mortis*. Así que se presentó en la Policía con esa cantinela. Digamos que ese detalle no

hizo sino aumentar la desafección que sentía hacia ella. Yo no estaba seguro de la existencia del cuaderno que Pilar decía tener, siempre pensé que podía tratarse de un farol, porque Pilar, como buena yonqui, era una mentirosa; así que, al desaparecer el cortafuegos de Matías y al involucrar a ese tal Peter Benson, comprendí que había llegado el momento de tomar la iniciativa, de acabar con aquel estado de cosas.

—Ya. Pero no encontraste el cuaderno, entre otras cosas porque eres un machirulo y no se te ocurrió meterle la mano en la entrepierna a una lesbiana.

—Lo busqué en la casa después de que Pilar se colocara, pero no lo encontré, en efecto; lo que hizo reafirmarme en mi idea de que Pilar solo sabía lo que había visto, pero nada más: que Carmen había entrado en casa de Amalia la tarde noche de la agresión, y que luego mi esposa había desaparecido. No, la verdad, no se me ocurrió meterle la mano en las bragas.

—¿Cómo es posible que tu esposa golpeará a Amalia con tanto tino como para no matarla pero sí para borrarle la memoria? —preguntó la inspectora a continuación.

—Supongo que por azar —respondió el doctor Ayuso.

—Pues parece que lo hizo a sabiendas de lo que hacía.

—Si había otra intención en Carmen la desconozco. Por el tiempo transcurrido desde que Amalia fue agredida hasta que llegaron los servicios de auxilio fue el suficiente como para que no sobreviviera. Que Amalia siga viva es un milagro, ya te lo he dicho muchas veces.

—Es también curioso que el azar hiciera que Amalia acabara en tus manos después de que Carmen la agrediera, ¿no te parece? Digamos que se trata de un segundo milagro.

—Bueno, la vida está llena de casualidades, de sincronicidades que no tienen explicación lógica.

—Desde luego. Pero te diré también de qué está lleno el mundo: de mentirosos. Ahora voy a decirte por qué Carmen, tu esposa, no pudo ser la agresora de Amalia. En primer lugar porque aquella tarde Amalia llegó a su casa en el coche de una amiga enfermera, una joven llamada Carmen Solís, y según su testimonio nadie la esperaba. En segundo lugar porque Amalia

fue amortajada con una camisa de Matías Almeida quien, curiosamente, viajó a Brasil ese mismo día. Carmen no podía conocer la existencia de esa camisa, menos aún estar al tanto de los planes de Matías Almeida si, como acabas de asegurar, era la primera vez que visitaba a Amalia. Por no hablar de las heridas que el agresor le infirió a Amalia, propias de alguien con grandes conocimientos de anatomía, puesto que lo que pretendía no era matar a Amalia sino dejarla tal y como ahora se encuentra: en un estado de dependencia permanente. No, Carlos, fuiste tú quien agredió a Amalia. Seguramente se cansó de ti; y fue entonces cuando urdiste un plan que te permitiera conservarla, disponer de ella como si de tu esclava se tratara, al mismo tiempo que la camisa y el viaje de Matías Almeida te proporcionaban la coartada perfecta para que todos los ojos miraran hacia él. Sí, Carlos, K., fuiste tú quien agredió a Amalia siendo consciente de lo que hacías, de lo que buscabas.

—¿Cómo pretendes demostrar semejante teoría? Cualquier médico refrendará que no pude hacer lo que dices que hice.

—Es probable que no pueda demostrar lo que digo, pero me basta con mi convencimiento. Es probable que todo te lo jugaras a la carta del azar, que pensaras que Amalia podía morir o vivir, blanco o negro, y que la apuesta te saliera bien. Supongo que si Amalia no hubiera sobrevivido, tampoco te habría afectado demasiado, porque el mundo está lleno de Amalias, de Alicias Sterling, de oportunidades... ¿Te suena el nombre de Alex?

—¿Alex? No conozco a ningún Alex.

—Era un joven hispanocubano que se dedicaba a satisfacer sexualmente a personas desvalidas. Ofreció sus servicios a los padres de Amalia. Un mes y medio más tarde apareció muerto en su apartamento, con el pene dentro de la boca.

—¿Y bien?

—Alex hizo su ofrecimiento cuando Amalia ya había empezado su rehabilitación contigo.

—No sé de qué me hablas.

—Del azar, Carlos, te hablo del mismo azar que hizo que tu esposa agrediera a tu amante, y que esta acabara en tus manos, del azar que

provocó que Carmen Llopis fuera asesinada, el mismo azar que llevó a la muerte al prostituto que había ofendido a Amalia ofreciéndole consuelo sexual. Hablo del azar, Carlos, del azar de un depredador.

—Si hemos terminado, te ruego que me desates. Quiero que me lleves a comisaría para declarar.

—¿De verdad crees que voy a llevarte a comisaría para declarar?

—Por supuesto. Es tu obligación. Y me reafirmaré en lo que acabo de contarte. Fue mi esposa la persona que agredió a Amalia. Lo hizo cuando tuvo conocimiento de nuestra aventura. Todo lo demás no son más que elucubraciones tuyas. Juegos de azar, para seguirte el hilo.

—Ya, elucubraciones. Ahora, dime: ¿Cuántos policías ves aquí?

—¿A qué viene esa pregunta tan absurda? Aquí solo hay una policía. Tú. De la que voy a quejarme por sacarme una confesión estando embridado y coaccionado. No tienes pruebas de lo que afirmas. El marcapáginas de ese libro que le regalé a Amalia no contradice que fuera Carmen quien intentara arrebatarse la vida. Todo lo contrario. En cuanto a Pilar Tormo, murió de una sobredosis. También lo refrendará cualquier médico. Ni siquiera toqué su cuerpo. Sobre esos tipos de *El último camino*, las fotos que dices tener y la transferencia que he realizado así como su posterior anulación también solo demuestran que querían chantajearme. Diré que se reunieron conmigo para asegurarme que tenían retenida a Carmen, y que solo la liberarían a cambio de dinero. Diré también que me prohibieron hablar con la Policía, etc. Ya ves, no tienes nada más allá de unas cuantas suposiciones, de unas pocas pruebas circunstanciales. Ahora, te ruego que me sueltes de una vez. No empeores las cosas, Sarah, no merece la pena.

—¿Crees que el hecho de que sea la única policía es también obra del azar?

—No sé qué responder a esa pregunta. Toda esta conversación es completamente absurda. ¡Libérame de una vez, Sarah! ¡Desátame las manos!

La inspectora Toledano vació los pulmones antes de tomar aire y decir:

—Bueno, Carlos, ahora me toca a mí contarte una historia, la última que oirás siendo consciente de tu identidad. Quiero que me escuches con mucha

atención. Me llamo Sarah, Sarah Toledano. Antes de acabar trabajando como inspectora del área de investigación en la Unidad de Atención de la Familia y Mujer de la Policía Nacional, hice lo propio en la Policía de Jerusalén. Lo que significa que mi padre y mi madre, y también mis abuelos, eran judíos. Judíos expatriados que acabaron en España cuando fueron expulsados de Marruecos. Sin embargo, yo fui la única de mi familia que regresó a la Tierra Prometida. Para no extenderme demasiado, pese a que las cosas no resultaron ser como yo esperaba que fueran, en Israel conocí a personas relacionadas con el Mossad, una de las mejores agencias de inteligencia del mundo. Como comprenderás, el Mossad se toma muy en serio los asuntos de seguridad nacional, pues de su grado de compromiso y eficacia depende la supervivencia de nuestro pueblo. Ahora mismo estarás pensando que me estoy yendo por las ramas, porque ni tú ni tus acciones tienen nada que ver con el Estado de Israel. Sin embargo, te equivocas. Grupos neonazis como *El único camino* no son tomados a la ligera por los Servicios de Inteligencia israelíes. Y no lo son porque lo que buscan estas organizaciones es el aniquilamiento de nuestro pueblo. De modo que al hacer negocios con ellos te has convertido en un enemigo de Israel. ¿De nuevo el azar, Carlos? Si es así, esta vez ha jugado en tu contra. Dicho esto, la pareja de jóvenes que ayer noche te secuestró, los tipos que pintaron este círculo con una esvástica y que luego te obligaron a realizar y a anular una transferencia bancaria, no eran miembros de *El único camino* sino del Mossad. Digamos que su papel consistía en reforzar los vínculos que te unen a *El único camino* de cara a la opinión pública. Ellos ya han realizado su trabajo atándote a esta silla y pintando este círculo que recuerda a la Alemania del III Reich, y no volverán. Ahora yo soy la que está terminando su parte del trabajo, ya que según mi reloj he de marcharme dentro de cinco minutos exactos. De modo que no estoy hablando contigo en mi condición de inspectora de policía. De hecho, aquí ni siquiera está presente la inspectora Toledano. Solo soy Sarah, una mujer que odia todo lo que le has hecho a Amalia, a Carmen y a Pilar. Así estoy aquí para que seas consciente de que lo sé todo, y que tus patrañas y mentiras no te han servido esta vez para salvarte.

El discurso de la inspectora dibujó un rictus desafiante en el rostro del doctor Ayuso, quien respondió con altivez:

—¿Vas a torturarme? ¿Vas a arrancarme las uñas y llenarme el buche de agua para que confiese? Eso ya lo han hecho esos amigos tuyos de ese servicio secreto. Ahora creo que ha llegado la hora de que acabes con este juego y te comportes como una verdadera policía. Quiero ir a declarar. Es un derecho que tienen todo detenido.

—Veo que sigues sin tener la menor idea de lo que está pasando aquí. En primer lugar, no estás detenido; sino retenido en contra de tu voluntad. Y es esta la que vamos a doblegar. ¿Quieres saber cómo? Te lo diré con mucho gusto. Por la puerta que tengo a mis espaldas entrará una persona, alguien al que todo el mundo conoce como El Médico. Este especialista portará consigo una radiografía del cerebro y otra con las lesiones que le provocaste a Amalia en el cuerpo. Incluso traerá la pata de una silla idéntica a la que empleaste para romperle la cabeza. Cuando El Médico acabe contigo, cuando recibas la misma paliza que le propinaste a ella, serás el perfecto compañero de Amalia: habrás pasado por un coma profundo, no recordarás nada de tu vida pasada cuando despiertes de él, no sabrás hablar, ni comer ni caminar por ti mismo, etc. Un minuto después de que El Médico haya abandonado esta clínica, una llamada anónima avisará a los servicios de emergencia para informar de que hay un hombre malherido en esta dirección. Tardarán seis minutos en llegar y dar contigo. Lo que suman un total de siete minutos. Un tiempo mucho más corto del que tú le otorgaste a Amalia. Te encontrarán en medio del círculo que preside esta esvástica. En tu bolsillo hallarán una fotografía del cadáver congelado de tu esposa. Una copia idéntica a la que recibió la Policía alemana. Más tarde, cuando las policías tanto de España como de Alemania comprueben los movimientos de tu cuenta corriente, descubrirán que has transferido dinero a la organización llamada *El único camino* y que horas más tarde anulaste dicha operación. Por no mencionar que la *vendetta* ha tenido lugar en la clínica de la que era propietaria tu esposa, la misma a la que ordenaste asesinar. Los investigadores concluirán que has sido víctima de un ajuste de cuentas. Eso significa que jamás podrás dar tu versión de los hechos, que jamás podrás esconderte entre los pliegues de la falda de la Justicia. No,

Carlos, esta vez no podrás acogerte a ningún atenuante, tu abogado no podrá hacer ningún truco de magia, y no podrá hacerlo porque si estás atado y anclado a esa silla es porque ya has sido juzgado y condenado: recibirás el mismo castigo que le infligiste a Amalia. Ojo por ojo, Carlos. Ojo por ojo. Ese es tu futuro. Ni siquiera me importa saber por qué acabaste con la vida de tu esposa, aunque imagino que tu *affaire* con Amalia está detrás de su crimen. Con toda probabilidad Carmen estaba al tanto de tu relación con Amalia, como aseguras, pero también acabó sabiendo lo que le habías hecho a través de la repercusión que tuvo la noticia. Tal vez la embaucaste para que te acompañara a Berlín con la añagaza de vuestra reconciliación, de que todo iba a ser como antes, de que tú no eras el culpable sino Matías Almeida. Como digo, ya nada de eso importa porque tu destino está escrito. Si de mí dependiera, dejaría también las radiografías de Amalia que obran en tus archivos junto a tu cuerpo desmadejado, pero eso implicaría que te relacionaran con ella —de hecho, a mí me correspondería hacerme cargo de la investigación—, lo que puede alterar mi verdadero propósito. Imagino que ahora te estarás preguntando cuál es. Es muy sencillo: quiero que no te separen de Amalia, que te deriven a su mismo centro de rehabilitación, lo que no ocurriría si se descubriera que eres tú quien la agredió. Te mandarían a otro lugar para rehabilitarte y, dadas las molestias que te has tomado durante todos estos años para que permanecierais juntos, creo que sería injusto que eso ocurriera. Imagínate a los dos realizando los ejercicios de rehabilitación con la música de Mozart de fondo. Amalia y tú en la piscina, mientras esa pianista lusa ejecuta una obra de genio austríaco al piano. ¿No te parece conmovedor? Piénsalo, ¿acaso no era eso lo que buscabas cuando apaleaste a Amalia hasta borrarle su vida pasada?

—¡Eres la mayor hija de puta que he conocido en mi vida! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —comenzó a gritar el doctor Ayuso.

Un certero puñetazo en el mentón del hombre terminó con sus gritos y con su cuerpo en el suelo, anclado a la silla a la que permanecía atado.

—¡Tienes un minuto para recodar, para arrepentirte! Luego, tu vida, como la de Amalia, será borrada para siempre. ¡Adiós, Carlos, iré a visitarte cuando vaya a ver a Amalia!

—¡Mátame, hija de puta! ¡Mátame, te lo ruego! —imploró el médico.

—Sigues sin comprender una palabra, Carlos. Aunque me encantaría, no puedo matarte. Y no lo puedo hacer porque ahora es Amalia la que te necesita. Lo está pasando mal, muy mal, Carlos. Por eso no puedes morir.

Por último, la inspectora volvió a tapar la boca del doctor Ayuso con la cinta americana.



El doctor Carlos Ayuso, que había olvidado su nombre y su condición de médico, se preguntó por qué el mundo era una esfera llena de oscuridad y por qué, de vez en cuando, se veía obligado a saltar mentalmente unas cuerdas blancas que parecían vibrar al ritmo de su pensamiento; puesto que no podía caminar. También oía una voz grave que emergía de lo más profundo de aquella oscuridad, y otras más superficiales que hablaban de cosas que no alcanzaba a entender. Voces parecidas a chismorreos que valoraban su estado según algo llamado la escala Glasgow. «De tres a cinco, se trata de un coma profundo, casi irreversible. Pero el coma del doctor, teniendo en cuenta los daños cerebrales sufridos, tiene una puntuación de entre nueve y diez, lo que nos da muchas más probabilidades de que despierte. Mejor sería que estuviera en el rango de once a quince, sin duda, pero nos podemos dar con un canto en los dientes», dijo una de esas voces. «¿Despertar cuándo? ¿Y si lo hace, en qué condiciones?», preguntó otra voz. «Superar el coma no siempre supone volver a la normalidad», advirtió la primera voz. El mundo oscuro y circular en el que se hallaba sumido ejercía de grueso dique frente a lo que ocurría fuera, por lo que no era capaz de identificarse con la persona de la que hablaban. Ni siquiera recordaba haber nacido. Tampoco tenía consciencia de poseer un cuerpo físico, o la obligación de hablar, oler, caminar o sentir, según se deducía de las conversaciones que aquellas voces mantenían. En cuanto a los quejidos lastimeros de alguien que no paraba de repetir: «¡Carlos, soy yo, Alicia!», o «¡Carlos, amor mío, tienes que despertar, por mí, por los dos!», tampoco le afectaban. Simplemente, no le atañían. Le parecían un misterio. Todo su mundo se circunscribía, por tanto, a aquella oscuridad, donde reinaba la

quietud y donde no era necesario hablar o gritar porque lo que allí imperaba era el silencio más absoluto, así que tampoco le importaba cómo se llamara aquel lugar, coma o como quiera que fuese su nombre. Aquella burbuja de oscuridad era lo único que poseía, lo único de lo que tenía recuerdo en tiempo presente, de manera que, para él —en realidad, tampoco tenía conciencia de pertenecer a un género—, las voces, los chismorreos, solo eran interferencias procedentes de un espacio todavía más oscuro. Aquella oscuridad circular, aquel cosmos de vibraciones fugaces, en definitiva, era él. No había más y, por tanto, no había nada de lo que preocuparse, pues la nada era ninguna cosa.



OceanofPDF.com

EPÍLOGO

DOS AÑOS MÁS TARDE

La inspectora Toledano entró en la sala de rehabilitación donde Amalia Finisterre y el doctor Ayuso realizaban fisioterapia acuática. La piscina de siempre, con una profundidad de un metro cuarenta y el agua a treinta y dos grados de temperatura, permitía a los dos pacientes realizar ejercicios que imitaban actividades de la vida diaria.

Sendos terapeutas completaban la dirección de aquella peculiar coreografía de movimientos, ordenándoles a cada cual qué debía hacer y cómo en cada momento. Ambos pacientes obedecían relajando el tono muscular, estirando las articulaciones de forma acompasada, realizando ejercicios para reeducar la marcha o, simplemente, disfrutando de la flotación.

Desde fuera, resultaba evidente que Amalia había desarrollado mayor destreza que su compañero; cuyo control postural, elasticidad y equilibrio aparentaba cierta atrofia incluso dentro del medio acuático.

La doctora Luisa Font, quien había sustituido al doctor Ayuso como coordinadora del área de rehabilitación del centro hospitalario, se acercó hasta Sarah al enterarse de que había venido de visita.

—¿Qué tal, inspectora? —dijo a modo de saludo.

—Bien, doctora. ¿Qué tal evolucionan los enfermos?

—Amalia ha experimentado una gran mejoría gracias a la presencia del doctor Ayuso. Sin duda lo reconoce, lo que a la vez le sirve de estímulo positivo. Está logrando grandes avances a la hora de reorganizar las funciones de su cerebro. Se trata de pequeños progresos desde la perspectiva general de su estado, pero para ella son grandes logros. Dentro

del agua diría incluso que está consiguiendo superar parte de sus miedos, lo que hace que su comportamiento sea más extrovertido y sociable; que esté, en definitiva, más despierta y atenta. Su capacidad de retener información también ha experimentado una evolución moderada. Algo impensable hace tan solo unos meses. El doctor, en cambio, sigue padeciendo grandes problemas debido a la pérdida del control postural. Apenas si es capaz de mantener el equilibrio. Ciento ochenta días en coma son muchos. Creo que necesitará algo más de tiempo para que los resultados sean más visibles. Cabe incluso que estemos hablando de años. A todos los compañeros nos causa verdadera lástima que una persona de su fortaleza, determinación y valía profesional haya terminado así: un hombre roto.

La voz familiar de Amalia interrumpió el discurso de la doctora Font para decir:

—«Ca...»; «Ca...»; «Ca...». ¡Mi... r... a lo que soy capaz de hace... r! ¡Estoy flotando! ¡Estoy haciendo el mue... r... to! ¡Mue... r... to!

A la inspectora le pareció que Amalia daba muestras de estar más confiada y segura, que había recuperado la determinación necesaria para seguir mejorando. Nunca volvería a ser ni remotamente la de antes, pero al menos siempre contaría con la presencia del doctor Ayuso como estímulo. En lo que a ella concernía, no había ni un ápice de ironía o de cinismo en ese razonamiento.

—Desde que el doctor Ayuso se incorporó a la rehabilitación como paciente, Amalia lo llama «Ca...». «Ca...» para arriba; «Ca...» para abajo —observó la doctora Font.

—Sí, K., lo sé. También antes de que el doctor Ayuso fuera atacado lo llamaba así. Siempre hubo una gran empatía entre ellos, una gran dependencia, que cada uno manifestaba desde el papel que representaba.

—Quién le iba a decir al doctor Ayuso que iba a acabar en la misma piscina que Amalia, pero como paciente. La vida está llena de circunstancias extrañas, ¿no le parece?

—Supongo que es cosa del azar, del destino.

—Sí, del destino. A veces además de caprichoso es cruel.

—Ahora solo las piernas, y nos damos la vuelta. Las piernas nada más, solo mueve las piernas. Deja que te ayude —dijo el rehabilitador que se

encargaba de coordinar los ejercicios acuáticos de Amalia.

Esta se revolvió sobre sí misma hasta completar el ejercicio que le habían pedido.

—¿Por qué no pone música de Mozart? A Amalia le encanta. El doctor siempre lo hacía. Decía que las composiciones del genio austríaco ayudaban a estimular a Amalia —sugirió la inspectora.

—Lo sé. Y en el caso de Amalia sigue siendo así. Pero curiosamente es el doctor quien no la tolera. Experimenta reacciones adversas cuando suena Mozart. Se vuelve irascible, como si la música golpeara de manera negativa en alguna parte de su subconsciente.

—Es una pena.

—Lo es, sin duda. Tal vez la música entre en conflicto con su yo más profundo por algún motivo que desconocemos —dejó caer la doctora Font—. ¿Qué hay de verdad en todo lo que se rumorea sobre él?

¿Se refería a su yo más oscuro? ¡Había tanto que contar!, pensó la inspectora, pero se contuvo.

—Eso depende de lo que se rumoree sobre él —se limitó a decir.

—Dicen que mandó asesinar a su esposa, y que los criminales se ensañaron luego con él, porque se negó a pagar el dinero que le pedían. La verdad, a todos nos cuesta creer que todos esos chismes que corren sean verdad.

—Dado su estado, nunca se celebrará un juicio; con lo que nada podrá demostrarse de manera fehaciente. Los asesinos de su esposa tampoco fueron detenidos porque formaban parte de una organización política con fines criminales, por lo que el único que tiene todas las respuestas es el propio doctor Ayuso.

—Comprendo. Me temo entonces que... No creo que el doctor pueda recuperar la memoria, incluso veo difícil que recobre el habla por completo. Su caso se parece tanto al de Amalia...

—Bueno, acaba de decirme que Amalia está evolucionando de manera positiva. Tal vez ocurra lo mismo con el doctor Ayuso. Quizá dentro de un tiempo vuelva a reconciliarse con la música de Mozart. Tal vez dentro de unos meses sus músculos hayan despertado del letargo y mejore la atrofia de sus extremidades.

—Sí, tal vez las cosas mejoren para él. Con esta clase de enfermos hay que tener, sobre todo, mucha paciencia. A veces tengo la impresión de que lo que aquí hacemos es reconstruir a las personas como si fueran rompecabezas, a sabiendas de que faltan piezas. Siempre hay partes que nunca volverán a ser las mismas.

—Bueno, viéndolos evolucionar en la piscina, se diría que Amalia y el doctor Ayuso se tienen el uno al otro. Tal vez, de alguna manera, se ayuden mutuamente.

—Sí, desde luego se tienen el uno al otro. Y le aseguro que se ayudan. Ya lo creo.



Sentada en la terraza de siempre, frente al mismo mar de siempre, con una gaviota parecida a la que siempre revoloteaba en torno a su mesa, la inspectora pidió un café americano largo; acopló los cascos de audio en sus oídos y comenzó a escuchar el testimonio de la madre de Teresa Gallardo, la última víctima de la violencia de género de la Comunidad de Valencia, una mujer de treinta y ocho años, madre de dos niñas de diez y seis años, a quien su marido había cosido a puñaladas y arrancado siete piezas dentales a puñetazos en la puerta del colegio de las pequeñas. Luego, una de las carreteras de salida de la ciudad se lo había tragado a él y al vehículo con el que huyó.

Una noche, un vecino llamó al 092 porque escuchó gritos y ruidos en casa de mi hija. Cuando los agentes llegaron a la vivienda, nadie les abrió la puerta; por lo que tuvieron que hacer uso de una pistola Taser. Encontraron a Teresa refugiada en el balcón, con heridas en el labio y las mejillas. Como mi hija se negó a interponer una denuncia contra su marido, tuvieron que hacerlo los agentes. Una semana más tarde se reprodujo la situación: Teresa recibió una nueva paliza, que le dejó un ojo a la funerals y una luxación en el hombro, por lo que esta vez decidió denunciar. El juez acordó una orden

de alejamiento, lo que no impidió que dos días más tarde su marido intentara atropellarla. Mi hija comenzó entonces a padecer estrés, perdió parte del cabello, pasaba los días encerrada en casa, llorando. Blindó las puertas de la casa con cerrojos. Incluso instaló uno en la cocina. Al cabo, tuve que empezar a llevar a mis nietas al colegio. Cuando el estado de ánimo de Teresa comenzó a mejorar, el señor juez retiró el dispositivo telemático a su maltratador aludiendo que «existían fisuras en su declaración». ¿Puede creerlo? Los huesos fisurados de mi hija no eran suficiente testimonio. Teresa fue entonces al juez para pedirle que la encerrara a ella en una cárcel, que no podía seguir viviendo así. El magistrado le recomendó someterse a tratamiento psicológico. Una semana más tarde, el primer día que Teresa volvía a llevar a las pequeñas a clase, ese animal cayó sobre ella, por la espalda, a traición. Después de apuñalarla varias veces, aún tuvo tiempo de propinarle dos puñetazos en la mandíbula. Nadie se atrevió a interponerse en el camino de esa mala bestia, que huyó blandiendo el cuchillo ensangrentado en la mano. Ahora Teresa se debate entre la vida y la muerte, mientras que el señor juez y su maltratador gozan de buena salud y de libertad. Sí, lo sé, solo soy una madre, una mujer insignificante; y a las personas como yo no nos está permitido cuestionar las decisiones de los jueces, ya que se supone que los dones de la Justicia son superiores a todos los demás. Aunque si contemplo el estado de salud de mi hija y el de su maltratador, no me queda otra que estar de acuerdo con quien dijo eso de que donde hay poca justicia es un peligro tener razón...

—En efecto, amiga, donde hay poca justicia es un peligro tener razón. Por eso yo voy a dar con ese mal nacido. Lo haré, te lo prometo, por Teresa y por todas las mujeres a las que el sistema da la espalda porque lo único que tienen es la razón de su parte —le habló la inspectora a la brisa fresca que le acariciaba las mejillas.

NOTA

La vida borrada de Amalia Finisterre está basada en un caso real. Una joven enfermera valenciana a la que su pareja borró todos sus recuerdos tras propinarle una brutal paliza, que la dejó en coma durante más de doscientos cincuenta días. Cuando la verdadera Amalia despertó, no sabía quién era, no recordaba nada sobre su pasado y su cuerpo se había convertido en un juguete roto. Tras ser detenido y llevado a juicio, su agresor declaró padecer amnesia, aseguró no recordar nada de lo ocurrido, en un intento por conseguir alguna ventaja penal. La historia de la verdadera Amalia Finisterre fue recogida en un artículo publicado el 30 de abril de 2018 por David López Frías, en el diario *El Español*, que es el que me ha servido de punto de partida. Incluso me he apropiado del título por su gran expresividad y profundo significado. Sobre esta base, los hechos que narra esta novela son fruto de la imaginación del autor, puesto que *La vida borrada de Amalia Finisterre* no es otra cosa que una obra de ficción que pretende dar visibilidad a una de las mayores lacras que padece nuestra sociedad.



EMILIO CALDERÓN (Málaga, 1960). Reside en Madrid desde hace más de treinta años. Es historiador, editor y escritor. Durante diez años se dedicó exclusivamente a la literatura infantil y juvenil y publicó, entre otras, *Continúan los crímenes en Roma*, *Julieta sin Romeo*, *El último crimen de Pompeya* y *El misterio de la habitación cerrada*, cosechando notables éxitos con alrededor de un centenar de reediciones de su obra. Su primera novela para adultos, *El mapa del creador*, fue editada en 2006, después de disfrutar de una beca de creación literaria en la Real Academia de España en Roma. Esta obra se convirtió inmediatamente en un éxito internacional y ha sido publicada en veintitrés países. En septiembre de 2007 publicó *El secreto de la porcelana*, y en junio de 2008 *El judío de Shanghai* (XIII Premio de novela Fernando Lara, Planeta), que ya ha sido traducida al inglés, y cuyos derechos se han vendido también en Alemania, Holanda, Rumanía, Ucrania y Croacia.

En octubre de 2009 fue Finalista del Premio Planeta con la obra *La bailarina y el inglés*, y en noviembre del mismo año, fue galardonado con un Micrófono de Plata de la Asociación de profesionales de Radio y Televisión por su aportación al mundo de la cultura.

Los sauces de Hiroshima, publicada en octubre de 2011 y traducida al inglés, cierra su «trilogía asiática».

En 2012, con *La cosecha humana*, el autor se introduce en el género negro.

En 2013 vio la luz *La biblioteca*, una apasionante historia sobre libros que transcurre en la Biblioteca Nacional de España, la novela más madura y compleja según el autor.

En 2014 publicó *El velo de Isis*, un cuento infantil, *El elefante que quería ser hormiga* y participó en tres antologías, *La vida después - Cuentos de cine*, *Relatos Insólitos* e *Imaginaria*, esta última de cuentos para niños.

OceanofPDF.com